

BÁRBARA PADRÓN

ABRE TU

*carrazón*

SERIE MAFIA  

# **Abre tu corazón**

Bárbara Padrón Santana

Edición formato digital: diciembre de 2018.

Título original: Abre tu corazón.

Copyright © Bárbara Padrón Santana, 2018

Diseño de portada: Marta Fernández (Munyx Desing).

Corrección:

Maquetación: Bárbara Padrón Santana.

Prohibida la reproducción parcial o total sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por la ley.

*Para todos los que han sido mi apoyo en esta locura en la que me he embarcado. Gracias por estar ahí.*

## Índice

[Abre tu corazón](#)

[Prólogo.](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[13.](#)

[14.](#)

[15.](#)

[16.](#)

[17.](#)

[18.](#)

[19.](#)

[20.](#)

[21.](#)

[22.](#)

[23.](#)

[24.](#)

[25.](#)

[26.](#)

[27.](#)

[28.](#)

[29.](#)

[30.](#)

[31.](#)

[32.](#)

[33.](#)

[34.](#)

[35.](#)

[36.](#)

[37.](#)

[38.](#)

[39.](#)

[40.](#)

[41.](#)

[42.](#)

[43.](#)

[44.](#)

[45.](#)

[46.](#)

[47.](#)

[48.](#)

[49.](#)

[50.](#)

[51.](#)

[52.](#)

[53.](#)

[54.](#)

[Epílogo.](#)

[Agradecimientos.](#)

## Prólogo.

Giulia salió corriendo de la casa, pero había dejado a su perro Lucca olvidado. Tenía que poner distancia entre Salvatore y ella.

Iba a tener a su hijo sola, él jamás iba a ser el padre por mucho que hayan sido sus espermatozoides los que la dejaron embarazada.

Bastante había sufrido con la pérdida de su esposo, su infidelidad y posterior embarazo como para verse obligada a estar con Salvatore.

Ella no podía amarlo como había amado a Lucio. Él había sido el hombre de su vida a pesar del peligro constante que padecían día sí y día también.

De repente, se detuvo al recordar la amenaza que pesaba sobre ella. Aquellas fotos le habían intimidado y lo que menos quería era poner en riesgo a su bebé. Se tocó el vientre con delicadeza.

—No te va a pasar nada, pequeño, te protegeré con mi vida si es necesario.

Recorría las calles sin un rumbo definido y sin percatarse de que un coche oscuro la seguía muy de cerca.

Cuando Giulia sintió un acelerón, miró a su espalda viendo un coche oscuro acercarse hacia ella. Su instinto le indicaba que corriera, que su vida y la de su bebé corrían peligro por lo que no lo pensó dos veces y corrió con todas sus fuerzas. Cuanta más distancia pusiera, mucho mejor para buscar un sitio donde esconderse, pero su equipaje no ayudaba así que lo soltó, al igual que su bolso, sin ver dónde caía.

Esquivaba personas que retrasaban su huida y cada vez estaban más cerca.

Entonces, en un amplio espacio, el coche aprovechó para ponerse delante de ella. La puerta trasera se abrió y salió de este un tipo al que no logró ver bien su rostro porque enseguida se dio la vuelta para ir en sentido contrario, escondiéndose luego en un callejón.

Alguien la agarró del brazo y ella intentó zafarse con poco éxito. De repente sintió un pinchazo en el cuello. Pasados unos segundos, empezó a sentir sopor hasta que, finalmente, perdió el conocimiento. El tipo llamó por su móvil a los que iban en el coche que no tardaron nada en acercarse para meterla dentro y salir de allí rápidamente.

## 1.

### *Meses antes.*

Ya lo tenía todo listo en el comedor de la amplia casa en la que vivía junto a su marido. Era su aniversario por lo que había decidido preparar una cena sorpresa para él.

Había elegido ya la ropa que se iba a poner para el evento y sabía que era uno de los vestidos que más le gustaba a su marido. Terminaba de arreglarse el peinado, una sencilla cola a un lado para luego colocarse unos pendientes de los que colgaban unas preciosas piedras blancas que destellaban con la luz que incidía sobre ellos.

Se incorporó y miró el vestido sobre la cama. Una preciosa prenda de color rojo con la espalda totalmente descubierta y largo hasta las rodillas. Las mangas eran largas, pero tenía un tejido fresco que no le daba calor. No pudo evitar sonreír al imaginar la cara que pondría Lucio cuando la viese, por lo que no dudó en ponérselo para luego calzarse unos *Peep toes* de color beige.

Se miró en el espejo y volvió a sonreír. Estaba segura de que a su marido le encantará verla así solo para él.

Bajó al piso inferior y se sentó a la mesa para esperarlo. Todo estaba a oscuras salvo las velas en el centro de la mesa que le daban un aire romántico a todo. Había colocado vino en una cubitera con hielo para que se mantuviese fría. En el horno se conservaba caliente la comida que le había preparado.

Las horas empezaron a pasar y Lucio no aparecía por ninguna parte. Cogió su móvil para mandarle un mensaje, pero no contestaba, así que lo llamó. Fueron pasando los tonos y nadie le contestaba.

¿Esta iba a ser como tantas otras noches en las que no llegaba a casa porque estaba trabajando? Quizás estaba en un atasco.

¿A quién pretendía engañar? A veces, Lucio vivía más para su trabajo que para ella.

A aquella hora, con las velas apagadas, ya se había tomado media botella de vino y, cansada de esperar, la cogió y se dirigió al salón para acostarse en el sofá tirando los zapatos en cualquier lugar.

—Maldita sea, Lucio, ni en tu propio aniversario —dijo con voz achispada—. Eres un estúpido y te odio. ¡Sí! Te odio por dejarme abandonada hoy.

Bebió otro trago, esta vez más largo y dejó caer el brazo a un lado con la botella en la mano. Dejó escapar las lágrimas mientras se quitaba los pendientes. Tras un rato de desahogo se quedó profundamente dormida.

Muy entrada la madrugada sintió cómo dos brazos la cogían en volandas y abrió los ojos.



Frente a ella estaba su marido mirándola.

—Te has olvidado de nuestro aniversario —dijo ella medio adormilada.

—Lo siento, Giulia, prometo compensarte. —Le dio un beso en la frente—. Sigue durmiendo.

No quería hacer caso de su orden, pero le pesaban demasiado los párpados, así que se dejó llevar por el cansancio para volver al mundo de los sueños.

Lucio la llevó al piso superior donde la recostó con delicadeza sobre la cama. Se sentía culpable por haber olvidado una fecha tan importante para ambos. La fecha en la que se habían dado el ‘sí quiero’, pero el trabajo con Saulo Graziani no le dejaba pensar en nimiedades que luego eran importantes. Era su mano derecha y debía supervisar todo lo que ocurría. Esa misma noche habían recibido una escultura robada a los chinos.

Casi no tenía tiempo de respirar.

Se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. Mientras se calentaba el agua, se miró en el espejo, el pelo corto oscuro estaba algo revuelto y los ojos azules que lo miraban se veían cansados. Quizás necesitaba unas vacaciones para desconectar. Sí, se daría un capricho y llevaría a Giulia de viaje. Saulo se las apañaría sin él durante un par de días.

Se quitó la ropa y se dio una ducha rápida para luego ir a su despacho y comprar unos pasajes para un crucero que recorrería todo el Mediterráneo. Sonrió satisfecho cuando imprimió los pasajes para la semana siguiente.

Cuando lo tuvo impreso, se incorporó y llevó los papeles a la habitación dejándolos en la mesa de noche de Giulia para que se llevara la sorpresa al despertar. Le dio un beso en la frente y se acostó a dormir. Estaba muy cansado.

Cerca de amanecer, sonó el despertador de ella, que abrió los ojos confusa y con un terrible dolor de cabeza. Se había pasado con el vino. Se incorporó lentamente y apagó aquel aparato de los infiernos. Hoy no iría a correr, estaba demasiado cansada para ello. Miró la mesilla y vio los papeles de los pasajes. Los cogió y los observó bien. Parpadeó varias veces y se giró en la cama. Él estaba mirándola con una leve sonrisa de disculpa.

—¿Qué es esto?

—Es para disculparme por lo de anoche. No era mi intención llegar tarde. Voy a pedirme unos días para dedicártelos a ti única y exclusivamente.

—Pero... tu trabajo...

—Podrán apañárselas sin mí. Me he dado cuenta de que le dedico demasiado tiempo a ellos y muy poco a ti. Nos merecemos esto.

Giulia soltó los papeles y se subió sobre su marido para besarlo con pasión.

—¡Gracias, mi amor, gracias! Esta va a ser nuestra oportunidad, no te dejaré salir del camarote del barco —dijo ella sonriendo.

—¿Ah no?

—No, he mirado el calendario y es el momento propicio para intentarlo. Son mis días fértiles.  
—Le dio un beso en la barbilla.

La sonrisa de Lucio se quedó congelada en su rostro. Aquellas palabras le habían afectado mucho más de lo que esperaba. Hacía tiempo que habían decidido tener un hijo, pero tras varios intentos, no habían logrado nada. Por eso mismo había hablado con Salvatore Fabreschi, médico personal de Saulo, para que le hiciera una prueba de fertilidad y apenas dos días antes había recogido los resultados.

Por mucho que ambos quisieran, no iban a poder tener hijos. Él era estéril. No había encontrado el momento oportuno para contárselo y se la veía tan ilusionada... Aquello iba a ser un duro golpe para ella.

—¿Pasa algo? —preguntó ella al ver que no se movía. Levantó la mirada para verlo serio—. ¿He dicho algo malo?

Lucio se obligó a sonreír de nuevo y le apartó un mechón para luego acariciarle la mejilla con cariño.

—Tú nunca podrías decir algo malo, Giulia. Eres perfecta, y a veces pienso que no te merezco.

Giulia posó sus manos en las mejillas de Lucio.

—No digas eso, mi amor. Eres el hombre al que amo, nunca podría sustituirte porque me das todo lo que necesito.

«Pero no lo que más deseas», pensó para sí. Sintió los labios de ella recorrer una de sus mejillas para luego posarla en la comisura en un intento de probar sus labios mucho más a fondo. Lucio apartó aquellos oscuros pensamientos para saborear los de Giulia y dejarse llevar por la pasión.

Otro día que llegaba tarde a la comisaría, pero aquella rubita se merecía un buen polvo mañanero. Sonrió al recordarla, aunque la sonrisa se le borró al instante al divisar a Hulk con su cara verde de enfado. Se acercó hasta él con los brazos cruzados. Su espeso bigote no podía ocultar los labios fruncidos por el cabreo que llevaba encima.

—¡Salvatore Fabreschi!

El aludido entrecerró los ojos y se apartó un poco ante la exclamación de su jefe, el comisario.

—¡Señor Cantoni! —exclamó Salvatore abriendo los brazos con una sonrisa.

El comisario agitó las manos y el otro las bajó.

—Llevas tres días llegando tarde ¡y estamos a miércoles!

—Bueno... al menos sabe contar —dijo Salvatore.

—¡Fabreschi! ¡No quiero un solo retraso más o se las verá conmigo! ¿Entendido?

Salvatore levantó las manos.

—Cristalino.

—Pues baja ya que tenemos un nuevo cadáver, esta vez te toca a ti hacer la autopsia.

—Para abajo que voy —dijo el forense haciendo el saludo militar para bajar corriendo antes de que Hulk se pusiese más verde.

Una vez abajo, se puso su bata blanca y se dirigió a la sala donde tenían el cadáver. Uno de sus compañeros sacaba el instrumental para empezar a hacer la autopsia.

Salvatore se lavó las manos y se puso unos guantes para luego acercarse. Al ver el torso no hizo falta ser muy listo para ver más o menos qué había ocurrido para acabar en aquella mesa metálica.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó al que sería su ayudante en aquella autopsia—. Joder, qué mal huele. —Salvatore se tapó la nariz.

—En Livorno, un bloque de cemento y lo lanzaron al mar.

—A primera vista se ven signos de tortura, está muy hinchado y ya se encuentra en estado de descomposición. Ahora debemos saber qué es lo que realmente le causó la muerte, así que comencemos —dijo tendiéndole la mano a su ayudante que había estado tomando notas de lo que decía Salvatore, añadiéndolas a las que él ya había hecho previamente, para que le alcanzara el bisturí con el que hizo la incisión desde los hombros hasta el centro y luego hacia abajo—. ¿Se ha encontrado algún objeto sospechoso en el cuerpo?

—No han hallado mucho. Poca cosa que pueda ayudarnos.

—¿Has revisado sus uñas por si hay alguna muestra que podamos tomar?

—Encontré fibras de algún tipo de tejido, pero nada que nos pueda servir para identificar a su agresor.

—Mucho no podía hacer. Mira sus muñecas... tienen marcas de ataduras. No creo que sea muy complicado saber la causa exacta de la muerte. Mira sus orificios... ha sangrado por ellos.

El ayudante se puso al lado de Salvatore para observar todo lo que hacía. Fueron comentando todo lo que veían y, finalmente, cuando lograron esclarecer la causa de la muerte, cerraron la incisión y él se dedicó luego a hacer el informe que debía presentar a los responsables de la investigación encerrado en su despacho.

Cuando acabó, cogió su móvil y marcó. Al segundo tono contestaron.

—Salvatore —se oyó al otro lado de la línea.

—El día que no me mandes un cadáver monto una fiesta.

—Era un traidor, a los traidores se les hace pagar.

—No te lo discuto, pero deshazte bien de los cadáveres y déjame dormir en el trabajo.

—Sabes que si lo encuentran así es más difícil acusarnos, había que dejarse ver un poco, lo justo para que lo encontraran.

—Lo sé, Saulo, pero cada nuevo cadáver me acojono más contigo y se me quitan las ganas de molestarte, aparte de que se me están acabando los chistes.

—Cada traidor merece su castigo, no hay más.

—Pues con este te has lucido. Lo reventaste por dentro. Al menos no dejaste huellas por lo que me ahorro el tener que ocultar cosas. Solo unas fibras, pero nada de ADN.

—Bien. Buen trabajo. Mientras no salgan los Graziani todo estará bien.

—Tranquilo que no saldrán. Yo siempre cumplo con mi trabajo.

—Lo sé, por eso confío en ti.

—Oh gracias, me ha llegado a la patata —dijo llevándose una mano al centro del pecho—, mi corazón rebosa alegría.

Al otro lado de la línea se oyó una leve risa.

—Tú y tus bromas. Venga, tengo cosas que hacer. Debo poner un anuncio para encontrar una secretaria nueva dentro de poco. El proceso de selección será largo.

—Entonces te dejo, señor hombre de negocios —dijo Salvatore sonriendo.

—Ya hablamos.

Sin esperar una despedida, colgó y el forense miró el móvil.

—Ni un mísero adiós. Qué seco. Normal que no tenga novia.

Al rato tocaron en la puerta y por ella apareció un chico alto, de pelo corto rubio, ojos azules y una barba de pocos días. Junto a este apareció una joven de largo cabello castaño claro y ojos marrones.

Salvatore cogió la carpeta donde había metido lo que tenía del informe y sonrió al verlos.

—Pero si son mi pareja favorita. ¿Traéis café? El comisario se ha enfadado conmigo y creo que no quiere verme arriba.

—¿Qué has hecho esta vez? —preguntó la joven cruzando los brazos con una sonrisa.

Salvatore se rascó la cabeza y sonrió culpable.

—Bueno, como bien me ha demostrado el comisario, me ha dicho que llevo tres días llegando tarde a trabajar y, claro, resulta que hoy es miércoles.

El chico rubio soltó una sonora carcajada que lo hizo doblarse. Se agarró a la silla de Salvatore y luego se secó una lágrima que se le había escapado por la risa.

—No tiene nada de gracia, Leo —dijo la chica aguantando la risa—. Por llegar tarde hemos recogido el informe tarde.

—Si tú estás aguantando la risa, Clairee —dijo el policía señalándola.

—Vale, sí, es muy bueno, pero tenemos un informe pendiente. —Se giró hacia el forense—. ¿Qué tenemos?

Salvatore abrió la carpeta.

—Hombre, en la treintena, he tomado muestras de ADN para determinar quién es. Lo destrozaron por dentro. Tenía sangre por todos sus orificios, el cuerpo hinchado y ya se encontraba en estado de descomposición cuando llegó aquí. No os lo enseñé porque huele muy mal y la visión es un poco... escabrosa —dijo Salvatore leyendo lo que tenía—. Hemos encontrado algunas fibras de tejido, pero nada de ADN de su atacante. He mandado a analizar todo lo analizable, pero no hemos encontrado mucho más. Da gracias que no lo trajeron más tarde, hubiera sido imposible.

—Al menos tenemos algo por lo que empezar —dijo Clairee tendiéndole la mano para que le diese la carpeta con el informe.

—No es mucho, pero bueno —dijo Leo.

—No puedo hacer todo el trabajo, como comprenderás —dijo Salvatore—. El mío ya está, así que a trabajar; es hora de mi primera siesta. —Dio una palmada y se recostó en su asiento.

Los dos policías se miraron y, tras encogerse de hombros, salieron de allí dejando a Salvatore solo.

## 2.

Lucio había salido de la casa para ir a comprar algunas cosas para prepararle un almuerzo a Giulia y al volver vio algo que sobresalía por la puerta. Abrió esta y vio un sobre con su nombre en él. Miró a ambos lados, lo cogió y se dirigió a su despacho para abrir aquella misiva, sospechando quién se la enviaba. Reconocería esa letra en cualquier lugar.

Sacó el papel y el olor a perfume caro le inundó las fosas nasales. Lo desdobló y leyó el contenido. Suspiró frustrado pasándose una mano por el pelo oscuro. Lo citaba dentro de una hora en el parque de Boboli. Arrugó el papel y se lo guardó en el bolsillo de los pantalones junto con el sobre para luego salir de allí.

Lucca, el dóberman de Giulia corrió hacia él pensando que lo iba a sacar a pasear, pero él acarició la cabeza del perro.

—Ahora no, chico, cuando regrese ¿vale?

Salió de la casa dejando al perro dentro. Se subió en su coche y se dirigió al lugar de encuentro. Una vez aparcado, entró dando un paseo mirando a su alrededor reconociendo a varios hombres que solían vigilarlo cuando había un encuentro de este tipo. Eran muchos años soportando lo mismo: chantajes para proteger el matrimonio forjado con Giulia.

Ante él se presentó uno de los tipos, este era un chico joven, alto, con el pelo corto castaño y los ojos verdes vestido todo de negro y le hizo una seña para que lo siguiera. Lucio siguió sus pasos hasta un lugar bien apartado de ojos indiscretos, allí lo esperaba ella. La razón de su malestar.

—¿Qué quieres ahora, Adriena? —preguntó Lucio sin esperar un saludo por parte de ella.

La joven esbelta, de larga melena oscura y ojos marrones, ataviada con un caro vestido de día de Chanel color amarillo se acercó a Lucio con una sonrisa que pretendía ser sexy, pero a él ya no le hacía ningún efecto.

—Te necesito —dijo cruzando los brazos en el cuello de él que no se movió—. Quiero tenerte en mi cama.

Lucio levantó las manos para apartar los brazos de Adriena.

—Basta.

—¿Basta?

—Se acabó, Adriena, estoy harto de tus putos chantajes y no voy a hacerle esto de nuevo a Giulia.

La chica parpadeó ante aquellas palabras mientras él se apartaba unos pasos.

—¿Cómo?

—Eres lo bastante lista para comprender mis palabras. No pienso seguir con tus jueguitos de niña mimada.

Ella se cruzó de brazos y en su mirada se reflejó la rabia por no tener lo que deseaba.

—Esto no es un juego, Lucio. Sabes que si no cumples puedo hundirte en la miseria, perderías todo lo que tienes y soy capaz de ello.

—No te tengo miedo, Adriena, ya no. Es tu palabra contra la mía.

La joven abrió un bolso negro y amplio que llevaba en el brazo y sacó varias fotos que le mostró. En ellas se podía ver a ellos dos entrando en un lujoso hotel.

—¿Qué pensará tu esposa de esto? —dijo ella pasando el resto de fotos una a una—. Oh, esta me encanta —dijo mostrándosela—. Salimos tan bien desnudos en la misma cama...

Lucio se había puesto pálido de repente. Aquello era mucho peor de lo que había pensado. Adriena se había asegurado de tenerlo bien cogido por los huevos con esas fotos, pero no debía retroceder.

—Destruye esas fotos.

—O si no ¿qué? —preguntó sonriendo petulante.

—No volverás a saber de mí en tu perfecta vida.

Ella soltó una risotada.

—No le tengo miedo a tus palabras. Te tengo vigilado todo el tiempo y a tu asquerosa mujercita también, pensar que podría ocurrirle un accidente... —El tono lastimero que usó puso los pelos de punta a Lucio.

—No te atreverás.

—Está en tu mano que no lo haga, mi amor. Solo tú puedes hacer que todo siga como hasta ahora.

—Júrame que no tocarás a Giulia.

—Solo si vienes conmigo para pasar un rato juntos y todas las veces que yo quiera.

Lucio suspiró apesadumbrado. Todo se ponía en su contra en este asunto. Amaba a Giulia más que a su vida, por eso debía protegerla de Adriena. Haría lo que fuera por que no le pasara nada y debía pagar un enorme error de tantos años para verla feliz.

Finalmente asintió y Adriena sonrió triunfante. Guardó las fotos, lo agarró de la mano y lo arrastró hasta su propio coche donde el chofer la esperaba. Ambos se subieron, la chica indicó a dónde irían y luego decidió empezar a besarlo. Lucio no tuvo más remedio que dejarse hacer. Todo por proteger su matrimonio.

Tras un corto recorrido, llegaron al hotel donde a ella le gustaba hospedarse cuando estaba con él. Pidió la habitación de siempre, la suite más cara del hotel, y lo arrastró hasta el ascensor para ir a la última planta.

Cuando entraron, Adriena empezó a quitarle la ropa a Lucio mientras iba besando cada parte que iba quedando al descubierto. Ella también empezó a quitarse las prendas de su caro traje mientras lo arrastraba hasta la cama en la que cayeron. La joven se puso encima de Lucio que no la miraba y ella le tomó el rostro entre las manos.

—Mírame, Lucio. Quiero que me mires a mí y te olvides de todo lo demás. Eres mío ahora y no voy a permitir que pienses en otra persona que no sea yo.

—Jamás vas a conseguir algo semejante —dijo Lucio con voz fría—. Amo a mi mujer más de lo que podría llegar a amarte a ti.

Adriena lo miró con rabia y se lanzó a sus labios para besarlos con pasión. Durante ese rato que estuviesen juntos debía pensar solo en ella, no en su esposa. Sus besos pasaron de los labios al mentón para luego ir hacia su cuello. Sus manos tocaron sus duros pectorales y bajaron acariciando su cuerpo hasta llegar a su entrepierna donde ya se veía la erección pulsando y anhelando contacto.

Podría querer a su esposa, pero el deseo entre ambos era inevitable. Adriena sonrió con malicia y finalmente lo tomó en sus manos masajeando. Lucio apretó con fuerza los labios, no quería traicionar a Giulia, pero su cuerpo lo traicionaba de forma cruel.

Soltó un gruñido cuando Adriena se apoderó de su miembro con la boca. Levantó la cabeza para verla agarrarse la melena oscura mientras succionaba sin dejar de mirarlo. Él volvió a recostarse cerrando los ojos y pensando en su mujer, en el daño que podría causarle el enterarse de esto. Debía mantener este secreto el tiempo suficiente para poder encontrar una forma de quitárselo de encima y así ser feliz con su mujer.

Cuando Adriena se incorporó, miró a Lucio con una sonrisa y volvió a poner su rostro a la altura del de él.

—Bésame, Lucio. Bésame y pruébate.

Los labios de la joven se acercaron a los suyos y lo besaron con pasión a pesar de la resistencia inicial del hombre. Sin apartarse tomó sus manos y las llevó a sus pechos para que él los masajeara, pero él no hacía nada, por lo que ella se apartó y lo miró a los ojos.

—No pidas más de lo que no voy a dar.

—Puedo cumplir mi amenaza y tú no quieres eso ¿verdad?

Él inspiró hondo y finalmente movió sus manos para darle placer a la joven que no dudó en empalarse gimiendo. Moviéndose cadenciosamente las caderas para luego ir poco a poco subiendo y bajando, aumentando la velocidad cada vez más hasta que finalmente consiguió que ambos llegaran al orgasmo.

Lucio se sintió realmente mal y no se movió cuando Adriena se acostó a su lado abrazándose con fuerza a su cuerpo, ni siquiera cuando sintió los besos en su hombro y torso.

—Me encanta tenerte aquí conmigo, Lucio. Lo mejor de todo es que cada vez que quiera voy a poder estar contigo. Me gustaría que esto no fuera por medio de amenazas, querido, no sabes lo



que me duele hacerlo.

—¿Entonces por qué lo haces?

—Porque no estás dispuesto a dejar a esa mujer. Yo solo te quiero para mí y si para ello tengo que recurrir a las amenazas, no dudes que lo haré.

—¿Por qué no buscas un hombre que te pueda dar más de lo que yo te puedo dar?

Ella se incorporó lo suficiente para mirarlo.

—Yo solo te quiero a ti y a nadie más.

Lucio cerró los ojos con pesadumbre. Era una chica insistente y estaba obsesionada con él. Debía encontrar una forma de que lo dejara en paz de una vez o iría a peor. No quería tener problemas con su familia porque era una de las familias más influyentes después de la de Saulo Graziani.

Encontraría la manera de escapar de las garras de Adriena, fuera como fuera.

Giulia llegó a la casa y justo cuando metía las llaves en la cerradura, Lucca, su perro empezó a rascar la puerta.

—Ya voy, pequeño —dijo ella.

Cuando abrió, el perro se puso sobre sus patas traseras y le lamió la cara. Ella sonrió y le acarició detrás de las orejas para luego entrar. Lucca la siguió hasta la cocina donde ella se tomaba un vaso de agua.

Miró al animal cruzando un brazo mientras el otro mantenía el vaso.

—¿Se puede saber dónde está Lucio que no te ha sacado a pasear?

El animal movió la cabeza a un lado sin dejar de mirarla y, tras terminarse el vaso de agua, lo dejó en el fregadero para tomar la correa y sacar al perro.

Este movió la cola contento y luego salieron. Cuando volviera a la casa llamaría a Lucio a ver dónde se encontraba porque hoy era su día libre. Aunque teniendo en cuenta el trabajo que su marido tenía...

Dieron un par de vueltas para que Lucca hiciera sus necesidades. Justo cuando volvían, Giulia, que iba distraída con el móvil, chocó con alguien y cayó al suelo de culo.

—¡Joder! —espetó ella masajeándose el trasero.

Lucca empezó a ladrar y a gruñir a la persona con la que se había chocado.

—Lo siento, ¿estás bien? —preguntaron agachándose frente a ella.

Giulia levantó la mirada y se topó con uno de los compañeros de Lucio. Alto, de pelo corto oscuro en punta, ojos marrones y una perilla. Recordaba quién era, pero no su nombre. Él también

pareció reconocerla.

—Anda, eres la mujer de Lucio —dijo él tendiéndole la mano para ayudarla a levantar.

El perro volvió a gruñir.

—Para, Lucca —dijo Giulia mientras se incorporaba y se limpiaba el pantalón, luego miró al hombre—. Gracias.

—De nada, iba despistado, ya sabes, las redes sociales —dijo mostrándole el móvil con una sonrisa culpable.

—Ya, yo también iba distraída, perdona, no recuerdo tu nombre... ¿eres...?

—Salvatore.

—Oh, cierto, eres el médico de la organización.

—El mismo que viste y calza, venía a ver a Lucio, hace unos días se hicieron unos análisis rutinarios en la organización y vengo a darle sus resultados —dijo mientras sacaba un sobre de una mochila que llevaba colgada al hombro—. Está todo bien, pero mejor que lo vea por él mismo. Lucio a veces no se fía de mí.

Giulia enarcó una ceja ante aquello.

—No entiendo.

—Bueno, digamos que le robé aquel *cannoli* en la fiesta que hizo Saulo hace unos meses y no se lo tomó muy bien, creo que me odia por eso.

—¿Por un *cannoli*?

—Esa es mi teoría. —Se puso una mano en el pecho con dramatismo—. No sabes cómo me duele que desconfíe de uno de sus mejores amigos. Por cierto, no le caigo muy bien a tu perro ¿no? Tiene el mismo mal humor de Lucio. —Levantó la mirada y rápidamente levantó las manos al ver el gesto de la joven—. No quería decir eso, pero es que Lucio a veces tiene muy mal carácter.

—Se comporta así con las personas que no conoce, se le pasará en un rato.

Salvatore miró al perro y este a él.

—No parece que vaya a cambiar de idea —dijo cuando el perro gruñó—. En fin, tengo un poco de prisa, ¿le puedes dar el sobre?

Él se lo tendió.

—Tranquilo, yo se lo entrego.

—Le dices que cualquier duda que me llame, responderé todas sus preguntas encantado, eso sí... que procure no hacerlo cuando estoy durmiendo o... haciendo otras cosas. —Se giró y le hizo un gesto con la mano—. Hasta otra.

Sin esperar respuesta, Salvatore se alejó de allí bajo la atenta mirada de Giulia que aún

sostenía el sobre en la mano. Negó con la cabeza pensando que ese tipo estaba medio loco y terminó el recorrido hasta su casa en donde soltó a Lucca y se dirigió al despacho de Lucio para dejar el sobre allí y salir rápidamente.

Como no estaba, aprovecharía y se daría un buen baño relajante para luego preparar la cena. Era muy probable que su marido no llegara hasta tarde.

Preparó la bañera con mucha espuma para relajarse y junto a esta colocó una bandeja con unos aperitivos. Pensaba quedarse dentro de la bañera hasta que esta estuviese fría. Tenía los músculos muy tensos.

Cuando su baño acabó, se dirigió a la habitación para ponerse su pijama favorito. Un pantalón de cuadros rojos y negros y una camiseta gris.

Bajó hacia la cocina y se preparó una cena ligera para tomársela en el salón viendo alguna serie.

### 3.

Horas más tarde, Lucio entró en la casa apesadumbrado. No podía seguir con esta situación. Debía marcharse con Giulia unos días. Alejarse de la loca de Adriena.

Las luces en la sala le hicieron ir hacia allí y vio a su mujer sentada viendo una serie muy concentrada. Se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados y una sonrisa triste en el rostro. Se sentía tan mal por engañarla de aquella forma..., pero era la única manera que encontraba para protegerla, de momento.

Quizás debía hablar con Saulo sobre el tema y que lo ayudara de alguna forma. Se había convertido en su mano derecha, tanta era la confianza que conocían muchas cosas el uno del otro. Él podría ayudarlo a encontrar una solución y que Adriena lo dejara en paz.

—¿Otra vez esa serie de policías? —preguntó mientras se apartaba del marco y se acercaba al sofá donde ella estaba sentada, envuelta en una manta.

Ella sonrió y le hizo un hueco para que se sentara, cuando lo hizo, ella se apoyó en él para que la abrazara.

—No puedo evitarlo, te engancha de tal forma que no puedes dejar de verla.

—Eso y el protagonista ¿no? —preguntó Lucio sonriendo.

Giulia le dio un leve golpe en el brazo riendo.

—Reconozco que es muy guapo, pero no tanto como lo es mi marido. Creo que lo conoces.

—Déjame pensar... —dijo él siguiéndole el juego—. Creo que sí, un hombre alto, con el pelo corto oscuro y ojos azules ¿no?

—¡El mismo! —exclamó ella incorporándose para mirarlo—. Casualmente se parece a usted.

Lucio sonrió mientras se señalaba.

—¿A mí? ¿De verdad? Eso es todo un honor.

El rostro de su mujer se pegó al suyo para besarlo dulcemente.

—Sí y se parece tanto que me está poniendo mucho, mucho más que el poli de esa serie —dijo entre besos.

—Bueno es saberlo.

Giulia se movió hasta quedar sobre el regazo de su marido mientras cruzaba los brazos en su cuello para volver a besarlo mientras sus caderas se movían en busca de algo más.

Lucio posó sus manos en la cintura dejando que ella llevara el mando, pero, en un momento dado, recordó lo ocurrido esa tarde con Adriena y la apartó levemente. Ella lo miró confusa.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estoy un poco cansado —dijo pasándose una mano por la frente mientras cerraba los ojos.

—Entonces deberías acostarte y descansar —dijo ella algo decepcionada.

—Sí, será lo mejor —dijo incorporándose cuando ella se apartó.

Justo cuando salía del salón, Giulia lo detuvo.

—Por cierto, esta tarde me encontré con el médico ese... cómo se llama... —dijo intentando recordar—. Ah sí, Salvatore. Me dio un sobre con unos resultados médicos para ti.

Lucio se giró rápidamente hacia su mujer.

—¿Los viste?

La joven lo miró sorprendida.

—No, claro que no lo he hecho, te lo dejé en el despacho. ¿Ocurre algo?

Él negó con la cabeza y trató de sonreír.

—No, tranquila. Es algo rutinario.

—¿Seguro?

—De verdad. No te preocupes.

La joven asintió acurrucándose en el sofá. Lucio se dirigió a su despacho y cogió el sobre mientras se sentaba en la silla. Le dio varias vueltas antes de decidirse a abrirlo. Le había pedido a Salvatore una nueva prueba de fertilidad por si en la anterior había habido algún error.

Leyó todo el documento para encontrarse con el mismo resultado de la última vez. Dejó el papel sobre la mesa y se pasó las manos por el pelo claramente frustrado. Guardaba la esperanza de que todo fuese mentira, pero esta segunda prueba le confirmaba algo que ya sospechaba.

Sacó el móvil tras un rato de lamentaciones y llamó a Salvatore que tardó dos tonos en descolgar.

—Esperaba tu llamada, amigo —dijo el forense al otro lado de la línea.

—¿No hay posibilidad de error en esta prueba?

—Como ya te expliqué cuando hicimos la segunda prueba: el margen de error es mínimo y la estábamos repitiendo. Lo siento, colega. Ojalá tuviese una forma de ayudarte, pero no puedo hacer nada.

Lucio se recostó en la silla y se cubrió los ojos con el brazo libre. Aquella noticia era un duro golpe y sabía que si se lo contaba a Giulia iba a sufrir por no poder tener hijos estando con él.

—Tranquilo. Gracias por todo, amigo.

No esperó la despedida, simplemente colgó y dejó el móvil sobre la mesa para luego cerrar la mano en un puño. Tenía muchas ganas de golpear algo por la frustración, pero estaba conteniéndose para no alertar a Giulia.

Tenía que encontrar una forma de contarle la verdad, pero ¿cuándo era el mejor momento para ello? Quizás fuera mejor hacerlo después del crucero. Sí. Rompería todas sus ilusiones, pero no podía ocultárselo. Quizás podría valorar otras opciones para tener un hijo.

Apartó el brazo de sus ojos y cogió el papel para guardarlo en uno de los cajones. Salió de su despacho volviendo al salón encontrándose a su mujer a punto de quedarse dormida.

—Giulia, deberías ir a la cama, estás a punto de caerte del sofá... —dijo con las manos en los bolsillos.

Ella parpadeó tras soltar un bostezo y asintió.

—Sí, será lo mejor —dijo mientras se incorporaba apagando la televisión—. ¿Vamos?

Su marido sonrió levemente sacando una de las manos del bolsillo tendiéndosela. Ella lo agarró y juntos se fueron a la habitación. Una vez allí, él se cambió mientras Giulia se acostaba. Lucio lo hizo poco después. La atrajo hacia sí quedando la espalda de su esposa pegada a su torso.

—Buenas noches, cariño —susurró él dándole un beso en la cabeza.

—Buenas noches.

Al poco rato sintió su respiración acompasada indicándole que estaba profundamente dormida. Suspiró en la oscuridad de la habitación.

—¿Qué vamos a hacer, Giulia? —susurró con mil y un pensamientos girando sin parar en su mente—. Solo espero que este deseo tuyo de ser madre y mi imposibilidad de dártelos no destruya nuestro matrimonio.

Finalmente cerró los ojos para intentar dormir.

Los días fueron pasando y Giulia preparaba todo para el crucero. Solo faltaba encontrar alguien que se quedara con Lucca, el resto ya lo tenía todo preparado para, por fin, poder pasar unos días a solas con su marido.

Tenía muchas ganas de desconectar de todo lo que les rodeaba.

Estaba preparando el almuerzo cuando sintió la puerta abrirse. Se limpió las manos en un paño para correr a saludar a Lucio. Se colgó de su cuello dándole un beso.

Su marido la agarró por la cintura disfrutando de los labios de su mujer. Cuando ella se apartó lo miró a los ojos con una enorme sonrisa.

—Ya tengo las maletas preparadas para mañana. Solo me falta buscar a alguien con quien dejar a Lucca.

—Perfecto, ¿estás nerviosa?

—Mucho, me hace mucha ilusión. No vamos de viaje desde nuestra boda —dijo ella con cierto reproche en su tono.

—Lo sé, lo siento, pero esto compensa todos esos viajes que no hemos podido hacer.

—Cierto. —Volvió a besarlo—. La recompensa será mucho mayor.

Lucio se tensó al pillar la indirecta de aquellas palabras. Cada día era más complicado encontrar las palabras adecuadas para no hacerle daño porque se la veía muy entusiasmada.

La vio entrar en la cocina cuando su móvil sonó. Lo sacó del bolsillo del pantalón y al ver quién llamaba, se dirigió rápidamente hacia su despacho para descolgar.

—¿Qué quieres? —preguntó tenso.

—He pensado que mañana podríamos vernos —se oyó al otro lado la voz de Adriena—. He reservado en uno de los mejores hoteles de Florencia, la suite imperial.

Lucio apoyó la mano libre en la mesa con los ojos cerrados mientras suspiraba.

—Mañana no puede ser. Salgo de viaje.

—No vas a salir de viaje —afirmó ella muy segura.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Te acabo de decir que he reservado una habitación para mañana y no vas a dejarme plantada.

—Pues cancelalo, yo no puedo.

—Sabes lo que puede ocurrir si no vienes.

—Me importa una mierda, Adriena, mañana me voy de viaje con mi mujer y ni tú ni nadie va a impedírmelo ¿entiendes? Basta ya de tantas amenazas. Jamás las cumplirás. Así que cancela esa maldita reserva y déjame en paz de una maldita vez.

Sin esperar respuesta por parte de Adriena, colgó y dejó el móvil sobre la mesa. No iba a hacer caso de su llamada, estaba más que harto de aquella situación. Al día siguiente se iría de viaje con su mujer y a la vuelta solucionaría todo tras hablarlo con Saulo. Seguro que él lo podría ayudar de alguna forma.

De repente sintió que tocaban en la puerta y miró hacia ella que aún estaba cerrada.

—¿Todo bien, Lucio? —preguntó Giulia desde fuera.

—Sí, perfectamente —mintió.

—Vale, yo salgo con Lucca, volveré en un momento.

—De acuerdo.

Se hizo el silencio en la casa que él aprovechó para serenarse. Se dirigió a la licorera de dónde sacó un vaso y una botella de whisky. Se sirvió un poco que bebió de un tirón.

Tenía que dejar de pensar en lo que acababa de pasar, no podía preocupar a su mujer con aquel tema y mucho menos cuando no sabía nada. Iba a solucionarlo a la vuelta, todo se solucionaría.

Su móvil volvió a sonar. Con rabia descolgó sin mirar la pantalla.

—¿Qué quieres? —preguntó con tono enfadado.

—Soy yo —soltó escuetamente Saulo Graziani.

Lucio cerró los ojos pasándose una mano por el pelo.

—Perdona, Saulo, pensé que era otra persona.

—Una persona que te ha molestado bastante por lo que veo.

—Sí, ya te contaré. ¿Para qué me llamabas?

Hubo unos segundos de silencio hasta que oyó a su jefe hablar al otro lado de la línea.

—Acabamos de recibir nueva mercancía en Livorno y necesito que vayas conmigo.

—Pero...

—Sé que hablamos sobre tu viaje, pero esto no te llevará más de un par de horas, Lucio. Confío en ti para hacerlo, es una mercancía muy importante y de la que nadie debe saber. Sospecho de algunos de nuestros hombres y no quiero que le den un chivatazo a Zanetti.

Lucio suspiró cerrando los ojos. Que Saulo lo llamara para pedirle que acudiera a la entrega es porque era muy importante y muy arriesgado. Y el hecho de sospechar de tener traidores en sus filas era una buena razón para hacer esa llamada.

Muchos lo habían traicionado antes, poniendo su vida en peligro y le hizo depositar su confianza en muy pocas personas. Para Saulo, esas personas eran su familia, aparte de sus padres y su hermana. Él protegía a su familia, pero la traición se pagaba muy cara.

Lucio sentía que no podía dejarlo de lado y más cuando se vio obligado a irse de otra familia que aún lo atormentaba. Lo acogió aún sabiendo de dónde venía y había logrado ganarse su confianza hasta llegar a ser su mano derecha, por eso sentía que no podía dejarlo en la estacada.

Abrió los ojos y se pasó la mano libre por el pelo.

—De acuerdo, allí estaré, solo espero que no ocurra nada que me retrase.

—Es solo recoger la mercancía y llevarla a la nave.

—Nos vemos entonces.

—Gracias, sabes que no te lo pediría si no fuese importante.

—Lo sé.



Tras despedirse volvió a servirse otro vaso de whisky para luego escribirle una nota a su mujer que dejó en la nevera bajo un imán.

Salió de la casa y se montó en su coche para dirigirse al puerto de Livorno para ayudar a Saulo con la mercancía que llegaba.

Al llegar, aparcó cerca de la nave que tenía su jefe y lo llamó para ver dónde se encontraba. Al parecer no andaba muy lejos y decidió ir caminando hacia el lugar donde vio un barco que descargaba una enorme caja de madera.

Saulo ya estaba allí, observando que la mercancía bajaba con el mayor cuidado posible.

—¿A quién se la has robado esta vez? —preguntó Lucio poniéndose a su lado con las manos en los bolsillos.

—Le he tomado prestada de los japoneses —dijo Saulo con una sonrisa de medio lado.

—Uhh, ¿te has metido con la Yakuza? ¡Qué nivel!

—La verdad es que hicimos un intercambio que bien vale este regalo.

—Dime, por favor, que no es un jodido buda.

—Tranquilo que no lo es.

De repente, el chirrido de varios coches los alertaron y rápidamente cogieron sus armas. Se giraron para verse rodeados de hombres que los apuntaban con pistolas.

—Sabía que alguien me estaba traicionando... —murmuró Saulo justo antes de dar un par de disparos y buscar un sitio en el que cobijarse.

—¡Mierda! —exclamó Lucio haciendo lo mismo mientras deseaba fervientemente que aquello acabara pronto, no podía volver a decepcionar a Giulia.

## 4.

Giulia llegó un par de horas más tarde sin Lucca, al que había dejado en casa de unos amigos. Cuando abrió la puerta, todo estaba en silencio y algo le dijo que Lucio no estaba. Suspiró cansada y encontró la nota en la cocina que le confirmaba sus sospechas.

—Siempre igual. Espero que esta vez no tardes que mañana nos vamos —dijo dándole la espalda a la nevera para irse a la habitación a descansar.

Estaba nerviosa y no tenía hambre así que se cambió y se acostó a dormir, no sin antes poner el despertador para ultimar detalles antes de marcharse.

Pero cuando sonó este por la mañana vio que Lucio no había aparecido. Su almohada estaba intacta y no se oía ningún ruido en el baño o en cualquier otra parte de la casa. Se levantó para mirar, pero no había nadie así que cogió su móvil y lo llamó. Nadie contestó tras los cinco tonos.

Miró su móvil y sintió una intensa rabia crecer. Le había prometido llegar a tiempo. Guardaba la esperanza de que así fuera porque estaba cansada de esperar cosas que su marido no podía cumplir.

Se dirigió a la habitación para terminar de colocar las cosas en la maleta y maquillarse un poco para luego vestirse, esperando que apareciera de un momento a otro.

Mientras tanto, Lucio permanecía en la nave desde la noche anterior con Saulo a su lado. Alguno de los esbirros de Zanetti lo había herido en el abdomen y estaba perdiendo bastante sangre.

Salvatore hacía un buen rato que había llegado e intentaba sacar la bala del agujero que le había hecho esta.

Lucio se quejaba y gruñía de dolor. Su móvil había sonado, pero no podía cogerlo así que miró a Saulo, el cual tenía el aparato en la mano y lo miraba fijamente.

—¿Quién era?

—Tu mujer.

Lucio cerró los ojos inclinándola más hacia atrás.

—Mierda. Que nos íbamos hoy...

Salvatore levantó la cabeza de la herida para mirar a su amigo.

—¿Voy a tener que taparme los oídos? Acabo de encontrar la bala y va a doler.

—¡Sácala de una vez! Tengo que irme.

—De verdad, os salvo la vida y me tratáis así, mi patatita no soportará un nuevo desplante.

Saulo miró fijamente a Salvatore advirtiéndole que la situación no estaba para gastar bromas.

—Salva...

—¿Qué? No me gusta trabajar en un ambiente tenso, bastante lo están ya los cuerpos que me traen a la morgue de la comisaría. En fin... allá vamos.

Sin esperar a que Lucio se preparase metió dos dedos en la herida y este gritó de dolor.

—¡Joder!

—Dije que iba a doler, que me iba a doler el oído... —se lamentó Salvatore mientras hurgaba en busca de la bala—. Que sepas que una vez la saque y te haga las curas no vas a poder hacer muchos esfuerzos, así que dile a tu mujer que el soldado debe quedarse en casita.

Los dedos del forense encontraron la bala y la sacaron. Lucio jadeó cuando notó que su amigo le presionaba la herida para evitar que se desangrase.

—Acaba de una vez, Salva, tengo que llegar a mi casa.

—Un poco de paciencia ¿o acaso quieres morir desangrado? Entonces sí que llegarás tarde, ah no, que no llegarás nunca —dijo Salvatore mirándolo para luego mirar a Saulo—. ¡Haz algo! Eres su jefe. Así no puedo trabajar.

—Salva, cúralo de una vez, llevamos muchas horas aquí. Yo también tengo cosas que hacer.

—Y yo estaba haciendo cosas que dejé a mitad para venir a curarlo, la vida es así.

—Salva...

El tono de advertencia hizo suspirar al forense mientras sacaba de su maletín lo necesario para suturar. Antes de comenzar, miró a su jefe.

—Dale algo que pueda morder, no tengo anestésico y va a gritar mucho.

—¿Y qué le voy a dar? No tenemos nada aquí.

—Tienes una bonita corbata en el cuello, si le pasa algo tienes miles más en un armario —dijo Salvatore alternando la mirada entre la corbata y su cara—. Que sea rápido, gracias. Ah y sujétale las piernas.

Saulo aflojó el nudo de la corbata y se la tendió al forense que, enseguida, se la colocó a Lucio entre los dientes para que lo mordiera mientras el primero le sujetaba las piernas.

Salvatore cogió la aguja y la acercó a la herida para traspasar la carne e intentar unirla con la otra parte. Sintió a Lucio gruñir y removerse, aunque gracias a Saulo pudo hacer el trabajo rápido y diligentemente. Tras acabar, se secó el sudor de la frente con el brazo para luego quitarse los guantes ensangrentados y tirarlos al suelo mientras Lucio recuperaba el aliento.

Guardó las cosas en el maletín.

—Te has salvado por poco, amigo. A punto ha estado de tocar órganos vitales.

Lucio se incorporó con cierto esfuerzo y haciendo gestos de dolor al más mínimo movimiento. Se fue a abrochar la camisa, pero los botones habían saltado cuando Salvatore la abrió para ver la

herida. Tendría que comprar una camisa, no quería preocupar a Giulia más de lo necesario.

—Quieto, que tengo que cubrir esa herida —dijo Salvatore sacando rollos de vendaje.

—Por Dios, ¿aún queda más?

—Esto no duele, aprieta, pero no duele. Deja de quejarte, hombre.

—Acaba de una vez, mi mujer me está esperando.

—Ya, ya.

Salvatore envolvió el torso de su amigo y cuando acabó, Lucio se puso en pie. Ya llegaba tarde y no había cogido las llamadas de Giulia, debía darse prisa. No podía romper una nueva promesa.

Con paso pausado se alejó de Saulo y Salvatore sin siquiera despedirse. Al salir de la nave, se metió en su coche mientras el dolor lo laceraba. Finalmente se alejó del puerto.

Los otros dos lo observaron salir y Salvatore negó con la cabeza.

—Ni siquiera me dejó decirle que debía guardar reposo. Se le abrirá, ya verás —dijo rascándose la perilla—. En fin, mi trabajo aquí ha terminado y yo también llego tarde a la comisaría... Dios, seguro que Hulk ya me está esperando...

Saulo enarcó una ceja, mirándolo.

—¿Hulk?

Salvatore lo señaló.

—No has visto al comisario cuando se enfada, Hulk a su lado es un unicornio. Así que lo mejor es no enfurecerlo. El deber me llama.

—Ve, entonces, yo también tengo cosas que hacer —dijo escuetamente mientras se recolocaba la camisa y guardaba la corbata en el bolsillo del pantalón.

—¿Sabes? A veces pienso que te metieron un palo por el culo, ¿qué te cuesta decirme un hasta luego? Que seas de la mafia no te hace insensible, bueno, un poco sí, pero tú has dicho que todos somos de tu familia... un poco de amor fraternal no viene mal de vez en cuando.

Saulo sonrió de medio lado mientras se alejaba y levantó la mano en señal de despedida.

Lucio paró el coche delante de la puerta de su casa y se bajó. Antes de llegar había parado en una tienda de ropa para comprarse una camisa nueva y unos pantalones para tirar los que había llevado la noche anterior que estaban llenos de sangre.

Hizo una mueca de dolor cuando se fue acercando y al abrir la puerta vio las maletas.

—Giulia, ya he llegado —dijo desde la entrada.

Nadie contestó, por lo que decidió entrar y cerrar la puerta. Caminó por el pasillo hasta la

cocina, pero allí no estaba. La sintió a su espalda y se giró para verla con los brazos cruzados.

—Ya veo que has llegado —dijo ella con tono frío.

—Pues venga, que llegamos tarde —dijo él dirigiéndose a la salida.

—¿De verdad esperas llegar cuando el crucero zarpa en veinte minutos?

—Si nos damos prisa, sí. No se irán sin nosotros.

Giulia negó a la vez que descruzaba los brazos dejándolos caer a ambos lados de su cuerpo. Miró a su marido y su rostro reflejaba decepción.

—¿Pretendes llegar antes de veinte minutos? Estoy cansada, Lucio, cansada de guardar la esperanza de que un día vas a cumplir todas tus promesas. Pensé que esta vez iba a ser diferente. Pensé que nos iríamos de crucero y que tendríamos tiempo para nosotros solos, pero parece que tu jefe es más importante que yo.

—Eso no es cierto, tú eres importante para mí.

—¿De verdad? La noche de nuestro aniversario te fuiste a trabajar, hoy teníamos que habernos ido de crucero y resulta que te fuiste con tu jefe a no sé dónde para llegar ahora. No veo mi lugar en ningún sitio. Está visto que tus prioridades son otras.

Lucio estiró los brazos hacia ella, pero Giulia se alejó levantando las manos.

—Estás sacando las cosas de contexto.

—No, nada está sacado fuera de contexto, prefieres irte a trabajar que estar conmigo, reconócelo.

—Deja de decir estupideces.

—¿Estupideces? ¿Eso es lo que piensas? Estoy cansada de todo esto. Lo he estado meditando y creo que lo mejor será que nos separemos, no puedo luchar contra tu trabajo.

Lucio la miró sorprendido ante aquellas palabras e intentó acercarse de nuevo a ella, pero Giulia retrocedió otro paso más. Ese gesto le partió el corazón porque su mujer era lo más importante y le había fallado. No podía dejarla marchar así como así. Él no podría vivir sin ella.

—Giulia, no nos precipitemos, podemos solucionarlo.

—No, Lucio, he dejado pasar muchas, pero ya no más. Este viaje era nuestra oportunidad y no has cumplido. Ya está, se acabó.

Diciendo esto, pasó por su lado, cogió su bolso y salió de la casa. Lucio quiso detenerla, pero no se movió del sitio durante varios segundos. Cuando reaccionó, salió dispuesto a evitar que se alejara, pero ya había desaparecido.

Maldijo en alto y sacó su móvil del bolsillo para llamarla. Lo intentó varias veces, pero solo recibió por respuesta el contestador en el que dejó una veintena de mensajes para hacerla recapacitar.

La rabia se apoderó de él y no pudo evitar golpear una de las paredes de su habitación. No podía perder a su mujer, ella lo era todo.

Se recostó en la cama, apesadumbrado.

Salvatore salió de la comisaría bastante cansado de la jornada que había pasado. Hoy había tenido que hacerle la autopsia a una mujer joven asesinada en su propia casa. Aquello tenía pinta de ser un asesinato pasional.

Cuando se metía en su coche recibió una llamada, observó la pantalla y suspiró. No debería cogerla, pero si no lo hacía iba a seguir insistiendo y la verdad era que estaba muy cansado para eso.

—Padre... Cuánto tiempo sin saber de ti, ¿dónde estás ahora? ¿Nueva Deli?

—Siempre tan simpático, Salvatore.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Te ha llegado la carta?

—¿Qué carta?

—La de la invitación a mi boda con Dianora.

Salvatore enarcó una ceja mientras apartaba el móvil de la oreja para mirar la pantalla como si fuese a aparecer la cara de su padre en cualquier momento por ahí. Volvió a ponérselo en la oreja sin comprender muy bien lo que quería decir.

—¿Cómo?

—Lo que estás oyendo. Me caso dentro de un mes y estás invitado.

Salvatore puso los ojos en blanco antes de responder irónicamente.

—Es un gran honor que te acordaras de tu hijo ¿eh? ¿Tienes la lista de boda? Imagino que apuntarías viagra. Fíjate que te puedo conseguir cantidades industriales.

—Salva...

—No, Salva no. ¿Cómo puedes pensar en casarte con esa mujer? —preguntó con frustración—. Podría ser mi hermana. Te está robando dinero y lo sabes muy bien.

—No es cierto, yo se lo dejo.

—¿Se lo dejas? —preguntó frustrado—. ¡Anda ya! Te ha comido el coco de muy mala manera y crees cosas que no son. Ella fue la culpable de la muerte de mamá. Por su culpa, ella está muerta.

—¡Deja de decir mentiras! Tu madre no estaba bien de la cabeza.

—¡No te permito que la insultes! Mira, ¿sabes qué? El día que te vayas a casar voy a estar en

mi casa emborrachándome hasta caer rendido porque esa mujer ha convertido a mi padre en una persona que ya no conozco. Solo espero que cuando te desplume, te des cuenta de lo que has perdido y deseo que no sea muy tarde para ello. Que disfrutes de ese día.

Sin dejarle contestar, colgó la llamada. Cerró los ojos suspirando. Aún no podía entender la actitud de su padre con esa mujer. Ella había entrado a trabajar en la casa cuando su madre enfermó y su padre no se podía hacer cargo de ella las veinticuatro horas al día. Contrató a una cuidadora, pero desde su llegada, su madre había ido decayendo más y más en aquella enfermedad llevándola a la muerte.

Recordar aquellas imágenes de su madre tirada en la cama de cualquier forma le estremeció. Le prohibieron hacerle la autopsia y la sospecha siempre estuvo ahí. Detrás de Dianora. Ella era quien debía velar por su madre, de que se tomara su medicación adecuadamente.

Abrió los ojos y puso el coche en marcha. Necesitaba emborracharse y olvidar aquella llamada que solo había hecho remover sentimientos ocultos.

Sin saber muy bien qué rumbo tomar, se dirigió al primer bar que encontró en el camino.

## 5.

Salvatore aparcó delante del bar para ahogar su mal día en alcohol. La llamada de su padre lo había alterado y hacerle recordar momentos terribles del pasado. Momentos que había querido borrar, pero la presencia de esa mujer se lo impedía.

Entró en el lugar dirigiéndose directamente a la barra para pedir un whisky. Se lo bebió de un trago y soltó el vaso para que le pusieran otro y, así, sucesivamente. Necesitaba olvidar todo lo ocurrido hacía tan solo un rato. Dejar de pensar. Emborracharse hasta caer rendido.

Miró a su alrededor para ver cómo estaba el ambiente cuando vio a alguien a quien rápidamente reconoció.

Estaba sentada en una mesa y tenía una botella de alguna bebida alcohólica que de primeras no supo identificar. Cogió su vaso, que estaba lleno otra vez, y se acercó hasta ella.

—¿Giulia? —preguntó no muy convencido.

La mujer levantó la mirada y pudo ver que tenía los ojos rojos e hinchados de llorar. Sorbía por la nariz como una niña. La vio beber del vaso que tenía en sus manos y levantarse dispuesta a marcharse.

Salvatore la agarró del brazo para detenerla.

—Déjame —dijo ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Le ha ocurrido algo a Lucio?

Miles de pensamientos se instalaron en la mente del forense al ver a la mujer en ese estado tan alterado. Él le había curado la herida lo mejor que había podido hacer a su amigo y sabía que sanaría bien.

—No me lo nombres. No quiero saber nada de él. —Giulia estaba medio achispada.

Salva la volvió a sentar a la mesa y apartó la botella que ella pretendía coger.

—¿Se puede saber qué ha pasado? Será mejor que lo llame —dijo cogiendo su móvil.

—¡No! Te juro que como lo llames te comes el móvil.

El forense levantó las manos rindiéndose para luego guardar el móvil mientras ella se limpiaba las mejillas empapadas de lágrimas.

—¿Se puede saber qué ha pasado para que estés así? ¿Por qué no quieres que lo avise?

—Porque es un mentiroso. Hoy nos íbamos a ir de crucero y, como siempre, prefirió primero su trabajo, pero se acabó... ya no volverá a hacerme lo mismo. Esta es la última. —Levantó la mirada hacia el médico mientras le temblaba el labio inferior—. Era nuestra oportunidad de tener un bebé... aunque parece que siempre estoy en un segundo plano.



Salvatore parpadeó ante aquellas palabras. ¿Acaso Lucio no le había contado su problema? ¿Ella no sabía que no podrían tener hijos porque él era estéril?

—No deberías estar aquí, él tenía sus razones para llegar tarde, pero todo se puede solucionar.

—¡No! Esto ya no tiene solución. No puedo soportar más esta situación... He dado todo de mí por salvar esta relación, he nadado contracorriente porque lo amo y mira cómo me lo paga. Yo solo quería que fuéramos felices, pero no deja de anteponer su trabajo a nosotros y me he cansado de luchar contra ello. Ahora me siento muy sola...

Giulia volvió a sollozar cubriéndose el rostro con ambas manos.

Salvatore se pasó una mano por el pelo, desordenándose aún más. Odiaba ver a una mujer llorar y le ponía nervioso no saber qué hacer en una situación así porque no podía decirle ciertas cosas que debía contarle Lucio.

La joven cogió la botella para volver a servirse más bebida en su vaso, pero él se lo impidió.

—No deberías beber más.

Ella le apartó la mano para volver a coger la botella y beber directamente de esta.

—Déjame en paz. Voy a beber hasta caer redonda para olvidar el dolor. Necesito sacar de dentro todo esto que siento, así que si vas a acompañarme bien, si no, ya puedes marcharte y dejarme sola.

Él la miró fijamente antes de arrebatarse la botella y beber él mismo un sorbo. Giulia había estado bebiendo ginebra. Dejó la botella y sacudió la cabeza mientras suspiraba.

—No voy a dejarte sola así —dijo tras un carraspeo.

Ella asintió volviendo a beber. Así pasaron algunas horas en las que ni siquiera hablaron, solo lo mínimo.

Salvatore, en un momento dado, miró el reloj y se dio cuenta de que era ya pasada la medianoche. Miró a Giulia la cual había empezado a reírse por todo.

—¿Sabes qué? Una vez pensé que me ponía los cuernos porque encontré una camisa suya con una mancha de carmín. ¿Y si de verdad me los puso? —Su rostro se tornó preocupado ante sus propias palabras—. ¡No! Es imposible...

—Giulia, deberías parar, venga, te llevo a tu casa.

Ella negó con la cabeza con fuerza.

—¡No! No voy a volver allí si está Lucio.

—No puedes quedarte aquí, van a cerrar ya —dijo incorporándose mientras le tendía la mano—. Anda, vamos.

Giulia miró la mano de Salvatore para luego subir su mirada por todo su torso marcado por aquella camiseta de Guns N' Roses gris y sus mejillas se encendieron.

Una repentina atracción ejerció fuerza sobre ella, no sabía si debido al alcohol o qué, pero estaba empezando a sentirse atraída por ese hombre de pelo corto y perilla oscuras, de intensos ojos marrones que la miraban y parecían desnudarla a conciencia.

Sintió un intenso calor en su vientre, pero a su mente vino la imagen de Lucio y negó con la cabeza. Debía dejar de pensar estupideces. Lo que necesitaba era una buena ducha y dormir hasta que se le esfumara el alcohol del organismo.

—¿Giulia? —preguntó él ante la intensa mirada que le estaba echando.

—¿Eh?

—¿Te encuentras bien?

Ella cerró los ojos y asintió.

—Sí, solo estoy un poco mareada.

—Te llevaré a tu casa, Lucio debe estar preocupado.

—¡No! Ya te he dicho que allí no pienso volver. Me da igual a dónde me lleves, pero no quiero ir a mi casa. No quiero verle la cara a mi marido, bueno... a... a Lucio.

Parecía a punto de llorar otra vez y Salvatore prefirió no darle más motivos para llorar, así que intentó calmarla.

—Vale, vale, no iremos a tu casa... te llevaré a un hotel para que pases la noche, te llevaría a mi casa, pero mi sofá es incómodo. Vamos.

Él tuvo que agarrarla cuando se levantó porque estaba tan borracha que no se mantenía en pie. Ambos salieron del bar y Salvatore se dirigió hacia un hotel que había por allí cerca. Una vez dentro, la acompañó hasta la recepción para registrarse. Estaba cansado y quería irse a su casa a dormir.

Cuando se iba a despedir de ella, Giulia lo agarró de la camiseta pegándose a él para mirarlo a los ojos.

—No me dejes sola, por favor.

—No puedo quedarme, tengo que volver a mi casa...

Tragó saliva cuando sintió las suaves curvas del cuerpo de Giulia pegado al suyo. Ambos se miraron a los ojos fijamente sin despegarse ni un ápice. El aguante de Salvatore tenía un límite que ella ahora mismo estaba empezando a sobrepasar.

Llevaba un buen rato fijándose en ella y le parecía realmente hermosa. Su pelo largo castaño y sus ojos azules lo atraían demasiado, queriendo llevarlo a hacer cosas que sabía que no deberían suceder. Si no se contenía ahora iba a cometer un terrible error del que se arrepentiría todos los días de su vida.

—No, Giulia... Lucio es mi amigo y ahora mismo mis pensamientos no son nada coherentes con respecto a ti... además, estás borracha y no sabes lo que haces.

La vio fruncir el ceño y gruñó cuando ella le dio un leve puñetazo en el centro del pecho.

—Estoy perfectamente, solo un poco achispada, pero sé lo que hago y lo que quiero —dijo mientras enredaba las manos tras el cuello del forense—. Ahora mismo lo que quiero eres tú. No sé muy bien por qué, pero es así. Me pones mucho.

Intentó besarla varias veces recibiendo la negativa de él, aún así no se detuvo y cuando lo consiguió, pegó su cuerpo todo lo posible, apenas dejando espacio para que pasara el aire.

Salvatore quiso apartarse antes de sucumbir, pero los labios de Giulia en los suyos le provocaron una erección. Ella se había aferrado a él y ya no pudo controlarse más. La agarró de la cintura y la pegó a sí. Se apartó durante unos segundos para llevarla al ascensor. Su raciocinio se había perdido por completo olvidando de quién era mujer.

Desde el primer momento en que la vio le había atraído, pero siempre había tenido claro que estaba vetada. Ahora que ella se había lanzado no podía aguantarse más, total, iba a ser una mujer separada. Siempre oyó que los niños y los borrachos decían la verdad. ¿Por qué no creerlo?

Una vez dentro del ascensor, los besos volvieron a hacer acto de presencia acompañado de manos juguetonas que tocaban todo a su paso, soltando gemidos anhelantes. Al llegar a la planta donde estaba la habitación que habían alquilado, se dirigieron hacia allí lo más rápidamente posible.

Ya dentro, volvieron a dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Salvatore la apoyó contra la puerta sin dejar de besarla mientras le subía la blusa dejando al descubierto sus pechos, cubiertos por un sujetador negro de lo más sexy que haya podido ver anteriormente.

Por unos segundos, la voz de la razón hizo acto de presencia y murmuró.

—Deberíamos parar.

—No. No lo hagas —gimió ella arrebatándole la camiseta para tocar su torso cubierto de vello oscuro.

Salvatore no pudo soportarlo más y volvió a besarla con pasión bajando por su barbilla y cuello llegando a la clavícula que mordió suavemente. Giulia se arqueó gimiendo mientras sus manos se agarraban a los hombros del hombre, clavando las uñas en su carne.

Él, sin hacer caso del leve dolor provocado, con manos diestras, le desabrochó el sujetador para dejar aquellos dos pálidos montículos al descubierto y casi se relamió al ver los pezones duros, anhelantes de atención, que no tardó en satisfacer. Bajó hasta uno de ellos y lo tomó en su boca, succionado con placer. Giulia volvió a arquearse para que siguiera con aquella placentera tortura.

—¡Dios, sí! —exclamó ella agarrándole la cabeza evitando que se apartara.

Los dedos de Salvatore jugaron con el otro sin darle tregua alguna. Su erección pugnaba por salir de su prisión en los vaqueros. Se apartó tras jugar un poco para mirarla a los ojos.

Ella los tenía velados de pasión, sus mejillas estaban coloradas y los labios hinchados por los besos que habían compartido hacía tan solo unos minutos. Sin siquiera pensar en nada, la despojó

de toda la ropa para luego bajarse él mismo los pantalones y los bóxers.

Arremetió contra sus labios de nuevo mientras sujetaba uno de sus muslos para que la apoyara en su cadera. Su erección ya pulsaba contra la entrada húmeda de Giulia que se movió levemente deseando ser llenada.

—Esto no está bien... —dijo él apoyando la frente en la de la mujer con los ojos cerrados y la respiración agitada.

—Calla... olvidemos todo...

Lo atrajo más hacia sí y volvió a besarlo con pasión.

Salvatore no pudo soportarlo más y la penetró de una sola estocada. Giulia gimió muy alto. Él se quedó quieto durante unos segundos para luego empezar a moverse levemente hacia fuera y hacia adentro, pero ella lo instó a ir más rápido, cosa que no dudó en complacer.

Los movimientos fueron aumentando de velocidad y de intensidad por lo que apenas tardaron en llegar al orgasmo.

Salvatore apoyó la cabeza en el hombro de Giulia mientras ella la apoyaba contra la puerta con los ojos cerrados y las respiraciones agitadas.

Cuando él se recuperó lo suficiente, la miró a la cara. Hacía mucho tiempo que no tenía sexo como ese y había sido estupendo. Giulia era guapa, su cuerpo le atraía como la luz a las polillas. Ella no tuvo que hacer muchos esfuerzos para llevarlo hasta aquella habitación, pero sabía que no iba a quedar ahí.

Comenzando a sentirse erecto otra vez, y sin salir de ella, la llevó a la cama cubierta por un cobertor blanco. Se sentó con Giulia encima que gimió meciendo las caderas.

A pesar de haber tenido un orgasmo, ella anhelaba más y cuando él se sentó, lo sintió hundirse un poco más lo que provocó que se humedeciese. Tomó el rostro del hombre entre sus manos para volver a besarlo con ansias.

—Muévete para mí, nena —dijo él apartándose lo justo para mirarla a los ojos.

—Oh Dios —gimió Giulia mientras comenzaba a hacer movimientos ascendentes y descendentes con una cadencia lenta al principio.

—Eso es... —susurró Salvatore antes de volver a los pezones de la mujer para jugar con ellos.

Como había ocurrido hacía tan solo unos minutos contra la puerta, los movimientos se hicieron más y más rápidos mientras los gemidos y gruñidos subían una octava.

Volvieron a estallar en otro orgasmo que los dejó exhaustos.

No fue la única posición que practicaron durante la noche, parecían estar necesitados de ese contacto y solo cerca de la madrugada se quedaron profundamente dormidos cubiertos por las sábanas que habían sido mudos testigos de aquella pasión.

## 6.

Ya era bien entrada la mañana cuando el sonido de un móvil hizo acto de presencia en la silenciosa habitación de hotel.

Giulia gimió sintiendo un terrible dolor de cabeza al oír el sonido y se removió entre las sábanas. Entreabrió los ojos, pero tuvo que volver a cerrarlos por la molesta luz que entraba por la ventana que tenía frente a ella. Parecía que alguien le estaba taladrando justo en el centro de su cerebro.

Cuando paró el sonido suspiró, pero cuando este volvió, maldijo para sus adentros removiéndose. Al hacerlo, notó el suave tacto de las sábanas sobre su cuerpo y frunció el ceño. Aquellas sábanas eran demasiado suaves para ser las de su cama.

Abrió un ojo para visualizar su alrededor. Aquella habitación no era la suya. Con un gemido lastimero se incorporó. Las paredes eran de color claro, al contrario que los muebles que eran de madera oscura.

De nuevo, el sonido de un móvil volvió a oírse y se llevó las manos a los oídos.

—Dios, mi cabeza... —dijo con los ojos cerrados.

Al abrirlos, miró hacia su lado encontrando a un hombre durmiendo boca abajo. Frunció el ceño durante unos segundos y pensó en Lucio... No. Aquella espalda no era la de su marido. Se cubrió la boca con la mano. Si aquel hombre no era su esposo, ¿quién era? ¿Qué había ocurrido?

Un gruñido le hizo dar un brinco percatándose entonces de que volvía a sonar la melodía de un móvil.

—Joder... —se quejó el hombre que estaba a su lado.

Lo vio incorporarse de espaldas a ella y pasarse una mano por el pelo oscuro desordenándolo aún más si es que eso era posible. Miró a todos lados buscando el origen del sonido y se dirigió hacia los pantalones para sacar el móvil de uno de los bolsillos. Cuando observó la pantalla, se giró rápidamente hacia ella que palideció al reconocerlo y recordar lo ocurrido en forma de flashes.

Salvatore la vio blanca como el papel, pero él ahora se sentía terriblemente acojonado porque quien lo estaba llamando era el marido de esa mujer.

Tenía que coger la llamada así que descolgó antes de que fuese tarde.

—Lucio, amigo —dijo con voz ligeramente tensa mientras volvía a mirar hacia Giulia que palideció aún más, si es que eso era posible.

—Salva, ¿te pillo ocupado? Estoy desesperado.

—¿Qué ocurre?

—Giulia se ha ido, desde ayer no sé nada de ella, no contesta a mis llamadas, no sé dónde puede estar.

—Pero ¿ocurrió algo? Ayer dijiste que os ibais —dijo tratando de disimular.

—Llegué tarde y se nos escapó el crucero. Se enfadó y me dijo que nos separáramos, pero no puedo vivir sin ella.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Ayúdame a encontrarla.

«Si tú supieras que la tengo aquí...», pensó Salvatore mirándola. No reaccionaba y estaba muy pálida.

—¿Cómo? —preguntó el forense.

—No lo sé, solo quiero encontrarla y pedirle perdón por todo. No me la merezco, ha aguantado mucho por mi culpa y no merece eso.

La culpa golpeó con fuerza a Salvatore que se pasó la mano por la cara. Aquello había sido una locura, tenía que haberse resistido más, pero anoche pensó con el cerebro de abajo y ahí estaban las consecuencias.

Suspiró cerrando los ojos.

—Veré qué puedo hacer para ayudarte, te dejo.

—Gracias, amigo.

—De nada.

Tras esto colgó y se acercó a Giulia, preocupado. Se sentó a su lado y acercó su mano hasta la de ella que reaccionó dando un brinco. Lo miró por unos segundos para luego apartarse rápidamente.

—Dios mío, ¿qué he hecho? —preguntó Giulia cubriéndose la boca mientras negaba.

—Giulia...

—¡No! ¡No digas nada!

Se levantó para buscar su ropa y vestirse mientras Salvatore la observaba.

—¿Por qué te pones así si vas a separarte de él? —preguntó él incorporándose.

Giulia se detuvo a medio vestir y lo miró.

—Porque aún estoy casada con él y te ha llamado para que lo ayudes a buscarme. Eres su amigo... ¡Dios! Esto no puede estar pasando... —dijo llevándose las manos a la cara.

—El problema de todo esto es porque no le dejaste explicarse, sino, no te hubieras ido —dijo Salvatore levantándose.

Sentía que ella le echaba toda la culpa de algo que había sido de los dos. Giulia apartó las manos para mirarlo.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué estás queriendo decir?

—¿Sabes por qué llegó tarde?

—Porque prefiere su trabajo a su matrimonio.

Salvatore negó con la cabeza. Aquella mujer se contradecía a sí misma. Le atraía demasiado, pero había sido un tremendo error lo ocurrido esa noche. Lucio no se merecía esta traición de ninguno de los dos. ¿Cómo miraría a la cara a su amigo?

—Anoche recibí un disparo en el abdomen, yo mismo le saqué la bala, debía ir con cuidado por si tocaba órganos vitales. Lucio me metía prisa, pero, como comprenderás, una operación así requiere de tiempo y un lugar adecuado, cosa que no tenía porque nos tuvimos que conformar con una nave que podría ser un foco de infección.

Giulia retrocedió un paso con sorpresa. Aquella declaración la había tomado desprevenida. Su marido herido y ella acostándose con otro.

—No... —dijo ella—. No puede ser.

—Lo es, Giulia. No debería haberte dicho nada, pero lo hemos hecho mal, tanto tú como yo y Lucio no se lo merece. Él no quiso llegar tarde ayer...

Ella se apoyó en la pared y descendió lentamente hasta acabar sentada en el suelo mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿Qué he hecho? —preguntó en un susurro—. Yo... yo pensaba que prefería su trabajo antes que a mí.

—Él te ama, Giulia. Esto es algo que no me perdonaré, he traicionado a un buen amigo, no voy a poder mirarle a la cara como antes porque me he acostado con su mujer.

Ella se cubrió la cara con las manos soltando un sollozo. El arrepentimiento le golpeaba con fuerza al igual que la culpabilidad. Se limpió las mejillas y se levantó para terminar de vestirse. Cogió su bolso dispuesta a marcharse de aquella habitación, pero Salvatore la agarró del brazo.

—Suéltame.

—Giulia...

Ella se giró y lo miró directamente a los ojos.

—Lo que ocurrió aquí esta noche no ha sucedido jamás. Tú y yo no nos hemos visto así que olvídate de todo. ¿Entendido? Suéltame y déjame volver a mi casa con mi esposo.

Se zafó de su agarre y abrió la puerta para salir. Sus miradas se encontraron por última vez y luego se interpuso la madera entre ellos. Salvatore apoyó la frente en la puerta con los ojos cerrados.

Giulia tenía razón. Lo mejor era olvidar lo ocurrido y seguir sus vidas como siempre. Debía

recordarse de quién era mujer para evitar futuras tentaciones. Volvió sobre sus pasos y recogió su ropa para vestirse. Miró la cama deshecha recordando por un momento lo ocurrido para luego pasarse una mano por el pelo soltando un gruñido.

—Basta, Salva, esa mujer vuelve a estar vetada para ti. Vuelve a casa y te pones a ver *Juego de Tronos* o algo para disfrutar de tu día libre.

Terminó de vestirse y salió de la habitación.

Cuando Giulia salió de la habitación se apoyó en la pared durante unos minutos mientras dejaba las lágrimas correr por su rostro. ¿Por qué había ido a aquel bar? Tenía que haber dejado a Lucio explicarse.

Recordar todo lo ocurrido las últimas horas le hacía sentir culpable, su marido no se merecía algo semejante. Solo esperaba poder ocultarlo y que no descubriese nada. Con el tiempo todo estaría olvidado, saldría de la memoria de ambos. Tenía que ser así.

Se apartó de la pared y recorrió el pasillo para meterse en el ascensor. Se miró en el espejo peinándose con las manos buscándose algún tipo de marca que descubriese su infidelidad, pero, por suerte, no halló nada. Suspiró aliviada.

Al llegar a la planta baja, salió rápidamente del hotel para coger un taxi. En el trayecto hacia su casa no dejó de retorcerse las manos pensando qué decirle.

Cuando quiso darse cuenta ya estaba frente a su hogar y todo su cuerpo tembló. Pagó al taxista antes de bajarse para dirigirse a la puerta. No sabía cómo iba a mirar a Lucio a los ojos.

Se acercó a paso lento hasta la puerta conteniendo el aliento. La abrió muy lentamente para mirar dentro donde todo estaba a oscuras. Probablemente su marido hubiese corrido las cortinas.

—¿Lucio? —preguntó casi en un susurro, pero nadie contestó.

Quizás había salido a buscarla.

Se internó en el silencio mirando a su alrededor. Había varias cosas tiradas por el suelo, cuadros rotos, el florero de la mesita al lado del sillón estaba hecho añicos...

No queriendo ver más ese desastre decidió subir a su habitación. Se cambiaría de ropa antes de llamarlo, pero cuando entró ahogó un grito.

Su marido estaba tirado en la cama con una mano sobre el abdomen cubierto de sangre. Se lo veía pálido. Se acercó corriendo para arrodillarse a su lado poniendo sus manos sobre la de él, manchándose del líquido carmesí.

—¡Lucio! ¡Dios mío, Lucio! ¡Responde! ¡Dime algo!

Su marido soltó un leve gemido y giró su rostro hacia ella con una pequeña sonrisa en los labios.

—Giulia...



—Hay que llevarte al hospital.

—No —negó con la cabeza—. Llama a Salva.

Ella se apartó levemente para mirarlo a los ojos. Tragó saliva.

—¿A Salvatore? Pero aquí no puede... es mejor ir a un hospital.

—No, Giulia, en el hospital preguntarán... Es mejor que venga Salva. Coge mi móvil.

No quería llamarlo, no quería oír su voz, no quería verlo, pero Lucio no quería ir a un hospital a que lo curaran. ¿Qué iba a hacer? Miró a su alrededor en busca del móvil de su marido encontrándolo a su lado en la cama. Lo cogió con manos temblorosas y lo desbloqueó, Lucio no tenía ningún código de seguridad. Buscó el número de Salvatore para pulsar el símbolo de llamada. Se lo colocó en la oreja intentando no recordar lo ocurrido. Los nervios que sentía en ese momento le iban a pasar factura de un momento a otro.

Inspiró hondo antes de acercarse el móvil a la oreja mientras los tonos iban sonando. Estaba a punto de colgar cuando oyó la voz del forense.

—¿Lucio?

Giulia se mordió el labio inferior mientras miraba a su marido que jadeaba dolorido. Tenía que hacer de tripas corazón y hablarle, era el único que podía ayudarlo.

—Salvatore... soy Giulia... —dijo ella.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea.

—¿Giulia?

—Tienes que venir, Lucio está sangrando y me dijo que te llamara. Rápido, por favor.

Fue apartarse el móvil de la oreja cuando le oyó decir:

—¡Espera! —Ella volvió a colocárselo—. No haré ni diré nada si es lo que te preocupa.

—Ven y cúralo, eso es lo que ahora mismo me importa —dijo ella cortante. No quería recordar nada de la pasada noche.

—De acuerdo. Estaré ahí ahora mismo.

Sin contestarle, colgó la llamada y volvió la vista hacia Lucio mientras dejaba el móvil en la mesilla de noche para volver a poner las manos sobre la de él en la herida.

—Ya viene en camino.

Lucio sonrió asintiendo.

—Es bueno en lo que hace, cuando me cure estaré como nuevo, es un buen amigo y un buen médico.

Giulia apartó la mirada culpable. Ella nunca le había mentado y tener que ocultar algo como una infidelidad era terrible. Se sentía tan mal consigo misma que solo deseaba golpearse por lo

estúpida que había sido el día anterior al no querer escuchar las explicaciones de Lucio.

—¿Por esto llegaste tarde ayer? —Él asintió y ella gimió—. No te dejé explicármelo, soy terrible. Lo siento, Lucio, lo siento.

Sintió las lágrimas correr de nuevo por sus mejillas, pero su marido se las limpió con la mano libre sonriendo levemente.

—No, tú debes perdonarme a mí, no debí haber acudido a la llamada de Saulo. Nada de esto habría pasado.

Giulia apoyó la cabeza en la cama sollozando. Se sentía fatal. No poder contarle nada iba a suponer un verdadero suplicio. Lucio no se lo merecía.

—Lo siento, lo siento... —repetía una y otra vez sin cesar.

Él trató de consolarla aún sintiendo las fuerzas flaquearle por la cantidad de sangre perdida.

El timbre sonó entonces y Giulia se incorporó a pesar de no querer ir hacia la puerta principal a abrirle a la persona que ayudó a sentirse la mujer más desgraciada de la tierra, aún así, se apresuró a ir.

Abrió la puerta y se topó de frente con Salvatore.

## 7.

Ambos se miraron a los ojos por unos segundos antes de que ella se apartara de la puerta retirando su mirada de la de Salvatore, el cual entró sin decir nada. En su mano llevaba el maletín médico del que últimamente no se separaba.

—Está en la habitación —dijo ella cerrando la puerta.

Él se giró hacia ella esperando a que Giulia hiciera lo mismo. La mujer lo hizo, pero para pasar por su lado sin siquiera dirigirle una palabra. Subió las escaleras y Salvatore la siguió.

La mujer parecía tensa, pero supo mantenerse firme cuando entró en la habitación y se sentó al lado de su marido. El forense se acercó para dejar el maletín en el suelo mientras observaba la mano llena de la sangre que escapaba por la herida.

Sin decir nada, apartó esta, rompió la camisa y retiró el vendaje para ver la gravedad.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo para abrirte la herida así? —preguntó abriendo el maletín y sacando unos guantes de látex blancos para poder manejarse mejor—. Se han saltado varios puntos.

—Quería ir a buscar a mi mujer —respondió simplemente.

Salvatore levantó la mirada hacia Giulia, la cual apartaba el pelo sudoroso de Lucio de la frente sin atreverse a mirarlo.

—Pues creo que al final hiciste el esfuerzo para nada porque yo la veo aquí —dijo Salvatore preparando las cosas para curarlo y volver a coser la herida.

Giulia no decía palabra, ni siquiera se atrevía a mirar a Salvatore que trabajaba diestramente con la herida de Lucio. Sentía que si hacía el más mínimo movimiento podría revelar más de lo que quería y lo que había ocurrido debía quedar en el olvido más absoluto.

Había cometido un error que no iba a volver a repetirse. Antes de actuar oíría lo que Lucio tuviera que contarle. El sentimiento de culpa la estaba matando.

Intentaba no mirarlo prestándole atención a su marido, pero sentía cómo Salvatore le lanzaba miradas furtivas y la necesidad de salir de aquella habitación la acuciaron. Se apartó de Lucio para levantarse.

—Necesito salir, estaré abajo —le dijo a su esposo, el cual asintió.

Ella casi corrió fuera de la habitación. Una vez fuera, intentó respirar acompasadamente, pero parecía que sus pulmones se negaban a recibir tanta cantidad de aire. Negándose a tener un ataque de pánico al saber que su marido y Salvatore estaban en la misma habitación en la que podrían salir las verdades, bajó hasta el salón.

Recoger ese estropicio le ayudaría a no pensar y se agachó frente al jarrón para recoger los trozos con cuidado de no cortarse. Lo mismo hizo con los cristales de los cuadros, pero al ver las

fotos no pudo evitar romper a llorar de nuevo. Jamás pensó que algo así podría ocurrirle y el corazón se le encogía de dolor.

De repente sintió una mano sobre su hombro haciéndole dar un brinco. Se giró sin siquiera levantarse del suelo para ver a Salvatore allí, mirándola fijamente. Algo en su interior se revolvió, no sabía si de repulsión o de deseo tras recordar la noche pasada. Quería pensar que era por asco y desprecio. Se incorporó sin apartarle la mirada.

—He terminado de curar a Lucio, le he dado algo para el dolor y no tardará en dormirse.

—Entonces ya puedes marcharte —dijo ella cortante dándole la espalda.

—Giulia...

—¿Qué?! ¡Márchate de una vez! No quiero tenerte cerca, quiero olvidar lo de anoche, quiero que te vayas y me dejes en paz. —Él dio un paso hacia ella que hizo lo mismo poniendo la mano delante—. No, no te acerques.

Salvatore se detuvo pasándose una mano por la nuca. Lo que menos quería en este momento era hacerla sufrir, solo quería decirle que por él no se preocupara, que no iba a hablar. La había visto muy tensa en la habitación.

—Yo no voy a decir nada, Giulia, puedes estar tranquila en ese sentido. Fue un error y nadie tiene por qué saberlo.

Apartó la mirada mientras las lágrimas volvían a escapar de sus ojos mordiéndose el labio inferior.

—Lucio no se merece esto... —dijo Giulia negando con la cabeza abrazándose.

Salvatore quiso consolarla, pero se contuvo cerrando los ojos con pesar. Debía marcharse de allí ya mismo. Le dio la espalda para recoger su maletín en la entrada del salón. Se detuvo unos segundos suspirando.

—Procura que no haga movimientos bruscos, si ocurre cualquier cosa dile que me llame.

No esperó respuesta por su parte, simplemente salió de la casa.

Giulia se cubrió el rostro con las manos mientras se dejaba caer en el suelo de rodillas intentando ahogar los sollozos, pero estos salían sin control y de manera escandalosa.

Pasó mucho tiempo antes de que soltara una buena parte de su dolor, pero sentía que seguía enquistado en su interior provocándole un nudo en el estómago.

Subió a la habitación donde Lucio dormía profundamente. Tenía un vendaje nuevo cubriendo la herida y parecía tranquilo. Lo dejaría descansar.

Aprovecharía para darse un baño que limpiara aquella terrible sensación que recorría su piel, el recuerdo de otras manos tocando su cuerpo, debía borrar cualquier rastro de ello para poder vivir tranquila consigo misma.

Fue al armario a por ropa limpia y luego se dirigió al baño donde abrió el grifo para que

saliera el agua caliente. Se despojó de la ropa y, sin poderlo evitar, se miró en el espejo.

Había zonas de su cuerpo que aún sentía sensibles, en sus pezones aún podía sentir las mordeduras sensuales de sus dientes y entre sus muslos donde la barba de dos días de Salvatore había rozado cuando decidió lamer sus pliegues húmedos en busca de uno de los tantos orgasmos que había tenido en aquella noche.

Sus mejillas se sonrojaron al recordarlo, pero rápidamente negó con la cabeza y se metió bajo el grifo para que el agua borrara todo aquello que sentía. Su marido era Lucio y no iba a pensar en ese desliz.

Pero cerró los ojos y las imágenes vagaron por su mente. Él había recorrido todos los rincones de su cuerpo. Habían empezado de forma salvaje y, en algún momento, todo se volvió mucho más pausado. Aquellas caricias revivieron todas las células de su cuerpo y se pasó una mano por el cuello, realizando el mismo recorrido que los labios de Salvatore. Descendió lentamente hasta su pecho y notó cómo sus pezones se ponían duros.

Su otra mano viajó por su vientre bajando lentamente hasta que llegó a su entrepierna rozando con los dedos su clítoris, que notaba palpar de deseo. Su mente le jugaba una mala pasada al imaginar que era él quien la tocaba mientras el agua les caía encima. Los gemidos escaparon de sus labios mientras seguía tocando las partes más sensibles de su cuerpo hasta que, finalmente, le llegó el orgasmo de manera fulminante con una mano apoyada en los azulejos para no caer.

Abrió los ojos dándose cuenta de lo que acababa de ocurrir y se derrumbó sobre el plato de ducha llorando amargamente. No entendía por qué había ocurrido, por qué había pensado en él tocándola y excitándola. Aquello debía ser un castigo divino por haberle puesto los cuernos a Lucio.

Pasó un buen rato dentro de la ducha con el agua cayéndole encima y cuando la notó fría, decidió salir de esta envolviéndose en una toalla. Le dio la espalda al espejo para no verse. La vergüenza sería mucho peor que el propio acto. Se secó y se vistió a toda prisa para salir del baño y volver a la habitación.

Tendría que ir a buscar a Lucca ahora que no iban a irse de crucero. Lo haría antes de que Lucio abriera los ojos para que no se preocupara por ella.

Adriana estaba en su habitación justo frente a su enorme vestidor decidiendo qué ponerse. Llevaba desde el día anterior bastante malhumorada porque Lucio la había dejado plantada en el hotel.

Había cumplido su amenaza de no acudir y eso no le sentaba nada bien, por eso había mandado a uno de sus hombres a vigilarlo. Tenía que saber todo lo que hacía a cada momento. Ese hombre era suyo y de nadie más. Ni siquiera su mujer podía competir con ella.

En más de una ocasión había deseado matarla con sus propias manos. Poder sujetar su cuello y estrangularla con fuerza viendo cómo poco a poco iba perdiendo el color, escapándosele la vida. Nada la satisfaría más que eso, pero Lucio la protegía muy bien, cumpliendo su palabra de acudir

a su llamada.

Salvo anoche.

Algo que la llenaba de una rabia inusitada.

Cogió uno de los tantos vestidos entallados que tenía y lo depositó sobre la cama para quitarse la bata de seda que cubría su cuerpo prácticamente desnudo.

De repente, tocaron en la puerta y ella miró hacia allí.

—Adelante.

Esta se abrió apareciendo por esta un chico joven, alto, de pelo castaño claro y ojos verdes. Vestía con unos vaqueros, una camiseta negra y una chaqueta de cuero.

Adriena lo miró esperando que dijera algo. Sentía su mirada recorrerla y sintió satisfacción en su interior. Le gustaba atraer a los hombres, aunque solo quería a uno, no se negaba a sí misma darse un capricho con alguno de los que trabajaban para ella de vez en cuando.

El joven se pasó una mano por el pelo que llevaba un poco largo para apartárselo de la cara.

—¿Qué me traes?

—Belgeri no ha salido de su casa desde ayer por la mañana tras salir del puerto de Livorno. Tras llegar, su esposa salió bastante enfadada y él destrozó buena parte del mobiliario del salón. Hoy por la mañana, su mujer volvió para, un rato después, aparecer un tipo con un maletín en la mano. Creo que era médico, lo vi tener una discusión con la mujer de Lucio y luego marcharse.

—¿No salió de su casa?

El chico negó y Adriena gritó de rabia.

—¡Me ha mentido! ¡Ese malnacido me ha mentido!

Se pasó las manos por el pelo mientras daba vueltas por la habitación con deseos de romper algo, pero lo único que hizo fue tirar del cobertor de la cama al suelo.

El tipo solo la miraba, sabía que acercarse a ella en este momento no era una buena idea. La vio dar patadas a la cama y luego sentarse mientras gruñía y maldecía a Lucio Belgeri.

Con el movimiento causado por la rabia ni cuenta se dio que el batín de seda había caído de uno de sus hombros dejando al descubierto su pecho que se agitaba con ferocidad para luego golpear el colchón sin cesar.

Cuando, finalmente, se cansó, miraba hacia ningún lugar en particular para luego dirigir su vista hacia el chico que había permanecido en el mismo lugar que cuando entró.

—Kelso... —dijo Adriena mientras se incorporaba desanudándose el cinturón del batín—. Esto no puede quedar así, Lucio tiene que pagar por haberme dejado plantada ¿no crees?

Apartó las dos partes de la prenda y la dejó caer al suelo mientras se acercaba al joven. Vestía únicamente un tanga de encaje negro. Kelso se puso tenso cuando Adriena cruzó los brazos tras su

cuello y lo miró insinuante.

—Yo...

—Shh. —Lo mandó a callar mirándolo a los ojos—. No digas nada, necesito olvidar este dolor que siento... —dijo con tono lastimero.

Kelso tragó saliva mientras Adriena metía las manos por debajo de la chaqueta de cuero para quitársela y dejarla caer al suelo. Sus alientos se entremezclaban sin dejar de mirarse a los ojos.

De repente sintió cómo ella lo besaba con intensidad y pasión. Intentó resistirse, pero el deseo que despertaba en él era superior a todo raciocinio así que sus manos se movieron para apresar su cintura con la suya para que notara lo duro que estaba.

Mucho tiempo ocultando un deseo semejante. Cuando empezó a trabajar para ella no pensó jamás que llegaría a sentir algo de tal calibre y ahí estaba, duro y anhelante por una mujer que realmente estaba obsesionada con otro hombre. Hería su orgullo, pero no dejaría de aprovechar estos momentos para sentirla.

Adriena le quitó la camiseta con urgencia, para luego desabrochar los vaqueros. Tras bajárselos, lo condujo hasta la cama donde lo empujó quedando recostado. Una vez ahí, agarró las perneras y las bajó arrastrando también los zapatos. Finalmente, hizo lo mismo con los calzoncillos dejándolo desnudo. Se subió encima con movimientos sinuosos, gateando como una gata y pasó las uñas por el centro de su torso sin dejar de mirarlo a los ojos.

Kelso se apoyó en los codos buscando los labios de Adriena, pero ella siguió arañando suavemente su torso, provocando que su erección se pusiera aún más dura y anhelante de contacto, aunque ella aún llevaba el tanga puesto.

Él se incorporó un poco más y la atrajo hacia sí, besó su cuello para descender por este y prestarle atención a sus pezones que enseguida se endurecieron.

—Vamos, Kelso... penétrame... —dijo ella sujetando la cabeza del joven contra ella y se removía en busca de contacto de su intimidad con la inhiesta erección.

Él no lo dudó y con ambas manos rompió la íntima prenda. Entonces la penetró de una sola estocada. Ella gimió dejando caer la cabeza hacia atrás para luego empezar a moverse casi a un ritmo frenético.

Kelso la siguió sin dejar de prestarle atención a los pezones hasta que, finalmente, ambos estallaron en un poderoso orgasmo que los dejó exhaustos. Sin apenas moverse del sitio.

Cuando recuperaron el aliento, ella se incorporó para recoger el vestido que había caído al suelo y vestirse de una vez por todas. Tenía cosas que hacer y no podía quedarse en la cama todo el día.

## 8.

Ha pasado casi un mes desde la última vez que había visto a Giulia. Casi un mes desde que amaneció con ella en aquella cama de hotel y desde que curó a Lucio en su casa.

A pesar de haber bebido, recordaba muy bien todo lo que habían hecho y no podía dejar de recrear en su mente las caricias, los besos, la pasión desenfrenada, los cuerpos rozándose...

Solo de pensarlo volvía a ponerse duro como todos estos días pasados y perdía la concentración de lo que tenía que hacer.

Hacía unos días había tenido que practicar la autopsia a uno de los tipos que había estado en el tiroteo en el que dispararon a Lucio. Se habían ensañado con él y tuvo que ocultar algunas pruebas para que no fueran a por su jefe. Trabajar a dos bandas era algo que llegaba a cansar, pero era una forma de mantener a la policía lejos de la familia, o al menos se intentaba. Con esta había tardado un poco más de lo debido.

Aquella misma mañana de la autopsia había recibido una llamada de Saulo en la que le decía que algunos de sus hombres y él estaban en Roma para echar un vistazo a una nueva galería de arte. Entre ellos estaba Lucio y su pensamiento fue a parar a ella; a la mujer que últimamente le hacía levantarse con una erección todas las mañanas. Tenía que verla al menos una vez más para intentar meterse en la cabeza que no podía ser nada suyo, que debía olvidarla, por eso, cuando acabó su turno, decidió ir a verla. Recogió sus cosas y se dirigió a la casa de Giulia.

Detuvo su coche un par de calles antes y se acercó caminando. Una vez delante de la puerta, tomó aire y tocó el timbre esperando que abriera.

Dentro, Giulia, que estaba haciendo algo de cenar, se detuvo. Era muy tarde para recibir visitas y últimamente no se podía sacar de la mente las palabras que Lucio le había dicho antes de irse con su jefe de viaje. Parecía bastante nervioso.

—No abras la puerta a nadie que no conozcas, es muy importante que no lo hagas. Me he ganado algunos enemigos debido a mi trabajo y estos podrían hacerte daño. Cierra con llave y si a mí me pasara algo no dudes en llamar a Saulo para que te proteja.

Lucio llevaba un par de días bastante raro y que le dijera esas palabras no significaba nada bueno, de ahí que se volviera un poco más precavida, aunque no parecía ser suficiente. Cuando salía de casa se sentía observada en todo momento y estaba volviéndose un poco paranoica, no queriendo salir incluso.

Que tocaran el timbre a esa hora le hizo temblar. Hacía un par de minutos que había hablado con su marido y sabía que no podía ser él. Se acercó a la puerta tomando antes un jarrón que había en el pasillo.

El timbre volvió a sonar.

—¿Quién es? —preguntó ella junto a la puerta fingiendo seguridad con su voz.



—Soy yo, abre la puerta, por favor.

Aquella voz la hizo erguirse. Hacía casi un mes que no había sabido de Salvatore y casi había logrado olvidar lo ocurrido.

—Vete, no quiero saber de ti y Lucio no está.

—Ya sé que no está, quiero hablar contigo no con él.

—Conmigo no tienes nada de qué hablar, así que ya puedes marcharte —dijo ella dejando el jarrón.

—Yo creo que sí tenemos mucho de lo que hablar. No he podido olvidar aquella noche, Giulia, y no pienso marcharme hasta que abras la maldita puerta.

—Pues prepara una tienda de campaña si quieres. No pienso dejarte entrar en mi casa.

—¿Prefieres que los vecinos especulen sobre por qué hay un hombre en la entrada de tu casa esperando a que abras?

Giulia giró la llave para abrir la puerta con la rabia brillando en sus ojos.

—He dicho que no hay nada de qué hablar entre tú y yo, vete por dónde has venido y déjame en paz.

Salvatore avanzó un paso antes de que ella cerrara la puerta de nuevo para agarrar su cintura y besarla.

Giulia abrió los ojos sorprendida y trató de apartarlo con poco éxito. Le negó la entrada a su boca con toda la fuerza posible y con eso logró que se apartara para poder darle un fuerte bofetón.

—¡Eres un imbécil! ¡Vete!

Pero Salvatore no le hizo caso y los metió a ambos dentro de la casa para cerrar la puerta sin dejar de mirarla. Ella retrocedió nerviosa.

—Te guste o no vamos a hablar porque llevo muchos días que no puedo sacarte de mi cabeza y necesito encontrar algo que te saque de ella.

—Vete, por favor —le suplicó—. Quedó muy claro la última vez que no quería volver a verte ¿por qué haces esto?

Él se acercó hasta acorralarla contra la pared del pasillo pegando su rostro al de ella sin dejar de mirarla a los ojos, a apenas muy pocos centímetros de volver a rozar sus labios. Era toda una tentación que quería volver a probar.

—No lo sé, te probé una vez y me volví adicto a tu sabor. No entiendo qué hechizo has hecho sobre mí, pero no dejo de pensar en aquella noche en el hotel. Nunca había sentido algo igual...

Sin esperar respuesta por parte de Giulia volvió a besarla atrayéndola hacia sí, pegando sus cuerpos.

Ella volvió a tratar de apartarse, pero los labios de Salvatore le habían hecho olvidar todo a

su alrededor y gimió cuando él logró traspasar la barrera de su boca e introducir la lengua en un sensual baile, provocándola.

Las fuerzas de ella fallaron y se agarró a la camiseta de él. Sus besos eran tan diferentes a los de su marido... Aquel pensamiento la hizo apartarse de nuevo con la respiración agitada.

—¡No! ¡Basta!

—No puedes negarlo, Giulia, ambos sabemos que la atracción es superior a nuestros pensamientos. Vamos. Déjame probarte una vez más y te juro que no volverás a saber de mí —dijo Salvatore atrayéndola de nuevo hacia sí.

A pesar de negárselo a sí misma, su cuerpo respondía a las manos de Salvatore como no lo hacía con Lucio y sentía rabia ante ese hecho, pero tenía la necesidad de volver a ser tocada por él.

Desde lo ocurrido no había podido hacer el amor con su marido; algo dentro se lo impedía.

—No puedo hacerle esto de nuevo a Lucio... no puedo.

—Solo esta noche. Nadie tiene que saberlo... —Los labios de Salvatore estaban sobre su sien.

Ella cerró los ojos al notar la dulce caricia de los labios del forense. Era tan fácil dejarse llevar...

—Yo...

—Déjate llevar, Giulia, dejémonos llevar.

Salvatore fue depositando besos desde la sien bajando por la mejilla hasta su boca. Giulia ya no protestó más. Su cerebro se había derretido y solo podía sentir los labios y las manos de él sobre sí.

Volvió a tomarla en un abrazo para apoyarla contra la pared del pasillo, sin despegar los labios de los suyos. Anhelaba penetrarla, pero no quería que fuera allí, iba a ser más delicado que la vez que lo hicieron en el hotel donde la necesidad fue salvaje.

Quería hacerlo lento y disfrutando de cada uno de los gemidos de Giulia para atesorarlos en su memoria una vez que todo acabara, por lo que la tomó en brazos y subió las escaleras para ir a la habitación principal.

Era una locura llevarla allí, pero su orgullo masculino quería dejar su recuerdo implícito en aquella cama, para que recordara lo que iba a suceder a continuación.

La depositó con delicadeza sobre el edredón y se colocó sobre ella de rodillas, besándola con pasión. Sus manos abarcaron sus mejillas para bajar lentamente por el cuello, hombros y brazos hasta llegar a las manos de ella donde entrecruzó los dedos y los subió por encima de la cabeza de Giulia.

—Es una locura —logró decir ella cuando se apartó un poco para tomar aire.

—No pienses, déjate llevar —dijo depositando un beso allí donde latía su pulso errático.

Giulia cerró los ojos gimiendo y dejó los brazos en la misma posición mientras él las bajaba para tomar el bajo de la blusa que llevaba puesta. La subió lentamente viendo su vientre, depositando besos a medida que ascendía llegando al nacimiento de su cuello. Tiró la blusa en algún sitio de la habitación cuando se la sacó.

Sus manos acariciaron los costados y abarcó sus pechos con el sujetador aún puesto notando cómo los pezones estaban duros y anhelantes de contacto directo. Su boca besó los montículos que no ocultaba la íntima prenda mientras ella se arqueaba en busca de más. Salvatore sonrió y aprovechó para desabrochárselo dejándola desnuda de cintura para arriba.

Salvatore sonrió mientras repartía besos por uno de los pechos hasta llegar al pezón, Giulia sintió cosquillas con el roce de la perilla, pero eso solo consiguió excitarla aún más y soltó un agudo gemido cuando sintió la succión de uno de sus pezones en la boca de aquel hombre que pretendía volverla loca.

Ella se agarró a su espalda sujetando entre sus dedos la tela de la camiseta como si quisiese romperla, las sensaciones eran intensas y notaba cómo se humedecía a cada una de las caricias que él le prodigaba a su cuerpo. Tiró de la camiseta de él para quitársela y tocar su piel ardiente.

Él no se resistió y ambos quedaron desnudos de cintura para arriba. Se miraron a los ojos antes de volver a unir sus bocas en un baile erótico, preludio de lo que podría pasar en tan solo unos minutos.

Sin apartarse, ambos desabrocharon los vaqueros del otro para poder sentir piel contra piel. No tardaron mucho en quedar ambos completamente desnudos. Los besos y las caricias se sucedían entre ellos de forma suave y delicada, como si intentaran memorizar cada curva o marca del otro.

—Giulia... —dijo Salvatore con voz ronca mientras se colocaba justo en la entrada húmeda de la mujer que no pudo evitar mover las caderas.

Ella abrió los ojos para mirarlo. En su interior sabía que aquello estaba mal, pero su cuerpo no respondía a su pensamiento, se estaba limitando a sentir todo lo que Salvatore podía darle. Posó sus manos en las mejillas del hombre notando bajo estas lo rasposo de la barba que comenzaba a salirle.

—Hazlo... —le rogó ella dejándose llevar.

Salvatore no lo dudó y entró de forma suave, convirtiéndose en una tortura para ambos, que gimieron. Él empezó con movimientos lentos de entrada y salida provocando una placentera agonía. Necesita quedar impreso en su piel para que no lo olvidara como él mismo pensaba quedarse con el recuerdo de ella, de sus mejillas coloradas, sus labios hinchados por los besos, sus pechos coronados por unos rosados pezones duros y húmeda por él.

Cuando la necesidad se hizo mayor, los movimientos fueron aumentando de velocidad mientras los gemidos y gruñidos escapaban de sus bocas.

Notando que ella ya estaba a punto de llegar al clímax, él aceleró un poco más y juntos

alcanzaron la cima del placer nombrándose el uno al otro. Salió de ella y se recostó a su lado atrayéndola hacia sí.

—No olvides lo que ha ocurrido aquí, Giulia, yo jamás lo haré...

Ella levantó la mirada y sus ojos se llenaron de lágrimas que rodaron silenciosas por sus mejillas. La encrucijada en la que se encontraba era muy dura. Salvatore se limitó a abrazarla y dejar que se desahogara hasta caer rendida.

Él también se dejó vencer por el cansancio y se quedó profundamente dormido sin saber que alguien, desde el exterior, había logrado sacar fotos de ambos haciendo el amor en aquella habitación.

Al amanecer, Salvatore abrió los ojos y miró a Giulia que dormía entre sus brazos. Sonrió levemente mientras le apartaba un mechón del rostro.

Sería bueno marcharse ya, antes de que ella despertara y llegaran los reproches y las palabras de odio. Prefería quedarse con lo bueno que había ocurrido la pasada noche.

Con delicadeza se apartó y se levantó buscando la ropa por todos los rincones para vestirse sin hacer ruido alguno. Sin terminar de abrocharse los vaqueros volvió a mirarla. Se veía hermosa allí tendida, desnuda, como una diosa griega.

Sonrió con tristeza tras inhalar profundamente. Sabía que iba a ser la última vez que viera a esa mujer y quería grabarla en sus retinas todo lo posible, intentando alargar el momento de salir de esa casa y de su vida.

Sin ninguna excusa que lo atara a quedarse allí cerró los ojos dándole la espalda y, tras abrirlos, salió de la habitación.

Cerró los puños deseando golpear algo, pero se contuvo para no despertarla. Se puso la camiseta, que había recogido del suelo, para salir de la casa sin volver la vista atrás.

Giulia abrió los ojos cuando lo oyó marcharse y sintió algo resquebrajándose en su interior. No podía creer que hubiese sucumbido a Salvatore y sobre todo en la cama que ella compartía con su marido.

Se sentó y se abrazó las rodillas mientras apoyaba la frente en estas dejando salir todo el dolor. Era una mala mujer por haber hecho algo semejante. Ella quería a Lucio, entonces ¿por qué había permitido que Salvatore y ella tuvieran sexo allí mancillando aquella cama?

Se levantó con rapidez y tiró de las sábanas mientras sollozaba con rabia y dolor. Se apoyó en la pared dejándose caer lentamente cubriéndose el rostro con las manos.

Tras pasar mucho tiempo desahogándose, se levantó limpiándose el rostro y se llevó las sábanas pensando tirarlas a la basura, debía borrar el recuerdo de la noche de pasión que había vivido con Salvatore.

Se metió en el baño y se dio un largo baño. El forense debía desaparecer tanto de su piel como de su mente. Su marido era Lucio y nadie más iba a tocarla, solo él.

## 9.

Lucio recogía sus pertenencias después de estar varios días en Roma con Saulo y algunos de los suyos.

Durante este periodo de tiempo había estado reflexionando sobre su situación y había decidido contarle su problema de fertilidad y así valorar otras posibilidades que le hagan cumplir uno de los mayores sueños de Giulia.

Cerró la bolsa de deporte con su ropa dentro y salió de la habitación de hotel en la que se hospedaba. Saulo no había escatimado en gastos para hospedarlos en uno de los mejores hoteles de la zona. Aquella habitación rezumaba lujo por cada esquina, incluso hasta sobrecargada para su gusto.

Una vez en el hall, se sentó en el sofá que había junto a recepción a esperar a su jefe. Justo en ese momento recibió una llamada de Adriena. Quiso ignorarla y lo consiguió hasta que vio que seguía insistiendo sin cesar. Suspiró y descolgó.

—¿Se puede saber qué quieres ahora?

—Sé que estás en Roma y que te vienes hoy para Florencia. Quiero que nos reunamos en el hotel de siempre.

Lucio miró a su alrededor. ¿Acaso le había puesto a uno de sus hombres a seguirlo? Adriena estaba perdiendo la razón.

—¿Has mandado a alguien para que me siguiera? ¿Estás loca? Ni sueñes que voy a aparecer por ese hotel. Ya te dije que esto se había acabado y que no va a volver a suceder. Quiero a mi mujer. No voy a volver a hacerle daño.

—Pues yo tengo algo muy importante que decirte sobre ella, pero te lo diré si acudes al lugar donde ya sabemos tú y yo.

—¿Qué le has hecho?

Se oyó una risa al otro lado que puso los pelos de punta a Lucio.

—Yo no le he hecho nada, más bien ha sido ella solita y creo que se lo ha pasado la mar de bien por lo que he visto.

—Como te hayas acercado a mi mujer yo... —dijo incorporándose. Al girarse vio aparecer a Saulo con un *trolley* negro que lo miró haciéndole una seña para salir de allí—. Voy a colgar.

—Ven a verme y hablaremos largo y tendido, querido.

Lucio apartó el móvil de su oreja y colgó la llamada para guardar el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta. Cogió su bolsa de deporte y se acercó hasta su jefe.

Ambos salieron del hotel, ya que tenían todo pagado y se metieron en el coche. El silencio era

bastante tenso por parte de Lucio que miraba por la ventanilla hacia la ciudad que iba dejando atrás poco a poco.

—¿Ocurre algo? Te veo un poco nervioso —dijo Saulo colocándose uno de los gemelos de su camisa.

Lucio giró el rostro hacia su jefe.

—Es largo de explicar.

—Tenemos tiempo hasta que llegemos a Florencia.

—Preferiría hacerlo en otro momento, es... complicado y primero quiero aclararlo todo.

—Sabes que puedes confiar en mí, Lucio, te has convertido en un buen amigo.

Este sonrió.

—Lo sé.

Aún así, él no comentó nada y siguieron el resto del camino en silencio, nada más que compartiendo alguna que otra frase en referencia a lo que habían conseguido en Roma y de lo que se sentían realmente orgullosos.

Al llegar a Florencia, el coche dejó a Lucio en la puerta de su casa. Se despidió de su jefe y entró en la casa que en ese momento estaba vacía. Miró su móvil intentando decidir si iba o no a su cita con Adriena.

Debería poner fin a todo aquello. Decidido a ello, dejó la bolsa con la ropa sobre el sofá y salió rumbo al hotel donde ella lo esperaba. Esa sería la última vez que se verían. Le contaría todo a su mujer, no le ocultaría nada más, iba a ser sincero al fin. Si tenía que pedirle ayuda a su jefe para proteger a Giulia, lo haría, pero estaba cansado de esconder cosas que sabía que estaban mal.

Se dirigió presto al hotel donde Adriena solía reservar habitación para sus encuentros. No le hizo falta preguntar en recepción, él sabía perfectamente que siempre se alojaba en la suite imperial, ya que ella podía permitirse semejante derroche.

Subió en el ascensor hasta la última planta donde ya lo esperaba uno de los hombres de la joven que lo llevó hasta la puerta de la suite. Tocó y abrió dando paso a Lucio que no dudó en meterse de lleno en aquel lugar por última vez.

Dentro estaba Adriena vestida con un body negro de encaje y unos altísimos zapatos de tacón rojos. Estaba semiacostada en la cama con un mechón de su cabello entre los dedos.

—Has tardado más de lo que esperaba —dijo ella incorporándose para acercarse a él con paso lento, exagerando el movimiento de sus caderas.

—Para lo que vengo a decirte no me hacía falta correr mucho —dijo él cortante.

Adriena se detuvo y enarcó una ceja.

—¿Qué vienes a decirme?

Lucio la miró.

—Se acabó.

—¿Se acabó?

—Sí, ya no vas a volver a chantajearme, esta vez es la definitiva. Estoy cansado y no voy a dejar que sigas amenazándome con hacer daño a mi mujer porque voy a protegerla con mi vida si hace falta, pero ya no más, Adriena. Este es el fin.

La joven negó con la cabeza no queriendo oír aquellas palabras. Él no podía marcharse de su lado.

—No puedes hacer eso, eres mío.

—No, Adriena, no soy tuyo, mi mujer se llama Giulia y solo ella tiene mi corazón. No quieres aceptar la realidad. Estoy cansado de tu comportamiento infantil, crees que soy tu juguete, que lo puedes coger cada vez que te apetezca y no es así. Ya no más.

El rostro de la chica pasó por varios estados antes de mostrar la rabia en todo su esplendor.

—¡No me vas a dejar así! —gritó ella de repente—. ¡Eras mío desde que empezaste a trabajar para mi padre y vas a seguir siendo mío hasta que yo quiera!

Lucio la agarró de los brazos con fuerza obligándola a mirarlo.

—¡No soy nada tuyo! ¡Acéptalo de una maldita vez!

La joven intentó zafarse de su agarre mientras sentía lágrimas correr por sus mejillas y unas tremendas ganas de gritar se atascaba en su garganta solo siendo capaz de gruñir.

Finalmente, él la soltó y ella cayó al suelo de rodillas cubriéndose el rostro. A Lucio le pareció un comportamiento exagerado, pero ella siempre había sido así. No se compadeció de ella. Sus lágrimas ya no iban a servir para hacerlo volver.

—No puedes dejarme, yo te amo.

—No, Adriena. Tú solo estás obsesionada, no es amor lo que sientes.

La joven se levantó mientras su rostro pasaba de la desolación a la malicia más pura.

—No quería hacer esto, pero me estás obligando —dijo dándole la espalda y dirigiéndose al bolso que tenía en un sillón de la habitación sacó un sobre marrón.

Lucio la vio acercarse con el sobre frente a ella para que lo cogiera.

—¿Qué es esto?

—Juzga por ti mismo. —Adriena se cruzó de brazos.

Él le dio la vuelta al sobre intentando adivinar qué podría haber dentro, pero nada podía saber hasta que no lo abriese. Levantó la solapa y metió la mano dentro para encontrar un pequeño tocho que sacó dándose cuenta que eran fotos.



Colocó estas frente a sí y fue pasando una a una sin poderse creer lo que estaba viendo.

La sonrisa de Adriana se fue ampliando a medida que la cara de él mutaba.

Giulia llegó a la casa acompañada de su perro al que había sacado a pasear. Una vez dentro, vio la bolsa que Lucio se había llevado y lo llamó, obteniendo silencio.

Le quitó la correa a Lucca que enseguida se dirigió al lugar donde tenía su cuenco de agua para beber mientras ella se acercaba a la bolsa de deportes para sacar la ropa de dentro y meterla en la lavadora.

Separó las prendas y fue metiendo en el aparato las que iba a lavar en ese momento, dejando las que no en un cesto.

Subió a la habitación para ponerse algo más cómodo y preparar algo para comer hasta la llegada de su esposo que al parecer solo pasó a dejar la ropa.

Había pasado unos días muy malos donde lo máximo que hacía era maldecirse y llorar por algo que no debía haber ocurrido. Desde aquella noche no había podido dormir bien y tenía ojeras, pero lo que peor llevaba era que, al acostarse, recordaba lo que Salvatore y ella habían hecho y siempre acababa llorando su desgracia.

Cuando lograba dormir algo, siempre aparecía él para atormentarla con sueños húmedos. Algo estaba cambiando en ella y temía que ya no quisiera a su marido como antes. La había decepcionado en muchas ocasiones y había llegado a pensar que se merecía lo que le había hecho por dejarla abandonada, y más cuando eran fechas especiales.

Negó con la cabeza ante aquellos pensamientos. Ella había sido feliz con su marido y eso no podía cambiar. Tenía que olvidar lo ocurrido. Era algo que no iba a volver a ocurrir.

Solo esperaba que pudiese volver a acostarse en aquella cama y olvidar a Salvatore en los brazos de Lucio. Era lo que necesitaba para sacarse definitivamente a ese hombre de la mente.

De repente sintió un portazo y se asustó llevándose la mano al pecho. Con temor al pensar que podría ser alguien que tuviese a su marido entre ceja y ceja por su trabajo se acercó a paso lento hasta las escaleras.

Suspiró aliviada al ver que era Lucio y bajó corriendo para recibirlo. Una vez abajo, se detuvo asustada.

El rostro de él reflejaba una rabia inusitada. En una de sus manos llevaba algo parecido a una foto algo arrugada de tenerla estrujada.

—¿Lucio?

Él se acercó en dos zancadas y la agarró de los brazos mientras se veía traslucir la ira. Giulia se asustó y trató de zafarse. Lucio la soltó y le dio la espalda pasándose la mano por el pelo mientras ella trataba de entender qué ocurría.

Volvió a girarse hacia ella y le lanzó la foto que tenía en la mano cayendo al suelo.

—¡Zorra! —exclamó rabioso.

Ella retrocedió un paso desconcertada ante la reacción de Lucio. Miró hacia la foto que estaba en el suelo, pero no veía nada, ya que estaba boca abajo. Él no hacía más que pasarse las manos por el pelo.

—Lucio... —no sabía qué decir en ese momento, no entendía nada.

—¿Por qué, Giulia? ¿Por qué? —preguntó dolido, reflejando esto en su mirada.

—¿De qué hablas, Lucio? No entiendo por qué te pones así...

La rabia volvió a su semblante y cogió la foto del suelo para ponerla frente a ella. Cuando vio la imagen, ahogó un gemido.

—¡Me has estado engañando! ¿Cómo has podido hacerme esto?

Ella apartó la mano con la foto, no quería ver aquella imagen, no podía soportarlo.

—¿Quién te dio esa foto?

—¿Te interesa más saber quién me dio esto que confesarme lo que has hecho? ¿Cómo puedes ser tan cínica? ¡Dime quién es el hijo de puta que está acostándose contigo!

El perro se acercó ladrando, nervioso por los gritos de su dueño y se colocó al lado de Giulia a la que notó nerviosa y asustada.

—Déjame explicártelo, Lucio.

—¿Qué vas a explicar? La imagen lo dice todo... ¿quién es?

—Por favor, cálmate, te lo puedo explicar.

—¡Que me digas quién es! —exclamó.

Lucca gruñó y se colocó en posición de ataque, pero ella rápidamente lo apartó, no quería que le hiciera daño.

—¡No voy a decirte quién es! ¡Fue un error! —gritó desesperada.

—¿Un error? ¿Un error? ¡Por favor, Giulia! ¡Te has acostado con otro hombre en nuestra propia casa! ¿Por qué? Explícame la razón. —Estaba realmente dolido y eso hizo que ella se sintiera aún peor de lo que ya se sentía.

Las lágrimas asomaron a los ojos de la mujer.

—Yo... Lucio, por favor, olvídale, fue un error, no va a volver a suceder, te lo prometo —suplicó ella juntando las manos.

—No, Giulia, esto no puedo olvidarlo, necesito saber qué razón te ha llevado a engañarme de esta forma. Quiero saberlo.

La mujer se llevó las manos a la cabeza y sintió las lágrimas correr sin control por sus mejillas. ¿Por qué no podía simplemente olvidarlo todo y empezar de cero? Ella no podía dar el

nombre de Salvatore; Lucio estaba muy enfadado y podría cometer una locura contra él.

Su marido volvió a agarrarla de los brazos con fuerza, haciéndole daño.

—¿Por qué? ¡Dímelo! —exclamó zarandeándola.

—¡Porque me siento sola! —gritó con dolor. Lucio, sorprendido, la soltó mirándola—. No sabes lo que es tener que compartir tu tiempo con tu jefe. Apenas pasas tiempo conmigo, se te olvidan fechas importantes, eliges tu trabajo antes que yo y no podía más. ¡Sí! ¡Me acosté con otro que me ha dado lo que tú no has hecho en estos últimos meses! ¡Cariño! ¡Me ha dado cariño!

Lucio levantó la mano dispuesto a golpearla al oír aquellas duras palabras, pero al ver que ella se encogía sollozando con temor, se alejó un paso mientras bajaba el brazo.

De repente sonó el móvil de Lucio en el bolsillo y lo sacó para ver en la pantalla el nombre de Saulo.

Cruzó su mirada con ella que también miraba el aparato reflejando el dolor y constatando un hecho, confirmando sus palabras.

—Si quieres cariño, entonces vete a buscarlo, pero esto se ha terminado, Giulia. Quedará en tu conciencia esto que nos has hecho.

Guardó el móvil en el bolsillo y salió de la casa. Ella se dejó caer de rodillas mientras se abrazaba y lloraba desconsoladamente.

## 10.

Cuando vio a Lucio tirar las fotos menos una y salir corriendo, Adriana volvió a tener otro brote de rabia que le hizo destrozar todo lo que encontraba cerca. No hacía más que maldecir una y otra vez a la mujer del que ella consideraba su hombre.

En cuanto vio las fotos de ella con otro hombre, ella pensó que, por despecho, se acostaría con ella, pero nada más lejos de la realidad. Él se había ido corriendo en pos de ella.

—¡Te odio, maldita! ¡Mil veces maldita! —gritó tirando un carísimo jarrón que decoraba una mesita junto a la puerta.

Se había puesto sexy para él y, en cambio, la había dejado allí sola.

Alguien tocó en la puerta y ella se detuvo pensando que podía ser Lucio, que volvía a ella despechado por lo que corrió hacia la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Kelso.

Adriana hizo un mohín y se alejó para darle una patada a la mesita que había tenido el jarrón que había tirado.

—¡Déjame en paz! —gritó, presa de la rabia.

—Pero hay clientes quejándose por el ruido en recepción.

—¡Me da igual! ¡Que se mueran todos!

De repente se detuvo al oírse decir aquellas palabras y una imagen se creó en su mente. Sonrió con malicia y corrió a abrir la puerta topándose con Kelso que parecía preocupado.

Lo agarró de la solapa de la chaqueta de cuero para meterlo dentro de la habitación.

Una vez dentro cerró la puerta y lo miró seductora. Se acercó con paso pausado moviendo las caderas para cruzar los brazos en el cuello del tipo que se puso algo rígido.

—Tú harías todo por complacerme ¿verdad? —dijo ella pasándole un dedo por la mejilla donde se notaba la barba de pocos días.

—Sí, por supuesto —dijo él no muy seguro.

Adriana acercó el rostro, quedando a escasos centímetros de los labios de Kelso y lo miró a los ojos fijamente.

—¿Matarías por mí? —Él trató de apartarse, pero ella lo retuvo enganchando una de sus piernas en la cadera del hombre—. ¿Vengarías la afrenta que acabo de sufrir?

—Pero... yo pensé que lo quería...

—Y lo quiero, Kelso, pero me ha abandonado de nuevo y si no es mío, no será de nadie. No quiero que esa puta lo tenga. Quiero que lo mates. Esa zorra tiene que sufrir.

—¿Sufrirás tú también? Si lo mato, no volverá a ti.

Adriena apoyó su cabeza en el hombro de Kelso y rozó su nariz contra su cuello haciendo que se le erizara el vello.

—¿Celoso? —preguntó melosa mientras su mano descendía por su torso y llegaba a la bragueta de los vaqueros notando su erección—. Me quieres para ti, te encantaría tirarme en esa cama y follarme hasta quedar saciados ¿verdad? Pues puedes tenerlo si matas a Lucio. Es muy sencillo.

Acarició el bulto haciéndole cerrar los ojos mientras ella sonreía y luego le pasaba la lengua por la mejilla de forma lasciva. Sabía que iba a ceder a su encanto, se sentía como una encantadora de serpientes que con el tono adecuado era capaz de hacer que hasta la más dura de las bestias ronroneara como un gatito.

Con las palabras adecuadas, Kelso haría todo lo que le exigiera sin pedir nada a cambio.

—¿Entonces? ¿Harías eso por mí?

Él no podía hablar, pero su respuesta fue afirmativa con tan solo un movimiento de cabeza por lo que Adriena sonrió apartándose. Kelso la miró confuso, se sentía dolorido y necesitado de liberación.

—Adriena...

—No puedo darte tu premio ahora, Kelso. Eso será una motivación suficiente para que cumplas con tu cometido. Quiero tenerte muy caliente cuando vengas a mí tras matar a Lucio, lo entiendes ¿verdad? —preguntó acariciándole de nuevo la mejilla.

Tenía ganada la partida, Kelso cumpliría su trabajo y lo celebraría con una buena sesión de sexo desenfrenado.

Sin decir nada, él salió de la habitación de hotel dispuesto a realizar la tarea que ella le había pedido.

Lucio salió de la casa dando un portazo sin importarle lo más mínimo cómo se sentía Giulia en ese momento. La ira que sentía se unía al dolor y resquebrajaba su corazón de manera cruel.

Había vuelto dispuesto a contarle toda la verdad, pero cuando Adriena le entregó aquellas fotos, lo vio todo rojo y solo pensó en lo que ella le había hecho. Le había engañado con otro hombre ¡en su propia casa!

Una vez fuera, llamó a Saulo.

—¿Dónde estás? —preguntó Lucio malhumorado.

—¿Ocurre algo?

—Dime dónde estás que voy para allá.

—Vine a Livorno a resolver unas cosas.

—Voy entonces. Ahora mismo no quiero estar en mi casa.

—Te espero.

Colgó la llamada y guardó el móvil en el bolsillo para subirse en el coche poniendo rumbo al puerto de Livorno.

Lo que no sabía era que a una prudencial distancia lo seguía un coche oscuro conducido por Kelso que buscaba el momento oportuno para acabar con Lucio y volver junto a Adriena.

Él no se consideraba un asesino, nunca había apretado un gatillo, solo se dedicaba a proteger a aquella mujer que le robaba el sueño. No sabía cómo había llegado a sentir tanto por ella cuando al principio solo sentía atracción sexual.

Se había metido tan dentro que no dudaba en hacer lo que fuera por contentarla y complacerla. Por eso ahora seguía a Lucio para acabar con su vida, tal y como le había pedido.

Se dirigieron a Livorno y vio a su enemigo detenerse por lo que se metió en un callejón para tratar de ocultarse de ojos indiscretos. Se bajó del vehículo, no sin antes coger la pistola que había dejado en el asiento del conductor y se la colocó en la espalda enganchada al pantalón. Se cubrió con la chaqueta y se dirigió al lugar donde había aparcado Lucio.

Se puso cerca de la entrada de la nave y pudo oír las voces en el interior de los hombres dando indicaciones.

Mientras tanto, Lucio daba vueltas bajo la atenta mirada de Saulo.

—¡Me ha engañado! Se ha acostado con otro, vi las fotos. ¡Maldita sea! Lo he dado todo por ella. Me he desvivido para darle lo que necesitaba y ¿qué recibo a cambio? ¡Unos putos cuernos! Y ha tenido los santos cojones de confirmármelo. —Las manos las tenía cerradas en puños deseando golpear algo con rabia, luego las abrió y se las miró—. Estuve a punto de golpearla. Dios, iba a hacerle daño —dijo pasándose las manos por el pelo.

Saulo, que se había apoyado en la pared con los brazos cruzados, se apartó para acercarse y posar una mano en su hombro.

—Por cosas como estas prefiero seguir siendo soltero. Las mujeres solo traen dolor de cabeza cuando uno está enamorado.

—Nosotros éramos felices, Saulo. No entiendo por qué dice que la he abandonado. No puedo mirarla a la cara sabiendo de su traición.

De repente se acercó uno de los hombres de Saulo.

—Señor, ya tenemos todo listo para repartir la mercancía.

—Perfecto —dijo desviando la mirada de Lucio—. Cargadlo todo. —El tipo asintió y se alejó rápidamente—. Necesitas despejarte un poco, ve a ayudarles con toda la carga.

—Sí, no quiero pensar en nada ahora mismo. Iré a ayudarles.

Saulo asintió y Lucio marchó a ayudar a sus compañeros seguido de su jefe que iba a salir para poner rumbo a su casa.

Lucio cargó una de las bolsas de deporte con parte de la carga de droga que tenían que repartir y salió de la nave para dejar esta en un furgón preparado al uso.

Kelso, al verlo salir del edificio, llevó su mano a la espalda palpando la culata de la pistola para luego agarrarla con firmeza sin quitar los ojos de su objetivo. La sacó de su escondite y estiró el brazo que portaba el arma para apuntarlo directamente.

El otro, cuando dejó la bolsa en el vehículo se giró para volver dentro, pero al mirar de frente se topó con uno de los hombres que trabajaba para Adriena apuntándolo con una pistola.

El sonido del disparo alertó a todos los hombres de Saulo junto a este que enseguida sacaron sus armas.

Kelso había apretado el gatillo justo cuando Lucio lo miró a los ojos. Había dado justo en el centro del pecho del hombre que, con la fuerza del disparo, cayó al suelo mientras comenzaba a manar la sangre de aquel agujero creado por la bala.

Sin dudarlo salió corriendo y se metió en el callejón donde había dejado el coche con un ligero temblor en las manos. Miró la que contenía el arma con la respiración agitada. Acababa de matar a un hombre sin siquiera pestañear. Se había convertido en un asesino. Tiró el arma al suelo para luego pasarse las manos por el pelo.

Las piernas le temblaban así que se acercó hasta el coche para apoyarse en él o, si no, caería al suelo. Un pitido ensordecedor enmudecía todo a su alrededor y se llevó las manos a los oídos para intentar despejar ese terrible sonido que se había producido tras el disparo.

No dejaba de ver el momento en su mente a cámara lenta, con todo lujo de detalles. Sacudió la cabeza y se llevó una mano al pecho en un vano intento de calmar los frenéticos latidos de su corazón volviendo a observar el arma tirada a tan solo unos pocos pasos.

La presión pudo con él y se inclinó hacia delante para vomitar. Cayó de rodillas al suelo tras acabar de echar todo lo que tenía en el estómago. Se limpió con el dorso de la mano sintiendo aún unas ligeras nauseas y tosiendo, dejando su garganta algo irritada.

No se creía lo que acababa de hacer. Una cosa sí que tenía clara: debía marcharse de allí antes de que lo descubriesen. Recogió el arma y la tiró dentro del coche para luego meterse antes de ponerlo en marcha para salir rápido de aquella zona y volver junto a Adriena.

Saulo salió junto con sus hombres, todos portando sus pistolas en busca de posibles enemigos, pero lo que vio lo dejó completamente perplejo. En el suelo, junto al furgón, estaba Lucio tirado con una herida de bala de la que manaba muchísima sangre.

—¡Que alguien avise a Salvatore! —exclamó mientras se acercaba hasta su amigo y se arrodillaba para presionar la herida de la que no dejaba de salir sangre a borbotones—. Aguanta,

Lucio, vamos, resiste.

La respiración de este era trabajosa, movía los labios queriendo decir algo, pero apenas le salían las palabras. Sabía que el disparo era mortal, que no podrían salvarlo. Muchos de sus compañeros habían perecido de la misma forma y no había salvación alguna para un disparo de tal calibre.

—Saulo... —logró decir con voz ahogada.

—Eh, no hables. Salva ya viene en camino.

Negó con la cabeza.

—Sabes que... que no sobreviviré... —tosió con dolor. Notaba el sabor de la sangre en la boca.

La vida se le escapaba poco a poco.

—No digas eso, Lucio, solo tienes que aguantar un poco más.

—No, Saulo. Es mi... fin... por favor... dile... —cada vez le costaba más hablar y la sangre escapaba por su boca—. Dile que... no la odio, que la... quiero con... cada fibra... de mi ser...

—Se lo dirás tú, ya verás.

Lucio sonrió levemente antes de cerrar los ojos y dejar de respirar.

Saulo, al ver que no reaccionaba, le tomó el pulso, pero no latía. Maldijo entre dientes y procedió a hacerle la reanimación cardiopulmonar hasta la llegada de Salvatore.

Minutos más tarde apareció el forense con su coche a toda velocidad. Paró justo al lado del furgón y se bajó rápidamente con su maletín en la mano. Miró a los dos hombres justo antes de arrodillarse junto al cuerpo de Lucio.

El disparo que había recibido el hombre le había dado justo en el centro del pecho, era muy poco probable que sobreviviera. Había muchísima sangre. Le tomó el pulso, pero no había.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo la RCP? —preguntó Salvatore con muy poca esperanza.

—Un par de minutos —dijo Saulo sin dejar de presionar el pecho de su amigo en busca de un latido que, en el fondo, sabía que no encontraría.

El forense negó con la cabeza y agarró las manos de Graziani para detenerlo. No había nada que hacer. Debía certificar la muerte de un buen amigo y alguien que se convirtió en enemigo debido a la mujer que le robaba el pensamiento.

—Para, Saulo. Está muerto. El disparo fue mortal. No se puede hacer nada.

El mafioso levantó la mirada hacia Salvatore que negó con la cabeza totalmente apesadumbrado, por lo que apartó las manos que estaban manchadas de sangre.

Maldijo en alto incorporándose. Sus hombres observaban todo apenados mientras Salvatore miraba su reloj para decir con pesar.



—Hora de la muerte: veintidós y trece.

## 11.

Kelso llegó al hotel donde se hospedaba Adriena. Se sentía turbado y no dejaba de rememorar lo ocurrido hacía tan solo un rato. No podía creer lo que había hecho y mucho menos haber sido tan certero.

En su favor había jugado el factor sorpresa y Lucio no había podido huir, recibiendo aquella bala justo en el centro de su cuerpo.

Volvió la vista una vez más hacia el arma que descansaba en el asiento del copiloto. Aparcó el coche, pero no se movió del interior. Aún estaba intentando asimilar lo que había hecho.

No queriendo pensar más en ello, se bajó del coche y entró en el hotel para luego subir hasta la suite donde lo esperaba Adriena.

Tocó en la puerta y esta rápidamente se abrió dando paso a la joven que seguía aún con el body, pero llevaba, también, una bata de seda del mismo color que la prenda. Ella lo miró fijamente esperando una respuesta y Kelso asintió aún algo impactado por lo que había hecho.

Adriena sonrió y agarró una de las solapas de la chaqueta del joven para meterlo dentro de la habitación atrayéndolo a sus labios para besarlo con pasión. Cuando se apartó, lo miró a los ojos con la respiración agitada.

—Cuéntamelo todo... quiero saber cómo acabaste con la vida de ese maldito traidor —dijo Adriena acariciando la mejilla del tipo que no podía apartar la mirada de ella.

Él prefería no contar nada, estaba digiriendo aquello todavía, pero sabía que le iba a insistir y prefirió contarle todo del tirón dejándola más que satisfecha.

Adriena se pegó más a él.

—Sabía que no me decepcionarías, Kelso —dijo mientras le quitaba la chaqueta de cuero que cayó al suelo.

Lo arrastró hasta la cama para tumbarlo y colocarse de rodillas encima de él. Kelso se dejó hacer porque cuando ella lo tocaba, perdía todo el sentido común; simplemente sentía lo que ella le hacía sin poner objeciones. Una vez allí, Adriena comenzó a subirle la camiseta mientras besaba sus duros pectorales, haciéndolo estremecer.

Le quitó la prenda para luego deshacerse ella de su bata. Dirigió su mirada a los ojos del joven y sonrió antes de besarlo.

Él elevó las manos para acariciar su espalda subiendo lentamente hasta los hombros para agarrar las tiras del body oscuro y tirar de ellos para liberar los pechos que se bambolearon contra su torso.

Adriena sacó los brazos de la prenda sin dejar de besarlo para luego mover sus manos en lentas caricias por el torso del tipo hasta llegar a la cinturilla de los pantalones. Desabrochó el

cinturón para luego hacer lo mismo con la prenda que luego bajó junto con el bóxer. Su erección saltó y ella apartó los labios de los de él para bajar dando besos por todo su torso hasta detenerse cerca de su miembro erecto. Sacó la lengua y ascendió hasta el capullo rosado de la punta para abarcarlo con su boca.

Kelso gruñó y tomó la cabeza de Adriena entre sus manos para alentarla a continuar. Ella succionaba casi con deleite. Luego se incorporó y lo miró a los ojos.

—¿Quieres tu premio? —preguntó acercando su rostro al de Kelso que asintió con la respiración agitada—. Dímelo, entonces. Dime qué es lo que quieres.

Tragó saliva mientras ella lo acariciaba con la mano, apretando en ocasiones para hacerlo gruñir inclinando la cabeza hacia atrás.

Antes de contestar, llevó sus manos al body a medio quitar de la joven y, sin pensar, lo rasgó hasta romperlo. Adriena gimió ante la brutalidad.

—Quiero follarte, Adriena. Quiero meter mi polla dentro de ti —dijo con voz enronquecida y necesitado de introducirse en la húmeda entrada de ella.

—Pues hazlo, Kelso, toma tu premio.

Sin dudarlo ni un segundo, la agarró de las caderas para darse la vuelta colocándola a ella debajo terminando de quitar la prenda destrozada y lanzándola al suelo, abriéndole las piernas al máximo para encontrarse con aquella entrada que anhelaba recibirlo en su interior. Se colocó en posición y de una sola estocada la penetró.

Ella gritó a la vez que él soltaba un ronco gruñido de placer. Sus manos se dirigieron a los pezones que cogió entre sus dedos y apretó arrancando otro gemido a la joven mientras sus movimientos de entrada y salida los envolvía en un tremendo frenesí.

—Hazme olvidar, Kelso —gimió ella con los ojos cerrados, arqueándose—. Elimina a Lucio de mi piel...

Él tomó sus labios para que no siguiese hablando. No quería que ese nombre empañara lo que estaba viviendo.

Las penetraciones aumentaron de velocidad hasta que ambos estallaron en un intenso orgasmo. Kelso dejó caer la cabeza al lado de la de Adriena mientras recuperaban el aliento. Luego salió de su interior y se acostó a su lado.

Tras un par de minutos, ella se colocó con los brazos cruzados sobre el torso de Kelso con una enorme sonrisa.

—Has hecho un gran trabajo al matar a Lucio, Kelso. Ahora tienes que vigilar a su mujercita. Pienso hacerla sufrir lo indecible por haberme quitado a mi hombre.

Kelso frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Matar a Lucio no es suficiente, querido. Esa mujer no solo va a sufrir la muerte de su amado

esposo, también va a sufrir en sus carnes mi odio. Nadie se burla de mí y vive para contarlo. Así que quiero que esté vigilada las veinticuatro horas del día y no quiero un no por respuesta.

El joven suspiró apesadumbrado. Si no la complacía podría ser terrible y quizás con el tiempo se le olvidara todo lo relacionado con esa mujer, por lo que se vio obligado a contestar:

—Será como quieras, Adriena.

Ella sonrió y apoyó la mejilla en sus brazos cruzados saboreando aquellos momentos y lo que estaba por venir.

Saulo iba en su deportivo hacia la casa de su amigo Lucio. Durante el trayecto iba pensando en lo que iba a decirle a su mujer, pero no había palabras suficientes para explicar lo que había ocurrido.

Había presenciado las muertes de muchos de sus hombres, pero nunca estaba preparado para contar a los familiares de estos la suerte que había corrido.

Era un hecho que debían tener asumido porque, cada día, era una lucha por la vida, pero siempre guardaban la esperanza de que al final de este los vieran regresar a su lado.

Aún no podía creerse lo que había pasado hacía tan solo un rato. Lucio estaba muerto. Acaba de perder a su hombre de confianza y a un buen amigo. Un maldito y certero disparo en el centro del pecho cuando unos minutos antes había estado hablando sobre lo ocurrido con su mujer. Y a pesar de todo, él la había perdonado en sus últimos segundos de vida.

—¡Joder! —exclamó dando un golpe al volante.

Iba a averiguar quién había sido el causante de la muerte de Lucio y lo torturaría sin piedad. Le iba a suplicar que lo matara.

Aparcó delante de la casa de Giulia y se bajó despacio, observando la entrada y las pocas luces encendidas en su interior. Era tarde y probablemente ella estuviese a punto de irse a dormir.

Se acercó con paso pausado y permaneció varios minutos ante la puerta con una mano levantada hacia el timbre. Suspiró y tocó una vez.

Oyó pasos apresurados en el interior y la puerta se abrió apareciendo Giulia enfundada en un pijama corto con una sonrisa esperanzadora, pero, al ver a Saulo, esta desapareció al instante.

—Oh, señor Graziani —dijo ella—. Lucio no está aquí. Él... él acudió a su llamada.

—¿Puedo pasar? —preguntó él mirándola fijamente.

Giulia tuvo un mal presentimiento y empezó a temblar.

—¿Qué ocurre?

—Mejor vayamos dentro —dijo Saulo entrando en la casa. Cerró la puerta y la miró—. ¿Dónde está el salón?

—¿Qué pasa? ¿Qué significa todo esto? ¿Es Lucio? ¿Le han herido?

El rostro de la joven reflejaba temor ante lo que Saulo pudiese decirle, no era la primera vez que su marido salía herido en alguna reyerta, pero jamás había venido su jefe a la casa para comunicárselo. ¿Acaso seguía enfadado y prefería no llamarla él mismo?

—Por favor, Giulia, vayamos al salón, ahí te diré todo. —Saulo la tomó del brazo con delicadeza.

—¡No! —exclamó ella soltándose mientras sentía que se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué le ha pasado a Lucio?

Saulo cerró las manos en puños sin dejar de mirar a aquella mujer que, ya en su mente, se empezaba a hacer una idea de lo ocurrido, pero que no quería reconocer.

—No quiero contarte esto así, hazme caso.

Ella negó con la cabeza, no se iba a mover de allí hasta que él le contara todo.

—¿Qué ha pasado? —repitió la pregunta.

Saulo suspiró y se masajeó el puente de la nariz con dos dedos antes de mirarla con pesar.

—Estábamos cargando un furgón cuando alguien disparó a Lucio. Le dio justo en el centro del pecho. —Saulo bajó la mirada—. Hicimos todo lo que pudimos para mantenerlo estable, pero el disparo fue certero. Cuando llegó Salvatore ya estaba... muerto.

Giulia, al oír las palabras de Saulo, retrocedió un paso con una mano cubriendo su boca. Comenzó a negar con la cabeza.

—No, no... eso no es cierto... Lucio solo está herido, tiene que estarlo...

—Lo siento, Giulia. No pudimos hacer nada —se lamentó.

Las lágrimas ya corrían por las mejillas de ella que se llevó las manos a la cabeza sintiendo un intenso dolor en el pecho. Su marido había muerto.

Saulo se acercó para intentar darle algún tipo de consuelo, pero ella retrocedió un paso antes de gritar.

—¡No! ¡Lucio, no! ¡Él, no!

Cayó de rodillas al suelo sollozando audiblemente. Su perro, al oírla, bajó del piso superior y se colocó a su lado gimiendo lastimeramente mientras intentaba apartar las manos que cubrían su rostro en un intento de consolarla, pero no lo logró, así que optó por posar su hocico sobre las rodillas sin dejar de gemir.

Saulo no se movió del sitio. Sabía que ella necesitaba ese momento sola para soltar todo el dolor que la noticia le había provocado. Giulia apartó las manos para mirarlo. Transmitía tal pena que encogía el corazón.

—¿Por qué? Él no puede estar muerto... no...

Él se agachó frente a la joven y la miró a los ojos.

—Intenté reanimarlo, Giulia, pero la bala le dio en el centro del pecho. Estuve muchos minutos intentando hacer que reaccionara, fue el mismo Salva el que me dijo que parara porque no se podía hacer nada.

Giulia bajó la mirada llorando acompañada de los lamentos de Lucca, que no se apartaba de ella. Así estuvo varios minutos hasta que volvió a levantar la mirada y, con los labios temblorosos, le preguntó.

—¿Dónde está?

—Está en mi almacén, en Livorno.

—Llévame con él, por favor... —dijo dejando escapar un sollozo.

—Por supuesto, pero será mejor que te cambies.

Ella negó.

—No tengo fuerzas para cambiarme, llévame con él, por favor.

—Podrías enfermarte, en el puerto hace mucho frío.

—Me da igual. Quiero ir con mi marido...

Él cerró los ojos antes de asentir. Se incorporó y le dio la mano para ayudarla a levantar. Ella la aceptó y tras incorporarse, se puso unos zapatos que había justo a la entrada junto con una chaqueta vaquera que colgaba del perchero mientras seguía llorando.

Una vez lista, ambos salieron de la casa rápidamente, dejando al perro dentro llorando. Con algo de prisa, pusieron rumbo al puerto de Livorno en absoluto silencio.

Saulo fue lo más rápido posible, obviando los límites de velocidad.

Cuando llegaron, Giulia no esperó a que él detuviese el coche para bajarse. Sin dudarlo, corrió al interior del almacén topándose con algunos hombres en la entrada. Antes de entrar vio la enorme mancha de sangre en el suelo y gimió.

Una vez dentro, vio un haz de luz iluminando una mesa larga donde se hallaba su esposo tendido por lo que corrió hacia allí mientras las lágrimas escapaban sin control. Ya junto a él tomó su rostro entre las manos y apoyó su frente en la de su marido.

—Lucio, mi amor, por favor, abre los ojos... ¿sí? Esto es una maldita broma y vas a abrir tus ojos. Te lo suplico, despierta... no puedes irte así —dijo depositando un beso en los labios fríos y carentes de vida.

Las lágrimas caían sobre el rostro inerte de Lucio. La piel pálida ya revelaba su estado de deceso. Giulia levantó la cabeza y vio el agujero por donde había entrado la bala, toda la camisa estaba empapada en sangre. Pasó la mano por esta notando cómo su mano se manchaba con el líquido.

Alguien se acercó desde atrás con paso lento.

—Lo siento, Giulia.

La voz de Salvatore le hizo dar un respingo y se giró hacia él. Parecía realmente afectado, pero ella no quiso ver lo que padecía. Solo tenía palabras de reproche para el forense.

—¡No lo sientes! ¡Esto es lo que deseabas! ¿Verdad?

—No digas eso.

Giulia se giró del todo para encararlo.

—¡Claro que lo digo! ¡Mi marido está muerto! Le dispararon... —Se abrazó a sí misma dejando escapar un sollozo.

—Y uno de mis mejores amigos también —dijo él mirándola.

Ella lo empujó con fuerza, queriendo alejarlo de allí mientras gritaba presa de la rabia y el dolor.

—¡Si hubieras sido su amigo nada de esto habría pasado! ¡Te odio! ¡Vete! ¡No quiero volver a verte nunca más!

Sin esperar respuesta, se giró hacia su marido para tratar de abrazar su cuerpo frío mientras Salvatore la observaba, completamente dolido.

Aquella misma noche había perdido a su mejor amigo y a la única mujer que había logrado despertar algo en él.

## 12.

### *Meses más tarde.*

Salvatore terminaba de cerrar el cuerpo de aquella víctima que le había llegado hacía casi un día. Se quitó los guantes manchados de sangre para tirarlos a la basura y se dirigió hasta su pequeño despacho donde rellenó el informe correspondiente.

En la comisaría se respiraba una tensa calma desde la muerte de Leo Ruggeri causado por un coche bomba donde había estado la actual novia de su amigo Saulo Graziani. La joven, que se había entregado para salvar a este y a su propia hermana, estuvo a punto de morir de no ser por la intervención del policía.

Clairee estaba visiblemente afectada y no hacía más que arriesgar su vida sin razón aparente. Como estaba poniendo en peligro a la unidad, el comisario la forzó a tener unas vacaciones para que recuperara la cordura.

Los policías españoles aún pululaban por la zona ayudando a recuperar a las jóvenes secuestradas por Fabrizio Zanetti, que seguía desaparecido.

Lo que aún no lograba entender era por qué no había ningún resto de Leo cuando recogieron las pruebas de la explosión. Los españoles se habían hecho cargo de todo, pero en comisaría no hubo ni un solo resto de su compañero. Aquello le parecía tan extraño...

Y Cyrano. El policía corrupto. Al parecer lo encontraron maniatado y torturado en una nave del puerto de Livorno. Ahora estaba en un hospital vigilado día y noche por policías. Se le juzgaría por cómplice de Zanetti.

Pero a Salvatore nada de eso le importaba. Él seguía buscando a su viudita sin descanso. Había intentado todo, pero no había ni rastro de ella por ningún lado. Era como si se la hubiese tragado la tierra y estaba realmente preocupado. Empezaba a pensar seriamente en pedirle ayuda a Byanca Marchetti, que, a su juicio, era una de las mejores hackers de toda Italia.

—Salvatore... —dijo alguien a su espalda.

Él se giró con rapidez y se topó con un policía alto de pelo corto oscuro y ojos negros con los brazos cruzados. Era el nuevo inspector del cuerpo. Se había ganado el puesto porque, después de Leo, él era de los mejores.

—Oh, Gatti, no te oí llegar. Estaba con el informe del cadáver que descubristeis.

—¿Y qué es lo que tienes?

—Pues todo muy típico. Varias heridas de arma blanca y se desangró.

El policía lo miró con una ceja enarcada.

—¿Y el chiste? En este momento siempre sueltas uno de tus chistes.



—No siempre tengo chistes, tengo que renovar mi repertorio, empiezan a estar obsoletos — dijo mientras se levantaba y se dirigía a la impresora que había un poco más allá de su escritorio donde se estaba imprimiendo el informe—. Tienes suerte, porque pensaba dejarte el informe encima de tu mesa, mi turno acabó hace media hora.

Cuando el papel salió, se lo dio al policía que lo examinó detenidamente y lo dobló para guardárselo en la cazadora oscura que llevaba puesta.

—Últimamente no duermes bien ¿verdad? Tienes mala cara.

—Con tanto muerto últimamente no hay quien duerma en condiciones, que me tenéis aquí como un esclavo y en condiciones infrahumanas —dijo señalando el despacho a su alrededor lleno de papeles que aún debía terminar de rellenar, informes incompletos y otros que archivar.

—Algo estarás haciendo que te tiene tan ocupado... —dijo Gatti mirándolo.

Salvatore suspiró. Si el policía supiera... Pero nadie podía saber que estaba buscando a su viudita porque solo le concernía a él encontrarla. Ella corría peligro según le había contado Saulo, de ahí que se mudara a su casa hasta que él la vio allí y enterarse, además, de que estaba embarazada.

—Bueno, date prisa, que me tengo que ir —dijo Salvatore recogiendo sus cosas y metiéndolas en su maletín.

—¿Usas maletín? ¿Es que tienes sesenta años?

—¿No has oído hablar de la elegancia? Los tipos como yo no usan ni bandolera ni mochila, solo maletines. —Le hizo una seña hacia la puerta—. ¿Te importaría salir? Hace rato que debería haber cenado, me muero de hambre y si muero ¿quién hará la autopsia a un cuerpo como este?

Gatti sonrió y le dio un leve golpe en el hombro.

—Nos vemos mañana entonces —dijo Gatti saliendo delante de Salvatore que apagaba las luces de su despacho.

Una vez fuera de la comisaría, inspiró profundamente y se dirigió a su coche que estaba aparcado dos calles más allá. Nunca lograba aparcar cerca del edificio y siempre acababa dando un paseo.

Cuando estuvo junto a su coche, dejó el maletín en el asiento del copiloto y se subió en el lado del conductor. Posó ambas manos en el volante mientras suspiraba y cerraba los ojos dejando caer la cabeza contra el cabezal.

—Giulia... —susurró su nombre en la soledad de aquel mínimo espacio—. ¿Dónde estás, mi viudita? ¿Dónde te has ido con nuestro hijo? ¿Estás bien? Lucio, si me escuchas, ayúdame a encontrarla, soy el único que puede protegerla.

Puso el coche en marcha y se dirigió hacia su casa.

Metió el vehículo en el garaje y entró por la puerta interior que daba directamente a la cocina. Dejó el maletín sobre la mesa de madera para luego quitarse la chaqueta de cuero que llevaba

puesta. La lanzó sobre el sofá cuando entró en el amplio salón de paredes blancas y muebles oscuros. Se pasó una mano por el pelo y se dejó caer cerrando los ojos.

Sin apenas darse cuenta se quedó profundamente dormido en aquel incómodo sofá que siempre acababa dándole dolor de espalda al día siguiente cuando el cansancio no le dejaba dar un paso más.

El sonido de su móvil fue lo que le hizo caer del sofá al suelo. Se tocó el cuerpo en busca del móvil que tenía en el bolsillo de los vaqueros. Miró el número y suspiró.

—Saulo...

—Necesito que vengas urgentemente.

—¿Qué ocurre?

—Es Byanca... —su voz sonaba preocupada.

Salvatore puso los ojos en blanco y se incorporó lanzando una queja de su dolorida espalda.

—¿Sabes que te has vuelto un insoportable, Saulo? No hay quien te aguante así, de verdad.

—Está vez es en serio, Salva, no deja de vomitar y creo que ha perdido peso.

Salvatore se pasó una mano por la cara mientras suspiraba.

—¿Se puede saber dónde está mi jefe implacable que era un tipo duro? Porque el hombre que estoy oyendo es totalmente opuesto. Maldita sea, eres un jodido mafioso, compórtate como tal. Byanca está embarazada, nada más. Usa protección y no volverá a ocurrirle lo mismo.

—Hablo en serio, Salva.

—Y yo también. Es normal que vomite, pero si no hay más síntomas, es normal de su embarazo.

—Me tiene preocupado, no me gusta verla así.

—Se le quitará.

—¿Podrías venir a verla? Solo para estar seguros.

—¡No vengas, Salva! —se oyó la voz de Byanca al otro lado de la línea—. Estoy bien. Saulo es un exagerado.

Salvatore sonrió.

—Si ella lo dice, le haré caso.

—Ni te atrevas, vas a venir a verla.

—¡Por Dios, Saulo! Odio esta sobreprotección, te juro que como sigas así me vuelvo a mi habitación.

Salvatore soltó una carcajada.

—Te tiene cogido por los huevos, colega. Yo no haría enfadar a una mujer embarazada...

Todo rastro de humor desapareció de su semblante. Él no había seguido su propio consejo, aunque realmente no lo sabía cuando ella se enfadó con él. Se dejó caer en el sofá suspirando.

—¿Sigues sin saber nada? —preguntó el mafioso al oírlo.

—Ya no sé dónde más buscar, Saulo, estoy desesperado.

—De un momento a otro la encontrarás.

—Ha desaparecido del mapa, no hay registro de su nombre ni en hospitales, ni comisarías, ni hoteles. No sé dónde más buscar y está en peligro.

—Aparecerá, seguro.

De repente, Salvatore sintió ruido al otro lado de la línea hasta que oyó la voz de Byanca.

—Quizás no quiere que la encuentres, aunque claro, para poder registrarte con otro nombre necesitaría documentación falsa, pero...

—¿Pero?

—Es muy complicado conseguir ese tipo de documentación, muy pocos lo hacen de buena calidad y son algo complicados de encontrar, aunque no imposible.

—Byanca, necesito tu ayuda.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca. CBLibertà echaba un poco de menos la acción. Ahora mismo me pongo a buscar.

—Veo que has cambiado tu nombre de hacker.

—Buiobianco quedó en el pasado —dijo ella con remarcada tristeza. Probablemente aquel apodo le traería recuerdos de Leo. Aquella muerte pesaba sobre la conciencia de la chica como una pesada losa de la que no se podía desprender—. Ahora solo existe CBLibertà y nada más.

—Pues necesito que ella me encuentre a Giulia, sea como sea.

—Daremos con ella, te lo prometo.

—Llámame en cuanto encuentres algo, por favor.

—Tranquilo, ah y gracias por ayudarme con Saulo, está insoportable con esto del embarazo.

—Es normal, pero tranquila, se le pasará como a ti los vómitos.

—Lo sé. Bueno, te dejo ya.

—Sí, hasta luego.

Dicho esto, colgó la llamada y se incorporó para dirigirse al baño a darse un baño para despejarse y destensar la espalda que le dolía horrores por la mala posición en la que había dormido.

Por el camino se fue quitando las prendas. Ya las recogería luego. Abrió la puerta del baño para dirigirse a la ducha con hidromasaje. El amplio baño, de azulejos azules oscuros, estaba escasamente iluminado por unos bombillos de bajo consumo.

Cuando el agua estuvo a la temperatura ideal entró en la ducha y se dejó empapar por completo con el agua caliente destensando los músculos agarrotados, en especial los de su espalda, que ella había arañado en los dos únicos encuentros sexuales que habían tenido, incluso recordaba todas y cada una de las caricias y besos que se habían dado.

Recordaba cada recoveco de su cuerpo, sus pechos firmes, sus largas piernas...

—¡Joder! —gruñó al sentir su miembro duro y palpitante.

Apoyó la frente contra la pared mientras su mano envolvía su virilidad ejerciendo un poco de presión.

Muchas noches, después de sus encuentros con Giulia, imaginaba que su mano era su prieta entrada.

La movió con rapidez y gruñó cuando llegó al orgasmo.

El agua arrastró su simiente y él se mantuvo apoyado contra la pared mientras recuperaba el aliento. Tras un rato, cerró el grifo y salió de la ducha para secarse con la toalla. Se envolvió la cintura con ella y se dirigió hacia su habitación para vestirse.

Cogió del armario unos vaqueros y una camiseta gris con el logo de Nirvana. Se calzó unas deportivas de color negro para luego ir a la cocina a prepararse un café. Necesitaba una buena dosis de cafeína.

Tras beberse la taza, se preparó un sustancioso desayuno que devoró casi al instante para ponerse frente a la televisión a ver algo decente, pero solo había noticias que mostraban cosas malas y bastante desgraciado se sentía él como para ver el del resto del mundo.

Quizás podría ver alguna película. Sí, pondría una de Marvel para distraerse. Quizás alguna de Iron Man o los Vengadores. Justamente, el primero tiene ese punto cínico que él mismo solía utilizar en más de una ocasión. Casi podría decirse que se parecían.

Ya le gustaría a él ser un superhéroe para buscar a Giulia y llevarla consigo a su refugio para protegerla de cualquier peligro que se presentara.

En ese momento daría lo que fuera por saber algo de ella, por nimio que fuera.

Buscó en su estantería de películas, alguna de las de Marvel y cogió la primera que encontró: Iron Man. Se dirigió al reproductor y metió dentro el disco para luego volver al sofá y tumbarse en él dándole al play en el mando.

Normalmente le gustaban las películas de Marvel, pero ese día no lograba engancharse porque no podía dejar de pensar en si ella estaría bien, al igual que el bebé que esperaba. Su hijo.

Jamás imaginó que llegaría a ser padre algún día. Hasta hacía bien poco vivía por y para el trabajo tras todo lo que había pasado antaño. Tras la muerte misteriosa de su madre, cayó en un

círculo vicioso de alcohol, drogas, juego y sexo.

Se refugiaba en todo aquello para no pensar y así llegó a hacer cosas de las que ahora se arrepentía. Cuando tenía dinero en sus manos no dudaba en gastarlo en alcohol y drogas, pagar una buena prostituta y apostar en arriesgadas partidas de póker.

Todo empezó bien, ganaba mucho dinero, pero, de repente, empezó a perder grandes cantidades de dinero que sus contrincantes reclamaban sin darle tiempo a conseguirlo.

Se obsesionó con que podía lograr más haciendo cosas terribles. Se vio endeudado con mucha gente. Estaba desesperado. En ese momento fue cuando se topó con Saulo Graziani.

Él lo ayudó a salir del atolladero en el que se había metido y por eso estaba agradecido.

Alguien como él jamás pensó ser padre y ahora, su viudita esperaba un hijo que era de ambos.

### 13.

El goteo que se oía en la habitación era constante y prácticamente lo único que había escuchado durante muchas horas todos los días de su cautiverio en aquel lugar.

Había salido huyendo de Salvatore y al final la habían raptado. No sabía quién, pero probablemente fueran los que le habían tenido vigilada durante mucho tiempo y que habían mandado aquel paquete que la hizo asustarse y llamar a Saulo Graziani pidiéndole ayuda como le había hecho prometer su esposo.

Al pensar en Lucio, el corazón le palpitaba dolorosamente y muchas veces acababa llorando en la oscuridad de aquel cuarto, aunque no era lo único que lograba sacar el dolor que llevaba en su interior.

Lo estaba pasando mal en ese lugar, su embarazo avanzaba. No quería tener a su bebé allí, tenía que haber alguna forma de salir. Apenas veía o hablaba con alguien, el que le traía la comida casi ni intercambiaba palabras con ella.

Pasaba las horas acostada en aquel desvencijado colchón, oyendo ese goteo de las tuberías que pasaban por aquellas paredes oscuras, por eso, se limitaba a hablar con su bebé. Una forma de no sucumbir a la locura.

Si al menos supiese por qué la habían secuestrado.

El tintineo de las cadenas se le hacía insoportable, ya que, al más mínimo movimiento de sus manos, estas se oían repiquetear. Estaba encadenada a la pared, pero, por suerte, tenía libertad de movimiento. No podía llegar muy lejos, pero, al menos, podía moverse.

Su cama era un raído colchón en el suelo y siempre acababa con un terrible dolor de espalda por ello. Con apenas una manta fina para cubrirse, tenía que dormir encogida, como esa noche o día porque llevar el paso de las horas era imposible, no podía saber cuánto llevaba allí.

Había momentos en los que deseaba luchar y escapar de aquella habitación, pero había otros en los que solo quería dejarse vencer y que hicieran lo que quisieran con ella. En esos momentos solo podía mirar al techo y susurrar con voz queda y rota.

—Lucio, por favor, si me escuchas, te suplico que protejas a este bebé. Él es inocente de todo. A mí puede pasarme cualquier cosa, me lo merezco, pero él no. Te lo suplico.

Se abrazó el vientre llorando, pero, de repente, la puerta se abrió dando paso a un enorme foco de luz que la deslumbró por lo que colocó una mano delante para tapar aquella luminosidad.

Sintió pasos y cuando la puerta se cerró, logró enfocar la vista para ver quiénes eran. Uno de ellos era el que le traía la comida, un tipo alto de pelo rapado y ojos azules. El otro, en cambio, no lo había visto antes y eso la asustó. Se incorporó para quedar sentada con los ojos bien abiertos mostrando temor al tratar de imaginar por qué venía alguien desconocido.

Se miraron a los ojos y Giulia se temió lo peor.

—No, no... —decía con la mente nublada por el miedo.

Ambos se detuvieron ante ella y el desconocido se agachó para quedar a la misma altura.

Kelso observó a la mujer que meses atrás había secuestrado y lo que vio fue a una mujer temerosa y desmadrada. Con el vientre hinchado debido a su estado y muy vulnerable.

—No me matéis, aun no, por favor —suplicó ella protegiendo su abdomen—. No sé qué he hecho, pero no me matéis, os lo ruego.

El tipo la miró sin decir nada. Casi podría parecer que sentía pena de su situación ¿o acaso era una jugada para hacer que confiara? Luego él giró la cabeza hacia el otro hombre para decirle:

—Trae algo de comer para ella. —Su voz grave era tranquila. Se volvió de nuevo hacia ella que se encogió aún más.

Se levantó y dio una vuelta por la habitación sin decir nada mientras Giulia permanecía completamente inmóvil mirando hacia el suelo. Temía que si al volver a cruzar sus miradas, sacara algún tipo de arma de algún sitio y la matase sin piedad.

Debía resistir, hacerlo por su bebé.

De repente, como si su boca tuviese vida propia preguntó:

—¿Por qué?

Kelso se detuvo. ¿Cómo contestar a algo así si ni él mismo entendía las razones de Adriena para secuestrar a la mujer de Lucio? ¿Qué pretendía? Él estaba muerto, con eso tendría que haberse acabado todo, pero parecía que se había obsesionado, sobre todo al saber que Giulia estaba embarazada.

—¡Quiero que sufra! —había dicho en alguna que otra ocasión—. La odio y odio a ese bebé. Tenía que haber sido yo la que estuviese embarazada —decía llevándose las manos al vientre—, yo sí que lo amaba.

Recordar las palabras de Adriena le hizo cerrar los puños con rabia y se giró hacia la mujer. Podía ver la súplica en sus ojos. Maldijo para sus adentros. Se encontraba en una encrucijada. Estar frente a la mujer del hombre al que había matado hacía casi seis meses le hacía sentirse culpable porque ese disparo había ocasionado una serie de situaciones que no había querido.

Aquella noche siempre le producía pesadillas. Cada vez que disparaba y veía a Lucio caer, despertaba jadeando y sudoroso. Nunca había matado a nadie y eso lo atormentaba.

Vio que ella esperaba una respuesta así que metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero.

—No soy quién para contestar a eso. Yo solo he venido a comprobar tu estado.

—¿Me mataréis?

—No puedo contestarte.

Hubo unos minutos de silencio en los que ella trató de encontrar el valor para hacer aquella

pregunta que tan loca le traía.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Volvieron a cruzar sus miradas.

—Casi cinco meses —respondió lo más fríamente que pudo—, aunque no sé para qué quieres saberlo, no te hará bien saberlo si sabes que no tienes posibilidad de hacer nada para salir de aquí.

—¿Y qué pasará cuando me ponga de parto? No puedo tenerlo aquí. Esto no es lugar para un recién nacido.

Kelso se encogió de hombros.

—Cuando llegue el momento ya sabremos lo que hacer. Ahora lo que debes hacer es comer, te desencadenarán para que te des una ducha y te pongas otra ropa más acorde a tu estado.

—¿Y si no quiero? —preguntó Giulia queriendo rebelarse ante aquellos que la mantenían cautiva—. Yo solo quiero irme de aquí y olvidarme de todo. No quiero quedarme para dar a luz en este sitio. Dejadme.

Trató de incorporarse, pero se sentía muy débil y apenas logró ponerse de rodillas para luego volver a dejarse caer sentada.

En ese momento apareció el tipo que había salido rato antes por la bandeja de comida que dejó junto a ella, la cual la miró y de un solo golpe la lanzó fuera del colchón haciendo volcar el contenido de esta.

Él, entonces, vio cómo su subordinado se acercaba hasta Giulia y le daba un golpe con el revés de la mano partiéndole el labio. Ella se limpió la sangre y los miró con rabia. En su mente solo se terciaba la idea de escapar de allí, alejarse y que no la encontraran jamás.

No tenía que haber huido de la casa de Saulo Graziani. Tenía que haberse quedado para hacer frente a Salvatore y así decirle que no iba a ser el padre de su bebé, que ella lo criaría sola, pero optó por el método cobarde y huyó para acabar allí, bajo el yugo de gente que ni siquiera sabía qué relación tenían con Lucio.

—No te vale de nada hacer esto —dijo Kelso—. No vas a conseguir escapar, solo conseguirás que nos enfademos y que te hagamos daño. ¿Quieres eso para tu bebé?

Ella volvió a cubrirse el vientre con los brazos sin dejar de mirarlo con ira.

—Jamás dejaré que te acerques a él.

—Si no quieres que me acerque, entonces será mejor que hagas lo que debes. Tu estancia puede ser lo más cómoda posible si haces caso, si no... prepárate para sufrir las consecuencias. —Dirigió la mirada hacia el otro tipo—. Encárgate de que se duche y se cambie de ropa, la comida hasta la próxima no le des nada.

Le dio la espalda y salió de allí con las manos en los bolsillos del pantalón. Había sido cruel, pero, ante todo, tenía que complacer los deseos de Adriana y estos, ahora mismo, eran hacerla



sufrir.

Cerró los ojos unos instantes antes de salir de aquella pequeña casa en las afueras y volver a la ciudad donde la esperaba Adriana con ansias de saber cómo se encontraba la viuda de Lucio.

Mientras tanto, Giulia vio como el tipo que le había pegado agarraba una de sus manos con brusquedad para soltarle la cadena. Ella se vio la mano con algunas heridas secas allí donde le había hecho daño el metal y no se movió cuando le quitó la otra.

No iba a obedecer ninguna orden, estaba cansada de estar asustada. Debía enfrentarse a ellos y escapar de una vez por todas.

—Levanta —ordenó el tipo.

Pero ella no se movió ni un ápice. El otro lo intentó una vez más y al ver que ella seguía empecinada en no hacer caso, la agarró de uno de los brazos y la incorporó de un tirón.

Giulia se quejó del trato y se resistió a ser llevada hasta el baño, pero aún así no pudo hacer mucho, ya que él era mucho más fuerte que ella y no podía luchar estando tan débil.

La sacó al pasillo y la llevó por este hasta una puerta que abrió y la metió dentro junto con una bolsa que dejó sobre el lavamanos. Giulia supuso que sería la ropa que había traído el otro hombre.

—Tienes diez minutos para bañarte. No intentes nada extraño, básicamente porque no tienes ventana por la que escapar y todos los objetos que podrían servirte de defensa han sido sacados de aquí. —El tipo sonrió—. Yo que tú no haría una estupidez si tuviese la oportunidad; las represalias podrían ser mucho peores, créeme.

Giulia se abrazó mientras lo veía salir de allí dejándola sola. Giró sobre sí misma para encontrarse en un austero baño con lo más esencial. Se acercó a la ducha y abrió el grifo esperando para ver si salía el agua caliente.

Mientras tanto se fue quitando la ropa que llevaba y que ya prácticamente no le servía. Una vez desnuda se metió en la ducha y dejó que el agua la empapara. Cerró los ojos dejando que las lágrimas escaparan sin control.

—Dame fuerzas, pequeño, no sé si soportaré esto mucho más —susurró con las manos en el vientre.

Estaba muy cansada de todo y solo quería acabar con aquello, ya fuera para bien o para mal, pero que terminara de una vez por todas.

Varios golpes la sacaron de sus turbios pensamientos haciéndole dar un brinco.

—Se ha acabado el tiempo —dijo el tipo desde fuera.

Giulia no contestó, cerró el grifo y salió de la ducha cogiendo una toalla que había colgada junto a esta. Luego cogió la bolsa y sacó el contenido para ponérselo. Era un vestido sencillo que le llegaba hasta las rodillas.

No lograba entender por qué le habían traído ropa nueva si la trataban como una prisionera.

Una vez vestida, abrió la puerta del baño y el hombre la agarró del brazo con cierta fuerza, haciéndole incluso un poco de daño y la arrastró de nuevo hasta lo que era su celda. Allí volvió a encadenarla, para dejarla, de nuevo, sola en aquella semioscuridad, ya que habían encendido una pequeña bombilla que colgaba de un cable del techo y que apenas alumbraba lo justo y necesario. El sonido del maldito goteo de las tuberías volvía a llenar aquel terrible silencio.

Se recostó en aquel colchón para tratar de descansar un poco, pero algo en el suelo, cerca de este, llamó su atención. Se arrastró un poco y lo cogió. Se trataba de un trozo de cristal. Probablemente un vaso se cayera de la bandeja de comida que le habían traído antes y no se habían percatado de coger los trozos.

¿Sería aquello alguna señal a su grito de auxilio? ¿Acaso, por fin, podría ser libre y escapar de allí?

Pero ¿cómo usarlo? ¿Cómo podía un simple cristal ayudarla a escapar de allí? Su filo no era capaz de abrir los candados que mantenía unida las cadenas en sus muñecas, tampoco servía de palanca. ¿Qué hacer con él?

Se lo llevó al pecho como si fuese un gran tesoro y volvió a mirar hacia el techo.

—Lucio, si esto es una señal, ayúdame. ¿Cómo puedo usar esto en mi favor? Haré lo que sea por salvar a mi bebé, es lo único que me queda en el mundo y no quiero dar a luz en este lugar. — El bebé dio unas leves pataditas y ella acarició su vientre nuevamente—. Te prometo que vamos a salir de esta y que vas a ser un bebé feliz y sano. No dejaré que te hagan daño ni te separen de mi lado.

Su mente volvió a todos aquellos momentos vividos con Lucio hasta que, de repente, apareció la imagen de Salvatore.

Podía recordar cada uno de los detalles de su cuerpo. Sus músculos, sus cicatrices... en cambio de Lucio... de él apenas recordaba cosas. A veces pasaba tanto tiempo fuera de casa que no lo veía durante días e incluso semanas. Hacían el amor, pero nunca había sido con la misma pasión con la que lo hizo con Salvatore.

Esa era una de las cosas que más le pesaban a Giulia. El que otra persona que no fuese su marido fuese la que le había dado las mejores noches de sexo era algo que no se perdonaba.

Si lograba escapar de ese lugar, buscaría un lugar donde criar a su bebé sola. No quería a Salvatore en su vida. Por su culpa, había cometido una atrocidad como era ponerle los cuernos a su esposo y el día que murió Lucio, él se había ido enfadado con ella. Había sido el causante de su desgracia personal y eso no podía obviarlo y hacer como si nada hubiese ocurrido.

Cuanto más lejos estuviese de él, muchísimo mejor para ella.

## 14.

Como cada semana, Clairee se dirigió al cementerio con un nuevo ramo de flores para colocarla en la tumba de Leo. Al llegar frente a esta quitó las secas y colocó las nuevas arrodillándose al lado y tocando con delicadeza las letras de su nombre.

A pesar de haber pasado algunos meses, no se hacía a la idea de saber que no lo volvería a ver.

—Te echo tanto de menos, Leo. Ya nada es lo mismo sin ti. He intentado por todos los medios atrapar al culpable de todo, pero ese maldito ha desaparecido. No merece vivir —dijo dándole un golpe al mármol—. Encima, el comisario me ha echado porque dice que no estoy bien anímicamente, pero es mentira, joder. Yo solo quiero que el culpable pague por todo.

»Byanca se ha puesto en contacto conmigo ¿sabes? —dijo tras una pausa—. Se ha preocupado por mí. Creo que se dio cuenta de mis sentimientos por ti. No puedo odiarla por haber tenido tu amor, ya no. Dios —dijo llevándose la mano al centro del pecho—, es tan doloroso...

Las lágrimas escaparon sin control recorriendo sus mejillas y cayendo sobre el frío mármol.

De repente, alguien le tocó el hombro y ella levantó el rostro con cierta sorpresa preguntándose quién la había seguido hasta allí.

Pablo lo había hecho desde su casa, preocupado por ella. Desde la desaparición de Leo, Clairee se había vuelto loca y había hecho cosas que determinó su expulsión momentánea del cuerpo.

Aquel comportamiento le había hecho vigilarla, al igual que su misión para con la organización. Tener que fingir algo que no era ante ella no lo llevaba nada bien. Sabía que no podía crear lazos por los continuos viajes y nuevas investigaciones, pero Clairee había despertado sentimientos que creía dormidos, incluso muertos.

—Venir aquí te hace mal —dijo él agachándose para estar a la misma altura.

—Es la única forma de sentirlo cerca.

—Él no querría esto para ti, Clairee, debes avanzar y dejarlo marchar.

—¡No puedo! —exclamó levantándose—. Yo lo amaba, Pablo, lo amaba y sufro al no habérselo dicho en su momento. Me callé porque estaba con Byanca. No tenía oportunidad ninguna. Ahora tengo mucho menos porque está muerto.

Clairee se cubrió el rostro.

Pablo también se levantó, la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza sintiendo sus temblores a cada sollozo que soltaba.

—Debes rehacer tu vida, vivir lo que Leo ya no podrá.

—¿Cómo lo haré?

Pablo la apartó para coger el rostro de la joven entre sus manos limpiándole las lágrimas y mirándola a los ojos.

—Eres fuerte y puedes superar esto, solo debes dejar ir a Leo. Lo demás vendrá con el tiempo, eres una buena policía.

Clairee sonrió levemente tras el velo de las lágrimas que aún escapaban de sus ojos, luego se apartó.

—¿Recuerdas lo que te dije aquel día junto al lugar de la explosión? —preguntó ella volviendo a mirar hacia la tumba.

—Cada una de las malditas palabras que dijiste y no quiero que pienses en eso. No puedo dejarte hacer semejante locura.

Pablo había intentado disuadir a su jefe para no hacer lo que la propia Clairee había pensado. Ella no podía entrar en ese mundo, no estaba preparada para ello. Además, ella pensaba que Leo estaba muerto cuando no era así.

—Debo hacerlo por Leo. Es la única forma de encontrar al hijo de puta que provocó su muerte.

—Escúchame, Clairee. Es una locura, hacer algo semejante conlleva renunciar a muchas cosas, entre ellos tu dignidad. ¿Qué pasaría si te violaran? No puedes defenderte como policía, se supone que eres una chica desvalida. Piensa las consecuencias. Por Dios, no lo hagas.

Sin pensar las consecuencias acercó sus labios a los de ella y la besó. La policía abrió los ojos con sorpresa. Jamás hubiera imaginado que él la fuera a besar. Por un momento se dejó llevar y abrió los labios para que Pablo introdujera su lengua.

Pero, de repente, al recordar dónde se encontraban, ella se apartó y le dio la espalda mirando hacia la tumba. Pablo soltó un suspiro cerrando los ojos. No podía luchar contra Leo, tampoco contra la organización.

—Lo siento... —se disculpó.

Clairee se volvió hacia él con la interrogación en su mirada.

—¿Por qué? ¿Por qué intentas convencerme de lo contrario, Pablo?

—Porque no quiero que sufras lo que sufren esas chicas, llevo mucho tiempo viendo cómo quedan marcadas de por vida por lo que les ha ocurrido. Se culpan cuando, básicamente, ha sido un hijo de puta quién las ha colocado en una posición vulnerable que las denigra y les arrebató su dignidad como mujer. Muchas se niegan a seguir viviendo con esa lacra y prefieren acabar con su vida, otras, quedan muertas en vida, ingresadas en centros de recuperación que no les servirá de nada. Yo no quiero verte así, Clairee, no quiero —dijo él volviendo a tomar su rostro con delicadeza—. Por favor, no lo hagas.

Ella sonrió levemente mientras llevaba sus manos a las de él. Por mucho que él tratase de

convencerla, iba a tener que traicionarlo y hacer lo que le dictaba el corazón. Se consideraba fuerte y nadie, por mucho daño que le hiciesen, iba a corromper su alma y sus ansias de venganza.

—No te preocupes por mí —dijo mientras le apartaba las manos—. Confía en mí, Pablo.

Clairee le dio un beso en la mejilla y se alejó rumbo a su coche mientras él se quedaba quieto mirando la tumba vacía de Leo. Cerró los ojos por unos segundos. Temía lo que ella podía hacer y no iba a conseguir detenerla.

Su móvil vibró en el bolsillo y lo cogió.

—Dime.

—Estabas con ella ¿verdad?

Pablo levantó la cabeza, sorprendido. Dio varias vueltas a su alrededor sin ver nada ni nadie.

—¿Estás vigilándome? ¿Acaso no confías en mí?

—No me dejas más opciones que vigilarte, Ramírez. Sabes perfectamente cómo funciona la organización y no has cumplido algunas de las reglas que se te impusieron al entrar. No me gustaría dejarte fuera de este caso, ya que eres de los mejores agentes que tengo, pero estás obligándome a hacerlo. Desde que te propuse que hablaras con esa policía has estado esquivando tu deber y no lo has hecho.

—Porque ella no está bien para semejante misión. No ha superado lo de Leo aún. Lo dije en su momento.

—Es la mejor opción, Ramírez, te doy dos semanas para que le cuentes lo de la organización y lo que estamos dispuestos a hacer para atrapar a esos cabrones.

—No le va a gustar esto, no quiero imaginarme cómo se pondrá si le cuento lo de Leo.

—No tiene que saberlo. Cada uno tendrá misiones diferentes dentro del mismo caso y no se encontrarán. Recuérdalo, Ramírez. No quiero prescindir de tu trabajo, eres de mis mejores hombres, pero un solo error y quedas fuera de todo; no creo que quieras volver a una oficina de policía en Barcelona donde solo moverás papeleo ¿verdad? Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Tras esto, sintió cómo colgaban y tuvo deseos de tirar el móvil al suelo para hacerlo pedazos. Pero se controló y lo guardó en el bolsillo saliendo de allí.

No podía creer que lo estuviesen vigilando. Vale que no había cumplido con su deber, pero no era lo más adecuado para el estado anímico de Clairee. Lo hacía por ella.

Se subió en su coche y puso rumbo hasta el piso donde estaba conviviendo con Pérez. Entró dando un portazo, sorprendiendo a su compañero, que, en ese momento, veía un partido de la liga italiana en la televisión.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Pérez.

—¿Tú sabías que me vigilaba? —Pablo se detuvo junto al sofá de color café donde estaba sentado su compañero que permaneció impasible—. Lo sabías —afirmó más que preguntó—.

Joder, lo sabías y no me lo dijiste. Eres un cabronazo.

—¡Eh, espera! Me dijo que era por tu bien, no sé qué coño está pasando, pero no voy a impedirle hacer lo que considere oportuno, joder. Eres mi compañero y sabes que no te traicionaría nunca.

—¡Pues lo has hecho! Lo hace porque no le he dicho a Clairee lo de la organización para que ella se meta y se deje secuestrar por esos hijos de puta. Tú mismo has visto que ella no está bien anímicamente —dijo pasándose la mano por el pelo con frustración mientras daba una vuelta por el salón escasamente amueblado—. Esa situación podría superarla.

Pérez enarcó una ceja mientras veía a su compañero dar vueltas.

—Sabía que te sentías atraído por ella, pero esto es mucho más de lo que imaginaba.

—Eso no es lo importante, Pérez. Joder, estamos hablando de una mujer que ahora mismo no está bien. Ha perdido a su compañero de trabajo y del que estaba enamorada. Es un duro golpe el que ha sufrido. El día que ella estuvo ante la zona de la explosión me contó sus planes y son los mismos que tiene nuestro jefe, pero he intentado por todos los medios que no cometiera semejante locura, manteniendo a raya también a la organización.

Pérez se incorporó para ir hacia la cocina que estaba separada por una barra americana para coger una cerveza de la nevera.

—Quizás debas dejar que lo haga, Pablo —dijo tras darle un trago al botellín que acababa de abrir—. Que vea con sus propios ojos la locura en la que se ha metido. Quizás esa rabia contenida la ayude a no perder su dignidad, sino a ser valiente y actuar del mejor modo.

Pablo se acercó a la barra y apoyó las manos mientras Pérez colocaba los codos allí mismo.

—¿Te has vuelto loco? Definitivamente sí. No puedo creerme que digas algo así.

Su compañero dejó el botellín sobre la barra y lo miró a los ojos antes de cruzar los brazos.

—No vas a protegerla siempre, quizás ahora mismo esté haciendo lo imposible para que esos tipos la capten y la secuestren.

Pablo se llevó las manos a la cara con frustración. No había caído en ese detalle. Clairee no debería estar sola en aquellos momentos.

Se giró para marcharse, pero Pérez lo agarró del brazo con fuerza.

—No vayas. Lo único que vas a conseguir es que te odie y no creo que quieras eso ¿verdad? Conseguirás el efecto contrario al que quieres.

—No puedo dejar que haga una locura.

—Pablo, estás inmiscuyendo los sentimientos en este asunto y créeme, esto no es bueno para nadie. Si la organización te está vigilando debes andar con pies de plomo y contarle a Clairee todo.

El policía se soltó con brusquedad y volvió a dar vueltas por el salón. No podía pensar con

frialdad cuando se trataba de ella porque sus sentimientos por Clairee iba más allá de la atracción y del deseo de protección.

Si se lo contaba todo iría a cumplir con aquella misión tan arriesgada y no quería que le hiciesen daño. No iba a poder cargar con algo semejante.

—No puedo decírselo, Pérez.

—Pues puedo hacerlo yo. Está claro que tú no estás en posición de hacerlo, te estás dejando guiar por lo que sientes por esa chica. Piénsalo, te quitarás un peso de encima si lo hago. Conseguiremos que la organización deje de vigilarte.

Ambos hombres se miraron fijamente a los ojos durante unos segundos y, finalmente, Pablo asintió.

—Te lo agradecería, no quiero ser el artífice de algo que podría salir mal.

Sin decir nada más, se dirigió a su habitación bajo la atenta mirada de Pérez que negó con la cabeza mientras volvía a por el botellín de cerveza.

—Algo me dice que esto no va a quedar aquí y que vamos a tener muchos problemas con el jefe por esa chica. Espero equivocarme —se dijo mientras volvía a sentarse frente a la televisión para seguir viendo el partido. Iba ganando la Juventus de Turín dos goles a cero al Inter de Milán—. Lo que está claro que es que la Juventus irá a Champions el próximo año, espero que no le toque en el grupo del Barça otra vez.

Mientras tanto, Pablo se quitó la chaqueta de cuero que llevaba puesta y la lanzó contra la cama para volver a dar vueltas por la habitación antes de sentarse y llevarse las manos a la cabeza apoyando los codos en las rodillas.

En momentos como ese deseaba renunciar al puesto que ocupaba en el cuerpo de la organización, pero no podía volver a España así como así. Al igual que Leo, a él lo consideraban muerto en acto de servicio.

Lo bueno de no tener familia era que no debía esconderse, salvo de aquellos que lo intentaron matar en su momento. Un grupo de narcotráfico que había estado vigilando durante meses y que, por un error, habían descubierto su tapadera llegando a torturarlo de forma vil.

Cuando pensaron que ya no resistiría más, lo dejaron tirado junto al arcén de una carretera secundaria, desangrándose.

Recordaba perfectamente haber despertado en una habitación de hospital, pero no pertenecía a ninguno de los que conocía, sino a la organización en la que tuvo un proceso de recuperación muy lento. Lo justo para asimilar que había sido declarado muerto para la comisaría en la que trabajaba y ocupar su nuevo puesto en un cuerpo secreto que resolvía casos internacionales que podían afectar a varios países.

El dolor que sintió en su cuerpo, no solo por las heridas, sino porque aquellos malnacidos le habían roto las piernas y una de ellas tuvo que ser operada de urgencia por el mal estado en el que se encontraba. Por suerte, todo aquello había pasado y había logrado atraparlos para meterlos en

la cárcel y que pagaran por todo lo que hicieron.

Había llevado una existencia vacía y solitaria en la organización y no quería aquello para Clairee si resolvían el caso de la trata de blancas. Ojalá se resolviera todo antes de que ella se viese inmiscuida en aquella situación, pero lo veía bastante complicado y eso lo frustraba demasiado.



## 15.

Los días pasaban con lentitud y Giulia trataba de distraerse cantando canciones de cuna mientras se acariciaba el vientre. Guardaba el cristal que había encontrado junto al colchón tras haber tirado aquella bandeja como si le fuese la vida en ello.

Era momento de actuar, ella no quería tener a su bebé allí. Debía escapar y buscar ayuda.

—Pronto saldremos de aquí, voy a hacer todo lo posible por salir de este infierno, lejos del peligro. Te lo prometo.

La puerta se abrió y ella miró hacia allí viendo entrar al tipo que siempre le llevaba la comida o la soltaba para que fuera al baño. Se llevó la mano a un bolsillo que había oculto en el vestido donde metió el cristal deseando que no lo viese, era su única arma y lo que podría ayudarla.

Se acercó sin decir nada y le agarró la mano que estaba fuera del bolsillo para quitarle la cadena. Giulia sacó la otra por temor a que la brusquedad del hombre hiciera descubrir el cristal.

Cuando le quitó la otra, se frotó las muñecas con delicadeza procurando no tocar las zonas donde había pequeñas rozaduras.

Él la agarró el brazo y la incorporó con cierta brusquedad lo que sacó una queja de ella.

—Deja de quejarte y vamos. No sabes las ganas que tengo de acabar con todo esto.

—Déjame marchar, entonces —dijo Giulia mientras era arrastrada por el tipo—. Por favor, no puedo tener a mi bebé aquí.

—¡Ja! ¿Intentas convencerme? Quiero mucho mi pellejo como para dejarte escapar.

El hombre abrió la puerta del baño y la empujó dentro. Le recordó que tenía poco tiempo para asearse lo justo antes de volver a su lugar de encierro.

La decisión que tomó fue fulminante. Metió la mano en el bolsillo apretando el cristal con fuerza. Era ahora o nunca.

—Se acabó el tiempo —dijeron desde fuera.

Giulia inspiró hondo y se colocó al lado de la puerta, pegada a la pared y con el cristal en una mano. Cerró los ojos unos segundos antes de sentir cómo se abría. Lo vio entrar y mirar hacia dentro. Levantó las manos con el trozo de vidrio y con cierta fuerza se lo clavó en el hombro. El tipo rugió de dolor y se giró justo cuando ella lo sacaba. Al ver la mirada de su captor retrocedió un paso con temor.

—Maldita zorra —dijo con rabia mezclada con dolor por la herida causada.

Giulia miró con temor y retrocedió otro paso. Quiso salir corriendo, pero él la agarró del pelo, lo que hizo que soltara un grito de dolor. Trató de defenderse clavando el cristal en un costado del tipo.

Él la soltó con brusquedad y la hizo chocar la espalda con la pared, dejándola momentáneamente sin respiración, aún así no soltó el vidrio. El golpe que recibió en la mejilla le hizo ver las estrellas, pero no se iba a rendir, tenía que luchar por su bebé.

Soltó un jadeo cuando el tipo le golpeó en el abdomen y se encogió de dolor.

—Esto te enseñará, estúpida —dijo él mirándola con desdén.

Giulia se llevó la mano libre al vientre con dolor y luego miró con rabia a su captor. El golpe la había dejado casi sin respiración y temió por su bebé. Sin pensar muy bien lo que hacía levantó de nuevo el brazo y le clavó el cristal en el cuello al tipo.

El retrocedió unos pasos llevándose una mano a la zona sintiendo la sangre correr. Había sido certera en su ataque. Giulia lo vio caer al suelo respirando con dificultad debido a la herida.

Se arrodilló junto a él al sentir una terrible contracción que hizo que se encogiera mientras se sujetaba el vientre. Sintió, entonces, algo caliente recorrer sus muslos y enseguida supo que algo no andaba bien.

—Por favor, por favor... —rogaba con temor a nadie en particular. Un grito escapó de su garganta cuando volvió a sentir otra contracción—. No puedo tenerlo aquí, no puedo tener a mi bebé aquí.

El momento en el que el dolor le dio una tregua, rebuscó en los bolsillos de su captor mientras este se ahogaba con su propia sangre. En uno de ellos encontró un móvil. Aquel aparato podía ser su salvación. No estaba preparada para dar a luz.

Al sentir una nueva contracción apoyó las manos en el suelo y así fue como vio la sangre que había bajado por sus muslos. Sintió deseos de llorar de desesperación. Lo que menos había querido se iba a cumplir y se encontraba sola porque el tipo estaba muriéndose si no lo estaba ya. No podía poner atención a su alrededor. Trataba de controlar su respiración y aguantar lo suficiente para pasar cada nueva contracción.

Aquel móvil que había encontrado era su única salvación. Lo tomó con manos temblorosas y lo desbloqueó sin problemas, ya que no le pedía ni un mísero pin. Marcó el número de emergencias y le dio al botón de llamada. Cuando cogieron la llamada al otro lado, dijo con voz débil:

—Ayúdenme, por... ¡ay! —gritó cuando otra contracción le atenazó el vientre—. Por favor... mi bebé... no puedo tener a mi bebé aquí... —Las lágrimas escapaban sin control de sus ojos—. No sé dónde estoy... ayúdenme... me secuestraron... estoy sangrando.

Desde el otro lado le pidieron que no colgara, que iban a intentar hacer todo lo posible por encontrarla, pero debía tranquilizarse. Las contracciones se hacían más frecuentes y el dolor era insoportable.

Por mucho que suplicase que se diesen prisa, sabía que no podía evitar lo inminente. Su bebé estaba a punto de nacer en aquel lugar y no iba a poder evitarlo.

No podía contener las contracciones que le atenazaban el vientre y cada vez que tenía una no

podía evitar gritar para luego tomar rápidas inspiraciones en cuanto se relajaba el cuerpo.

Nada deseaba más que la localizaran y la sacaran de ese lugar lo antes posible.

Salvatore llevaba a Gatti un informe forense sobre unos objetos encontrados en la escena de un crimen. Había encontrado algunas huellas que habían analizado y le habían puesto rostro a un asesino que llevaban tiempo buscando.

Tocó en la puerta y pasó al interior sin esperar una respuesta por parte del inspector.

—Sí, ¿habéis localizado la llamada? —Asintió mientras le hacía un gesto a Salvatore para que dejara el informe sobre la mesa.

Este se acercó y colocó la carpeta justo delante de su compañero sin dejar de escuchar lo que este decía.

Al parecer alguien había llamado a emergencias y estaba tratando de localizar la llamada.

—¿La ambulancia ya va para allá? Sí, ya estoy en camino —dijo Gatti mientras se incorporaba—. Entendido. No tardaré mucho.

Gatti colgó y cogió la chaqueta que tenía colocada en el respaldo de su silla.

—Ahí tienes el informe de las huellas —dijo Salvatore.

—Luego las reviso, hemos recibido un aviso desde el servicio de emergencias y parece serio. Tenlo todo preparado, solo por si acaso porque dudo mucho que esto salga bien —dijo el policía con negatividad.

Salvatore frunció el ceño.

—¿Tan grave es?

Gatti se encogió de hombros.

—No entiendo de embarazos, pero, al parecer, la chica que ha llamado está a punto de dar a luz en el lugar donde la han tenido secuestrada. Dudo mucho que sea una mansión de lujo...

El policía tomó las llaves del coche para salir de allí mientras el forense sopesaba las palabras de su compañero. Un presentimiento se instaló en su corazón de repente. Se llevó una mano al pecho.

¿Y si Giulia había sido secuestrada? Pero ¿por quién? ¿Zanetti? Imposible. Probablemente no fuese su viudita.

Se giró en el último momento justo para ver al policía salir de allí. Salió y antes de que se alejara más, lo agarró del brazo. Gatti lo miró confuso.

—¿Por causalidad ha dicho como se llama?

Gatti negó con la cabeza reflejando confusión en su rostro por aquella pregunta.

—No, está muy alterada por lo que sé. —Salvatore lo soltó y se pasó una mano por el pelo, lo que le resultó raro al inspector, por lo que se giró hacia el forense con los brazos cruzados—. ¿Se puede saber qué ocurre, Salva? Nunca te he visto actuar así y créeme que esto me sorprende.

Salvatore negó con la cabeza y trató de sonreír desenfadado.

—Nada, simple curiosidad.

Gatti enarcó una ceja.

—¿Te han dicho alguna vez que eres malo mintiendo? Tienes un jodido tic en el ojo.

Gatti era muy observador y esa era una de las razones por las que había sido elegido como nuevo inspector, entre otras tantas virtudes que debía tener alguien digno de ocupar ese puesto.

—No estoy mintiendo —dijo Salvatore poniéndose recto.

—Salva, tengo prisa y no puedo soportar estos misterios. O me dices qué cojones te pasa o me voy y te quedas ahí sin decirme lo que quieras contarme.

El forense levantó las manos. No podía decírselo, quizás solo se trataba de una casualidad y aquella mujer no era Giulia.

—Nada, déjalo —dijo el forense retrocediendo un paso.

Gatti negó con la cabeza y se alejó saliendo de la comisaría. Salvatore bajó a su despacho con la mente puesta en aquella mujer que estaba dando a luz en algún lugar sola y asustada.

Apoyó las manos en la mesa sin dejar de darle vueltas a aquel tema porque ¿y si era ella? Se apartó del escritorio para dar vueltas por la habitación con las manos en la cabeza. Tenía que haber ido con Gatti hasta el lugar y no esperar una llamada por una posible muerte.

No tenía ni idea de obstetricia, pero quizás podría salvar dos vidas y no tener que hacerles sus respectivas autopsias. Se sentía asfixiado entre aquellas cuatro paredes. Tenía que salir y despejarse para no pensar en lo que podría estar ocurriendo.

Giulia se había trasladado con esfuerzo hasta una habitación mucho mejor que en la que estuvo encerrada, probablemente era la de su captor que había perecido en el cuarto de baño. Probablemente le hubiese cogido alguna vena importante.

Las contracciones eran cada vez más frecuentes y trataba de hacer caso a todo lo que le decían desde el móvil los de emergencia.

Rogaba que los de la ambulancia llegasen pronto, aunque era inevitable parir allí, al menos que estuviese rodeada de gente que sabía qué hacer.

—¿Sigue ahí, señorita? —preguntaron al otro lado de la línea.

—Sí... —dijo tras una contracción—. Me duele mucho.

—Tranquila, respire.

Cada vez era más insoportable el dolor y acabó tendiéndose en la cama boca arriba.

—Por favor, no puedo más. Cada vez es más fuerte y más seguido.

—Señorita, ¿ha calculado cuánto tiempo hay entre una contracción y otra?

—No lo sé... muy poco...

Volvió a gritar por la contracción y maldijo en voz alta.

—Intente respirar —le dijeron al otro lado de la línea telefónica.

—No puedo tener a mi bebé aún, no he cumplido las cuarenta semanas —dijo Giulia realmente asustada, el tiempo de gestación no había acabado.

—Hay bebés que se adelantan y no les ocurre nada —dijo la persona al otro lado comprendiendo el miedo que ella sentía, su tono de voz denotaba exactamente lo que sentía—. Todo va a salir bien, confie en mí.

Giulia cerró los ojos y trató de respirar de forma pausada, tal y como le habían indicado por el móvil.

—De acuerdo...

Desde el otro lado de la línea le fueron dando algunas indicaciones mientras las contracciones se sucedían unas tras otras casi sin descanso, indicio de que cada vez estaba más cerca el nacimiento del bebé.

Giulia estaba aterrada por si surgía alguna complicación. Estaba sola en un lugar del que no tenía su situación geográfica, con su bebé a punto de nacer.

—Muy bien —dijeron al otro lado de la línea—, Giulia, voy a tutearte a partir de ahora ¿vale? Sigue mis indicaciones y todo saldrá bien, te lo prometo.

Ella no estaba muy convencida, el miedo le hacía pensar todo tipo de desgracias, aún así, trató de seguir lo que le decían.

Empezó a empujar a pesar del dolor, se contenía para no gritar, pero con cada nueva contracción y empujón era más difícil controlarse por lo que a medida que iba pasando el tiempo, los gritos se intensificaron mientras empujaba y sentía cómo su bebé venía al mundo.

Era una agonía, pero trataba de seguir las instrucciones que le daban a través del móvil y cuando ya quedaba poco para que saliese la cabeza, se recostó respirando agitadamente.

—No puedo... —dijo lastimeramente entre jadeos.

—Sí que puedes. Ya no queda nada, un par de empujones más.

—Dios...

Giulia cerró los ojos dejando caer la cabeza queriendo dejarse vencer, el dolor que sentía era más de lo que alguien podía soportar.

—Vamos, Giulia, no te detengas ahora, ya casi lo tienes.

Las lágrimas escapaban sin control de los ojos de ella que trataba de incorporarse un poco para tratar de empujar de nuevo, consiguiendo que saliera la cabeza del bebé.

Tomó aire repetidas veces y empujó algunas veces más hasta que por fin sintió cómo salía.

A lo lejos se oyó el sonido de varias sirenas, pero Giulia estaba tan cansada que no tenía ni fuerzas para gritar.

—Lo has hecho muy bien —dijeron al otro lado de la línea.

## 16.

Salvatore se hallaba en su despacho completando informes. Había decidido quedarse y ocupar su mente en otra cosa que no fuese aquella mujer que estaba en algún lugar dando a luz sola o, incluso, muerta. Tenía un mal presentimiento con respecto a ella porque se imaginaba que era Giulia y se le instalaba un agudo dolor en el pecho que no lograba quitarse de ninguna de las maneras.

Revisaba los últimos informes cuando sonó el teléfono de la oficina. Dejó los papeles a un lado y miró el aparato con el corazón latiendo fuertemente. Cerró los ojos unos instantes y cogió el auricular poniéndoselo en la oreja.

—¿Diga?

—Fabreschi, necesitamos al equipo forense a las afueras de la ciudad, te mandaré la ubicación exacta porque este lugar está perdido —dijo Gatti al otro lado de la línea.

Salvatore tragó saliva temiendo preguntar por la mujer. Si estaba muerta tenía que cumplir con su trabajo, fuese quien fuese, por lo que se incorporó.

—De acuerdo, mándame la ubicación y mi equipo y yo llegaremos en un momento.

—Os esperamos —dijo el inspector antes de colgar.

Salvatore dejó el teléfono y bajó la cabeza suspirando mientras se apoyaba en la mesa. Rezaba por no tener que hacer la autopsia a esa mujer. Odiaba hacerlo cuando era gente inocente. Verlos en su mesa de trabajo era de las cosas más complicadas que hacía porque solo ellos podían averiguar la forma en la que habían muerto. Las respuestas muchas veces no eran las que deseaban y lo pasaban mal a pesar de que la gente pensaba que no tenían corazón.

Salió de su despacho avisando a sus subordinados para que preparasen todo el material que iban a necesitar. Justo en ese momento recibió un mensaje de Gatti mandándole la ubicación exacta del lugar.

Cogió la chaqueta de cuero que tenía en el perchero y se la colocó para recoger su maletín. Sin más salió de allí. Él iría en su coche mientras su equipo iría en el furgón que tenían para trasladar el cadáver.

Se metió en su coche y puso rumbo al lugar que Gatti le había indicado. Puso la radio y se oyó a The Rolling Stones con su canción *Satisfaction*. Intentó concentrarse en la canción para así no pensar en lo que se le avecinaba.

Fue siguiendo las indicaciones de su móvil hasta que llegó al lugar donde había varios coches de policías. Detuvo el vehículo y se bajó cogiendo su maletín para luego dirigirse hacia el interior de la casa de madera desvencijada.

Cuando cruzó el umbral se topó con Gatti, que estaba en lo que parecía ser un salón separado por una barra de la cocina. Ambos hombres se miraron. El inspector le hizo una seña para que lo

siguiera hasta el baño.

Al entrar miró al suelo y suspiró de alivio interiormente al ver que no era una mujer.

Dejó el maletín en el suelo a la vez que se arrodillaba para sacar unos guantes de látex y ponérselos. Con delicadeza movió la cabeza del tipo que aún mantenía los ojos abiertos mirando al infinito. Al ver el cristal supo con certeza que ese pedazo de vidrio había cercenado una de las principales venas lo que le hizo desangrarse y morir.

De repente se percató de otra mancha de sangre que había junto al cuerpo que seguía un camino hacia el exterior y de la que no se había percatado hasta ese momento.

—¿Hay otro cuerpo? —preguntó Salva mientras se incorporaba y miraba a Gatti.

—Esa sangre es de la mujer que llamó a emergencias. Al parecer le indicaron que fuera a una habitación para poder tener a su bebé lo más cómoda posible. Me acaban de informar de todo y parece ser que la criatura ha nacido antes de tiempo.

—¿Se ha identificado a la mujer? —preguntó tratando de ocultar sus ansias y sus esperanzas.

Gatti asintió con la cabeza mientras miraba fijamente a Salvatore que seguía el rastro que había dejado la sangre hasta la habitación donde hacía tan solo un rato había estado la mujer con su bebé y que se había llevado la ambulancia, pero él no lo había visto.

Salvatore miraba todo con detalle para volver al baño para tomar todas las pruebas posibles.

—Hemos encontrado otra habitación donde probablemente estuviese la mujer encerrada. No hay mucho: un simple colchón y unas cadenas en una de las paredes.

Salvatore se dirigió a la habitación que Gatti le había comentado y cuando vio el lugar solo pudo maldecir por las malas condiciones en la que habían tenido a aquella mujer. Aquel no era lugar para una embarazada.

Se acercó hasta el colchón y se puso en cuclillas para examinar el lugar. Cogió una de las cadenas donde pudo ver pequeños restos de sangre seca, ya que las cadenas eran relativamente nuevas.

Sobre el colchón había una desvencijada manta y una almohada fina. Apartó ambas para ver si encontraba algo que pudiera servir como prueba y se topó con lo que parecía un anillo de oro blanco, concretamente una alianza. La cogió para tomarlo como prueba y la curiosidad pudo con él haciéndole observar el interior por si había algún nombre grabado en el interior. Lo que vio lo dejó helado.

—“Nada valgo sin tu amor” Lucio —susurró.

Junto al nombre estaba la fecha de la boda y coincidía con la boda de Giulia y Lucio, porque podía haber muchos con ese nombre, pero era muy raro que coincidiese la fecha del enlace.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Gatti desde la puerta, ya que uno de los suyos estaba hablando con él para comenzar a preparar el informe que rellenarán en la comisaría.

Salvatore cerró el puño con el anillo dentro y se incorporó sin mirarlo. Solo veía la frase del



anillo con una inusitada rabia creciendo en su interior. Si sus sospechas eran ciertas, su viudita había estado aquí retenida contra su voluntad con su hijo creciendo en su vientre y que hoy había nacido de forma prematura.

Si no fuese porque su captor estaba muerto lo hubiese matado él mismo con sus propias manos. Cerró los ojos mientras inspiraba hondo y trató de tranquilizarse, pero le estaba resultando imposible, así que se giró y se dispuso a salir de allí.

Gatti, que lo vio salir, lo agarró del brazo.

—¿A dónde vas?

—¿A qué hospital se llevaron a la mujer? —preguntó Salvatore.

El inspector frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Dímelo —exigió el forense.

—No lo sé y tampoco debería interesarte, tú solo debes recoger pruebas y muestras.

—De eso se encargarán los chicos. Me voy —dijo soltándose, pero el inspector volvió a cogerlo por lo que se giró hacia él—. No me toques los cojones, Gatti, nadie me controla y menos lo vas a hacer tú, ¿entendido?

—No voy a controlarte, pero es tu trabajo, Salva. Estás abandonando tu puesto.

—Como te acabo de decir, los demás pueden coger todas las pruebas pertinentes.

—No entiendo por qué te interesa tanto esa mujer.

—Pues sigue sin entenderlo, es asunto mío.

Sin decir más volvió a soltarse y salió de allí. En la entrada se encontró con dos compañeros del cuerpo y preguntó hacia dónde se dirigió la ambulancia que se llevó a la mujer con el bebé.

Uno de ellos le dio las indicaciones sin comprender muy bien la razón, aunque supuso que sería algo relativo a la investigación por lo que no le dio la importancia que realmente tenía.

Salvatore se subió en su coche y puso rumbo al hospital mientras cogía su móvil y llamaba con el manos libres puesto.

—¿Salva? —se oyó la voz de Saulo al otro lado.

—La he encontrado. He encontrado a Giulia —dijo sin dejar de mirar la carretera y acelerando cada vez más. Le importaba una mierda los controles de velocidad. Solo quería estar cerca de su mujer—. Algún hijo de puta la secuestró y la mantuvo cautiva estando embarazada. Ha puesto en peligro sus vidas, tanto la de ella como la de mi hijo.

—¿Dónde estaba?

—En una maldita casa perdida a las afueras. Joder, dormía en un jodido colchón encadenada a

la pared. Como sepa quién fue, mi bistorí hará maravillas con su jodido cuerpo.

Dio un golpe al volante mientras la rabia se volvía incontenible. Saber que había estado allí sola, vulnerable, a merced de lo que ellos pudiesen decidir sobre su futuro la hervía la sangre.

—Encontraremos a quien lo haya hecho, Salva. Lo encontraremos y le haremos picadillo, no lo dudes.

—Lo sé. Voy de camino al hospital así que hablamos luego.

—Entendido.

Se dio toda la prisa posible hasta llegar al hospital. Una vez llegó, aparcó a toda prisa sin fijarse si estaba entre las líneas que compone cada uno de los aparcamientos en batería.

Sin pensarlo, se dirigió a la recepción donde había una enfermera con la típica ropa de hospital blanca, su pelo pelirrojo estaba recogido en un moño con un lápiz y unas gafas de pasta rojas a juego con su pelo enmarcaban sus ojos verdes. Apoyó las manos en el mostrador y ella levantó la mirada.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Vengo por la mujer que trajo la ambulancia y que dio a luz a un bebé.

—¿Y puedo saber quién es usted? Porque no puedo darle la información a un desconocido.

Golpeó la mesa con ambas manos y miró con fiereza a la chica.

—No soy ningún desconocido, soy el padre de ese bebé —dijo acercando su rostro hacia el de la joven que retrocedió unos centímetros—. Así que espero que me diga en qué habitación se encuentra o recorreré todo el puto hospital hasta encontrarla.

Un tipo alto y fuerte, probablemente un tipo de seguridad se acercó al oír el alboroto, pero Salvatore estiró una mano abierta hacia él. Nadie lo iba a detener porque él debía estar con Giulia, no podía perder a su viudita.

—Señor, si es tan amable de seguirme —dijo el de seguridad.

—¡No! ¡No voy a irme de aquí sin mi mujer! —exclamó.

Varias personas se pararon a observar lo que ocurría allí. Salvatore respiraba agitadamente y sentía sus manos temblar por primera vez en mucho tiempo. Giulia estaba ahí y nadie quería decirle dónde.

Tanto el de seguridad como la de recepción se miraron sin saber muy bien qué hacer.

La chica volvió la vista hacia Salvatore y cogió el teléfono.

—Avisaré al médico que la está atendiendo. Él podrá darle toda la información.

—Eso está mucho mejor —dijo Salvatore sin dejar de mirar al tipo de seguridad por si lo sacaba de allí a la fuerza.

Por el raballo del ojo vio a la joven recepcionista hablar con alguien y luego colgó.

—Enseguida baja el médico.

—Perfecto. —Y sin dejar de mirar al de seguridad le dijo—. Ya lo ha oído, puede irse a seguir vigilando, quién sabe, a lo mejor alguien está robando aspirinas de la farmacia del hospital y no podemos dejar que eso ocurra ¿verdad?

El de seguridad enarcó una ceja y aún vigilante retrocedió un par de pasos sin dejar de mirarlo hasta que se dio la vuelta y se alejó de allí.

Salvatore suspiró interiormente y esperó a que bajara el médico que atendía a Giulia. Por suerte, no tuvo que esperar mucho. Las puertas del ascensor se abrieron para dar paso a un hombre entrado en la madurez con el pelo corto peinado con gomina y con algunas canas en las sienes que le daban incluso un toque elegante, sus ojos marrones estaban enmarcados por unas finas gafas con montura al aire.

Lo vio acercarse a recepción y hablar con la chica que lo había atendido para preguntar sobre la persona que venía preguntando por la mujer que acababa de llegar y ella le hizo una señal hacia Salvatore que no había dejado de mirarlo.

—Bueno días, soy el doctor Fabri, me han informado que usted es familiar de la mujer que dio a luz y que trajo la ambulancia.

—Sí, ella es mi mujer. Llevo mucho tiempo buscándola.

—Acompáñeme y le cuento la situación.

Salvatore asintió y lo siguió hasta el ascensor. Cuando llegaron allí, se metieron dentro para ir al módulo de obstetricia.

—¿Y bien? ¿Cómo está ella? ¿Y el bebé?

—Como sabrá, su mujer no ha completado el tiempo de gestación por lo que el bebé llegó de forma prematura, ha tenido bastante suerte el hecho de que estuviesen bien formados los pulmones, aún así está en la UCI en incubadora.

—Pero se pondrá bien ¿verdad?

—Si es como su madre, le aseguro que su hija será muy fuerte y saldrá adelante —dijo el médico mostrando una leve sonrisa.

Salvatore sonrió. Una niña. Su viudita había tenido una niña.

—¿Y ella? ¿Cómo se encuentra?

—Como le acabo de comentar, es fuerte y, aunque ha sido un parto bastante duro al igual que las condiciones, está bastante bien. Ahora mismo está descansando.

—Me gustaría verlas.

El doctor asintió y cuando se bajaron del ascensor se dirigió hasta la zona de la UCI donde estaba la niña siendo atendida.

Una vez allí, a Salvatore le obligaron a ponerse una bata verde junto con unos protectores para los zapatos y un gorro para el pelo.

Guiado, entonces, por una enfermera, se dirigieron hasta la habitación en la que se encontraban las incubadoras parándose en una donde había otra relleno un informe. Ambas le sonrieron levemente mientras él se acercaba.

Allí, en aquella incubadora se encontraba un pequeño ser que sabía que iba a cuidar y proteger durante toda su vida. Su niña.

## 17.

Salvatore observó el pequeño cuerpo del bebé dentro de la incubadora y no pudo evitar sonreír. Se sentía tan feliz por verla. Miró a la enfermera que había estado rellenando el informe.

La incubadora tenía unos agujeros donde podía meter las manos y quería sentir a su bebé. Ella, al ver lo que quería decirle, asintió por lo que él no dudó en meter las manos por aquellos dos agujeros para acariciar la piel de aquella pequeña.

—Hola, pequeña —dijo en voz baja—, parece que querías conocer el mundo antes de tiempo ¿verdad? Estaba preocupado por vosotras porque no os encontraba, pero ahora que volvemos a estar juntos, nadie nos separará, ya verás.

La niña, que tenía un tubito que salía de su nariz movió la cabeza como si lo entendiera. Le acarició con un dedo el bracito y cuando lo acercó a la mano de ella, quiso agarrar su dedo lo que lo hizo sonreír.

—Mamá está descansando, pero pronto vendrá a verte ¿sí? Ha sido toda una guerrera y ha luchado por protegerte de todo mal. Estoy seguro que serás tanto o más guerrera que ella.

»Cuando te dejen salir de aquí vas a conocer a mucha gente que estaba preocupada por mamá como el tito Saulo y la tita Byanca. Vas a convertirte en la niña mimada de la familia.

No podía evitar sonreír al ver que ella no soltaba su dedo. Pasó bastante rato allí con la niña, hablándole de cosas trascendentales hasta que la vio respirar con suavidad y tenía sus ojitos cerrados. Se había quedado dormida, así que salió de la habitación de la UCI y se quitó toda la ropa protectora que le habían dado.

Preguntó a una enfermera si sabía en qué habitación se encontraba Giulia y esta, amablemente, le indicó dónde podía encontrarla por lo que se dirigió hacia allí.

Cuando llegó ante la puerta cerrada, se detuvo unos instantes tomando aire. Era muy probable que no fuese bien recibido y que, incluso, lo echara de allí a patadas, pero quería asegurarse de que estaba bien.

Agarró el pomo de la puerta y tras tomar aire, abrió y entró. Vio a Giulia tendida en la cama profundamente dormida, por lo que se acercó observándola.

Su cara presentaba golpes recientes y tenía vendajes en ambas muñecas, debido al roce de aquellas cadenas que había visto en la casa de la que logró, al fin, salir. Cerró los puños con rabia, pero intentó calmarse acercando una mano hasta el rostro magullado de su viudita para acariciarla con delicadeza.

—Al fin te he encontrado, Giulia. Ahora vas a estar bien, te lo juro.

Ella se removió ante el contacto, probablemente por la molestia que le causaba el roce en los golpes y abrió los ojos lentamente.

Salvatore se apartó un poco, casi con temor.

Giulia parpadeó varias veces saliendo del estupor del sueño intentando ubicarse, por el color de las paredes sabía que no era aquella habitación donde había dado a luz...

Al recordar esto, se incorporó rápidamente con un jadeo sintiendo un terrible mareo. Alguien posó sus manos en ella y trató de apartarse. Parecía no haber despertado del todo y creía que venían a por ella otra vez.

—Giulia...

Aquella voz... conocía aquella voz. Volvió a parpadear en dirección al hombre que había dicho su nombre y lo vio.

Salvatore sintió escalofríos al volver a apreciar los hermosos ojos azules de Giulia sobre él. Sonrió levemente, casi con temor.

—Salvatore... —dijo ella en un susurro.

Él no dijo nada cuando lo nombró, no sabía qué esperar de ella en ese momento, pero cuando vio que su labio inferior temblaba y comenzaba a llorar, se acercó y la abrazó.

Giulia se sintió refugiada por primera vez en muchos meses por lo que dejó escapar todo el dolor y la agonía que había retenido en todo ese tiempo. Se aferró con fuerza a la camiseta del forense.

—Tranquila, ya ha pasado todo, ambas estáis a salvo. No volverán a por ti.

Ella sorbió por la nariz y levantó la cabeza.

—Mi bebé ¿dónde está? Nació antes de tiempo.

—Tranquila, la tienen en la UCI, pero está bien, acabo de verla.

—Pero...

Salvatore posó sus manos en las mejillas empapadas de su viudita y la miró a los ojos fijamente.

—Nuestra niña es una guerrera, como tú, ambas habéis sobrevivido a un infierno en estos meses y vais a salir de esta porque sois fuertes, no lo dudes ni un segundo. A partir de ahora voy a protegeros, nadie os hará más daño, te lo prometo.

El forense volvió a abrazarla con fuerza mientras ella se relajaba entre sus brazos. Por primera vez en meses se sentía protegida y, al fin, había logrado escapar del infierno en el que la habían tenido encerrada.

Por fin logró serenarse entre los brazos de Salvatore. Había rogado a los cielos para que alguien fuese a por ella para escapar de su encierro.

Había cometido un error al querer huir de la casa de Saulo Graziani, pero temió que Salvatore la obligara a algo que no quería. El dolor por todo lo ocurrido desde la primera vez que se acostaron le hizo hacer las cosas sin pensar, olvidando el peligro que corría por las amenazas de

alguien que no tenía ni idea de quién era.

Quizás era momento de olvidar lo ocurrido, estaba segura de que Lucio, donde quiera que estuviese, la entendería.

Salvatore le acariciaba la espalda tratando de hacer que se relajara un poco más.

—Fiorella... —dijo Giulia en un susurro. Él se apartó lo justo para mirarla a los ojos—. Si es una niña, quiero que se llame Fiorella.

—Es un nombre precioso, Giulia. Nuestra pequeña flor <sup>[1]</sup>.

Ella sonrió levemente mientras cerraba los ojos y se dejaba llevar por la suave caricia en su espalda. No tardó mucho en quedarse profundamente dormida. Salvatore la dejó contra la almohada y la cubrió con las sábanas para sentarse en la silla que había al lado.

Se pasó una mano por el pelo casi con alivio. Por un momento pensó que iba a echarlo de allí gritando, pero estaba tan asustada aún que había buscado refugio entre sus brazos. Ahora mismo le daba igual su trabajo, seguro que su móvil estaba ardiendo a llamadas del comisario, pero lo primero de todo eran su viudita y su pequeña flor. Nada más le importaba en ese momento.

Sonrió levemente observando dormir a Giulia. Sí, nada más importaba.

El agua caliente y la espuma cubrían su cuerpo desnudo. Las sales de baño la relajaban tanto que en cualquier momento podía dormirse, pero ese momento se vio interrumpido por un par de toques en la puerta que la sacaron de su ensoñación.

Se incorporó un poco.

—Adelante.

La puerta se abrió apareciendo por esta Kelso con cara de circunstancia.

—Siento interrumpir tu baño, Adriena, pero me ha llegado una información que no te va a gustar nada.

—¿Y por qué no has esperado a que acabe mi baño?

—Porque es importante.

Adriena chistó con fastidio.

—Maldita sea, eres demasiado impaciente.

La joven se incorporó mostrando su esbelto cuerpo ante los ojos de su subordinado que la miró con deseo.

Le encantaba lo que provocaba en los hombres y no dudaba en presumir de ello luciéndose.

Cogió la toalla que había en un taburete y se envolvió en ella para luego sentarse en el borde de la bañera.

—Soy toda oídos.

El joven se retorció las manos sin saber cómo darle la noticia.

Ella cruzó los brazos, impaciente.

—Bueno... esto...

—Odio que me hagan esperar.

—Al parecer, la mujer que secuestramos atacó al hombre que la vigilaba matándolo, el lugar donde la teníamos estaba lleno de policías y forenses. Supongo que cogería el móvil de nuestro hombre.

Adriena se incorporó rápidamente con las manos cerradas en puños.

—¿Qué has dicho?

El tipo retrocedió un paso al ver la rabia en sus ojos.

—Pues que la mujer...

—¡Ya te he oído! —gritó mientras daba vueltas—. ¿Cómo es posible? ¿Qué salió mal? ¿Quién se encargaba de todo esto?

—Yo mismo puse a ese hombre a vigilarla.

—¡Eres un inepto, Kelso! ¡No sabes hacer nada bien!

La joven lo apartó para entrar en su habitación y vestirse mientras su subordinado la seguía de cerca.

Adriena se dirigió hasta su vestidor y empezó a sacar prendas con rabia. Ya pensaba que se había librado de esa maldita que le quitó a su hombre, pero ahora resultaba que había escapado. Cogió un vestido de color rojo que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel y se lo puso.

Al estar la cremallera detrás, se acercó hasta el tipo y se apartó el pelo.

—Haz algo bien por una vez y súbeme la cremallera del vestido.

Él obedeció y cuando estuvo lista, se giró hacia él.

—Quizás podamos hacer algo, es muy probable que esté en el hospital, su embarazo estaba muy avanzado.

—Déjame pensar algo y te lo diré, porque está visto que sois todos unos inútiles que no hacéis nada bien, sal de aquí que tengo que terminar de prepararme para salir.

Kelso asintió, no queriendo ver más la decepción en sus ojos. Debía pensar algo para contentarla.

Dentro de la habitación, la joven se acercaba hasta su tocador y con sus brazos arrastró todo lo que había hasta tirarlo al suelo mientras gritaba de rabia.



—¡Maldita! ¡Debería haberte matado! ¡Por tu culpa Lucio está muerto! ¡Te odio y juro que acabaré contigo!

Tenía la respiración agitada y veía su rostro en el espejo crispado de rabia. Ella no iba a dejar que Giulia se fuera de rositas así como así, ella iba a pagar por haberle robado a su hombre, aunque fuera lo último que hiciera en el mundo.

Volvió a mirarse en el espejo y, sin siquiera maquillarse, salió de allí cogiendo un bolso que había junto a la puerta y del que sacó unas enormes gafas de sol que cogió para ponérselas.

Fuera la esperaba Kelso junto a su coche y cuando este le abrió la puerta, se metió dentro. El hombre cerró la puerta y se dirigió al asiento del copiloto para acompañarla hasta el lugar donde tenía que ir ese día.

La puerta se abrió como todos los días a la misma hora. La persona que entró miró a su alrededor encontrándola en la esquina de siempre, abrazando sus rodillas. No solía hablar mucho, simplemente miraba a la nada sin apenas moverse de allí.

Era una lástima que alguien tan joven se viese encerrado entre esas paredes acolchadas. Su larga melena oscura caía casi con gracia sobre sus hombros, como si se hubiese peinado hacía tan solo unos instantes. Sus ojos azules no miraban a la persona que había entrado. Vestía un simple camisón blanco sin mangas e iba descalza.

—Te he traído tu medicación.

—No la quiero. —Fue la respuesta de ella que ni siquiera se dignó a mirar.

—Debes tomártela, no te queda otro remedio.

La enfermera se acercó con el vasito que contenía una pastilla blanca y otro con agua, pero la chica se encogió aún más en aquella esquina. Cuando vio que la mujer se agachaba frente a ella, dio un manotazo a la mano que contenía el vaso de la pastilla.

—¡No voy a tomarme esa maldita pastilla! ¡Llévatela! —exclamó incorporándose—. ¡Nadie entiende que no estoy loca! ¡Me han encerrado en contra mi voluntad! Quiero irme de aquí...

Las lágrimas bañaron las mejillas de la chica mientras se apartaba de aquella enfermera que la miró mientras se incorporaba para recoger la pastilla.

—Tienes que hacerlo, sabes que pueden castigarte si no te la bebes.

—¡Me da igual! —gritó con la espalda apoyada en una de las paredes acolchadas y golpeándolas con los puños cerrados—. Ellos saben que no estoy loca... no lo estoy. ¿Me oís? —Miró hacia una de las esquinas donde una cámara grababa todo lo que allí sucedía—. ¡No estoy loca! ¡Llamadle y decídselo!

La enfermera se acercó hasta ella y la agarró de las muñecas.

—Vamos, tranquilízate. Anda, ven a la cama.

—¡No! —exclamó la chica forcejeando—. ¡Sé lo que vas a hacer! ¡Déjame!

—Si no me haces caso sabes que vendrán los enfermeros y lo harán a la fuerza ¿quieres eso?

—Yo solo quiero que me dejen salir de aquí...

La joven no dejaba de forcejear contra la enfermera, buscando una forma de escapar de allí, pero solo logró que dos enfermeros, mucho más fuertes que la primera la arrastraran hasta la cama mientras gritaba hasta desgañitarse, desesperada.

Una vez allí, cogieron las muñequeras y le ataron las manos a la cama.

—¡Soltadme! ¡No estoy loca! ¡Quiero salir de aquí!

La enfermera, que había salido mientras los otros dos la retenían, volvió con una jeringuilla negando con la cabeza.

—Al final siempre nos obligas a hacer esto.

Ella empezó a negar con la cabeza sin dejar de llorar.

—No, por favor... te lo suplico. Tienes que creerme, no estoy loca, me encerraron en contra de mi voluntad.

—Te metieron aquí para que te recuperaras. Si nos hicieras caso, no llegaríamos a esta situación —dijo mientras le sujetaba uno de los brazos e inyectaba la aguja presionando luego el émbolo para que entrara el líquido.

No tardó mucho en hacer efecto y el cuerpo de la joven se relajó mientras sus ojos se cerraban.

—No estoy... loca... —dijo mirando hacia el techo tratando de mantenerse despierta—. Que alguien me... ayude...

Sus ojos se cerraron quedándose al fin dormida.

La enfermera negó con la cabeza y salió de allí acompañada de los otros enfermeros lamentando que alguien tan joven estuviese tan mal cuando debería estar disfrutando lo que hacen las chicas de su edad.

## 18.

Chiara se incorporó rápidamente de la cama con los ojos anegados de lágrimas por una nueva pesadilla. Se abrazó con fuerza y dejó salir todo aquello que tenía acumulado en su interior.

La puerta se abrió y apareció su hermana corriendo para sentarse a su lado y abrazarla con cariño.

—Ya pasó, Chiara, tranquila, estás en casa, vamos.

La joven apoyó la cabeza en el hombro de su hermana y se abrazó a ella llorando desconsoladamente.

—Lo siento, te he despertado —dijo tras calmarse un poco.

—No te preocupes, cariño. Estás temblando, ¿quieres contármelo?

—Yo... es horrible, Byanca, no creo que sea adecuado que lo cuente.

—Necesitas soltar toda esa carga que llevas, yo no me asustaré, estoy curada de espanto.

Chiara se apartó para levantarse de la cama e ir hacia la ventana donde podía ver la calle principal. Era ya pasada la medianoche y, a pesar de que le costaba mucho dormirse por miedo a las pesadillas, cuando se recostaba no podía evitar dormirse debido al cansancio que acumulaba su cuerpo.

Y cada vez que sucumbía, volvían sus pesadillas. Muchas veces eran tan vívidas que se despertaba con un terrible hormigueo en el cuerpo y debía correr hacia la ducha para quitarse esa sensación tan horrible.

—Yo... no puedo hablar de eso. No puedo hacerlo. Nadie debería pasar por algo así y prefiero evitar traumatizar a más gente.

Byanca se levantó y se posicionó a su lado.

—No digas eso. Estamos para apoyarte, Chiara, somos una familia. Eres mi hermana y quiero que estés a mi lado siempre. No quiero perderte de nuevo por esas pesadillas que te retraen y te apartan. Todos queremos ayudarte.

—Ya no hay solución para mí, Byanca —dijo Chiara convencida de sus palabras—. Solo soy una muñeca rota que todos miran con pena, ¿crees que no me doy cuenta de cómo lo hacen?

—Están preocupados. No duermes, apenas comes... Mira —dijo Byanca obligándola a que se girase hacia ella— he estado pensando que quizás podrías ver a un psicólogo.

La mirada de Chiara fue de pura estupefacción.

—¿Qué? ¿Para qué?

—Para que te ayude. Hablando con él quizás...

—No quiero hablarlo con nadie, no puedo.

—Vamos, Chiara, es por tu salud mental, no puedes seguir así.

—Contarlo no me va a hacer sentir mejor, siempre estará ahí.

Volvió a mirar hacia el exterior y a su mente vino la imagen de Arkadiy. Él nunca la miró con pena en el poco tiempo que estuvieron juntos en aquella casa antes de partir hacia el avión que la iba a traer de vuelta a Italia desde Rusia.

Él la salvó de una experiencia que podría haber terminado de romper la poca estabilidad que había logrado conservar durante su encierro.

Sin pensarlo, posó una mano en el cristal mirando más allá de lo que había frente a sí. Algo en su interior reclamaba verlo, pero debía hacerse a la idea de que nunca más lo volvería a ver porque él vivía en Rusia y ella en Italia, además de que solo fue un encargo por parte del amigo de su hermana para sacarla de aquel burdel de mala muerte en el que estuvo encerrada. ¿Por qué no podía dejar todo lo relacionado con Rusia atrás? Era un lugar que debía sacar de sus entrañas.

Sin mirar a su hermana, dio la espalda a la ventana mientras se abrazaba y se dirigía a la cama.

—Deberías descansar, a las embarazadas les suele dar mucho sueño —dijo ella sentándose en el mullido colchón.

—No voy a poder dormir si estás así, Chiara.

—Estoy bien. Me tomaré una de esas pastillas que me recetó Salvatore para dormir —dijo la joven tratando de sonreír—. Ve a dormir.

Byanca se acercó, le acarició la mejilla para luego darle un beso en la frente. Chiara cerró los ojos disfrutando de ese contacto que la calmaba.

—Estoy aquí al lado, cualquier cosa que necesites no dudes en llamarme.

La joven asintió y la vio salir de su habitación. Se recostó acurrucándose.

Por más que intentaba quitarse de encima aquella lacra de los últimos tres años, era imposible. Cada vez le resultaba más difícil dejar el pasado atrás, en especial cuando veía las caras de la gente a su alrededor. Era difícil no sentirse mal si la miraban con lástima.

Ojalá pudiese retroceder en el tiempo, a aquella noche en la que la secuestraron para haber tomado otra decisión, una que no la llevase a vivir todo lo que había tenido que vivir en Rusia.

—Quiero olvidar... —susurró en el silencio de la habitación cerrando los ojos.

Mientras tanto, Byanca entraba en su habitación donde estaba Saulo sentado en la cama.

—¿Otra vez?

Ella solo pudo asentir mientras se sentaba al lado de su pareja que la atrajo hacia sí en un abrazo tierno.

—He intentado decirle lo del psicólogo, pero no quiere y me duele tanto verla así.

Los ojos se le llenaron de lágrimas que él limpió con la mano libre con delicadeza. Desde que había confirmado su embarazo, su nivel emocional era un constante sube y baja por lo que no era extraño que llorara ante la situación de su hermana cuando él sabía que era mucho más valiente que eso.

—Ya verás que tarde o temprano cederá. Necesita soltar todo eso que la destruye anímicamente.

—Lo sé. Ojalá pudiese borrar todo eso de su mente al igual que puedo eliminar cualquier información de un ordenador sin que nadie se entere. Me siento impotente.

—Han sido tres años de malas vivencias, tiene que salir de eso poco a poco. Lo importante es que estaremos a su lado todo el tiempo que lo necesite. Nunca más estará sola y seguro que al sentirse arropada, dejará ir todo el dolor.

Saulo tomó a su mujer para sentarla en su regazo y abrazarla mientras ella se limpiaba el rastro de lágrimas con una leve sonrisa.

—Gracias por apoyarme.

—¿Dudabas que lo hiciera? La familia es lo primero, Byanca, y tu hermana pertenece a la mía, yo cuido de los míos.

Ella tomó el rostro de Saulo entre sus manos y lo besó, primero dulcemente, pero poco a poco, la intensidad fue aumentando. Saulo no se podía resistir a tocar la suave piel de Byanca por lo que metió la mano bajo la camiseta que usaba para dormir subiéndola poco a poco y provocándole escalofríos.

Ella lo empujó suavemente sin dejar de besarlo y dejó que él le quitara la camiseta, dejando su torso desnudo. Saulo pasó sus manos por la cintura ascendiendo poco a poco hasta rozar los pechos donde ya pudo ver los pezones duros y ansiosos de atención.

Él no lo dudó ni un segundo y cogió uno entre sus dientes arrancándole un gemido a Byanca que se arqueó. Saulo, entonces, giró con ella en la cama y quedó encima para mordisquear el otro pezón. Ella se agarró a sus hombros mientras mecía las caderas en busca de atenciones a esa parte de su cuerpo que ya sentía humedecido.

Saulo, entonces, le quitó el pantalón junto con las bragas para luego acariciarle los labios empapados de su esencia.

—Siempre lista para mí —susurró Saulo con una leve sonrisa mientras se despojaba de su pantalón de pijama ya listo—. Tan bella...

Ella sonrió y cruzó los brazos tras el cuello de él para besarlo dulcemente.

Saulo se posicionó y la penetró de una sola estocada. Ella gimió y arqueó la espalda. Comenzó con movimientos suaves y, de repente, sin salir de ella, se giró en la cama quedando ella encima que no dudó en mecerse arrancando un gruñido a Saulo, el cual posó ambas manos en los pechos de Byanca masajeándolos.

Los movimientos fueron aumentando la velocidad al igual que sus gemidos se hicieron más audibles hasta que estallaron en un orgasmo arrebatador. Ella cayó encima de él recuperando el aliento y sonrió.

—Te amo, Saulo.

—Yo también te amo, Byanca.

Él le acarició la espalda mirando al techo y cuando vio que no se movía la miró encontrándola profundamente dormida. Sonrió apartándole un mechón de delante del rostro. Con cuidado de no despertarla la depositó sobre la cama, se colocó a su lado y los cubrió.

Posó la mano en el vientre de ella con una sonrisa. Ahí estaba germinando una vida creada por ellos, por el amor que se tenían y que los llenaría de mucha felicidad. Protegería a ambos con su vida si era necesario.

Cerró los ojos para dejarse vencer por el sueño.

Salvatore pasó el resto del día y la noche junto a Giulia y su pequeña Fiorella, aunque antes del amanecer tuvo que irse porque debía volver al trabajo. Sabía que el comisario estaría muy enfadado, pero había prioridades en su vida y esos eran su mujer y su hija a las que, al fin, había encontrado.

Justo antes de marcharse, se acercó a la cama donde dormía profundamente Giulia y tras acariciarle la mejilla, le dio un beso en la frente. Salió del hospital rumbo a su casa para cambiarse de ropa e ir a la comisaría.

Como bien había supuesto, el comisario bajó hasta su despacho y estuvo más de una hora reprendiéndolo.

—¿Cómo se te ocurre marcharte y desaparecer el resto del día? ¡Tienes responsabilidades!

—Era importante —contestó él sin apenas inmutarse a las palabras de su jefe.

—¿Importante? ¿Tanto como para marcharte de la escena de un crimen así? No, Fabreschi, no hay excusas que valgan, has dejado tu puesto de trabajo y te va a costar una semana de empleo y sueldo, pero antes te vas a encargar del cadáver de ayer. Quiero el informe en mi mesa lo antes posible ¿entendido?

—¿Me queda otro remedio? —preguntó Salvatore encogiéndose de hombros.

El comisario gruñó y salió de allí maldiciendo a ese forense tan tozudo y rebelde.

El forense suspiró dejándose caer en la silla. Le importaba una mierda su empleo, trabajar para Saulo le daba más dinero que ese trabajo en la comisaría. Tras un rato allí, se incorporó para ponerse su bata e ir a hacer la autopsia del tipo que mantuvo encerrada a su mujer.

Iba a ensañarse de lo lindo, aunque el muy cabrón no iba a enterarse, pero necesitaba desahogar aquella rabia que lo invadía desde el día anterior y nadie le iba a impedir disfrutar hacer la autopsia.

Mientras tanto, Giulia, que había despertado, desayunaba pensando en todo lo que había ocurrido el día anterior; desde su ataque al tipo con un simple vidrio, pasando por el parto hasta su encuentro con Salvatore.

Verlo allí fue como encontrar un tablón en medio del mar para mantenerla a flote. Sentir sus brazos alrededor le reconfortó y, después de tanto tiempo, se sintió protegida. Había aceptado el nombre que ella había pensado para su bebé y pareció realmente aliviado al verla bien.

¿Debería darle una oportunidad o volver a huir de él?

Tan concentrada estaba con estos pensamientos que casi salta de la cama cuando sintió que tocaban en la puerta.

—Adelante... —dijo.

La puerta se abrió y vio aparecer a un hombre alto, de pelo corto negro y ojos oscuros. Por un momento se asustó y se encogió levemente entre las sábanas con miedo. ¿Qué haría si era uno de los compinches del hombre que había asesinado ayer?

—Tranquila, soy policía, soy el inspector Gatti —dijo sacando su placa, lo que la hizo serenarse—. Lo siento, no pretendía asustarla. Yo soy uno de los que estuvo ayer en el lugar donde la tenían retenida. Venía a ver cómo se encontraba y a hacerle algunas preguntas.

—Yo... intentaré responder las que pueda...

Él asintió observándola. Jamás había visto a una mujer tan hermosa a pesar de las magulladuras que tenía en el rostro. La larga melena castaña, a pesar de estar un poco desordenada, caía por su espalda con elegancia y unos enormes ojos azules lo miraban con temor. Aunque le había dicho que no debía temer nada, sabía que lo vivido la mantenía temerosa y era una reacción normal.

—Cualquier cosa que recuerde puede ser vital para atrapar a los que la mantuvieron retenida porque ese tipo no trabajaba solo ¿verdad? ¿Recuerda ver a alguien más allí?

Giulia asintió mirando sus manos entrelazadas.

—Sí, hubo otro hombre que vino hace unos días trayéndome un vestido porque la ropa que tenía ya no me servía debido a mi avanzado estado de gestación. Yo... pensé que me querían matar y me asusté mucho.

—Su aspecto... ¿podría describirlo?

Ella parpadeó tratando de recordar, el miedo que sintió en aquel momento era superior al aspecto del hombre, pero hizo un esfuerzo sobrehumano para tratar de recordarlo.

—Tenía... el pelo algo largo como castaño claro, era alto, sus ojos... —Negó con la cabeza—. Lo siento. No puedo recordarlo con exactitud. Sé que hablamos unos minutos, pero no puedo recordar su rostro.

Gatti apuntó aquellos datos en una libreta que había llevado.

—Tranquila, no se fuerce a recordar porque podría llevar a equívocos. Ha hecho un enorme

esfuerzo. ¿Cree que habría alguien que quisiera hacerle daño para secuestrarla?

Giulia cerró los ojos por un momento. Ser la mujer de un hombre que trabajaba para la mafia era estar en el punto de mira constantemente, pero no podía decirle algo semejante a un policía.

Inspiró hondo y negó con la cabeza.

—La verdad es que no tengo ni idea de quién podría querer hacerme daño —dijo sin mirarlo a los ojos, algo que hizo sospechar al inspector al instante.



## 19.

Giulia no miraba al inspector a la cara, temía que viera la parte que le ocultaba sobre su marido. Lucio perteneció a la mafia y se había agenciado muchos enemigos.

Le advirtió en su momento y había acudido a Saulo Graziani, pero cometió el error de huir por culpa de Salvatore.

—Señorita, puede confiar en mí —dijo Gatti—. La policía está para ayudarla.

Ella, entonces, giró su rostro hacia él y mostró una leve sonrisa.

—Lo sé, pero le juro que no sé quién pudo haber sido —dijo tratando de disimular el temblor de sus manos.

Era cierto que no sabía quiénes eran exactamente, pero de algo sí que estaba segura; los que la secuestraron fueron los que mataron a Lucio.

Gatti guardó la libreta y volvió a mirarla. Las magulladuras no le restaban belleza y la atracción era muy poderosa. Le daba ganas de protegerla como si fuese el mayor tesoro que existiera. Se acercó a la cama un poco más y la miró a los ojos.

—No tenga miedo a decir las cosas, le voy a dejar mi número de teléfono por si recuerda algo y así pueda llamarme —dijo mientras sacaba de nuevo la libreta y apuntaba el número en una de las hojas vacías. Arrancó el papel y se lo dio—. No importa la hora que sea. Queremos atrapar a los responsables.

—Gracias, si recuerdo algo lo llamaré —dijo Giulia mirando el papel con el número del policía, levantó la vista y volvió a mostrar una pequeña sonrisa.

Él también sonrió y, tras despedirse, salió de la habitación dejándola sola con mil y un pensamientos rondando en su cabeza.

Estar encerrada le había hecho recapacitar y como ya no se podía salir de la mafia, solo restaba estar bajo el brazo protector de Saulo Graziani y sabía también que contaba con la protección de Salvatore.

La puerta de la habitación, entonces, se abrió por lo que ella dejó el papel sobre la mesita que había al lado de la cama. Por esta apareció una enfermera con una silla de ruedas.

—Buenos días, Giulia, ¿cómo te encuentras?

—Bien, aunque aún me duele un poco el cuerpo.

—Es normal, con el paso de los días el dolor remitirá —dijo la enfermera, una mujer ya avanzada la treintena con un moño recogiendo su pelo de color oscuro y unos ojos de color marrón, sonriendo—. Me preguntaba si querías ver a tu hija.

A Giulia se le iluminó el rostro con una enorme sonrisa y no dudó ni un segundo en apartar las

sábanas que la cubrían. La enfermera la ayudó a sentarse en la silla de ruedas para llevarla hasta la UCI pediátrica.

Cuando dio a luz en aquella casucha y llegaron los de la ambulancia, solo pudo atisbar levemente a su hija, así que deseaba poder tenerla entre sus brazos.

Al llegar allí le hicieron ponerse la bata con el gorro protector y luego la llevó hasta la incubadora donde estaba su hija.

Al verla, no pudo evitar soltar un sollozo.

—Mi pequeña... —dijo mientras las lágrimas escapaban de sus ojos—. Mi pequeña Fiorella.

Sonrió mientras posaba una mano en el cristal de la incubadora.

—¿Quieres cogerla? —preguntó la enfermera.

Ella la miró con cierta sorpresa. Al verla en aquel cubículo transparente y con algunos aparatos a su alrededor no estaba segura de poder cogerla.

—¿Puedo?

La enfermera sonrió mientras abría un lado de la incubadora y tomaba el cuerpecillo del bebé para acercárselo a Giulia que no dudó ni un segundo. La colocó contra su pecho y aquel contacto hizo que ella volviera a sollozar.

Al fin podía coger a su bebé en brazos y era una sensación maravillosa. Ese pequeño cuerpecito contra el suyo, sintiendo su acelerada respiración y sus movimientos era algo sorprendente, algo que jamás imaginó poder vivir.

—Hola, Fiorella —dijo sonriendo—. Soy mamá. Al fin nos conocemos. Por Dios, eres tan pequeñita... Perdóname por haberte puesto en peligro, perdóname, mi pequeña. Te prometo que a partir de ahora seré mejor madre y no dejaré que te pase nada.

Sonrió levemente mientras acariciaba la espalda de su bebé que movió la cabecita como si buscara algo. Pasó rato hablándole, incluso le contó un cuento como había hecho durante su encierro. Lo usaba para tranquilizarla cuando estaba inquieta y siempre lograba su cometido como ocurría en ese momento.

La pequeña Fiorella se había quedado dormida entre los brazos de su madre aferrando uno de sus dedos y eso llenaba de alegría el corazón de Giulia.

La enfermera, que la había dejado sola durante un rato, volvió para dejar a la pequeña de nuevo en la incubadora.

—¿Tendrá que pasar mucho tiempo ahí? —preguntó Giulia algo preocupada.

—Su evolución a lo largo de este día ha sido muy favorable, ella está bien, todo indica que va a salir todo bien, pero no sabría decirte cuándo saldría de la incubadora, eso solo te lo puede responder el médico que la lleva. Vino al mundo de forma prematura y es normal que está constantemente vigilada, pero con el amor de sus padres y los cuidados médicos necesarios, seguro que muy pronto estará en vuestra casa.

Giulia sonrió antes de mirar la incubadora donde ya su pequeña Fiorella dormía plácidamente. Dejó un beso en su mano que luego posó en el cristal a modo de despedida.

—Descansa, Fiorella, mamá vendrá pronto a verte de nuevo —susurró antes de que la enfermera arrastrara la silla fuera de allí.

Cuando volvió a la habitación, se recostó en la cama de nuevo para descansar un poco.

Saulo se encontraba en el despacho de su oficina poniendo al día una gran cantidad de trabajo atrasado. Últimamente la mafia ocupaba mucho más tiempo del que esperaba y la parte “limpia” de su negocio había sido dada un poco de lado, por eso, ahora que andaba todo un poco más calmado, se había puesto con esa parte.

A media mañana, alguien tocó en la puerta y él le dio paso, apareciendo por esta su buen amigo y futuro cuñado Piero.

—¿Estás ocupado? —preguntó desde la puerta.

—Eres la excusa perfecta para abandonar el maldito papeleo, así que pasa y siéntate.

Saulo dejó a un lado varias carpetas y cruzó los dedos mirando a su amigo que se sentaba frente a él pasándose una mano por su corto pelo rubio.

—¿Ocurre algo? —preguntó Saulo mirándolo.

—Estoy preocupado, amigo. Después del casi intento de secuestro de Fabiola me he vuelto un paranoico. Veo peligro por todos lados y ya hemos discutido ella y yo varias veces por lo mismo, pero no quiero que le pase nada.

—Le he puesto escolta.

Piero sonrió con cansancio.

—Precisamente por eso hemos discutido la pasada noche, Saulo. No sé cómo lo hace, pero siempre logra escabullirse de ellos. Estoy cansado de advertirle del peligro que corre, pero no me hace caso, solo piensa en la boda y en todo lo que queda por organizar.

Saulo cerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Por qué no he sido informado de esto? Hablamos de la seguridad de mi hermana, Piero. Esto me concierne a mí también.

—Ya lo sé, Saulo, eso ya lo sé, por eso mismo hemos discutido. Me hace cuestionarme si seguir con la boda es una buena idea. Está muy alterada con todo esto y no hace más que pelear por todo.

El mafioso se levantó y dio una vuelta por el despacho, pensativo.

—¿Quieres que hable con ella? —preguntó deteniéndose frente a su amigo.

—No vas a convencerla de nada, está obcecada, créeme que lo he intentado todo.

—Hablaré con ella, le haré recapacitar, es probable que no logre retrasar la boda hasta que se solucione todo, pero al menos espero conseguir que no se niegue a ir con escolta. Yo he tenido una discusión parecida con Byanca y acabó comparándome con Leo.

—¿Con el poli?

Saulo asintió.

—Dice que él nunca le prohibió nada y que la estoy agobiando cuando solo quiero su seguridad. Zanetti escapó y no he logrado dar con él, se ha escondido bien el hijo de puta.

—Aparecerá. Tarde o temprano volverás a saber de él. Te odia y hará lo que sea para hacerte daño.

—Lo sé y estoy a la espera, aún no olvido todo lo que le hizo a Byanca y a Chiara. Pagaré muy caro todo lo ocurrido.

Hubo unos segundos de silencio y, entonces, Piero soltó algo que llevaba rumiando un rato.

—¿Cuándo vas a contarle a Byanca la verdad sobre el poli?

—No puedo hacerlo, prometí no contarle nada.

—Pero sigue afectada por su muerte, Saulo, no puede vivir con esa carga cuando él está vivo.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que habían abierto la puerta justo en el momento en el que Piero decía estas palabras, por lo que no se esperaron aquella pregunta.

—¿Quién está vivo?

Ambos se giraron hacia la puerta y vieron a Salvatore mirándolos, confuso. Piero se incorporó mirándolo para luego mirar a Saulo que permaneció callado.

—¿Vivo? ¿Qué dices? —trató de disimular Piero sonriendo levemente.

—No intentes tratarme de imbécil, nunca he tenido problemas de oído y sé lo que oí. Alguien está vivo y quiero saber quién es.

El silencio se intensificó en aquel despacho mientras se miraban los tres durante varios minutos. Finalmente, Saulo cruzó los brazos y suspiró.

—Odio faltar a mis promesas... No debería decir nada.

—Pues él lo sabe —dijo Salvatore señalando a Piero.

—Yo lo descubrí por casualidad, nadie me lo contó —dijo este levantando las manos.

—Pues dímelo tú y así Saulo no faltará a esa promesa. —Salvatore recalcó la última palabra con cierta ironía.

Piero miró a Saulo, el cual no hizo ningún movimiento.

—Déjalo, ya lo contaré yo —dijo el mafioso descruzando los brazos y apoyando las manos en la mesa para mirar al forense que esperaba una explicación—. Leo no murió en la explosión del

vehículo donde estuvo retenida Byanca.

Salvatore parpadeó un par de veces mientras asimilaba aquella información enarcando luego una ceja.

Piero no dejaba de observar a ambos mientras el silencio volvía a instalarse en el despacho.

—Ya... ¿cómo va a sobrevivir alguien a una explosión como esa? Yo mismo estuve allí cuando fuimos a recoger pruebas del vehículo.

Saulo lo miró.

—Pero no encontraron un cuerpo.

Salvatore se mantuvo callado durante casi un minuto y luego se llevó una mano a la frente.

—Mierda. Es verdad que buscamos el cuerpo, pero no había nada. Lo único que supe fue que los españoles se habían hecho cargo de todo... un momento... ¿los españoles están metidos en todo el meollo?

—No puedo dar detalles que desconozco, solo sé que Leo saltó antes de que el coche explotase. Pero nadie debe saberlo, ni siquiera Byanca —dijo Saulo.

—¿Me vas a decir que ha tenido a toda la comisaría llorando una muerte que no existe? Su compañera de patrulla ha sido relegada de su puesto por su actitud tras lo ocurrido. Que puto retorcido. Que dé gracias que no me lo encuentre porque mi bisturí haría maravillas con sus huevos —dijo realmente enfadado.

Apreciaba mucho a Clairee y no era justo lo que estaba pasando desde que se supo de la muerte, que ahora no era muerte, de Leo. El policía se merecía una buena paliza por haber hecho algo semejante.

Piero, inconscientemente, se llevó la mano a la entrepierna mientras Saulo y Salvatore seguían mirándose fijamente.

—Él tendrá sus razones, Salva. Él debe seguir muerto para todos.

—Está haciendo sufrir a gente.

—Es lo mismo que he dicho yo —intervino Piero—. Byanca lo ha pasado mal por eso.

—¿Creéis que no lo sé? —Saulo golpeó la mesa—. Mierda, es su decisión y solo por haberme ayudado a salvar a mi mujer voy a respetarlo. No voy a interponerme en sus planes como él no ha intervenido en los míos, porque ahora mismo tengo muchos problemas encima que tengo que resolver para aguantar semejantes pataletas.

Salvatore negó con la cabeza y se acercó a la mesa cabreado dejando una carpeta.

—Pues dile al cabrón de Leo de mi parte que tiene suerte que no sé dónde está porque la paliza sería descomunal. Y eso que tienes ahí —dijo señalando la carpeta— es el informe original del último cadáver que me has mandado. Ahora voy a pasar por tu jodida casa para ver cómo están Byanca y Chiara para volver al hospital con mi mujer y mi hija.

Se giró para marcharse, pero Saulo le preguntó:

—¿Cómo están?

Salva cerró los ojos y soltó un suspiro mientras se giraba.

—Un momento... ¿Giulia ha aparecido? —preguntó Piero.

El forense asintió antes de sonreír al recordar a su mujer y su hija.

—Al fin la he encontrado, Piero. La tenían secuestrada en una maldita casucha, atada como un animal, pero mi viudita logró defenderse, aunque se le adelantó el parto casi un mes y tuvo a mi hija allí. Doy gracias que ambas están bien, aunque la niña naciese de forma prematura.

Piero se acercó y le dio unos golpecitos en la espalda mostrando una amplia sonrisa.

—Enhorabuena, papá.

Saulo volvió a cruzar los brazos sonriendo levemente.

—Espero que ahora las cuides con tu vida o yo mismo me encargaré de tus huevos. Haz que Lucio se sienta tranquilo porque estás cuidándola.

—Daría mi vida por ellas, Saulo. Eso no lo dudes. Si tengo que morir por las dos mujeres a las que más quiero, lo haría con gusto.

Saulo asintió y se acercó entonces a Salvatore para abrazarlo dándole un par de golpes en la espalda.

—Lo sé, amigo, lo sé.

## 20.

Pasaron algunos días y uno de los médicos que había atendido a Giulia venía con el alta médica para ella. Su pequeña aún debía pasar un poco más de tiempo en el hospital hasta que tuviera el visto bueno de los pediatras sobre su desarrollo.

Todo iba bien con ella, pero preferían estar seguros de que todo era seguro antes de darle el alta.

Salvatore había acudido prácticamente todos los días para estar junto a ellas, preocupado por el estado de ambas. Él estaba empeñado en que se fueran a vivir con él, pero Giulia tenía miedo. Todo ocurría demasiado rápido porque, a pesar de que él había sido su tabla salvavidas en aquella situación, no estaba segura de querer vivir con él. Prefería volver a su casa con su niña y su perro.

Su perro. Echaba de menos a Lucca.

Pero Salvatore... ¿debía ir con él o no?

—Señora Maccini, aquí tiene su informe médico, recuerde seguir las instrucciones que están ahí apuntadas.

Ella asintió con una leve sonrisa mientras cogía el informe de manos del hombre.

—Gracias por todo, doctor —dijo ella realmente agradecida.

—No hay que darlas, es mi trabajo. La dejo para que termine de recoger sus cosas.

Giulia asintió y vio salir al médico para luego ver aparecer a Salvatore con una sonrisa. Le dio un beso en la frente una vez que estuvo a su lado mientras ella cerraba los ojos. Aquellos gestos le reportaban tanta paz...

¿Qué hacer?

—¿Todo bien? —preguntó él al verla tan callada y seria de repente.

—Sí, sí —respondió Giulia tratando de mostrar una sonrisa que para nada parecía real.

Salvatore tomó el rostro de ella entre sus manos para que lo mirara.

—Por favor, Giulia, confía en mí. ¿Qué es lo que te aflige?

La mujer cerró los ojos y apoyó la frente en el hombro del forense.

—Yo... —Inspiró hondo—. Tengo miedo, Salvatore. Tengo miedo de irme contigo. Lo nuestro no empezó bien. Yo amaba a Lucio. Era mi marido..., a él le pedí que me diera fuerzas para seguir adelante mientras estuve encerrada, aunque realmente deseaba que aparecieras tú para sacarme de aquel infierno. Nos une un bebé precioso, pero no nos conocemos. Hace casi seis meses pensé que te odiaba y no sabes las veces que me he maldecido por salir huyendo de la casa Graziani,

huyendo de ti. Tenía mucho miedo de que me impusieras que me fuera contigo y ahora siento lo mismo.

Con cada nueva palabra parecía ir soltando parte del peso que le oprimía el pecho, el miedo, la expectación. No podía mirarlo a la cara.

De repente, él la apartó un poco y colocó su rostro a la altura de ella para mirarla a los ojos.

—Ambos cometimos errores en el pasado y cargamos con una gran y pesada losa. También tengo miedo; miedo de que salgas huyendo de nuevo, de que todo esto sea un espejismo y ver que no has aparecido aún. Hice daño a un buen amigo como te lo hice a ti, pero hay algo que sé con total seguridad: quiero tenerte a mi lado, conocerte y ser parte de tu mundo, de cuidar a nuestra hija. Yo no quiero atarte a mi lado. Démonos una oportunidad.

Giulia se mordió el labio conteniendo las lágrimas, aunque realmente le resultó difícil. Salvatore sonrió levemente y le limpió las mejillas con los pulgares para luego pegar su frente en la de ella cerrando los ojos.

Ella, entonces, pasó sus brazos por la cintura del forense apoyando la cabeza en su hombro mientras él la rodeaba con los suyos.

—¿Y si no funciona? —preguntó ella con temor.

—Algo me dice que funcionará, Giulia, pero debemos intentarlo.

Volvió a cerrar los ojos y finalmente asintió sin apartarse de él.

—Intentémoslo, Salvatore. Hagámoslo por Fiorella.

Salvatore sonrió al oír el nombre de su hija y apoyó la barbilla en la cabeza de Giulia.

—Todo saldrá bien, cuidaré de ambas con mi vida si hace falta.

—No digas eso, por favor. No quiero más muertes... —dijo ella con un estremecimiento.

—Perdona —dijo él tomando la barbilla de ella entre su pulgar y su índice para obligarla a mirarlo—. No habrá más muertes, te lo prometo.

Y sin más, la besó con dulzura. Ella se dejó besar, sintiendo cómo invadía su cavidad con su lengua. En el fondo había echado mucho de menos sus besos.

Cuando se apartaron, ambos sonrieron levemente.

—¿Podrías recoger mis cosas para poder ir con Fiorella? —preguntó Giulia—. Gracias por haber ido a mi casa a por ropa. La maleta que me había llevado la perdí cuando me... secuestraron.

Salvatore le acarició ambas mejillas con delicadeza.

—Olvidalo, Giulia. Ya pasó todo, no tienes de qué preocuparte.

Ella asintió sonriendo de medio lado. A pesar de que quería pensar como él, algo le decía que jamás iba a estar segura ni ella ni su pequeña. Sin decirse nada más, ella se dirigió al lugar donde



estaba su hija con miles de pensamientos.

Salvatore la vio marchar y se pasó una mano por la cabeza. Ojalá y fuese verdad que no volvería a sucederle nada, pero en ese mundo nunca se estaba a salvo. Inspiró hondo mientras terminaba de recoger las cosas de Giulia.

Apenas unas pocas pertenencias que había cogido de la casa que ella había compartido con Lucio y que le había llevado. Él le compraría todo lo que necesitase, igual que había hecho en esos días con las cosas de su hija.

Sonrió al recordar cómo había montado la habitación en lo que había sido un cuarto lleno de trastos viejos. Ahora se veía todo lleno de muebles con una cuna, una cajonera, hasta un sillón balancín. Luego había comprado miles de juguetes recibiendo el consejo de los expertos de la juguetería.

Su pequeña iba a estar rodeada de cosas bonitas y protegida de todo mal. Iba a hacer todo lo posible por cuidarlas, por evitar que ese mundo en el que vivía les afectara lo más mínimo.

Kelso se encontraba en el hospital y a través de la puerta abierta de la habitación, había visto a la mujer de Lucio besando a otro hombre. Aquel amante que provocó todo lo ocurrido hasta la muerte del marido de ella.

Cuando vio que ella salía, se ocultó tras una columna. No podía verlo porque él había estado en su lugar de encierro por lo que trató de pasar desapercibido a sus ojos.

La siguió a una distancia prudencial para verla dirigirse a la UCI pediátrica. Allí estaba el bebé que había tenido de forma prematura.

Cuando Adriena se enterase de que el bebé estaba vivo iba a montar en cólera, ya que guardaba la esperanza de que, al ser prematuro, no resistiera. Llevaba varios días con un humor muy cambiante y se enfadaba por cualquier cosa.

También se había buscado un nuevo amante que siempre la llevaba al límite. Oía sus gritos y jadeos cuando le tocaba vigilar y lo llenaba de una inusual ira. Ese tipo la trataba como un juguete, no como él que la trataría como una reina.

Odiaba a ese tipo con toda su alma y estaba dispuesto a matarlo si hiciese falta. Total, ya lo había hecho una vez, podría hacerlo de nuevo.

A su mente volvió aquella mujer que habían mantenido retenida hasta hacía tan solo unos días por culpa del inepto que había dejado vigilándola. Realmente ella había despertado su compasión cuando fue a verla. No parecía una mala mujer y su mirada asustada lo llevó a pensar que ella no debería haber sufrido un trato semejante, pero él solo se había limitado a obedecer a Adriena.

Permaneció unos minutos más allí y luego salió del hospital. Era mejor no levantar sospechas. Mantendría vigilada a la mujer, pero no debía llamar la atención de la gente a su alrededor.

Se subió en el coche para poner rumbo a la mansión de Adriena.

Mientras tanto, ella se encontraba en su habitación, completamente desnuda, colocada a cuatro patas mientras su amante le arremetía con dureza en su vagina.

El amante agarraba a la joven por el pelo que había enredado en una de sus manos mientras que la otra no cesaba de darle nalgadas con las que ella gemía más y más alto.

—Dame más... —jadeaba ella—. Oh sí... más... más...

Su amante estaba pletórico descargando toda su fuerza en ella. Sometiéndola a su antojo. De repente se detuvo y Adriena jadeó con sorpresa.

—¡Sigue! —exigió la joven mientras atrasaba una de sus manos para golpearlo, aunque no logró llegar.

Un grito escapó de sus labios cuando su amante tiró con fuerza de su pelo y la hizo incorporarse sobre sus rodillas para decirle al oído.

—¿Te crees con derechos de darme órdenes, perra? Estás a mi merced y si quiero parar, lo haré, si quiero follarte, es mi decisión. No vuelvas a darme órdenes ¿entendido?

Adriena jadeaba con la boca abierta antes de mostrar una sonrisa.

—¿Acaso te has corrido ya? ¿Tan pronto? Tienes muy poco aguante, querido.

Él la penetró de una estocada haciendo que su cuerpo se elevara y soltara un grito.

—Vuelve a decir algo que no debes o a tocarme y la zurra que te llevarás será monumental ¿me entiendes?

—No me das miedo. Mis provocaciones te la están poniendo más dura, puedo notarlo. Aunque no aguantes nada...

La nalgada que le propinó le escoció, pero aún así sonrió con sádica lujuria. Él le agarró la barbilla con fuerza para girarla hacia él y mirarse a los ojos.

—Sigues sin aprender ¿eh?

—¿Me vas a enseñar tú? Eres tan malo como yo misma. La maldad corre por tus venas. No tienes nada que enseñarme.

—Eso ya lo veremos.

Vuelve a salir de su interior soltándola con brusquedad, lo cual la hace caer hacia delante, y se levanta de la cama. Ella se incorporó para mirarlo en toda su desnudez. Su cuerpo era fibroso y bien delineado. Se movía como una pantera y era tan feroz como un león.

No tenía nada que ver con todos los amantes que había tenido. Con él estaba aprendiendo cosas nuevas que la excitaban mucho y que la llenaban.

Le vio coger su vestido negro en las manos, observándolo con atención. Lo agarró por la parte de arriba y lo rompió. Ella se incorporó jadeando de sorpresa.

—¿Qué haces, imbécil? —preguntó acercándose a él.

Le vio romperlo de nuevo para hacer un par de tiras. Adriena se acercó y le golpeó el brazo. Era uno de sus vestidos favoritos y lo había destrozado. Él la agarró del cuello y la arrastró hasta la cama sin decirle nada.

La empujó haciéndola caer sobre esta y se colocó encima para tomar sus manos y juntarlas con una de las suyas para unir las con una de las tiras que había cogido del vestido. Adriena empezó a patear, pero él era mucho más fuerte que ella.

Una vez atada, la giró con brusquedad y volvió a tirar de su pelo poniéndola de rodillas.

—¡Suéltame, gilipollas!

Él posó una mano en el cuello de Adriena presionando levemente.

—¿No te iba lo duro? Pues yo te lo voy a dar.

—¡Yo no te dije que me ataras, imbécil!

La presión en su cuello se hizo más fuerte.

—Bueno, a mí me pone más verte así, pequeña zorra.

—Pues a mí no ¡suéltame!

La mano de su amante viajó hasta su vagina encontrándola sumamente húmeda y sonrió.

—Tu cuerpo no opina lo mismo.

Adriena forcejeó contra él, pero él la mantuvo en el sitio y, entonces, volvió a penetrarla con fuerza, extremadamente fuerte lo que provocó un nuevo gritito por su parte.

Lo sintió salir completamente para volver arremeter contra ella con la misma dureza.

—¡Joder! —exclamó ella—. ¡Más fuerte!

Volvía a jadear mientras movía las caderas en busca de más, lo que provocó que él se enfadara y le apretará aún más el cuello dejándola casi sin respiración. Adriena comenzó a boquear en busca de aire mientras movía las manos atadas.

—Te he dicho que aquí marco yo el ritmo ¿es que sigues sin entender que yo soy quien manda?

La joven quiso insultarlo, pero no salió sonido alguno de su boca hasta que finalmente la soltó y la empujó contra la cama, cayendo hacia delante. Antes de continuar, con otra tira del vestido, la amordazó para que no siguiera hablando. Él la agarró de las caderas y comenzó a moverse con mayor fuerza mientras ella trataba de recuperar el aliento a la vez que sentía cómo el orgasmo se formaba en su interior.

Aquel miedo momentáneo había hecho que se excitara más, aquel trato le estaba reportando mucho placer y no dudó en gritar cuando sintió cómo se liberaba.

Su amante, en cambio, siguió embistiéndola a un ritmo frenético hasta que sintió que le llegaba el orgasmo, liberando todo su semen en su interior. Salió de ella que se había dejado caer de lado recuperando el aliento.

Lo vio levantarse de la cama para coger su ropa y vestirse y ella se quitó la mordaza.

—Eres un gilipollas.

Él volvió a acercarse y presionó las mejillas con una de sus manos.

—Sigue insultándome y la próxima vez será mucho peor, pequeña zorra. A Fabrizio Zanetti nadie lo insulta y sale impune ¿entiendes?

Ella lo miró desafiante.

—Inténtalo...

—No me tientes. ¿Quieres que te folle? Acata mis normas y todo saldrá a la perfección.

—Vete a la mierda. Suéltame —dijo ella estirando las manos hacia él para que le quitara el amarre.

Él, en cambio, cogió otra tira, agarró la atadura y entonces procedió a atarla al cabecero de la cama sin posibilidad de escape.

—¿Qué haces?

—Imagínate que entra uno de tus hombres, esos que te miran con lujuria y te ven así: atada e indefensa. Les encantaría follarte, pequeña. Es un precio justo por protegerte; probar ese dulce néctar que tienes entre las piernas.

—¡No te atrevas! ¡Suéltame!

Él sonrió negando y volvió a amordazarla para terminar de vestirse y salir de allí dejándola atada en su propia cama, moviéndose como una culebra en un vano intento de desatarse.

## 21.

Kelso llegó a la mansión de Adriena y se dirigió a la habitación que encontró con la puerta apenas abierta, tan solo una pequeña rendija. ¿Estaría con su amante?

Intentó mirar el interior de la habitación, pero apenas se veía nada. Dentro solo se oía un golpeteo, pero ni gritos ni gemidos. Seguro que había discutido con su amante por algo y estaba desahogando su frustración tirando cosas en su baño.

Tocó en la puerta. Cuando se enfadaba era mejor no entrar de repente o podrías recibir algún objeto como regalo de bienvenida.

—¿Adriena?

La joven, desde dentro, levantó la cabeza y trató de gritar a través de la mordaza mientras pataleaba y tiraba con fuerza de las ataduras.

Aquellos ruidos hicieron que Kelso sospechara que algo raro pasaba.

—¿Ocurre algo?

Ella volvió a gritar por lo que él abrió la puerta finalmente para encontrarla allí atada y removiéndose.

Al verla, se acercó corriendo a la cama y le quitó las ataduras. Cuando se vio libre, se quitó la mordaza.

—¡Maldito! —exclamó frotándose las muñecas.

—¿Qué ha pasado?

Ella se levantó de la cama y se dirigió al armario para coger su bata de seda y ponérsela.

Kelso la observó detenidamente mientras se incorporaba, antes de ponerse la bata vio sus nalgas enrojecidas, marcas en las muñecas y otra en el cuello. Se acercó hasta ella con la rabia bullendo en su interior mientras ella parecía tener la mirada perdida.

—Te ha hecho daño —dijo Kelso palpando con suavidad la marca del cuello.

Adriena parpadeó para mirarlo y se apartó.

—Estoy... —De repente apareció una sonrisa en su rostro—. Es un gilipollas, pero me ha dejado muy excitada.

Él la miró asombrado y la agarró por los brazos.

—¿Estás loca? Te ha atado y por la marca del cuello intentó estrangularte. Podría haberte matado.

—Justamente esa sensación de peligro es la que me ha excitado y me tiene necesitada otra vez.

Saber que mi vida dependía de él y que podía hacer lo que quisiese conmigo... —Se mordió el labio con lujuria mientras soltaba un gemido. Se acercó hasta su oreja para susurrarle—. Necesito follar otra vez, y tú vas a darme lo que quiero ¿verdad?

Kelso se apartó.

—¡No! Yo no te haré daño. Olvídalo.

Adriena se acercó y le agarró de la camiseta.

—¿No has deseado alguna vez someterme? Siempre estoy dándote órdenes... ¿no quieres ver qué se siente cuando me tienes que obligar a obedecer a mí?

Él negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes... si no eres tú, será otro... ¿crees que no me he percatado de tus celos? Puedes tenerme toda para ti, solo debes cumplir mi deseo, Kelso... —Adriena le mordió el labio inferior mientras sus manos viajaban por su torso y llegaban hasta la bragueta donde se notaba el bulto palpitante del tipo—. Mírate, tu cuerpo habla por sí solo y yo estoy muy, pero que muy mojada. Vamos.

Kelso cerró los ojos mientras ella le masajeaba la entrepierna a través del pantalón. Si no se detenía iba a ser su perdición. Adriena sonrió y lo arrastró hasta la cama para dar vida a sus fantasías.

Había logrado entrar sin ningún tipo de problema en aquel maldito lugar porque había logrado dejar inconsciente al único que vigilaba el lugar a esas horas. Otro de los burdeles donde había chicas en contra de su voluntad siendo prostitutas por unos asquerosos que solo anhelaban el dinero fácil.

El recuerdo de Chiara lo embargaba y no hacía más que pensar en cómo se sentirían las otras chicas que estaban sufriendo lo que ella había sufrido. Había logrado averiguar que, a pesar de lo que ocurrió cuando iban a coger el avión, ella estaba por fin con su hermana y a salvo.

Se había propuesto acabar con todos los malditos burdeles que asolaban aquel lugar y tratar de devolver a las chicas a sus hogares, pero cada vez le resultaba más difícil. Las redes de explotación sexual se habían cerrado a cal y canto y le estaba costando mucho entrar en ellas para cumplir con su misión.

Las mafias rusas estaban al tanto de sus movimientos y era una suerte que no lo hubiesen descubierto aún.

Sacó la pistola que llevaba oculta en la parte trasera de los pantalones y avanzó en silencio. Era temprano para que llegara la clientela por lo que era un buen momento para sacar a las chicas de allí.

Se metió en un pasillo donde encontró varias puertas. Probó a abrir una y la encontró cerrada

con llave. Dentro pudo oír un gemido lastimero. Probablemente la chica que estaba dentro pensaría que era alguno de sus captores.

Gruñó de rabia al pensar en el miedo que tenían todas aquellas chicas cuando al más mínimo ruido se asustaban. Hacía tiempo que no deseaba torturar a alguien para hacerle pagar por sus pecados como en ese momento.

¿Cómo se atrevían a jugar con el futuro de aquellas jóvenes? Marcándolas de por vida, en un sitio desconocido para ellas, donde no entendían el idioma y se veían forzadas a prostituirse por miedo a que acabasen con sus vidas.

—*Poshel!*<sup>[2]</sup> —exclamó con rabia.

Buscó en su chaqueta de cuero el juego de ganzúas que había traído consigo para intentar abrir las puertas. Esperaba tener tiempo para sacarlas a todas de allí. Debía aprovechar que no había nadie en ese momento, ya que el vigilante estaba inconsciente, encerrado tras la barra del bar que tenían en la sala principal del lugar.

Empezó a trabajar en la primera cerradura, allí donde había oído gemir a la chica asustada. No tardó mucho en abrirla y entrar. Dentro, en una esquina se encontraba una joven de largos cabellos rojos como el fuego, unos ojos verdes que lo miraban aterrados y un rostro lleno de pecas.

Cuando él se acercó, ella se encogió aún más abrazándose las rodillas mientras lloraba desconsoladamente.

—*No, please, no.*

La joven hablaba inglés por lo que él no tuvo dificultades en comunicarse; conocía varios idiomas.

—Tranquila, he venido a sacarte de aquí, al igual que a tus compañeras<sup>[3]</sup>.

Ella levantó la mirada aún encogida.

—¿De... de verdad?

Arkadiy asintió mientras guardaba su arma, la cual ella había mirado por unos segundos y levantó las manos para mostrarle que no iba a hacerle nada.

—Te juro que es así, vas a ser libre y podrás volver con tu familia. Necesito que seas fuerte ahora para salir de aquí junto con las demás ¿entiendes?

La joven asintió y se incorporó. Llevaba un simple camisón negro demasiado corto, tanto que no dejaba nada a la imaginación. Las denigraban hasta el punto de anularlas.

Arkadiy le hizo una señal para que lo siguiera y ella obedeció abrazándose.

La joven podía tocar la libertad con la punta de sus dedos. A pesar de que lo seguía, no dejaba de mirar a su alrededor con temor, por lo que él se vio obligado a darle algo de conversación.

—¿De dónde eres?

Ella dio un brinco al no esperarse que hablara.

—Yo... soy de Irlanda.

—Pues pronto podrás volver a tu tierra. Solo tienes que esperar un poco más —dijo abriendo la otra puerta en la que encontró a una chica rubia de ojos color miel que también se encogió ante su presencia.

La chica pelirroja se acercó a ella y tras intercambiar algunas palabras, la rubia se abrazó a ella llorando.

Arkadiy siguió abriendo puertas encontrando solo a cinco chicas, el resto de habitaciones estaban vacías.

—¿Dónde están las demás? —preguntó a las chicas.

La pelirroja suspiró sosteniendo a la chica rubia que no se separaba de ella. Por su apariencia y su actitud es muy probable que llevara poco tiempo en el lugar.

—Probablemente estén en alguna fiesta privada.

Igual a la que llevaban a Chiara cuando la rescató. Apretó los puños con fuerza tratando de no mostrar ningún sentimiento, estaba curtido en no dejar traslucir lo que sentía.

—Bien, nosotros debemos salir rápido de aquí, vendré en otro momento a por el resto, no os preocupéis. Seguidme —dijo sacando su arma para ir delante de ellas.

Ahora entendía por qué estaba aquello vacío. Necesitaban a varios tipos para controlar a las chicas que se habían llevado.

—*Ublyudki...* <sup>[4]</sup> —susurró mientras salía del lugar.

Una vez fuera del edificio las guio hasta un furgón negro en el que se sentaron todas mientras él lo hacía en el asiento del piloto.

—Gracias por sacarnos de aquí —dijo la chica irlandesa.

—Nadie se merece lo que os han hecho, esos hijos de puta pagarán por haberos hecho daño —dijo Arkadiy sin mirarlas.

Los recuerdos de Chiara, de su forma de actuar, de cómo la oyó gritar durante una pesadilla... todo aquello había sido fruto de aquellos malnacidos que tarde o temprano pagarían muy caro haber destrozado los futuros de tantas jóvenes.

Puso el furgón en marcha y salió disparado de aquel lugar. Al menos una parte de su conciencia dormiría tranquila al saber que esas chicas dormirían pronto en sus casas.

Mientras conducía hizo una llamada a la persona que en su momento lo contrató para salvar a Chiara. Solo él podía ayudarlo con esas chicas. Aquel hombre había llegado a tomarse el tema como algo personal porque él mismo había visto con sus propios ojos cómo trataban a las chicas.

—¿Arkadiy? —se oyó al otro lado de la línea.



—Necesito tu ayuda.

—¿Qué has hecho?

—Acabo de sacar a algunas chicas de uno de los burdeles donde las tienen en contra de su voluntad. Quiero que te encargues de ellas para que vuelvan a sus casas.

—Harán preguntas.

—Nadie puede saber que he sido yo quien las ha rescatado.

Las chicas sentadas tras él lo observaban en silencio hablando por el móvil con tranquilidad en italiano. La chica rubia miró a la irlandesa con temor, pero esta la siguió abrazando. A pesar del aspecto peligroso de ese hombre, había algo que le hacía confiar en él.

Se había arriesgado mucho al entrar en aquel lugar para sacarlas. No las había mirado como hacían sus secuestradores y parecía bastante rabioso al saber que varias chicas estaban en una fiesta privada.

La propia irlandesa había sufrido en sus carnes una de esas fiestas y era de lo más vejatorio. Fue un momento en el que deseó morir, rezó por un milagro y al parecer habían enviado un ángel salvador a por ellas.

—No nos hará daño —dijo ella segura—. Nos va a llevar con nuestras familias.

Mostró una leve sonrisa cuando vio que las miraba por el espejo retrovisor sin dejar de hablar por el móvil.

—Las llevaré a un lugar seguro, una vez allí, avisa a la *politsiya*<sup>[5]</sup> que ellos se encargarán de avisar al Comité de Investigación Rusa para la repatriación de las chicas a sus respectivos países.

—De acuerdo —dijeron al otro lado de la línea y tras unos segundos de silencio, preguntó—. ¿Por qué lo haces? Quiero decir... yo te contraté para sacar a la hermana de mi amiga Byanca, pero no para el resto.

Arkadiy permaneció callado.

Salvar a Chiara había removido su conciencia y algo le decía que no podía dejar a todas aquellas chicas allí si él podía ayudarlas.

Él nunca había sido un santo, había matado a mucha gente, incluso seres inocentes, pero todo aquello había quedado en el pasado. Ya no era ese hombre y parte de ese cambio había sido gracias a una joven de pelo oscuro y ojos azules como el mar. Habían corrompido un alma pura y no podía permitir que otras sufriesen lo mismo.

—Ninguna de ellas merece esto —fue su simple respuesta. No iba a dejar traslucir más de lo necesario—. Estoy a punto de llegar al lugar donde las dejaré. Llámalos. Tú mejor que nadie sabrás cubrir de dónde procede la llamada y puedes distorsionar la voz.

—Está bien, mándame un mensaje en cuanto dejes a las chicas allí.

—Perfecto.

Tras esto colgó y unos cuantos metros más adelante, detuvo el coche en una casa que había adquirido hacía muy poco a un precio irrisorio. Ese lugar iba a ser el punto de encuentro en el que la policía encontraría a las chicas y las devolverían a sus lugares de origen.

Se giró para mirarlas y se dirigió a la irlandesa.

—Os vais a quedar aquí hasta que venga la policía, ellos se encargarán de vosotras y os llevarán a vuestros hogares.

—¿Nos dejarás solas? —preguntó ella.

Arkadiy mostró una leve sonrisa que desapareció casi tan rápido como apareció.

—La policía no debe conocer mi existencia, pequeña. No digáis nada sobre mí.

—¿Acaso te buscan?

—Es una historia muy larga de contar y no tenemos tiempo para ello. Una vez lleguéis a vuestro destino os olvidaréis de mí.

—Jamás podríamos hacerlo. Nos has salvado la vida.

—Todos me olvidan, pequeña, es así. Bajad y entrad en la casa, os prometo que estaréis a salvo.

La irlandesa comprendió que no iba a conseguir más de ese hombre y les hizo una señal a las chicas para que la siguieran. Entraron una a una en aquella casa y antes de cerrar, la joven miró hacia el coche para despedirse con la mano y una mirada llena de gratitud.

Arkadiy mandó el mensaje y se alejó lo suficiente para que la policía no lo viese. Permanecería cerca hasta que ellas estuviesen seguras.

## 22.

Los días pasaron y tanto Giulia como Salvatore acudían al hospital para estar cerca de su hija. Los médicos que se encargaban de la pequeña Fiorella estaban bastante contentos con la evolución de la niña, sobre todo al ver que ya era capaz de alimentarse sin problema alguno del pecho de su madre, por lo que decidieron darle el alta.

Los padres estaban pletóricos por aquella noticia, aunque tenían muchas dudas que resolver con los médicos. Estos no dudaron en responder todas y cada una de las preguntas que ellos tuviesen para hacerle.

Finalmente, tras vestir a la pequeña Fiorella con un bonito mono color verde claro, recibieron el alta médica y la sacaron del hospital.

Giulia la llevaba en sus brazos sin dejar de mirarla mientras se dirigían a los aparcamientos. Su pequeña era preciosa y parecía completamente relajada.

—Tiene tu misma naricilla —dijo Salvatore mirándolas orgulloso—. Algo me dice que me saldrán canas antes de tiempo cuando empiece a crecer y se haga una mujercita.

Ella lo miró con una sonrisa en el rostro.

—Exagerado.

—¿Eso crees? Mi pequeña va a ser toda una belleza y veré mi casa llena de chavales hormonados para recogerla e ir al cine a besuquearse y hacer manitas... ¡no! ¡Me niego!

Giulia negó con la cabeza tratando de aguantar la risa.

Al llegar a los aparcamientos, colocaron a la niña en la sillita homologada y su madre se sentó al lado.

—Aún es un bebé, Salva, lo importante ahora es que crezca sana, ya tendrás tiempo para maldecir a todos esos adolescentes hormonados.

Salvatore sonrió y se subió en el asiento del conductor poniendo el coche en marcha. Puso rumbo a la casa en silencio para no despertar a Fiorella.

—No me creo aún que esa pequeña cosita es nuestra hija —confesó Salvatore de repente—. Una personita que hemos creado los dos... Yo... a veces me gustaría retroceder en el tiempo, pero mi parte egoísta me dice que volvería a hacer todo una y mil veces más. Hubiera impedido que te secuestraran, pero habría hecho el amor contigo todas las veces que hubiesen sido necesarias.

Giulia acarició con suavidad la cabecita del bebé con una leve sonrisa.

—No podemos cambiar el pasado. Hicimos daño a Lucio, pero algo me dice que nos ha perdonado, que nos protegió a ambas para salir de allí con vida, de que tú aparecieras en el hospital y que no hayas querido separarte de nosotras ni un solo instante.

Él la miró por el espejo retrovisor.

—Jamás podría dejaros. Ahora mismo sois lo más importante para mí. He estado varios meses buscándoos sin descanso, apenas durmiendo un par de minutos en cualquier esquina, desesperado por saber si estabais bien. Ahora que al fin os tengo junto a mí no quiero pensar en si podría pasaros algo. Luego pienso en lo valiente que has sido en todo este tiempo y me siento muy orgulloso.

—Tuve que serlo por ella —dijo mirando a su hija—. Tenía que protegerla.

El coche se detuvo delante de la casa de Salvatore y él se giró para mirarla a los ojos haciendo que ella se sintiera querida y protegida. Una mirada cargada de amor, pero también de... deseo.

—Lo sé y te admiro por ello —dijo él antes de abrir la puerta para salir del coche.

Giulia aprovechó ese momento para desabrochar los cintos que ataban a su hija a la sillita. La cogió con cuidado de no despertarla para luego bajar, ya que Salvatore le había abierto la puerta.

—La llevaré a su habitación para que siga durmiendo.

Él asintió mientras sacaba el bolso que habían llevado con cosas como pañales, entre otras cosas.

Giulia entró en la casa y subió hasta la que sería la habitación de su bebé. Aún recordaba el momento en el que Salvatore la llevó con los ojos tapados para luego sorprenderse ante la decoración tan esmerada. En aquel momento no pudo evitar las lágrimas y se abrazó a él agradeciéndoselo.

—Fiorella... —dijo en un susurro entrando en la habitación—. Esta va a ser tu habitación y la ha decorado papá con todo el cariño del mundo.

Volvió a admirar todo a su alrededor, desde la cuna hasta el balancín en el que podía sentarse con su hija. No tardó ni un segundo en acercarse hasta la cuna donde depositó al bebé y le cubrió con una mantita de tono claro.

Apoyó las manos en el borde mientras la observaba. Aún no se creía la suerte que había tenido tras todo lo sufrido en los meses anteriores. Aquellos días en los que solo podía sentir soledad mientras oía el goteo de una tubería y el tintineo de las cadenas que la ataban a la pared.

Haber tirado aquella bandeja había sido su salvación. De alguna forma sabía que iba a tener que declarar sobre lo que pasó aquel día y tenía bastante miedo de lo que pudiese pasar. Ella se había defendido de uno de sus secuestradores. Su intención no era matarlo, solo tener tiempo de escapar o pedir ayuda, solo quería eso.

—¿Estás bien?

Al sentir una mano en su hombro dio un saltó ahogando un gemido. Miró con ojos aterrados a Salvatore que, enseguida, retrocedió un paso. Cuando vio quién era, suspiró llevándose una mano al pecho.

—Me asustaste, Salva.

—Te vi tensa junto a la cuna. ¿Ocurre algo? ¿Le pasa algo a Fiorella? —preguntó mirando hacia donde estaba su bebé durmiendo plácidamente.

Giulia negó con la cabeza.

—No. Ella está bien. Pensaba en lo que declararé cuando la policía me avise para tomarme declaración. Yo no quise matar a ese hombre... yo solo quería irme de ese lugar. No quería tener a mi bebé allí. Jamás pensé que clavaría el trozo de vidrio en su cuello.

Él volvió a acercarse para acariciarle las mejillas con delicadeza sin dejar de mirarla a los ojos.

—El instinto de supervivencia actuó por ti, simplemente tienes que contar la verdad. Lo que querías era escapar y de ahí que lo atacarás, que no era tu intención matarlo, puedes incluso alegar que lo hiciste en defensa propia. No te ocurrirá nada malo. No voy a permitirlo.

—Si al menos supiese quién está detrás de todo esto, pero no sé por qué me secuestraron. Sé que Lucio me dijo que tuviese mucho cuidado, aunque jamás me contó la razón. En este mundo es normal tener enemigos y me hubiese gustado saber a qué me enfrentaba.

—Podemos averiguarlo, si es lo que quieres.

—Yo solo quiero poder olvidar lo ocurrido y sentirme segura por una vez en mi vida después de haber conocido desde dentro a la mafia. No quiero que Fiorella viva como he tenido que hacerlo yo —dijo mientras se dejaba envolver por los brazos del forense.

—Y no lo hará, permanecerá fuera de la mafia. Te lo prometo.

—¿Cómo lo harás? Eres el médico de los Graziani, una de las familias más poderosas dentro de la mafia italiana.

Salvatore permaneció unos segundos en silencio sopesando la respuesta de Giulia.

—Ahora mismo no sé cómo lo haré, pero te juro que nuestra hija crecerá lo más alejada posible de todo esto.

—Una vez que entras en este mundo ya no puedes salir, fue algo que aprendí de Lucio. Él trabajó para otra familia antes de acabar con los Graziani, no fue capaz de buscar un trabajo lejos de la mafia. Sé que harás todo lo posible para evitarnos más sufrimiento, pero sé lo que hay. — Ella se apartó para mirarlo a los ojos—. Gracias por querer protegernos.

Él bajó su rostro y rozó sus labios con los de ella en un tierno beso que poco a poco fue intensificándose, pero, de repente, un leve lloriqueo les hizo apartarse y mirar hacia la cuna a su lado.

La pequeña Fiorella se revolvía reclamando atención. Giulia se apartó y cogió a su hija en brazos.

—Creo que tiene hambre —dijo mientras se dirigía a la silla balancín intentando calmar a Fiorella—. Ya, pequeña, ya va...

Una vez sentada, se subió la blusa para luego dejar al descubierto uno de sus pechos y acercó al bebé que enseguida encontró el pezón del que empezó a succionar, quitándose con esto los lloros de hacía tan solo unos minutos.

Giulia sonrió con ternura acariciando una de las manitas del bebé mientras Salvatore observaba aquella escena tan bella. Era una estampa muy tierna. Ella levantó la mirada hacia él conectando sus miradas, diciéndose tantas cosas...

No pudo evitar acercarse a ellas y acuclillarse junto al balancín, observando a su hija tomar lo que su madre le daba. Posó su mano en la de ella que sostenía la de Fiorella mientras sentía el corazón henchido de felicidad.

Cuando ya acabó de comer, Salvatore la cogió entre sus brazos observando aquel pequeño rostro sonrosado mientras Giulia volvía a cubrirse. La colocó en la cuna y sonrió.

—Descansa, Fiorella. —Se giró hacia ella que se recostó en la silla—. Deberías descansar tú también, pareces cansada. Yo me haré cargo de todo.

—¿De verdad?

Él asintió por lo que ella se incorporó y salió de la habitación de la niña para ir a la que compartía con él a dormir un poco. Habían sido días de poco descanso, ya que no dormía tranquila al saber que Fiorella aún se encontraba en el hospital y temía que la llamaran por cualquier problema que surgiera. Ahora podría dormir con tranquilidad porque la tenía allí, a apenas unos pocos metros, durmiendo en su cuna.

Salvatore cogió el intercomunicador que había comprado para oír y ver si la niña se despertaba y bajó hasta el salón en el que se sentó a revisar unos informes de las últimas autopsias.

Aún le costaba asimilar todo aquello. Su viudita, su pequeña... había ocurrido todo de forma tan repentina el tenerlas allí que parecía estar viviendo un sueño.

El sonido de su móvil lo sacó de su ensimismamiento. Descolgó la llamada.

—Dime que es algo importante y no que tu mujer ha vuelto a tener nauseas porque te juro que soy capaz de ir a la mansión Graziani y cortarte las pelotas con mi bisturí para que no tengas más descendencia.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea.

—No te llamaba por eso —replicó Saulo de malhumor.

—Entonces puedes hablar con total libertad, amigo mío —dijo Salvatore recostándose en el sofá donde estaba sentado.

—Lo que tengo que contarte te va a interesar.

—Soy todo oídos —dijo el forense colocando las piernas sobre la mesa baja que tenía delante tras apartar los documentos que había sobre esta.

—Bien, tengo el manos libres porque tengo a Maurizio aquí a mi lado que, a pesar de pasar las

noches de cama en cama, tiene noticias para ti muy interesantes.

Se oyó una risa en el altavoz del móvil.

—Un hombre debe satisfacer sus instintos y cada mujer lo hace de forma diferente —dijo Maurizio.

—Al grano, por favor —dijo Salvatore intrigado.

Se produjo otro silencio al otro lado de la línea, probablemente sorprendidos porque él no siguiera con la broma como era su costumbre. Entonces pudo oír el tono serio del abogado.

—Quiero que sepas que la mujer que se casó con tu padre es toda una ficha.

Salvatore se incorporó un poco, parpadeando.

—¿Qué quieres decir?

—El caso de tus padres no es un hecho aislado. Antes que ellos ha habido otros. El último fue en Roma por lo que he averiguado. Mismo *modus operandi*: mujer enferma a la que cuida con dedicación y esta muere misteriosamente, por lo que ella se casa con el marido dolido por la muerte de su esposa.

El forense se pasó una mano por el pelo alborotándose.

—Lo sabía. Esa mujer nunca me gustó un pelo, pero ¿qué ha pasado con los maridos? —preguntó preocupado.

—Si quieres salvar tu herencia será mejor que actúes rápido —dijo Saulo que no había intervenido en la explicación de Maurizio.

—¿Qué quieres decir?

—Esta mujer es como una viuda negra. Los hombres con los que se ha casado anteriormente han muerto en extrañas circunstancias, mucho más extrañas que las de las mujeres enfermas.

»Todos eran ricos y siempre conseguía obtener toda la herencia dejando a los hijos de ellos sin posibilidad de coger nada.

—¿Cómo es posible?

—Una persona puede alegar razones de peso para dejar a un hijo desheredado.

—¿Y a donde va ese dinero?

—A paraísos fiscales. No puede delatarse ante las nuevas víctimas.

—Joder. —Salvatore se levantó para dar una vuelta por el salón—. No entiendo como no la han detenido.

—No ha habido forma de acusarla porque no han encontrado pruebas suficientes contra ella. Como ya he dicho, las circunstancias de esas muertes son muy extrañas.

—Tienes un problema gordo, gordo —dijo Saulo.

Salvatore puso los ojos en blanco ante las palabras del mafioso.

—¿No me digas? No me había percatado de ello. Es un jodido problemón. Mi padre está en peligro por una maldita asesina y no hay forma de hacer nada. Ya mató a mi madre, no puedo permitir que haga lo mismo con él.

—La única forma es que encuentres algo que sirva para inculparla, lo que sea —dijo Maurizio.

—Hace meses que no me hablo con él. Si aparezco por allí será ilógico. Él sabe del odio que le tengo a esa mujer. ¡Mierda!

—Tranquilízate, Salva. Encontraremos la manera —dijo Saulo tratando de calmar al forense.

Salvatore inspiró hondo mientras cerraba los ojos. Tenía que encontrar una solución antes de que fuese demasiado tarde para su padre. De repente miró el intercomunicador que se conectaba con el que había en la habitación de su hija y tuvo una idea.

—Creo que tengo una idea que podría funcionar —dijo Salvatore sonriendo levemente.

Y procedió a contarles lo que tenía planeado hacer para evitar que su padre acabase muerto de alguna extraña forma.



## 23.

Giulia miraba el trozo de papel con el número del policía que la había visitado en el hospital. Había olvidado dejarles un contacto para que dieran con ella para declarar.

A ella le habían quitado el móvil cuando la secuestraron y aún no se había comprado ninguno nuevo.

Tenía que declarar para quitarse de encima todo aquello. Ella sabía que no lograrían nada, pero no le quedaba más remedio que hacerlo. Se hallaba en el salón de la casa de Salvatore, pegada al teléfono mientras su hija dormía plácidamente en su cuna.

Él había ido a trabajar por lo que estaba sola, con la alarma conectada para evitar sustos.

Se mordió el labio inferior sin saber qué hacer. Era pensar en salir sola a la calle y se le instalaba un miedo terrible por si volvían a por ella. Había tratado de ocultarle ese miedo a Salvatore durante aquellos días, pero sospechaba que se estaba dando cuenta de que no podía poner un pie fuera de la casa sin que temblase de terror.

Se encogió en el sitio abrazándose las piernas. Algo le ocurría, pero no sabía con exactitud qué. Solo sabía que vivía con miedo y a pesar de que su hija le daba fortaleza, no se sentía fuerte para ella.

Dejó el papel sobre la mesita que había delante y se dirigió al baño para mojarse el cuello. Una vez dentro sintió el sonido de un goteo y gimió asustada pegándose a la pared con el corazón latiéndole a mil por hora.

Ese sonido era igual que el del lugar donde estuvo encerrada. Se cubrió los oídos con las manos mientras se agachaba. ¿Por qué ese sonido le provocaba tanto miedo de repente? ¿Qué le pasaba?

Sin saber muy bien por qué vio ante sí aquella habitación en semioscuridad.

—No, no, no... —decía en voz baja—. No es real, no es real, Giulia, no es real.

Cerró los ojos con fuerza sin dejar de gemir y cuando los abrió vio el cuerpo del hombre al que le había clavado el cristal, escapándosele la vida, rodeado de sangre.

Quiso gritar, pero el sonido se había quedado atascado en su garganta mientras comenzaba a sentir que le faltaba el aire. ¿Por qué? ¿Por qué le ocurría aquello ahora? ¿Qué razón había para sentirse de repente desvalida viendo cosas donde realmente no las había?

Trató de relajarse, pensando que todo aquello no era real, que allí no había nadie. Inspiró hondo un par de veces mientras notaba cómo sus músculos, antes tensos, se iban destensando poco a poco dejándola dolorida.

Cerró los ojos para volver a abrirlos encontrándose en el baño de la casa de Salvatore. Estaba acostada en el suelo por lo que se sentó. Se pasó una mano por la cara y notó la humedad en sus

mejillas. ¿Había llorado? Ni siquiera se había percatado de ese detalle.

No muy lejos de allí oyó el llanto de su hija.

—¡Fiorella! —exclamó incorporándose y saliendo del baño para ir a la habitación de su hija. Corrió hacia la cuna y vio a su pequeña llorar a pleno pulmón. La tomó entre sus brazos tratando de calmarla—. Ya, princesa, ya está aquí mamá.

La llevó hasta el cambiador donde le cambió el pañal y luego se sentó con ella en el balancín tratando de calmar el llanto de su bebé. No parecía tener hambre así que decidió contarle un cuento como hacía siempre.

Por fin su hija se calmó y ella dejó caer la cabeza con los ojos cerrados.

¿Cuánto tiempo había pasado encerrada en el baño? Se preguntaba una y otra vez. Se levantó para dejar a la niña en la cuna y bajar a tomar un vaso de agua, sentía la garganta seca y comenzaba a tener un leve dolor de cabeza.

Buscó en el botiquín algo para calmar ese dolor y se lo tomó con un buen vaso de agua. Volvió al salón para encontrarse de nuevo con el número del policía sobre la mesita.

Debía llamar. En algún momento lo haría y declararía lo que pudiese declarar.

Mientras tanto, Salvatore se encontraba en el laboratorio analizando un arma que acababan de traerle de un tiroteo donde habían muerto tres personas. Intentaban encontrar huellas del asesino, ya que había dejado tirada el arma y había salido huyendo del lugar del crimen.

Cuando ya había tomado las huellas y se disponía a meterla en el dispositivo de lectura para buscar coincidencias, apareció Gatti por allí.

—Veo que ya vas a empezar a buscar al asesino —dijo el policía apoyando las manos en la mesa donde estaba el ordenador que revisaría todas las huellas dactilares para encontrar coincidencias—. A ver si damos con el cabrón que hizo esto.

—Si tenemos el registro de su huella dactilar ten por seguro que sí.

—Es mucho mejor que las declaraciones de los que estaban allí, cada uno nombra una característica diferente.

Los dos permanecieron callados mientras se escaneaba la huella dactilar y empezaba el reconocimiento de todas las que tenían memorizadas en el ordenador.

Salvatore se giró y cruzó los brazos mirando a Gatti. Levantó una de sus manos para frotarse el mentón.

—¿Y bien? ¿Has venido solo por las huellas o por algo más? Porque dudo mucho que algo tan sencillo requiera de tu total atención.

A Salvatore aún no se le había pasado el enfado con el policía después de lo de la casa aislada donde estuvo Giulia. Apenas hablaban lo justo y sabía perfectamente que la embarazada

era su mujer.

—Tengo que hablar con ella.

El forense se incorporó para quedar cara a cara frente a Gatti enarcando una ceja dejando entrever su enfado.

—Creo recordar que ella dijo que no recordaba nada ¿o me equivoco? Déjala en paz.

—El caso no se ha cerrado. Sabes que cualquier pista que nos lleve al culpable será mucho mejor y antes se cerrará.

Salvatore cerró los ojos mientras inspiraba hondo, luego los abrió y lo señaló con un dedo.

—Pues más no vas a sacar de ella, Gatti. No podemos forzarla a recordar algo traumático, así que olvídate de ir a tomarle declaración ¿me has entendido?

El inspector cruzó los brazos.

—¿Sabes? Esto me hace pensar que ocultáis algo y créeme que lo descubriré. He estado mirando en los archivos, pero ¡sorpresa! No hay ni una sola denuncia sobre la desaparición de esa mujer. Cuando llegas a la casa, de repente, sales corriendo para encontrarte con ella en el hospital. Es para pensarlo ¿no crees?

—Y tú ves demasiadas series policiacas.

Salvatore se giró hacia el ordenador mientras seguía la inspección de la huella dactilar. Apoyó las manos en la mesa y miró la pantalla. Gatti le estaba tocando la moral con el tema de Giulia.

De repente, el análisis se detuvo mostrando la coincidencia con un criminal que había salido de la cárcel hacía tan solo unas semanas y que había vuelto a las andadas. Imprimió la ficha policial y se la dio.

—Aquí tienes a tu criminal —dijo con sequedad—. Ahora tengo trabajo que hacer.

La invitación a marcharse era clara y no pensaba repetirla.

Gatti le arrebató el papel con brusquedad y pegó su rostro al del forense.

—Esto no va a quedar así, Salvatore. No me voy a quedar parado porque pienso atrapar al hijo de puta que secuestró a esa mujer estando embarazada.

—Ella es mi mujer, Gatti. Grábatelo en la mente. Si ella se encuentra preparada para hablar, lo hará, mientras tanto, no la molestes ¿entendido?

El policía no contestó. Se dio la vuelta sin dirigirle la palabra marchándose de allí sintiendo una inmensa rabia crecer en su interior. Jamás había sentido tantas ganas de darle un puñetazo a alguien.

Mientras tanto, Salvatore inspiró hondo para calmarse. La tensión con Gatti se notó en el ambiente y pudo ver a algunos de los chicos que trabajaban para él observarlo todo, así que los miró y exclamó.

—¡Seguid trabajando! Las autopsias no se harán solas.

Rápidamente, todos volvieron a sus puestos. El forense suspiró pasándose la mano por la cabeza y deseó poder regresar a su casa con su viudita y su hija.

—No me puedo creer que tenga que aumentarle al vestido —dijo Byanca saliendo del probador de la tienda donde había mirado el traje para la boda de Fabiola.

Quedaban apenas dos semanas para el enlace y el vestido le quedaba estrecho.

Fabiola, que había ido con ella, la miró con una amplia sonrisa.

—Es normal, ya se te empieza a notar la barriguita —dijo Fabiola—. No es mucho lo que hay que aumentar, de todas formas.

—Pero aún quedan dos semanas y me aprieta mucho.

Se trataba de un vestido de Pronovias color rojo con un escote halter que dejaba al descubierto la espalda, de gasa y encaje ciñéndose al cuerpo, algo que resultaba complicado a Byanca porque ya se le empezaba a notar el vientre, aunque no demasiado, y le apretaba más que estilizaba.

—¿Y si miras un modelo que te quede más suelto? —preguntó Fabiola incorporándose para mirar todos los vestidos que había en aquella tienda de alta costura.

Pasó la mano por ellos mientras Byanca la observaba. Estaba deseando quitarse ese vestido. Cuando lo vio en la web, le encantó, pero ahora que se miraba en el espejo se veía horrible con él.

Fabiola, entonces, sacó uno de color rosa claro con un tejido de gasa, ligero con cinturilla evasé. Tenía un escote en pico cruzado en la cintura y espalda cerrada. Las mangas eran fluidas hasta el codo creando un look muy elegante. Tenía un cinturón con flores en el centro que iba justo en donde empezaba la cintura del vestido.

—¿Por qué no te lo pruebas?

Byanca lo observó no muy convencida, pero lo cogió y se metió en el probador. Se sacó el otro para descartarlo por fin y se puso el que le había dado su cuñada.

Una vez puesto, se miró en el espejo y no pudo evitar sonreír. Le quedaba perfecto y al ser vaporoso era mucho más cómodo que el otro. Salió del probador con una enorme sonrisa.

Fabiola sonrió al verla.

—Espectacular, te ves preciosa —le dijo aprobadora.

Byanca asintió mientras sentía las lágrimas acudir a sus ojos. Sin poder evitarlo se cubrió el rostro. Su cuñada se acercó preocupada.

—¿Ocurre algo?

Ella negó con la cabeza.

—Es solo... que... me he emocionado y no... no puedo parar de llorar —dijo tratando de sonreír.

Fabiola la abrazó con cariño.

—Si sigues así me harás llorar a mí también y créeme que daremos un espectáculo lamentable.

Byanca sonrió y se limpió las lágrimas. Luego cogió la falda del vestido para dar una vuelta sobre sí misma.

—Ojalá Chiara estuviese aquí —dijo Byanca perdiendo la sonrisa—. Me hubiese gustado que disfrutara de esto.

—Sigue sin querer ir a la boda ¿verdad?

—Tiene miedo a salir y la entiendo, pero no quiero que viva enclaustrada en la casa Graziani.

—Saldrá cuando se sienta preparada, además, cuando lo haga siempre estará segura porque mi hermano le pondrá vigilancia como a nosotras —dijo señalando hacia el exterior donde dos enormes gorilas las vigilaban.

Byanca hizo un mohín y luego soltó un gruñido.

—Desde que descubrimos que estaba embarazada no ha hecho otra cosa más que agobiarme y empiezo a cansarme. Tengo que recordarle todo lo que tuve que hacer para que no lo mataran hace meses. —La hacker se cruzó de brazos.

—Tiene miedo a perderos —dijo Fabiola encogiéndose de hombros—. Nunca ha tenido que proteger a nadie como a vosotros. Yo, a fin de cuentas, siempre he tenido a mis padres y a los guardaespaldas, incluso a Piero, pero tú eres su prioridad y me hace feliz ver lo enamorado que está de ti. —Byanca mostró una sonrisa ante las palabras de ella—. Cambiando de tema, ¿qué te parece si le enviamos una foto a tu hermana para que te vea con ese vestido?

—Sería estupendo, al menos sentirla cerca de alguna forma.

Fabiola sacó su móvil y le hizo una foto a Byanca que luego le mandó a Chiara. Esta contestó casi al instante.

—Dice que te ves preciosa y que le encanta cómo te queda el vestido.

—Pues me quedo con este.

—Ahora miraremos los complementos y ya lo tendrás todo.

Byanca asintió y volvió al probador para quitarse el vestido para llevárselo. Cuando salió, le entregó el vestido a la dependienta que había estado cerca todo el tiempo y, entonces, fueron a por los complementos.

—Esta semana haréis las fotos de la pre-boda ¿verdad?

Fabiola sonrió mientras miraba varias carteras que podían combinar con el vestido de su

cuñada.

—Sí, pasado mañana en el Jardín de Boboli.

—Es un lugar maravilloso.

—Lo sé, además, es un lugar perfecto para darle la noticia que tengo que darle.

Byanca parpadeó confusa.

—¿Noticia?

Fabiola se giró con una mano en su vientre mostrando una sonrisa.

—No serás la única con problemas con el vestido.

—¡Oh Dios mío! ¡Enhorabuena! —exclamó abrazándola—. Le va a encantar la noticia, estoy segura.

—Eso espero.

—¿De cuánto estás?

—Unas seis semanas más o menos, lo confirmé ayer. Estoy tan emocionada.

—Lo vas a hacer feliz con la noticia.

Fabiola sonrió encantada, se sentía pletórica con todo lo bueno que le estaba sucediendo y nada ni nadie podría empañar aquella felicidad.

## 24.

Al salir de la comisaría después de un día de lo más estresante por culpa de Gatti y algunas meteduras de patas de los chicos, Salvatore se dirigió a la casa de Saulo Graziani. Tenía pensado darle una pequeña sorpresa a Giulia.

Se metió en su coche para poner rumbo a la casa del mafioso. Una vez allí, entró y se dirigió al despacho donde sabía que lo esperaba. Unos gruñidos le hicieron mirar al dóberman que estaba junto a Saulo. El animal estaba sujeto por la correa.

—Hola, pequeño engendro del demonio —saludó Salvatore sin mucho entusiasmo al animal.

—Me parece de lo más lógico que no te tenga en estima —dijo Saulo mientras se incorporaba—. Con semejantes palabras no entiendo como no te ha mordido una mano.

—En el fondo soy adorable y sabe que si me deja sin mano él se queda sin sus preciados huevitos ¿verdad, amigo? —preguntó acercando su rostro al perro que volvió a gruñir.

Tenía claro que no se iban a llevar bien, pero era el perro de Giulia y sabía que lo echaba de menos.

Saulo le tendió la correa a Salvatore con una sonrisa en el rostro.

—Espero que no te destruya el coche.

—No me recuerdes que tengo que meterlo en mi pequeño porque me hace envejecer diez años de golpe.

El mafioso soltó una carcajada y volvió a sentarse tras su mesa.

—¿Ya has pensado qué hacer definitivamente con lo de tu padre? —preguntó de repente Saulo cruzando los dedos mientras apoyaba los codos en la superficie plana.

—Lo que os comenté el otro día, pero no estoy muy seguro. Quiero darle vueltas un poco más antes de hacerlo.

—El tiempo corre en contra si ella decide hacer lo que nos ha contado Maurizio.

—Lo sé, pero no puedo aparecer de repente en su casa como si nada hubiese pasado.

—Si necesitas ayuda, ya sabes que puedes acudir a mí.

—Lo sé, Saulo —dijo Salvatore con una leve sonrisa—. Ahora, si no te importa, tengo que llevarme a este Cerbero a mi casa.

El mafioso le hizo un gesto con la mano y este salió después de despedirse.

Una vez fuera de la casa, se agachó frente al perro para mirarlo a los ojos.

—Mira, chico, sé que no te gusto y tú a mí tampoco, pero vamos a mantener una buena relación

por la mujer que ambos queremos ¿me entiendes? —Hubo una pausa en la que el perro gruñó—. No sé para qué pregunto. Está claro que no me entiendes. —Se pasó la mano libre por el pelo—. Tu dueña te echa de menos y te abro las puertas de mi casa y de mi coche, compórtate ¿vale?

Sin decir nada más, se incorporó y se dirigió al coche abriendo la puerta trasera para que el animal entrara. La cerró y se metió en el asiento del piloto. Una vez dentro, vio al perro a su lado y negó.

—Ah no, olvídale. Atrás, chucho.

Pero el animal no se movió del sitio. Salvatore gruñó frustrado apoyando la cabeza en el volante. Al ver que el perro no iba a moverse del sitio, puso el coche en marcha y se dirigió a su casa.

Cuando llegó, se bajó y agarró la correa del perro para arrastrarlo hasta la casa. Abrió la puerta, pero antes de entrar, el animal corrió al interior de la casa ladrando.

Giulia, que estaba en el salón, se incorporó al oírlo y entonces vio entrar a Lucca corriendo hacia ella con la lengua fuera.

—¡Lucca! —exclamó ella sonriendo mientras se arrodillaba en el suelo para que el perro le lamiese la cara moviendo el rabo con alegría—. Te he echado de menos, pero mucho, muchacho.

Salvatore la observaba desde la puerta del salón con los brazos cruzados. Le encantaba verla sonreír.

—Él también te echaba de menos.

Giulia lo miró mientras se incorporaba, entonces Lucca se puso delante volviendo a gruñir.

—Basta, Lucca —dijo posando una mano en el lomo del perro—. Salva..., yo... no sé cómo agradecértelo. Mi perro es tan importante para mí y sé que no os lleváis bien, pero... gracias.

El forense entró sonriendo.

—En algún momento acabará cogiéndome cariño, su dueña es lo más importante para mí junto a mi hija.

Giulia dio un par de pasos y lo abrazó con fuerza. El perro no se separaba de ella mientras miraba a Salvatore.

—Gracias, de verdad.

—No tienes por qué darlas. Él es parte de tu vida. Deberías presentarle a la niña, seguro que le cae mejor que yo.

Ella sonrió mientras volvía a abrazarse a él para luego coger la correa del perro y dirigirse al piso superior hasta la habitación de Fiorella que dormía plácidamente.

Giulia se acercó a la cuna con Lucca siguiéndole los pasos.

—Mira, muchacho, ella es Fiorella —dijo mientras el perro subía las patas delanteras para mirar dentro de la cuna a la pequeña dormida profundamente—. Es el nuevo miembro de nuestra



pequeña familia. Como ves es muy tranquilita y de momento solo come y duerme, pero prontito podrás jugar con ella.

La niña se removió y abrió los ojos mirando a su madre. Giulia la tomó en brazos y le hizo una carantoña cariñosa. El perro se sentó frente a ella observando la escena con atención. No perdía de vista a su dueña y aquel pequeño ser que tenía entre sus brazos.

—Algo me dice que Fiorella ya ha conquistado un corazón —dijo Salvatore desde la entrada de la habitación mirando al perro que no se movía del sitio a excepción de la cola que la movía de un lado a otro y no le hacía el menor caso.

Giulia sonrió mirando a Lucca.

—Eso parece. No sé cómo darte las gracias por todo esto. No pensé que fueras a traerme a mi perro.

El forense se acercó hasta ella para darle un beso en la frente y coger a la niña para hacerle carantoñas también. El pelo de su perilla le hizo cosquillas a la pequeña y soltó una risita. Él sonrió complacido ante aquel gesto.

Luego se agachó frente al perro.

—Mira, colega, ella y su mamá son lo más importante de mi vida y jamás les haría daño, me vendrá bien una ayudita para tratarlas como reinas ¿firmamos una tregua?

Ambos se miraron fijamente y el perro se recostó en el suelo como si le diese a entender que firmaban la paz, de momento.

Giulia también se agachó y acarició la cabeza del animal.

—En el fondo sabe que eres un buen tipo.

—Va a llegar a adorarme, lo sé —dijo Salvatore sonriendo luego miró a su hija que tenía la cara contraída. Al instante cambió a una de tranquilidad y de repente un terrible olor inundó sus fosas nasales—. ¡Mierda!

La mujer se rio y le dio una palmadita en el hombro.

—Te toca cambiarle el pañal.

Se levantó con resignación y se dirigió al cambiador para ponerle un pañal nuevo mientras Giulia lo miraba con una sonrisa.

Durante unos instantes pensó en contarle lo que le había ocurrido aquella mañana, pero pensó que sería algo pasajero y que se le pasaría. Lo que sí tenía que decirle era lo de aquel goteo que le hizo recordar todo.

—En el baño hay algún grifo que gotea —dijo ella cuando él le abrochó a su hija el pijama que tenía puesto.

Él se giró con el bebé en brazos frunciendo el ceño.

—¿Goteo? Tendré que mirarlo, aunque no soy un manitas... bueno, en lo que se refiere a

carpintería, fontanería y demás... en otros menesteres mis manos son estupendas —dijo levantando las cejas con una media sonrisa.

Las cejas de Giulia se arquearon y luego negó con la cabeza.

—Olvidalo.

Él dejó a la niña en la cuna para acercarse a ella y tomar su rostro entre sus manos.

—Eso ya lo veremos... —Y sin más la besó mientras el perro se recostaba al lado de la cuna de Fiorella. Ella lo detuvo y lo miró a los ojos—. ¿Qué pasa? Ya ha pasado el tiempo suficiente...

—Lo sé, pero no podemos dar el espectáculo delante de la niña.

Salvatore sonrió mirando a la cuna. Se acercó y la vio removerse. Lucca levantó la cabeza para ver lo que el forense hacía, ya que se acercó hasta un armario para coger un aparato que colocó en una mesita que había junto a la cuna y pulsó un botón, haciendo que el techo se iluminara con miles de estrellitas y una luna que empezaron a moverse al ritmo de una melodía tranquilizadora.

La pequeña miró aquellas formas en el techo y una pequeña risita salió de su boca mientras movía manos y pies. Al poco rato, esos movimientos se hicieron más lentos a la vez que se cerraba sus ojos.

Cuando se quedó dormida, se acercó hasta Giulia que lo había esperado a unos pocos pasos y volvió a besarla.

—Ahora duerme y nos dará una tregua.

Ella sonrió. Ambos salieron de allí hacia la habitación que ahora compartían. Allí volvieron a besarse con pasión.

Salvatore no dudó ni un segundo en despojarla de su ropa para tenerla desnuda. Una visión de lo más encantadora para sus ojos. Giulia lo miró sonriendo levemente. Aquella mirada que le dedicaba ya hacía estragos en su cuerpo. Ya podía notar cómo comenzaba a humedecerse y sus pezones endurecerse.

—Me encanta mirarte, Giulia.

Salvatore posó sus manos en la cintura de la mujer volviendo a besarla con ansias. Estas ascendieron lentamente hasta alcanzar los laterales de sus pechos para luego abarcarlos con sus manos.

Ella gimió contra sus labios cuando notó la presión de aquellas manos contra sus pechos sensibilizados. Se apartó levemente y él la miró.

—Perdona, los tengo sensibles... —dijo ella.

Salvatore apoyó la frente en la de ella.

—Seré más delicado, lo siento.

Giulia negó.

—Tranquilo. Todo está bien.

Ella lo besó de nuevo mientras sus manos se movían hacia la camisa que llevaba para ir desabrochando los botones a la vez que tocaba sus pectorales. Cuando la abrió completamente, le ayudó a desprenderse de ella y abrazarse a él notando así en su vientre el hinchado pene de Salvatore contra los pantalones.

Le dio en casto beso en los labios antes de apartarse para quitarle el cinturón y desabrochar los pantalones. Se arrodilló en el suelo a la vez que iba bajando tanto los vaqueros como los calzoncillos haciendo que su erección saltara de anticipación.

Salvatore la miró por unos segundos y no pudo evitar soltar un ronco gruñido cuando ella lo abarcó con una de sus manos.

—¡Joder!

Ella sonrió y entonces abrió la boca para introducirlo en su interior. Salvatore dejó caer la cabeza hacia atrás soltando un gruñido seguido de otra maldición por el enorme placer que estaba recibiendo por parte de la tierna boca de su viudita.

Giulia succionaba con pasión sintiendo cómo se humedecía más y más al oír los gruñidos que soltaba Salvatore.

—Maldita sea, Giulia, si no te detienes me correré en tu boca y no quiero eso ahora mismo — dijo apartándola para ponerla en pie y besarla mientras la arrastraba hasta la cama después de quitarse por completo los pantalones y los calzoncillos.

Atacó su cuello y su clavícula con suaves mordiscos que la encendieron. Bajó muy lentamente por el valle entre sus pechos para luego dirigirse a uno de ellos y lamer con delicadeza el pezón que ya se encontraba duro como un pequeño guijarro. Le prodigó las mismas atenciones al otro provocando una dulce tortura que hizo que se humedeciera mucho más moviendo las caderas en busca de tan ansiada penetración.

Su cuerpo había echado de menos el tacto del de Salvatore. Su odio visceral después de lo ocurrido con Lucio la había hecho alejarse de ese hombre que tenía ante ella, un hombre que le estaba dando tanto amor como era capaz y notaba cómo se desvivía por ella y por la hija que tenían en común.

—Salvatore... —dijo entre gemidos mientras él besaba su vientre—. Salva...

Él levantó la cabeza y se miraron a los ojos fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver en los de ella tantos sentimientos encontrados mezclados con la lujuria.

—Perdóname... yo...

Salvatore posó un dedo sobre los labios de ella y negó con una media sonrisa.

—Olvidalo todo, Giulia, que nuestros cuerpos hablen por nosotros.

Ella lo atrajo hacia sí y volvieron a besarse apasionadamente mientras él se posicionaba entre

las piernas de su mujer para penetrarla con suavidad. Giulia ahogó un jadeo contra los labios de Salvatore.

Se movió despacio, desesperando a la mujer que meció las caderas en busca de más.

Él volvió a sonreír al ver que ella hacía intentos de ir más rápido, pero él necesitaba disfrutar de cada gesto, de cada gemido, de cada palabra suya como agua para el sediento. Después de tantos meses, necesitaba amarla con lentitud.

—Salva... no puedo... no...

—Mírame, Giulia —le pidió él.

Ella, cuyos ojos estaban cerrados por el placer, los abrió. Aquel azul profundo parecía un mar embravecido por la cantidad de matices que se apreciaban.

—Te quiero, Giulia.

El corazón de la mujer bombeó con fuerza ante aquellas palabras y se sintió plétórica.

Sonrió.

—Yo también te quiero, Salva —dijo ella acariciándole la mejilla rasposa por la barba de pocos días que lucía.

Entonces, movido por la pasión, empezó a penetrarla más y más rápido hasta que ambos llegaron al orgasmo gritando sus nombres.

## 25.

Giulia se había quedado profundamente dormida entre los brazos de Salvatore tras aquella sesión de sexo que los había dejado exhaustos.

De repente, en medio de sus sueños, se vio en aquella habitación donde estaba dando a luz. Podía sentir el dolor de las contracciones, la voz del teléfono animándola a empujar. Ella lo hacía, empujaba y empujaba hasta que, por fin, su bebé salía al mundo. Al momento llegaban los de la ambulancia y tomaban a la pequeña, pero algo en la cara de uno de ellos no le gustó y no pudo evitar preguntar:

—¿Qué ocurre?

—Lo siento, señora, el bebé está muerto.

Ella negó con la cabeza.

—No... no... ¡no!

De repente, ella abrió los ojos a la vez que se incorporaba empujando el brazo de Salvatore. Se levantó de la cama y corrió hasta la habitación de Fiorella encontrándose a la niña en la cuna y a Lucca recostado a su lado. Llegó hasta ella y cayó de rodillas con una terrible opresión en el pecho. Había sido una pesadilla tan real que temió no encontrar a su pequeña allí.

Lucca, al sentirla, se acercó hasta ella y colocó la cabeza en su regazo como forma de apoyo.

—¿Giulia? —preguntó Salvatore apareciendo en la habitación—. ¿Ocurre algo?

Ella lo miró y al verla con las mejillas húmedas se acercó y se arrodilló a su lado para abrazarla. Giulia se dejó abrazar mientras la opresión de su pecho iba desapareciendo poco a poco.

—Solo ha sido una pesadilla —dijo ella acurrucada entre los brazos del forense.

—¿Quieres contármelo?

—Yo... fue horrible, daba a luz en aquel cuarto y los sanitarios decían que el bebé estaba muerto.

Salvatore la abrazó con más fuerza para alejar aquella pesadilla de ella.

—Fiorella está aquí con nosotros, mírala durmiendo en su cuna.

Ella asintió mirando hacia la cuna donde dormía plácidamente.

—Sé que era una pesadilla, pero necesitaba comprobarlo.

—Todo está bien, Giulia, no te preocupes.

La mujer asintió y se quedó entre los brazos de Salvatore que se incorporó con ella y la llevó

a la cama para que descansara hasta que su hija la reclamara para la toma de leche.

—Gracias —dijo ella acariciándole la mejilla.

El negó con la cabeza.

—¿Te sientes mejor?

—Sí —dijo asintiendo—. Estoy bien.

—Entonces, será mejor que descansemos un poco —dijo volviéndose a acostar tras ella para abrazarla depositando un beso en su hombro.

Giulia trató de relajarse en los brazos de Salvatore y cerró los ojos para intentar descansar.

Se levantó una vez para amamantar a Fiorella y luego logró dormir el resto de la noche con más tranquilidad. Por suerte no acudió ninguna pesadilla más que la atormentara.

Cuando despertó, notó que el otro lado de la cama estaba vacío y se incorporó. El ruido en el piso de abajo le hizo suponer que estaba preparándose el desayuno así que cogió la camisa de Salvatore que había tirado la noche anterior y, tras abrochársela, bajó hasta la cocina.

Allí vio al forense vestido únicamente con unos vaqueros, descalzo y sin camiseta.

—Espero que no se caiga al suelo ningún vaso o plato, no quiero curar heridas.

Él se giró y sonrió a la vez que batía algo en un bol.

—Tranquila, soy médico y puedo hacerlo yo solo. ¿Cómo has dormido? —preguntó mirando las ojeras bajo sus ojos.

—Algo pude dormir después de darle el pecho a Fiorella, pero aún me siento cansada. La pesadilla me dejó mal cuerpo —respondió con sinceridad.

Salvatore dejó el bol sobre la encimera y la miró.

—No estás bien, Giulia. Sé que tratas de que no me dé cuenta de lo que ocurre, pero tu rostro refleja miedo en cuanto te sugiero salir de aquí. Desde que hemos vuelto del hospital con nuestra hija, no has puesto un pie fuera de la casa, ni siquiera cuando estoy trabajando.

Ella bajó la mirada mientras se abrazaba. No podía contarle sus miedos, su ataque de pánico del día anterior... Él se acercó y agarrando la barbilla con dos dedos, la obligó a mirarlo.

—Sí salgo —dijo tratando de disimular.

Salvatore negó con la cabeza mientras se apartaba lo justo para sacar su móvil de uno de los bolsillos de los vaqueros. Lo vio manejarlo y le mostró algo.

—Llevo un control de cuándo se pone y se quita la alarma.

Ella observó el aparato con los ojos abiertos durante unos segundos y luego, con un leve golpe, apartó este de él, no queriendo mirarlo a los ojos.

—¡El móvil te miente! —exclamó dirigiéndose a la nevera.

Se negaba a mirarlo porque temía que descubriese la verdad y con negarlo vehementemente quizás podría creerla.

—Nunca me ha fallado y no va a hacerlo ahora.

Cerró la puerta de la nevera con brusquedad y lo miró con rabia.

—¡Deja de controlarme! ¡No eres mi padre para controlar si entro o salgo de esta casa! — exclamó enfadada.

Salvatore dejó el móvil en la encimera para cruzar los brazos.

—No pretendo controlarte, estoy preocupado por ti, no sales de estas cuatro paredes y eso no es bueno para ti.

Giulia señaló fuera de la cocina.

—¡Estoy cuidando de nuestra hija! ¿Acaso eso no importa?

—Claro que importa, Giulia, pero puedes sacarla de aquí también. —Salvatore la agarró de los brazos—. Necesitas salir.

La mujer se removió tratando de escapar de los brazos del forense.

—¡Suéltame!

Con un movimiento brusco, ella se soltó mirándolo con rabia. Él no iba a comprender cómo se sentía cuando abría la puerta de la calle. Ver pasar a la gente por delante y no saber si era alguien que quería secuestrarla de nuevo. Era una agonía que él no entendería por mucho que se lo explicase.

Al no querer dar más explicaciones, salió corriendo de la cocina para refugiarse en la habitación de Fiorella que aún dormía en su cuna. Se sentó en el balancín abrazándose.

Salvatore no podría entender cómo se sentía. Él no sabe lo que es vivir encerrada por espacio de varios meses sin posibilidad de escape. Con miedo a que un día la matasen. Era lo que siempre más había temido porque sus captores jamás habían ocultado sus rostros y eso la llevaba a pensar que iba a morir a manos de aquellos hombres.

Cerró los ojos con fuerza mientras inspiraba hondo, tratando de serenarse. En fondo sabía que había exagerado y que había sido muy dura con Salvatore, pero ahora ya no podía cambiar las palabras dichas.

Se cubrió el rostro mientras se mecía levemente en el balancín. Por un momento deseó protegerse entre los brazos del forense, pero seguro que estaba tan dolido que ni la querría ver. Había metido la pata porque él se había preocupado por ella y solo había sabido actuar a la defensiva.

Lucca se acercó para sentarse frente a ella con la lengua fuera. Ella sonrió levemente y le acarició la cabeza.

—Tranquilo, chico, estoy bien. Aún no hay que despedazar a nadie. —De repente, oyó a la

niña gimotear, por lo que se incorporó y se acercó a la cuna, para cogerla entre sus brazos—. Buenos días, princesa. ¿Tienes hambre?

Volvió al balancín y se abrió la camisa que llevaba de Salvatore para acercarse a su hija al pecho para que succionara. Mientras ella se alimentaba, le acariciaba la cabeza con delicadeza, observándola con amor y cariño.

Cuando Salvatore vio salir corriendo a Giulia quiso ir tras ella, pero luego pensó que lo mejor era dejarla sola. Estaba a la defensiva y no sabía muy bien la razón. Tenía sus sospechas, pero ¿cómo confirmarlo? La aplicación de su móvil no le mentía. Ella no salía de la casa y le preocupaba que se encerrase en ella misma.

No podía permanecer enclaustrada.

Inspiró hondo y subió hasta la habitación de Fiorella donde la vio amamantando a su pequeña.

Prefirió esperar a que terminara de darle de comer para hablar con ella con calma. Volvería a ponerse a la defensiva probablemente, pero no le gustaría verla apagarse y sumirse en el mutismo.

Cuando acabó, ella se incorporó para cambiarle el pañal y la ropa. Él aprovechó y entró.

—¿Necesitas ayuda?

Giulia no lo miró mientras le quitaba el pijama a su hija.

—Puedo hacerlo sola —contestó secamente.

—Giulia... no quiero que te sientas mal por lo que dije. Es solo que me tienes preocupado. No puedes quedarte siempre aquí...

—Basta, Salva. Ya lo dejaste claro en la cocina y yo ya te he dicho que estoy cuidando de nuestra hija. No hay más nada que decir.

Le puso a su hija un pañal limpio y luego la vistió para cogerla entre sus brazos y girarse hacia él.

—¿Tan poco confías en mí que no eres capaz de contarme tus miedos? Algo te pasa para que no quieras salir. ¿Acaso temes que vuelvan a secuestrarte? —Giulia retrocedió un paso y bajó la mirada—. Es eso ¿verdad? Puedes confiar en mí, te ayudaré en lo que haga falta. —Salvatore se acercó a ella y la miró a los ojos fijamente—. Te quiero y eso no lo va a cambiar nadie, Giulia. Podemos superar juntos esto.

Los ojos de ella brillaron por las lágrimas que trataba de contener. Todo lo ocurrido estaba afectando a su ánimo volviéndola temerosa y llorosa. Abrazó el cuerpo de su hija intentando protegerse en ella aún sabiendo que no conseguiría nada. Se sentía vulnerable.

—Déjalo, Salva, por favor —rogó con voz ahogada—. No sigas...

—Quiero ayudarte. Quiero que vuelvas a ser la Giulia de antes.

Le dio la espalda y se acercó a la ventana mientras mecía a su hija en sus brazos.



—Ya no soy la misma Giulia. Esa mujer se perdió hace mucho tiempo.

—No. Anoche vi a esa mujer que me atrajo hasta tal punto que no pensé que estuviese casada con otro, la mujer pasional que eras. Esa Giulia está ahí, pero hay una que la mantiene en un rincón sin posibilidad de salir; una contra la que tienes que luchar.

Salvatore se acercó a ella y posó las manos en sus hombros sin dejar de observar su perfil algo tenso. Le vio dar un beso a su pequeña en la frente antes de girarse y dirigirse a la cuna para dejarla allí.

Finalmente se giró con una leve sonrisa.

—Se me pasará, dame un poco de tiempo y todo volverá a la normalidad —decía más para sí misma que para él, intentando convencerse de que iba a salir de aquel agujero en el que sentía que estaba metida.

Él volvió a acercarse y tomó el rostro de Giulia entre sus manos para mirarla a los ojos fijamente.

—Quiero que confíes en mí. Cualquier miedo que tengas, podremos superarlo juntos —dijo apoyando su frente en la de ella con los ojos cerrados—. Te ayudaré en lo que haga falta, no lo dudes jamás.

Ella asintió levemente sin mirarlo mientras se dejaba abrazar por él. Dudaba mucho que pudiese ayudarla, pero prefirió callarse.

La puerta del despacho de la casa de Adriana se abrió para dar paso a uno de sus hombres mientras ella revisaba unos papeles que le aburrían sobremanera.

Estaba pensando contratar a alguien para que llevara todo ese papeleo aburrido del que ella no se enteraba. En algún momento lo haría.

—Señorita, su visita acaba de llegar.

Ella dejó los papeles a un lado y sonrió abiertamente casi con lascivia poco contenida.

—¿Y se puede saber por qué lo haces esperar? ¡Vamos! —exigió mientras se levantaba y se alisaba el vestido ajustado que llevaba para resaltar sus curvas. Al momento vio aparecer a su nuevo amante, aquel que le estaba enseñando cosas nuevas sobre su sexualidad y que disfrutaba muchísimo—. Disculpa a mis hombres, son todos unos ineptos.

Fabrizio Zanetti se acercó mientras se colocaba las mangas de la chaqueta gris que llevaba.

—Imagino que no sería ese el que te follaría la última vez que nos vimos —dijo él con indiferencia—, ¿o quizás sí y no te supo satisfacer lo suficiente?

Adriana salió de detrás de la mesa y apoyó un dedo en la mejilla de su amante mientras sonreía seductoramente.

—Ninguno jamás me follará tan bien como lo haces tú.

—Me encanta que trates de inflarme el ego, pero creo que no me has llamado para eso.

Ella se pegó aún más a él.

—Umm, eso puede esperar... mi cuerpo te ansía, quiero que me folles tan duro como la última vez. Me dejaste tan excitada...

Zanetti sonrió de medio lado.

—¿Me estás queriendo decir que te gusta lo que hago con mis amantes?

Ronroneó como una gata en celo mientras con una de sus manos acariciaba la entrepierna de Zanetti.

—Me ha encantado y no he dejado de masturbarme pensando en ello. No hay momento del día en que no piense en cómo fuiste tan violento, cómo me sentí sometida a tu voluntad, a ese miedo de pensar que realmente tenías mi vida en tus manos... Tócame y verás cómo me siento ahora solo de pensar en que podrías hacerme lo mismo.

—No me hace falta tocarte para saberlo... todo tu cuerpo desprende ansias por saberte a mi merced... pero antes quiero saber para qué me has llamado —dijo él apartándose y sentándose en la silla frente a la mesa.

Adriana lo miró con cierto asombro mientras él se acomodaba.

—Pero...

—En este juego mando yo y tú obedeces, primero quiero saber la razón de que me citas y ya luego... jugaremos, pequeña zorra.

Ella compuso un mohín y se sentó en su escritorio con los brazos cruzados como una niña pequeña con rabieta.

## 26.

Zanetti posó el codo en el brazo de la silla para luego posar su barbilla en la mano mientras observaba fijamente a Adriena, la cual se sentó y lo miró fijamente.

—¿Y bien? —preguntó él—. No suelo ser muy paciente.

Adriena cruzó los dedos sobre la mesa y se inclinó levemente para dejar bien a la vista su escote.

—Corren rumores sobre ti...

La media sonrisa de Zanetti se acentuó ante aquellas palabras. Su fama lo precedía.

—Rumores...

—Sí. Eres un miembro de una de las familias más poderosas de la Toscana y también dentro de la mafia.

—Qué rápido vuelan las noticias —dijo él mientras se recostaba en la silla sonriendo cínicamente—. ¿Qué más dicen de mí?

—Te dedicas a la trata de blancas. Secuestras chicas para luego venderlas en burdeles como prostitutas.

Las miradas de ambos se cruzaron en un silencio que se hizo demasiado largo para ella porque no le confirmaba ni desmentía las pesquisas que había hecho.

—Te veo muy interesada en mi vida privada y a lo que me dedico cuando solo nos vemos para follar. Sé directa y dime qué es lo que quieres.

El silencio volvió a instaurarse en aquel despacho. Adriena se levantó y dio la vuelta a la mesa para inclinarse sobre él.

—Quiero que secuestres a una mujer y la mandes lo más lejos posible. Quiero que sufra lo indecible.

—Veo mucho rencor guardado.

—Porque lo hay —dijo apartándose y dando una vuelta por la habitación—. Ella es la causante de que el hombre al que quise esté muerto y ahora tiene algo que debería ser mío. La odio con todo mi ser. Quiero que se sienta miserable. Quiero que la llesves lejos y que se muestre lo zorra que es. No merece vivir, pero estar en un asqueroso burdel siendo violada por todos los hombres que pagaran por ella sería mucho peor que la muerte, haría su existencia miserable.

Cerró las manos en puños mientras la rabia la invadía. Quería ver sufrir a esa mujer, poder reírse en su cara de lo que le esperaba siempre y cuando Fabrizio aceptara la propuesta que le ofrecía.

Se giró para mirarlo de frente. Él seguía en la misma posición desde hacía rato.

—Me estás ofreciendo una mujer para que la mande a algún burdel como prostituta... Eso es algo que te beneficia a ti, pero ¿qué recibo yo a cambio de cumplir tu petición?

—¿No es obvio? —Adriena cruzó los brazos—. Una mujer más para que siga dándote dinero.

—Dinero puedo tener con una menos, incluso. Me pagan muy bien por cada una de ellas. Ofreceme algo mejor y quizás me lo piense.

La joven apoyó las manos en la mesa.

—Ya me tienes a mí para hacer lo que quieras conmigo, ¿qué más quieres?

Zanetti se incorporó para colocarse en la misma posición que ella para decirle muy cerca.

—Créeme que puedo ser muy imaginativo y se me ocurren miles de cosas, pero ¿estarías dispuesta a dármelo? —La duda se reflejó en el rostro de Adriena, por lo que él se apartó—. Tu cara de miedo me indica que no serías capaz, así que, sintiéndolo mucho, me temo que no voy a cumplir tu petición. Seremos solo amantes hasta que me canse de ti.

Se apartó de la mesa para ir con paso pausado hasta ella que no se había movido del sitio. Con cierta brusquedad la tomó del pelo y pegó su boca al oído de ella.

—Ahora es momento de exigir mi pago por haber escuchado tu petición.

Ella gimió dolorida por el tirón de pelo. Intentó resistirse, pero la fuerza de él era mucho mayor y no le quedó más remedio que rendirse, sintiendo mucha rabia al no haber conseguido lo que se había propuesto.

Salieron del despacho para ir a la habitación de la joven y así él dar rienda suelta a sus más bajos instintos.

Desde una esquina, Kelso los vio subir y los celos aumentaron junto con la rabia. ¿Cómo se atrevía a tratar a Adriena así? Aquello no iba a quedar así, él la protegería de ese salvaje.

Giulia se había quedado sola en la casa, Salvatore se había llevado a la niña a dar un paseo por lo que solo estaban ella y Lucca. Se paseó por la casa varias veces. Estar sola le hacía recordar lo vivido poniéndola mucho más nerviosa aún. Aunque estaba su perro con ella no se sentía bien.

Sabía que era una estupidez, que allí estaba segura, pero no podía evitarlo.

Cuando se sentó en el sofá, volvió a ver el número del policía y en un arrebato cogió el teléfono. Quizás debía hablar con él cuanto antes para que empezaran a buscar a los culpables de su encierro y pagasen lo mal que se lo habían hecho pasar entre aquellas cuatro paredes.

Tan solo tenía que dar la descripción del otro tipo y ya de ahí ellos se encargarían de buscarlo.

Con manos temblorosas marcó y al segundo tono contestaron.

—¿Diga?

—¿Inspector Gatti?

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea.

—¿Señorita Maccini?

—Sí..., soy yo.

—¿Ocurre algo?

—Me gustaría hablar con usted sobre mi secuestro. He recordado el rostro del otro hombre.

—Eso es estupendo ¿podría pasarse por comisaría?

—¡No! —exclamó de repente. Luego, al darse cuenta, bajó el tono—. La verdad es que no puedo salir, Salvatore salió con la niña y no tengo móvil para avisarle. ¿Podría venir usted?

Otro silencio se instaló al otro lado, pero, tras un suspiro por parte del policía, oyó:

—De acuerdo, iré para la casa de Salvatore en unos minutos.

—Gracias.

Tras despedirse, ella colgó y se limpió el sudor de las manos en los vaqueros. Se dirigió a la cocina a preparar café para así ofrecérselo al policía cuando llegara.

Tan concentrada estaba en ver cómo se hacía el brebaje oscuro que se sobresaltó al oír el timbre. Se acercó a la puerta temblorosa y observó por la mirilla. Al ver al policía, la abrió.

Él la observó por unos segundos. Se la veía asustadiza y vulnerable. Sus manos temblaban. ¿Qué podría estar pasándole para que estuviese así?

—¿Está bien? —preguntó él.

Giulia levantó la mirada y sonrió levemente.

—Sí, solo estoy un poco nerviosa.

—No se preocupe, anotaré la descripción del sujeto y buscaremos una forma de que se pueda hacer un retrato robot para tener una idea más clara sobre su aspecto para buscarlo.

Ella asintió y lo invitó a pasar al salón. Luego volvió a la cocina y sirvió café en dos tazas, lo colocó en una bandeja donde puso también el azucarero y dos cucharillas.

Lo llevó al salón y lo depositó en la mesa baja delante del sofá.

—Acabo de hacer café...

—Gracias —dijo él cogiendo una de las tazas. Le gustaba bien amargo y oscuro—. Cuando quiera podemos empezar.

Ella asintió mientras agarraba la taza con ambas manos tras echarle un poco de azúcar. Miraba el brebaje fijamente y dio un leve salto cuando él posó una mano en su rodilla. Giulia volvió a

sonreír levemente dejando la taza en la bandeja.

—Perdona...

—Puede empezar cuando quiera.

—Por favor, no me trate de usted —dijo Giulia mientras entrecruzaba los dedos sobre su regazo.

Él asintió.

—Lo mismo digo... Así que... —dijo Gatti para volver al tema que le interesaba—, has recordado el rostro de uno de sus secuestradores.

Descruzó los dedos y restregó las manos en los vaqueros de nuevo. Hablar sobre ello le traía recuerdos y sentía un sudor frío en todo el cuerpo, pero, aún así, asintió.

—Cuando vino me puse muy nerviosa, por un momento pensé que me iban a matar, tenía asumido que tarde o temprano lo harían porque nunca ocultaron sus rostros, pero cuando vi a ese tipo pensé que había llegado mi hora y no estaba nada preparada para ello. Mi hija aún no había nacido y me temí lo peor. Me bloqueé.

»Supongo que mi mente quiso borrar todos los recuerdos de mi mente por eso no lo recordé hasta ahora. Han ocurrido muchas cosas desde ese día: el nacimiento de mi hija, mi estancia y la de ella en el hospital, mi reencuentro con Salvatore... Ahora que parece estar todo más tranquilo vino a mi mente el rostro de ese hombre.

—¿Podrías describírmelo? —preguntó tomando su bloc de notas y un bolígrafo que llevaba en su cazadora de cuero.

—Pues era un chico joven, alto, con el pelo corto castaño y los ojos verdes, su nariz era normal y tenía un hoyuelo en la barbilla. Iba vestido de oscuro... y no sé qué más decir...

—Es mucho más de lo que me contaste la última vez. Vamos a encontrarlo y pagará por lo que ha hecho.

—Lo que quiero es proteger a mi hija, me da miedo que vuelvan a por mí... —dijo incorporándose para alejarse unos pasos mientras se abrazaba a sí misma.

Gatti se incorporó a la vez que guardaba la libreta y el bolígrafo.

—Daremos con él y se pudrirá en la cárcel.

—Nada me gustaría más.

Por unos segundos se miraron fijamente y él se rascó el cuello queriendo preguntarle algo que llevaba días dándole vueltas después de haber investigado un poco sobre ella.

—¿Qué relación tienes con Salvatore? Por lo que sé, tú estabas casada con otro hombre que falleció hace unos meses y no existe relación ninguna entre ellos. No hay constancia de que se conocieran.

Giulia se puso tensa y dejó caer los brazos a los lados mientras la vergüenza teñía su rostro.

¿Cómo contarle a un completo desconocido aquella extraña relación? No podía hacerlo.

Se mordió el labio inferior a la vez que cogía la bandeja entre sus manos para llevarla a la cocina, pero él la sujetó del brazo y se miraron a los ojos.

—Perdóname, Giulia, pero es que no entiendo por qué estás con él. No hizo ninguna denuncia de tu desaparición y de repente pasáis a ser una familia feliz así como si nada.

Los ojos azules de ella se fijaron en los oscuros de Gatti que buscaban respuesta a todas sus dudas.

—No es algo que me apetezca contar y me gustaría que lo respetases. Salva no tiene nada que ver con mis secuestradores.

—Pero no puso denuncia en comisaría.

Giulia negó con la cabeza.

—No sé por qué no lo hizo, pregúntale a él. Yo lo único que quiero es que encuentren a ese hombre y poder vivir tranquila.

Un ladrido hizo que ambos miraran hacia la entrada del salón, encontrándose con el perro de ella. Este se acercó a su dueña al verla tensa y miró al policía.

Este colocó la mano delante del animal para lo que olisqueara. Al momento, se dejó acariciar por este mostrando satisfacción. Gatti le rascó tras las orejas con una sonrisa.

—Buen chico, eso es... —murmuró mientras el animal movía la cola.

Entonces el perro se puso tieso y miró hacia la puerta del salón justo en el momento en el que se abría la puerta de la calle. Ambos miraron hacia allí y vieron a Salvatore entrando el carrito donde iba Fiorella profundamente dormida.

Miró al interior de la sala y cuando los vio, su rostro pasó de la tranquilidad a la frialdad más absoluta. Una mirada que Giulia nunca había visto en Salvatore.

—¿Se puede saber qué haces en mi casa? —preguntó mirando a Gatti.

Ambos hombres se miraron fijamente con los cuerpos tensos, algo que notó Lucca, que, enseguida, se puso a gruñir.

Giulia solo podía mirarlos sin decir nada.

—Ella me ha llamado. Quería describirme a uno de los secuestradores.

—Entiendo —dijo Salvatore dejando el carrito a un lado y tomando a su hija en brazos—. Pues cuando termines, cierra la puerta al salir. —Su tono fue cortante.

—Prefiero dejar las puertas abiertas por lo que pueda surgir.

La mujer frunció el ceño ante las palabras que se estaban dedicando sintiendo que aquello era una competición por ver quién la tenía más larga.

—Ya he acabado de decir todo, gracias por venir —dijo Giulia mirando a Gatti.

Él la miró y asintió. Sin esperar invitación se dirigió a la salida bajo la atenta mirada de Salvatore y seguido por Giulia que le abrió la puerta. Antes de que le cerrara la puerta, se giró hacia ella y le dijo.

—Cualquier cosa, no dudes en llamarme ¿vale?

Ella asintió sin entender muy bien a qué venía aquello y tras las consabidas despedidas, cerró la puerta para girarse hacia Salvatore, pero él ya había subido a la habitación de su hija.



## 27.

Giulia subió hasta la habitación de Fiorella y se encontró a Salvatore allí con las manos cerradas en torno al borde de la cuna con los nudillos completamente blancos.

—Salva... —dijo ella desde la puerta.

Él levantó una de sus manos por lo que se mantuvo callada. Tras unos segundos que se hicieron eternos, él se giró para mirarla cara a cara.

—Podías haberme contado a mí cómo era tu secuestrador, Giulia. Yo podría haberme encargado de hacérselo llegar al imbécil de Gatti.

—No lo pensé, Salva, de repente cogí el teléfono y lo llamé para contarle cómo era. Quiero salir a la calle sin tener miedo a que vuelvan a secuestrarme. Además ¿qué tienes contra ese policía?

Salvatore se pasó una mano por el pelo mientras los celos lo invadían con fuerza.

—¿Acaso no has visto cómo te mira? Maldita sea, Giulia, está interesado en ti desde el momento en el que me fui de aquella casucha para ir al hospital contigo.

—Él me preguntó sobre nuestra relación y no le conté nada, Salva. Solo tú yo sabemos lo que ocurrió. Esta relación es de los dos, de nadie más.

El forense se acercó hasta ella y la abrazó con fuerza.

—Tengo miedo a perderte, Giulia.

Ella no dijo nada, simplemente cerró los ojos y se dejó abrazar. No sabía qué decir ante aquello. ¿Por qué prefirió confiar en un policía desconocido antes que en él la descripción de aquel hombre que la visitó durante su cautiverio?

¿Por qué no se lo había contado? ¿Acaso empezaba a dudar de lo que sentía y veía todo aquello como un espejismo de algo que realmente no existía? La noche anterior habían hecho el amor y había despertado sentimientos aletargados, era imposible que no hubiese nada. Él se desvivía tanto por ella como por la hija que tenían en común.

—Lo siento, Salva.

—No lo sientas, en parte yo tengo la culpa, me sentí celoso y no actué bien. No me pidas perdón.

Tomó el rostro de Giulia y la miró a los ojos antes de besarla dulcemente.

Cuando se apartaron, él sonrió levemente.

—Tenemos que hablar, Giulia. En unos días será la boda de Fabiola con Piero y nos han invitado. Me gustaría que fuéramos los tres juntos. Me encantaría presumir de tener a la mujer más

bella de la Toscana y de mi pequeña.

Ella sonrió tensa. Pensar en salir de la casa la ponía nerviosa.

—No sé si es buena idea, Salva. No estoy preparada para ir a una boda.

—No puedes quedarte aquí encerrada de por vida, mi viudita.

Giulia meditó sobre aquello. Quizás era momento de intentar superar sus miedos. Ahora que le había dado la descripción al inspector Gatti, probablemente, empezarían a buscarlo y lo atraparían pronto, o al menos eso era lo que quería creer.

Como decía Salvatore, no podía permanecer encerrada toda su vida.

—Yo... quizás debería hacerte caso e ir, pero no tengo vestido para llevar, apenas tengo un par de vaqueros y algunas blusas.

—Por eso no te preocupes —dijo él sonriendo ampliamente—. Te dejaré mi tarjeta de crédito y elegirás el vestido que más te guste.

Ella negó rápidamente.

—No, yo tengo mi propio dinero, el que compartía con Lucio, puedo comprarlo con ese dinero.

—Lo sé, Giulia, pero cuando desapareciste, desapareció toda tu documentación y tarjetas. Maurizio se ha estado encargando de todo para que recuperes todo cuanto antes, pero, de momento, no puedes hacer nada.

Ella meditó sobre eso y era verdad que cuando se sintió perseguida, soltó su maleta y su bolso para salir huyendo. Alguien podría haberlo cogido y aprovecharse de sus ahorros con Lucio.

Solo esperaba que no le hubiesen quitado mucho porque ese dinero era su independencia económica, no quería depender de Salvatore para comprar cualquier cosa.

—Te lo devolveré —dijo ella convencida, pero él negó con la cabeza.

—Tómalo como un regalo.

—Pero ya me has comprado muchas cosas, Salva, un vestido para una boda no es barato.

Salvatore puso un dedo en sus labios para acallarla.

—No me importa lo que valga. Cuando recuperes tus cuentas, será tuyo, para ti, no hace falta que me devuelvas nada. Busca el vestido que más te guste y también algo bonito para nuestra hija.

Ella, finalmente, tras varios minutos de silencio, asintió y él volvió a besarla con dulzura.

Tras esto, él le indicó que podía coger el ordenador suyo con total libertad. Se metió en el baño mientras ella tomaba el portátil y miraba tiendas online donde comprar un vestido para una boda.

Durante aquellos días, después de que Salvatore convenciera a Giulia para ir a la boda de Fabiola, esta misma se había puesto en contacto con ella confesándole que estaba muy contenta porque fuera.

El poco tiempo que había estado en la casa Graziani, Fabiola le había cogido especial cariño a Giulia. Incluso había ido a visitarla para así conocer a la niña y llevarle un montón de regalos en forma de ropa y juguetes.

La viuda se había sentido abrumada ante aquellos gestos tan amables por parte de la hermana de Saulo.

Fabiola sostenía a la niña entre sus brazos mientras Giulia colocaba la ropa que le había regalado.

—¿Y ya tienes vestido para la boda?

—Sí, me costó un poco decidirme, pero ya lo tengo.

—Es maravilloso... por cierto... —dijo de repente mostrando una sonrisa entusiasmada—. Sé que no tuviste un embarazo en unas condiciones óptimas, pero ¿qué se siente al sentir vida dentro de ti?

Giulia dejó lo que estaba haciendo y se giró hacia la joven mostrando una leve sonrisa.

—Es lo más maravilloso del mundo. Sentir cómo se mueve, cómo te da pataditas... cómo va creciendo poco a poco. Es algo complicado de explicar, pero, a pesar de todo lo que tuve que pasar, creo que ella me ayudó a salir adelante y ser más fuerte. ¿Por qué lo preguntas?

Fabiola hizo una carantoña a la pequeña que la miraba fijamente, ya que no era alguien a quien estaba acostumbrado a ver y soltó una risita ante los gestos de la joven.

Levantó la mirada hacia la madre y sonrió. Aquella sonrisa reveló mucho más de lo que dijo con palabras.

—Un pequeñín me va a acompañar al altar.

—Eso es maravilloso, enhorabuena —dijo Giulia sonriendo con sinceridad.

Se la veía feliz, pletórica.

—Tengo un poco de miedo, si te soy sincera, pero es ver a esta preciosidad y se me ha pasado todo —dijo volviendo a mirar a Fiorella—. ¿Quién es la niña más guapa? —preguntó haciéndole cosquillas en la barriguita—. A parte de traerle las cosas a esta preciosidad de niña, también quería pedirte que estuvieses conmigo en el momento de ponerme el vestido junto con Byanca y Chiara; no tengo muchas amigas y me gustaría mucho que las tres compartieseis conmigo ese momento.

—Pero... apenas nos conocemos, Fabiola.

—Te tomé mucho cariño cuando estuviste en nuestra casa, Giulia. Además, como dice mi hermano: eres un miembro de la familia —dijo imitando la voz de Saulo provocando que ambas soltaran una carcajada—. Me haría muchísima ilusión.

Giulia sonrió levemente. Jamás se había sentido parte de algo, siempre había sido una mujer solitaria hasta que conoció a Lucio, aunque su círculo no se amplió demasiado. Que alguien la considerara parte importante en algo tan íntimo la sobrecogió y se llevó una mano al pecho.

—Yo... no sé qué decir.

—Di que sí, por favor. Me haría muy feliz.

Tras unos segundos de silencio, Giulia asintió.

—De acuerdo, estaré allí contigo.

—Gracias, gracias, gracias —dijo Fabiola con los ojos brillantes por las lágrimas que empezaron a escaparse de estos—. Lo siento, son las hormonas y los nervios.

—No te preocupes, es normal —dijo Giulia comprensiva—. Vas a ser muy feliz, ya lo verás.

—Nada deseo más. ¿Ya tienes el vestido aquí? Me gustaría verlo —dijo cambiando de tema mientras dejaba a Fiorella en la cuna para luego limpiarse las lágrimas.

Giulia asintió y fueron hasta la habitación que compartía con Salvatore para mostrarle el vestido que colgaba en una funda dentro del armario. Lo sacó y se lo mostró.

Se trataba de un vestido largo estilo sirena con transparencias y encaje, abertura en la pierna y escote en forma de corazón con tiras, de espalda descubierta y unas tiras en los brazos. Lo que más llamaba la atención era el color turquesa.

—Es hermoso —dijo Fabiola admirando los detalles del traje—. Te vas a ver preciosa con él. Aún no me puedo creer que queden tan solo tres días para la boda.

—Cuando me casé con Lucio, el tiempo parecía no avanzar y cuando quise darme cuenta, ya estaba casada y celebrando mi noche de bodas. Te aconsejo que disfrutes cada momento.

—Eso es lo que hago, en las fotos de la pre-boda Piero se enteró de mi embarazo. Le mostré unos zapatitos de bebé y se emocionó mucho. Quedaron unas imágenes preciosas. Deseo que pasen estos días para por fin dar el sí quiero.

Ambas sonrieron y compartieron más detalles sobre la boda de Fabiola.

Mientras ellas estaban dentro de la casa, justo aparcado frente a esta había un coche oscuro con cristales tintados en donde se encontraba Kelso vigilando todos los movimientos que allí se vivía.

Adriena quería saber todo lo que hacían porque iba a destruir a Giulia. Tenía muy claro que ella no merecía vivir cuando había traicionado a Lucio en su momento y, para colmo, había tenido un hijo de él.

Ella decía que ese bebé debería haber sido suyo y no de esa zorra. El humor de Adriena cada vez era más cambiante y no podía adivinar cuándo iba a estar bien o cuándo se iba a enfadar tirando todo lo que encontraba a su paso.

Anda mucho más enfadada desde que su amante le había negado el capricho de ayudarla para

hacer daño a esa mujer, aunque seguían acostándose de manera salvaje.

Él no podía soportar lo que ese hombre le hacía cada vez que tienen uno de sus encuentros. La ha vuelto dependiente de ciertos riesgos para poder tener un orgasmo y él no quería eso para ella.

Cerró las manos en puños mientras maldecía en el interior del coche. Tenía que buscar la forma de que ese tipo no volviera a por ella.

Aún podía recordar la última marca que le había dejado en el cuello y lo que peor llevaba era que cuando se iba y ella quería tener sexo, le pedía a él que hiciese lo mismo, causándole un horrible rechazo. Él nunca la lastimaría.

Alguien tocó en el cristal del piloto por lo que miró hacia la persona que lo había hecho. Era uno de los hombres de Adriena que iba a quedarse vigilando para él marcharse. Asintió y puso el coche en marcha a la vez que el otro hombre se metía en el vehículo que había aparcado tras el suyo.

Dio un par de vueltas por la zona hasta que, finalmente, se dirigió a la casa de Adriena donde vio salir a su amante colocándose su chaqueta hecha a medida y se metía rápidamente en un lujoso coche seguido de varios hombres que parecían protegerlo de lo que podrían encontrar alrededor.

Se bajó de su coche y entró en la mansión, dirigiéndose a la habitación de Adriena, la cual estaba envuelta en una bata de seda corta pegada a la ventana. Tenía los brazos cruzados.

—Adriena... —dijo Kelso sin moverse del lado de la puerta.

Ella se giró y lo miró con una ceja enarcada.

—Pensé que estarías vigilando a esa zorra.

—Hay otro de los hombres vigilando. Acabo de ver a ese hombre salir de aquí —dijo sin poder contenerse.

—Sí. ¿Hay algún problema con eso? —preguntó ella sin moverse del sitio—. Es mi amante y follamos las veces que nos apetezca, es algo que a ti no te incumbe porque no eres más que un empleado a mi servicio.

Kelso sintió como si le clavaran algo en el centro del pecho tras haber escuchado aquellas palabras.

—¿Y dejas que te haga daño de esa forma? —preguntó él señalando su cuello y sus muñecas.

Adriena se miró para luego volver la vista hacia él.

—Esto es un juego, un juego sexual. Ambos lo disfrutamos y tú no eres quién para meterte en lo que hago con mis amantes ¿entiendes? No eres nadie.

Kelso cerró las manos en puños y sin pensar, se acercó hasta ella agarrándola de los brazos con fuerza, haciéndole daño en el proceso lo que sacó un quejido por parte de la joven.

—Estoy a tu disposición siempre que me necesitas, maté por ti, secuestré a una mujer embarazada por ti, estoy pendiente de tu seguridad ¿y no soy nadie? ¿De verdad me estás diciendo

eso? —reprochó Kelso con mirada dura.

Adriena trató de apartarse.

—Trabajas para mí, nada más. Tienes la obligación de cumplir mis órdenes.

Por fin consiguió apartarse de él frotándose la zona donde él había apretado con sus manos.

—Estoy hasta los cojones de soportar tu maldita indiferencia, Adriena. Solo me quieres para los trabajos sucios. Te voy a demostrar que puedo follarte mejor que ese imbécil que acaba de salir por esa puerta —dijo él señalando hacia fuera a la vez que la empujaba contra la cama y se colocaba encima—. Voy a hacértelo tan duro que cuando ese tipo te toque ya no te sentirás igual.

Sin decir más, abrió con brusquedad la bata que cubría el cuerpo de Adriena y la besó brutalmente mientras ella gemía y se retorcía, probablemente con placer más que con miedo.

## 28.

Fabiola se miraba en el espejo de cuerpo entero que había en su habitación. Por fin había llegado el día de su boda y estaba muy emocionada. A su alrededor estaban Byanca, Giulia y Chiara observándola con amplias sonrisas.

Las dos primeras ya iban vestidas con sus trajes mientras que Chiara llevaba unos simples pantalones y una camiseta. Fabiola se acercó a esta última y le tomó las manos.

—Estás a tiempo de ir, Chiara. Te puedo dejar el vestido que más te guste.

La joven negó con la cabeza.

—No te preocupes, Fabi. No sería el alma de la fiesta.

—Pero estarás conmigo, eres una amiga para mí y quiero compartir este momento contigo.

Chiara sonrió levemente.

—Lo siento, Fabiola, no puedo. Prefiero quedarme aquí.

La joven no insistió. Le daba mucha pena que viviese encerrada y no quisiese salir de aquella casa, pero prefirió dejarlo estar por si volvía a cerrarse.

Volvió a admirar el vestido que llevaba puesto. Un vestido con escote en forma de corazón, palabra de honor de encaje y falda de organza y tul formando una cola a su espalda. El encaje bajaba hasta las caderas dándole un efecto degradado.

Su cabello rubio estaba recogido en un recogido donde estaba enganchado un largo velo cuyos bordes eran de encajes florales.

—Estás preciosa —dijo Byanca sonriendo tras ella.

Fabiola la miró a través del espejo y sintió las lágrimas aflorar a sus ojos, pero se negó a llorar aún, que bastante había costado el maquillaje que llevaba.

—Estoy muy nerviosa.

—Es normal —dijo Giulia—, pero cuando te des cuenta, la ceremonia habrá acabado y serás una mujer casada.

La joven sonrió y, entonces, tocaron en la puerta.

—Ya es la hora, el coche ha llegado —se oyó la voz de Saulo al otro lado.

—El padrino ya puede pasar —dijo Byanca colocando la falda del vestido de la novia que cogía el ramo que le tendía Chiara.

Saulo abrió la puerta para encontrarse a su hermana mirándolo con una amplia sonrisa. En los ojos de él brillaba el orgullo y no dudó en acercarse para darle un beso en la frente.

—Estás preciosa, hermana. Piero va a ser un novio agradecido con la vida por la bella mujer que se lleva. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, Saulo.

Byanca se limpió las lágrimas que escaparon de sus ojos mientras Fabiola se contenía.

—Es momento de marcharnos —dijo Saulo cogiendo del brazo a su hermana.

Ambos salieron seguidos de Giulia mientras Byanca se giraba hacia su hermana.

—Chiara...

—No, Byanca. No quiero salir de aquí. ¿Qué pasará cuando la gente me mire? No podría soportarlo —dijo abrazándose.

—De acuerdo, no te preocupes. Si necesitas algo mándame un mensaje y vendré rápidamente ¿vale? La casa estará vigilada, pero volveré si hace falta.

Su hermana asintió y sin decir nada más salió de la habitación de Fabiola para ir a la suya propia. Byanca la observó con el corazón encogido, deseando que en algún momento volviera a ser la chica que una vez fue.

Salió de la casa y se metió en el coche donde ya se encontraba Giulia. Saulo y Fabiola estaban en el que estaba tras ellas.

—No pudiste convencerla —afirmó más que preguntó la mujer.

—No lo ha pasado nada bien desde que ha vuelto. Tiene miedo de todos los que se acercan y no conoce. Sus pesadillas son constantes... Le he propuesto ver a un psicólogo, pero se niega rotundamente y no sé qué más hacer.

Giulia miró al frente pensando en su propia situación. Aquella era la primera vez que salía de la casa de Salvatore e iba con mucho miedo. No podía evitar pensar que ese hombre estaba acechándola para llevársela de nuevo así que entendía en parte a Chiara.

—Quizás necesita tiempo. No es fácil volver a tu vida anterior tras algo tan traumático... Deja que ella se dé cuenta de que no puede vivir así, del daño que hace a los de su alrededor y saldrá por sí sola del agujero en el que se encuentra.

—Nada desearía más, no me gusta verla así.

—Dale tiempo.

Byanca asintió e hicieron el resto del camino hasta la iglesia en silencio. Una vez allí, se bajaron para entrar y sentarse en sus sitios.

Giulia se sentó al lado de Salvatore que estaba elegantemente vestido con un traje negro y camisa blanca. Su hija llevaba un vestidito color coral y una cinta en la cabeza con una flor. En ese momento dormía profundamente en los brazos de su padre.

Ambos se miraron sonriendo y ella apoyó la cabeza en su hombro mirando hacia el altar donde esperaba Piero vestido con un frac negro, camisa blanca y corbata gris a juego con su chaleco.



Parecía nervioso y miraba a todos lados hasta que su vista se fijó en la puerta de la iglesia donde, por fin, vio a la que iba a convertirse en su mujer.

Comenzó a sonar la marcha nupcial y los hermanos entraron acercándose con paso pausado al altar. Piero estaba pletórico, su novia estaba bellísima con aquel vestido blanco.

Cruzaron sus miradas y las sonrisas cómplices se hicieron presentes en ambos. Una vez llegó ella al altar, Saulo la entregó a Piero y entonces, con las manos unidas se giraron hacia el cura que comenzó con la ceremonia de manera solemne.

Saulo había puesto protección en todas las esquinas de la iglesia queriendo evitar cualquier imprevisto.

La ceremonia fue avanzando y llegó el momento más esperado por ambos, el de darse el «sí, quiero».

—Piero Cavalli, ¿aceptas a Fabiola Graziani como legítima esposa, para amarla y respetarla todos los días de tu vida?

Él la miró con una enorme sonrisa antes de asentir.

—Sí, quiero.

El cura asintió y miró a la joven.

—Fabiola Graziani, ¿aceptas a Piero Cavalli como legítimo esposo, para amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, quiero.

El apretón de mano entre ellos fue más fuerte a la vez que sus sonrisas se ampliaban aún más. Se colocaron los anillos diciendo los votos.

Todos observaban a la pareja con entusiasmo por lo que no vieron a la persona que entraba en la iglesia vestido completamente de negro y con una mano a la espalda, ni siquiera los hombres que vigilaban.

—Si hay alguien que se oponga a este enlace que hable ahora o calle para siempre.

Hubo unos segundos de silencio en los que la persona que había entrado sacaba de su espalda una pistola y apuntaba a Fabiola. El chasquido hizo que ambos se giraran para verlo.

—Yo me opongo, padre —dijo el hombre antes de comenzar a disparar.

Fabiola cerró los ojos por unos segundos y Piero se colocó delante de ella para evitar que la mataran por lo que recibió todos los disparos que el tipo lanzó provocando momentos de confusión en todos los presentes.

Gritos, llantos y gente escondiéndose entre los bancos.

Cuando se acabaron las balas del cargador, el hombre vestido de negro salió corriendo mientras que los que habían estado vigilando, sacaron sus armas y corrieron tras él.

Piero trastabilló un par de pasos mientras la sangre escapaba de su cuerpo y cayó al suelo a la vez que Fabiola abría los ojos.

—¡No! —gritó mientras se agachaba junto a él soltando el ramo y colocaba su cabeza en su regazo—. Piero, no, no...

Él levantó la mirada hacia ella mientras sonreía levemente. Todo su torso estaba lleno de sangre.

—Fabiola... —dijo con voz ahogada.

Salvatore, que se había agachado junto con Giulia, la cual se había cubierto los oídos a la vez que la niña comenzaba a llorar asustada por el ruido alrededor.

Debía acudir al altar, el novio estaba malherido.

—Giulia, toma a la niña, debo atender a Piero.

Ella tomó a Fiorella intentando calmarla, pero con todo el ruido que estaba haciendo la gente era prácticamente imposible y no quería moverse del sitio por si alguien volvía para seguir disparando.

El forense corrió hacia el altar agachado y se arrodilló ante Piero para abrir el chaleco y la camisa de un solo tirón. Varias heridas de bala cubrían su torso y perdía mucha sangre. No iba a sobrevivir.

—No puedes dejarme, Piero —decía Fabiola con las lágrimas bañando su rostro—. No puedes dejarnos.

—Mi amor... —Intentó elevar la mano y ella se la tomó para besarla mientras con la otra le acariciaba el rostro—. Lo siento...

Salvatore miraba a la pareja. Saulo se acercó rápidamente con una pistola en la mano. Se miraron y el forense negó con la cabeza.

—¡Haz algo, Salva! —gritó Fabiola desesperada.

—No... princesa... —Piero sentía cómo se le escapaba la vida, empezó a escupir sangre entre toses—. Cuida de... de nuestro pequeño... y sé... feliz.

Ella negó con la cabeza.

—No podré ser feliz si no es contigo, Piero, no me dejes, te lo suplico.

—Te amo...

Tras estas palabras dejó de respirar. Acababa de morir.

Saulo se incorporó maldiciendo mientras Fabiola observaba a Piero asustada.

—No, no, ¡no! ¡Piero!

Lo cogió entre sus brazos mientras lloraba desconsoladamente. Su vestido se manchó con la

sangre del hombre que había amado.

Salvatore negó con la cabeza y luego la bajó derrotado.

El llanto de la joven era desgarrador mientras se mecía con el peso muerto de Piero. ¿Por qué habían acudido allí? ¿Por qué lo habían matado? Iba a ser el día más feliz de su vida y se había convertido en una pesadilla.

—Esto es una pesadilla... sí... voy a despertar y nada de esto habrá pasado —decía con la mirada perdida para luego posarla en Salvatore—. ¿Verdad, Salva? ¿Verdad que voy a despertar de esta pesadilla?

—Lo siento, Fabiola. Piero está muerto.

—¡No! —gritó de repente—. ¡Él no está muerto! Míralo, está dormido, solamente está dormido. —Le acarició la cara con ternura—. Vamos, mi amor, despierta. Me estás gastando una de tus bromas. Sí, es eso.

Soltó una risita un tanto histérica.

—¡Basta, Fabiola! —Saulo se agachó a su lado y la obligó a mirarlo—. Dio su vida por ti. Evitó que te mataran.

Ella se negó a escuchar lo que le decía y siguió meciendo el cuerpo muerto de Piero. Su hermano intentó apartarla, pero ella gritó, presa de la histeria y él se apartó.

—No me van a separar de ti, Piero. No lo harán —dijo ella.

—Señor... —Uno de los vigilantes se había acercado hasta Saulo, que enseguida lo miró—. Se nos ha escapado, pero hemos cogido la matrícula del coche en el que huyó, quizás la señorita Marchetti pueda dar con él.

—Teníais que haber vigilado bien, ¿cómo es posible que entrara si todos estabais vigilando cada maldita esquina de esta iglesia? Casi matan a mi hermana y han matado a mi mejor amigo. Quiero que lo atrapéis en cuanto Byanca averigüe hasta el más recóndito secreto de ese hijo de puta porque va a pagar lo que ha hecho —dijo señalando a su hermana que parecía ida sin dejar de mecer el cuerpo de su novio—. ¡¿Entendido?! —gritó bastante cabreado.

El hombre asintió y se alejó unos pasos mientras Saulo volvía a mirar aquella tétrica estampa. Luego dirigió la vista hacia Byanca que seguía agachada junto al primer banco.

Se acercó hasta ella y se agachó.

—¿Estás bien?

Ella lo miró y asintió, aunque tenía la mano en el vientre. El mafioso pareció preocupado por lo que miró a Salvatore para pedirle que viniese, pero ella le obligó a mirarlo.

—Estoy bien... estamos bien.

—Han matado a Piero, Byanca. Mi mejor amigo se ha interpuesto entre ese asesino y mi hermana. —Se pasó una mano por la cabeza—. Ahora ella está ida y no suelta su cuerpo. Él sabía

que algo iba a pasar... ¡joder!

Byanca posó sus manos en las mejillas de Saulo. Los ojos de este estaban cargados de aflicción y de impotencia.

—Tu hermana te necesita más que nunca. Debes cuidarla ahora que Piero no está.

—No tenía que haber muerto, Byanca. Todo esto ha sido por culpa de Zanetti.

—Lo sé. Te odia y quiere hacerte daño como tú hiciste en su momento con su hermano, por eso va a por ella. Tienes que cuidarla por él. No te derrumbes, mi amor.

Saulo posó sus manos en las de ella y sonrió levemente mientras posaba su frente en la de ella con los ojos cerrados.

—Es el segundo amigo que pierdo en un año. En ninguna de las dos pude hacer nada para salvarlos. ¡Maldita sea!

—Las pérdidas son terribles, pero puedes vengar sus muertes como se merecen. Eres despiadado cuando debes serlo, pero en el fondo eres un simple hombre que no puede cargar con tanto peso encima. Ve con Fabiola, Saulo, ayúdala. Te necesita más que nadie en este momento.

Él asintió y tras depositar un cálido beso en los labios de Byanca, se incorporó para volver con Fabiola para intentar sacarla de allí y que se hiciesen cargo del cuerpo de su mejor amigo.

Al principio la joven se negó, pero Saulo habló con ella y finalmente lo soltó para agarrarse a su hermano, dejando escapar todo su dolor en llantos desgarradores. Él la abrazó con fuerza dándole todo su apoyo y cariño en un momento tan duro como el que estaba viviendo.

## 29.

Salvatore se alejó de los hermanos y del cuerpo de Piero para acercarse a su mujer que mecía a Fiorella para calmarla. Aquellos disparos habían despertado a su pequeña y la habían asustado.

Se agachó frente a Giulia y esta lo miró.

—Está muy alterada, Salva, no sé cómo calmarla —dijo ella nerviosa.

Él tendió las manos para cogerla por lo que se la entregó y empezó a mecerla suavemente.

—Te nota nerviosa, Giulia, y es normal. Ha sido un buen susto el que nos hemos llevado —dijo él tratando de mantenerse sereno.

En el fondo se sentía mal porque sabía que había fracasado por segunda vez. No logró salvar a Lucio y ahora no había podido hacerlo por Piero.

—¿Está muerto?

Él asintió soltando un suspiro.

—Eran demasiados disparos y es muy probable que hayan afectado a órganos vitales, igual que pasó con...

Se negó a decir el nombre al ver que ella se ponía tensa al recordarlo.

—No siempre puedes salvar a las personas —dijo ella mientras se abrazaba a sí misma al recordar a Lucio.

Aún tenía en su mente el vívido momento en que llegó al almacén en Livorno para encontrar su cuerpo frío sobre una mesa. Un simple y certero disparo en el centro del pecho se había llevado la vida del que había sido su marido y había culpado a Salvatore por no haberlo podido ayudar.

Todo aquello había dado el pistoletazo a una serie de circunstancias que, probablemente, se podían haber evitado. No, el comienzo de todo fue cuando se acostó por primera vez con el forense. Desde ahí todo habían sido desgracias unas detrás de otras.

Y ella había sido la que se había tirado encima de Salvatore. Había sido muy injusta con él.

De repente, se oyeron sirenas acercarse.

Varios agentes de policía entraron en la iglesia. Alguien había dado la voz de alarma al oír los disparos.

Salvatore se giró con su hija y vio entrar a varios agentes con las pistolas en alto.

Por la puerta vio entrar a Gatti quitándose las gafas de sol y acercarse hasta el altar donde yacía el cadáver de Piero Cavalli. Miró a su alrededor, valorando y analizando hasta que su mirada recayó en ellos dos.

Si se había sorprendido no había dado muestras de ello.

Salvatore volvió a girarse para mirar a Giulia que seguía con la mirada perdida. Debía sacarla de allí, no quería que Gatti volviese a acercarse a ella, pero ya era tarde.

—Fabreschi —dijo el policía mirándolo.

—Gatti...

—¿Podrías explicarme qué ha pasado aquí?

—Tienes dos ojos, como todos, bueno, yo los tengo y si no te veo mal, tú también —dijo Salvatore con ironía—. ¿Acaso no es evidente? Han matado al novio en plena boda.

Gatti enarcó una ceja mientras cruzaba los brazos.

—Sabes muy bien a lo que me refiero, Salvatore.

—No hay mucho más que contar, alguien apareció de repente y empezó a disparar hacia el altar, el novio recibió todas las balas por lo que no resistió. No había nada que se pudiese hacer por él. Ahora, si no te importa, me gustaría llevarme a mi mujer y a mi hija fuera de aquí.

—Sois testigos de lo ocurrido, no podéis iros hasta que no os tome declaración a los dos.

—Yo ya te he dicho todo lo que tenía que decir y ella... ¿acaso no ves cómo está? Está nerviosa, dudo mucho que pueda decir algo diferente a lo que yo te he dicho. Ahí tienes a otros invitados que te pueden contar lo que vieron.

Gatti miró hacia las personas que había alrededor del cadáver y algunos otros que permanecían aún ocultos tras los bancos.

—De todas formas, no podéis moveros de aquí. Ya lo sabes y te necesitaremos aquí para cuando llegue el equipo forense.

—Sabes que es mi día libre ¿verdad?

—Nunca tenemos un día libre cuando ocurren cosas como esta, Salvatore. No te muevas.

El forense puso los ojos en blanco a la vez que las ansias de darle una patada en los huevos nacía desde lo más profundo de su ser.

Se acercó entonces hasta Giulia y le acarició la cara mientras mantenía con el otro brazo a Fiorella que parecía ya no llorar tanto como al principio.

—Giulia... —le dijo con voz suave—. Eh, mírame, cariño.

Ella pareció salir del trance en el que se encontraba y lo miró a los ojos.

—Salva...

—¿Estás bien?

—Yo, yo solo quiero ir a casa.

—Nos iremos pronto, acaba de llegar la policía y va a venir el equipo forense, tengo que supervisarlos, pero desde que acabe, te prometo que nos iremos.

Ella lo miró y asintió temblorosa. Estiró los brazos para coger a la niña y la acunó entre sus brazos a la vez que él se incorporaba y se acercaba de nuevo hasta el cadáver de Piero.

Le costaba creer que estuviese muerto. Gatti estaba hablando con Saulo, el cual no dejaba de abrazar a su hermana que seguía llorando. Se agachó junto al cuerpo.

—Te vamos a echar de menos, amigo —susurró con pesar.

No quiso tocar nada para no alterar la escena para cuando llegara su equipo. Él mismo iba a hacerle la autopsia, aunque estuviese clara la causa de la muerte, pero si la policía va a comenzar una investigación que no les llevará a nada, debían tener todos los detalles.

Su equipo no tardó mucho en aparecer. En cuanto lo hicieron, cogió unos guantes del maletín de uno de los chicos y se acercó hasta el cuerpo para ver bien todos los agujeros de bala.

—Sacad fotos del cuerpo y no dejéis nada sin revisar, cualquier prueba puede ser crucial, revisad toda la iglesia.

Los del equipo forense asintieron y empezaron a trabajar bajo las órdenes de Salvatore que, aunque no estaba de servicio, era quien daba las pautas a seguir.

Levantó la mirada hacia los hermanos que seguían hablando con Gatti cuando vio a Fabiola dirigir la mirada hacia el cuerpo de Piero y al apreciar bien todos los agujeros de bala en su carne, ahogó un gemido y se agarró a Saulo perdiendo las fuerzas.

—Mierda —dijo Salvatore incorporándose para acercarse—. No lo mires, Fabiola.

—Piero...

De repente perdió el conocimiento y su hermano la sujetó para que no cayera al suelo.

—¡Fabiola! —exclamó Saulo cogiéndola en brazos.

—Llévala a un banco, han sido muchas emociones juntas —dijo Salvatore mientras Gatti observaba todo en silencio. Intentando comprender cómo es que Fabreschi y Graziani se conocían tan bien y parecían tan amigos como para estar en aquella boda.

Bianca también se acercó hasta el banco donde Saulo depositó a su hermana.

—Lo que ha sufrido no es bueno para ella, Salva.

El forense miró a la *hacker* porque le dio la sensación de que quería decir algo más.

—¿Qué ocurre, Bianca? —preguntó Saulo.

—Fabiola... está embarazada.

Salvatore y Saulo parpadearon varias veces intentando comprender las palabras de Bianca.

—¿Cómo? —preguntó Saulo.

—Esto es una jodida epidemia —dijo Salvatore por lo bajo—. Bien, si esto es así, es muy probable que haya sufrido una bajada de tensión debido a las emociones que ha sufrido. Lo mejor es que os la llevéis de aquí, las siguientes horas serán aún peores cuando vea que Piero no va a volver nunca más. No creo que deba pasar por una declaración policial en su estado —dijo mirando a Gatti esperando alguna respuesta contraria a lo que él decía.

Pero solo obtuvo silencio por parte del inspector.

—No se va a librar de la declaración, pero entiendo que no es el momento adecuado —dijo Gatti, claudicando un poco—. Tarde o temprano tendrá que declarar, aunque sea duro.

Salvatore asintió sabiendo que no iba a lograr más. Fabiola acababa de ver morir al que iba a ser su esposo y no iba a ser capaz de hablar.

El forense se levantó y se acercó hasta el policía mientras Saulo volvía a coger a su hermana en brazos y daba indicaciones a sus hombres para que trajeran el coche para llevarla a la mansión. Bianca lo siguió.

—Gracias por ser tan comprensivo. Ahora te pido lo mismo para Giulia. Está conmocionada y necesitamos calmar a la niña.

—Dime una cosa, Salva, porque aún no lo entiendo. ¿Qué te une a ella? ¿Por qué no pusiste la denuncia? El cuerpo de policía podía haberla buscado.

El forense suspiró a la vez que se pasaba una mano por la cabeza.

—No lo entenderías, Gatti, y es mejor que sigas sin entenderlo.

—¿Está relacionado con la mafia? He leído todos los informes que tenía Leo Ruggeri en su despacho y de la firme sospecha de que tanto los Graziani como los Zanetti pertenecen a la mafia. Dos familias enfrentadas por el imperio de la Toscana.

Los dos hombres se miraron fijamente. Uno de ellos intentando ocultar la verdad y el otro intentando descifrar la expresión del primero.

—Todo eso es una locura, en su momento se lo dije a Leo. Conozco a los Graziani porque Saulo es un buen amigo, simplemente.

—¿Y qué pinta Giulia en todo esto?

Salvatore inspiró hondo mientras se pellizcaba el puente de la nariz para luego poner las manos en las caderas suspirando exasperado a la vez que negaba con la cabeza.

—Mira, Gatti, ahora mismo lo único que quiero es llevarlas a casa para que se tranquilicen. ¿Quieres un interrogatorio? Ya sabes el procedimiento, pero ahora no. Acabamos de ver morir a un buen hombre y estamos todos muy afectados.

—Tarde o temprano averiguaré todo y estoy seguro de que estarás con el agua al cuello cuando lo descubra.

El forense decidió ignorarlo y se dirigió hasta donde estaban las dos mujeres de su vida para marcharse de allí.



—Vamos, Giulia —dijo ayudándola a levantar mientras ella agarraba con fuerza a su hija.

Ambos salieron de la iglesia y se dirigieron al coche de Salvatore en silencio. Se subieron en él para poner rumbo a la casa en un intenso silencio. La pequeña Fiorella estaba mucho más calmada, pasear en el coche la relajaba y se había quedado profundamente dormida.

De repente, Giulia, sin mirarlo, dijo.

—Lucio... ¿Lucio sufrió lo mismo?

Salvatore tomó aire lentamente.

—No lo sé, cuando yo llegué Saulo estaba haciéndole la reanimación. Esa pregunta solo te la puede responder él.

—Lo único que me dijo fue que él me perdonaba lo ocurrido.

Salvatore frunció el ceño.

—¿Qué?

Hubo unos segundos de silencio antes de que ella lo mirara. Las manos le temblaban al recordar lo ocurrido; aquel día le resquebrajaba el corazón en mil pedazos.

—Él...

—¿Qué tenía que perdonarte, Giulia?

—Se enteró de nuestro... encuentro sexual. No sé cómo, pero llegó a casa con una foto nuestra y me echó en cara lo que hice... Él... él estuvo a punto de pegarme por la rabia que sentía, pero se fue y cuando volví a verlo, estaba en aquella mesa, con un disparo de bala en el pecho.

Giulia se retorció las manos al recordarlo.

Él frenó delante de su casa y la miró fijamente.

—¿Me estás diciendo que en el momento en el que murió Lucio sabía lo nuestro?

—No exactamente. Tu cara no se veía en la foto, pero sabía que le puse los cuernos en nuestra cama.

Salvatore se pasó las manos por el pelo.

—Mierda, Giulia. No tenía que haber ido aquel día allí. Todo esto ha sido por mi culpa.

Ella posó una mano en su brazo para que la mirara.

—La culpa fue de los dos, Salva. No te detuve.

Él se giró hacia ella y le tomó el rostro entre las manos para apoyar frente con frente.

—Perdóname, mi viudita. No debí insistir tras aquella primera vez... —dijo en un bajo susurro a la vez que ella posaba sus manos en las mejillas rasposas de él para besarlo—. Apreciaba a Lucio y no estuvo bien lo que hice.

—No te eches la culpa, Salva. Ya no podemos volver atrás. De nuestra unión ha nacido una preciosa niña a la que adoro. Con Lucio lo intenté miles de veces y nunca hubo forma. Por un momento pensé que tenía un problema, pero en realidad era él...

—¿Él te lo contó?

Giulia negó con la cabeza a la vez que se apartaba un poco y miraba a su hija.

—Simples sospechas. Yo llevaba un control de los días que eran más propicios, pero nunca lo conseguimos.

—Entiendo. —Hubo unos segundos de silencio entre ambos y a la mente de Salvatore volvieron las palabras que le había dicho sobre lo ocurrido el día que Lucio murió. Alguien le había dado una foto, por lo tanto, vigilaban a Giulia desde antes del asesinato de su marido. Frunció el ceño y la miró—. ¿Por casualidad tiraste esa foto que llevó Lucio el día que murió?

## 30.

Giulia frunció el ceño ante aquella pregunta.

Desgraciadamente no la había tirado. La había guardado para flagelarse por lo que había hecho y lo que le había ocurrido a su marido. Aquel había sido un castigo autoimpuesto por lo mal que lo había hecho así que guardó aquella foto que Lucio le había lanzado para echarle en cara que le hubiese puesto los cuernos.

Inspiró hondo antes de contestar.

—No, no tiré esa foto, pero ¿para qué la quieres?

—Bueno, ¿nunca has pensado en saber quién se la dio en su momento? Es posible que los que te secuestraron fueran los mismos que nos sacaron esa foto, que te vigilaran desde antes de que muriese Lucio.

—Es una locura, Salva. Piensa lo que dices. ¿Cómo van a ser las mismas personas? ¿Acaso los que me secuestraron conocían a Lucio? No. Es una locura.

Abrió la puerta y salió para luego coger a su hija y meterse en la casa. Necesitaba estar en su refugio y quitarse aquella ropa.

Lo que decía Salvatore era una completa locura, maquiavélico. Unos tipos que la secuestran, la tenían vigilada y encima le entregaban una foto a Lucio de su infidelidad. Una completa locura.

Se acercó con paso decidido a la puerta y miró hacia el coche esperando que él se bajara y abriese la puerta. Por un momento no pudo evitar mirar a su alrededor buscando algo sospechoso.

El forense se bajó del vehículo meditabundo para abrir la puerta de la casa y entrar los tres. Aquella idea se había enquistado en su mente y no podía dejar de pensar en ello. Bien es cierto que Giulia tenía razón al decir que era una locura, pero...

—Una mujer... —Salva dirigió su mirada a Giulia—. ¿Y si todo esto lo ha planeado una mujer? Entonces tendría su lógica. Una mujer que amaba a tu marido y que te vigilaba para buscar algo que os separara. Estuvo vigilándote hasta que encontró la prueba definitiva: nuestro idilio.

—¿Y eso qué tiene que ver con mi secuestro? Cuando me raptaron ya Lucio estaba muerto y si esa mujer lo conocía... ¿pretendes insinuar que él me era infiel también? Él no tenía tiempo de nada; la mayor parte del tiempo lo pasaba al lado de Saulo —dijo ella con dolor.

Él negó con la cabeza.

—Mi intención no es esa, no me gusta hablar mal de los muertos. No sé si la del secuestro sería la misma persona, pero mi instinto me dice que alguien quería separaros a toda costa y esa foto es la clave de todo.

Giulia cerró los ojos por unos instantes.

—Salva, de nada servirá ver una foto. Lucio está muerto y no podemos hacer nada. Mejor olvidemos el tema, estoy cansada.

Se dirigió al piso superior donde primero cambió a su hija que se despertó y reclamó atención. Su propio cambio de ropa debía esperar para alimentarla.

Mientras tanto, Salvatore había ido a su habitación a quitarse la ropa. Odiaba con todas sus fuerzas esos trajes que le hacían parecer un pingüino. Nada como unos vaqueros y una camiseta o camisa cómoda. Descalzo, se dirigió al piso inferior para hacerse un café sin dejar de darle vueltas a todo aquel embrollo.

Lucio sabía la infidelidad de Giulia por medio de una foto que alguien le había entregado y que vigilaba a su viudita. ¿Por qué razón su amigo dejaría que la vigilaran?

Miró al techo como se había acostumbrado tras la desaparición de Giulia y dijo.

—Te pedí que me ayudaras a encontrarla y no sabes lo que te lo agradezco, tío, pero ¿quién te dijo que te había sido infiel? —Se pasó la mano por la cara para luego servirse el café en una taza —. Joder, me he vuelto loco. Solo a mí se me ocurre hablar con un muerto, como si me fuese a contestar. Sí, Salva, lo tuyo es de manicomio.

Se dirigía a su despacho cuando sintió algo caer al suelo por lo que subió las escaleras corriendo. Miró en todas las puertas hasta ver a Giulia en el baño totalmente agachada con las manos en los oídos. Sin pensarlo, corrió hacia ella y se agachó a su lado.

Murmuraba algo en voz baja.

—Giulia, Giulia... mi viudita... ¿qué ocurre?

—Ese goteo, para ese maldito goteo —dijo ella con los ojos cerrados.

Salvatore parpadeó mirando a su alrededor tratando de escuchar y oyó a lo que ella se refería. Un incesante goteo, pero no era tan molesto como ella lo hacía ver.

Que ella se pusiese de esa forma era por algo.

—Apenas se oye, Giulia. ¿Qué ocurre para que actúes así por un simple goteo?

—¡No es un simple goteo! ¡Es insoportable! Páralo, por favor. Es el mismo que el de aquella habitación... Era lo único que oía y me volvía loca.

Ella levantó la mirada hacia él, con vulnerabilidad.

—Te recuerda tu secuestro. —Ella asintió y él la abrazó.

—Es horrible.

—Lo siento, tenía que haberlo arreglado antes.

Ella no dijo nada más y se apartó a la vez que se incorporaba.

—Tranquilo, se me pasará —dijo ella sonriendo levemente—. Ahora me gustaría darme una ducha.

Él también se incorporó y depositó un beso en la frente de la mujer.

—Estaré abajo en mi despacho.

Giulia asintió a la vez que él salía del baño y bajaba. No suficiente con tener en su mente la muerte de Piero y el tema de la foto que le habían dado a Lucio para ahora ver cómo Giulia se desmoronaba ante algo tan simple como un goteo.

Aquella actitud no era normal y era algo que debía sumar a no querer seguir viviendo con temor. ¿Qué le ocurría? Su viudita no era así, ella era toda una guerrera, a pesar de haberlo pasado mal desde que Lucio muriera y todo fuera cuesta abajo y sin frenos en su vida, pero nunca la había visto así de vulnerable.

Pero él no iba a dejar que cayera, iba a ser su apoyo y la ayudaría a salir de aquel túnel de vulnerabilidad en el que se veía metida.

Y para ello debería encontrar a los responsables que la habían convertido en lo que ahora mismo era. Iría a buscar esa foto y aislaría todas las huellas para dar con los que querían destruirla.

Antes que nada debía llamar a la comisaría para decir que él se encargaría de la autopsia de Piero. Se lo debía.

Saulo aparcó el coche en la entrada de la mansión y se bajó para coger a su hermana en brazos que aún no había recuperado el conocimiento. Byanca lo siguió al interior.

Chiara, que los había visto llegar, bajó corriendo y los miró.

—¿Qué ha pasado? ¿Y la boda?

Byanca miró a su hermana con la tristeza reflejada en su rostro.

—Hubo un tiroteo en medio de la ceremonia, todos los disparos iban a parar a Fabiola, pero Piero se puso delante y ahora está muerto.

Chiara se cubrió la boca para ahogar un grito y miró a la hermana de Saulo para señalarla.

—¿Y ella?

—Se ha desmayado debido a lo ocurrido.

Saulo la subió y la llevó hasta su habitación para recostarla en la cama. Las dos hermanas subieron tras él.

—Quitadle el vestido —dijo él serio—. Avisadme cuando despierte. Mis padres deben estar al llegar.

Los dos asintieron y se acercaron a la cama para quitarle el vestido, dejándola con la ropa interior. Dejaron la prenda manchada de sangre en el suelo hecho un revoltijo de tela y tul.

Byanca se incorporó para ir a buscar el pijama de la chica, se lo colocaron y, de repente, ella

volvió a levantarse y se cubrió el rostro. Chiara, al verla, se acercó y posó sus manos en los hombros.

—¿Estás bien?

—Sí, pero... ver aquella escena fue... Pensé en Saulo y... ¿Y si le pasa lo mismo? —Byanca se giró hacia su hermana con los ojos brillantes, aunque se negó a llorar—. Piero deja a un bebé huérfano. Yo no quiero eso para mi pequeño —dijo llevándose las manos al vientre.

—Saulo no te va a dejar, By. No os dejaría solos en el mundo. Sabe defenderse, además, de peores ha salido según me has contado —dijo Chiara tratando sonreír.

Byanca también sonrió y se limpió el rastro de una lágrima furtiva.

—Piero...

Las dos hermanas se giraron y vieron que Fabiola comenzaba a recuperar la consciencia. Ambas se acercaron justo cuando abría los ojos.

—Fabiola... —dijo Byanca.

Esta parpadeó y las miró antes de incorporarse rápidamente.

—¡Piero! ¿Dónde está Piero?

—Tranquilízate, Fabiola, no puedes alterarte —dijo Chiara.

Byanca le tomó las manos, pero esta se zafó para levantarse.

—Dime que todo ha sido un mal sueño, que es una pesadilla. Dime que no lo han matado —dijo Fabiola comenzando a llorar de nuevo.

—Lo siento, me gustaría decirte que ha sido una pesadilla, pero no es así —dijo Byanca apenada.

—¡No! —gritó cubriéndose los oídos no queriendo escuchar—. ¡Él no está muerto! No puede dejarme, no puede dejarnos.

La puerta se abrió y apareció Saulo seguido de sus padres que no dudaron en acercarse a ella.

—Mamá... —La joven se dejó caer en los brazos de su madre—. Por favor, dime que no ha muerto, te lo suplico.

Ella le acarició la cabeza, intentando consolarla mientras los miraba a todos instándolos a salir para estar a solas con ella.

—Lo siento, princesa mía —dijo la mujer—. No sabes cómo me gustaría cambiar el pasado...

Byanca se abrazó a Saulo.

—Será mejor que salgamos todos, ahora mismo solo necesita a su madre.

Él asintió y todos salieron dejando a madre e hija solas.

—Deberíamos cambiarnos —dijo Saulo.

Ella asintió y ambos se fueron a su habitación mientras Chiara se metía en la suya y el padre de Saulo bajaba al piso inferior hasta el despacho donde se sirvió un whisky.

Adriena se encontraba en ese momento con su amante, en los preliminares de una sesión que prometía ser muy placentera.

Se hallaba tendida, completamente desnuda con las manos atadas por encima de su cabeza mientras sentía los mordiscos de Zanetti en diferentes partes de su cuerpo cuando toda aquella amalgama de gemidos y jadeos se vio interrumpido por el sonido de un móvil.

Él se apartó para ir a cogerlo y ella levantó la cabeza.

—¡No me dejes! —exclamó.

Zanetti la miró fijamente y ella rápidamente cerró la boca.

—¿Qué te tengo dicho, Adriena? —No esperó una respuesta por su parte, simplemente se acercó hasta su chaqueta, colocada sobre una silla y sacó el móvil de uno de los bolsillos. Una llamada entrante que esperaba desde hacía rato por lo que descolgó y oyó lo que tenían que decirle. Cuando colgó, apretó con fuerza el móvil en la mano—. Maldito entrometido... —dijo con rabia.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella cuando lo vio dejar el aparato y acercarse.

—Nada que te importe, aquí solo estás para mi disfrute ¿entiendes? —dijo agarrando con fuerza un pecho provocándole que gimiera dolorida y encendida a la vez—. Ahora vas a estar calladita como hasta antes de que llamaran o me vas a obligar a amordazarte y quiero aprovechar esa boca que tienes para otros menesteres.

Adriena lo miró con rabia. Su toque era un contraste continuo porque le hacía daño y eso le hacía humedecerse aún más. Reconocía que se había vuelto una adicta al sexo y mucho más el estilo duro al que la sometía Fabrizio Zanetti.

Con aquellas sesiones de sexo liberaba toda la rabia que acumulaba al ver que cada vez estaba más lejos el deshacerse de Giulia. En esos momentos, se olvidaba hasta de su existencia dejando la mente en blanco y dejándose llevar.

Kelso le insistía en que dejara a su amante, pero ella se veía en la necesidad de querer más y más. No había noche en la que no se masturbara pensando en todo lo que le hacía, las ataduras, los golpes, la asfixia...

—Fóllame, por Dios, fóllame —suplicaba ella meciendo las caderas.

—No, querida, antes vas a usar tu boca y espero que lo hagas bien o recibirás un castigo. Estoy bastante cabreado. Para que te sirva de aliciente.

Adriena se relamió al pensar en tenerlo en su boca y no dudó en abrirla cuando él se acercó hasta ella. Lo abarcó a la vez que movía la lengua. Succionó. Lamió sin cesar. Entonces sintió

cómo se descargaba para salirse.

Se colocó entre sus piernas observándola.

—Disfruta del momento porque es la última vez que vas a volver a tenerme entre tus piernas, zorra.

Ella abrió los ojos sorprendida por sus palabras.

—¿Qué?

—Creo que he hablado bastante claro. Tengo un juguetito nuevo muy interesante que quiero estrenar y tú ya no me das lo que quiero.

—No puedes hacerme esto, ¡yo soy la que acaba estas relaciones! ¿Me oyes? ¡Yo!

Zanetti la sujetó por el cuello con fuerza provocando que se ahogara.

—Pequeña, conmigo nunca tuviste poder de decisión. Yo elegí acostarme contigo, no tú, por lo que yo soy quien acaba esta relación ¿entiendes?

Ella asintió y él la soltó con brusquedad. Adriana tosió tratando de recuperar el aire, pero apenas pudo tomar cuando se sintió invadida por Zanetti que empezó a bombear dentro de ella con brutalidad hasta que pocos minutos después se descargó en su interior.

Sin salir de ella, acercó su rostro hasta el de ella que jadeaba en busca de un orgasmo que no había llegado y sonrió con malicia.

—Ha sido un placer follar contigo, pero te confieso que he tenido amantes mejores.

Ella lo miró enfadada a la vez que él la desataba.

—Puedo decir lo mismo de ti —dijo Adriana empujándolo para salir de la cama y coger su bata—. Eres un amante pésimo... así que vístete y márchate de una maldita vez.

Zanetti sonrió de forma cínica sabiendo que ella mentía, lo sabía por las reacciones de su cuerpo, pero no dijo nada y se vistió para largarse de allí dejando a Adriana completamente frustrada.



## 31.

Salvatore entró en la comisaría sintiendo una terrible congoja porque tenía que practicarle la autopsia a su amigo Piero. Dejó el maletín sobre la mesa de su despacho y se puso la bata a la vez que se dirigía al lugar de trabajo. Allí ya se encontraba el cadáver completamente desnudo, cubierto con una sábana de cintura para abajo.

Habían lavado el torso y solo se veía los agujeros de bala.

—Joder —maldijo mientras iba a ponerse los guantes y las gafas protectoras—. Jamás pensé hacer la autopsia a un amigo.

Volvió hacia la mesa de trabajo y tomó el bisturí a la vez que se acercaba uno de los chicos que trabajaban bajo sus órdenes.

—Ya tengo listo todo. Voy a ponerme los guantes.

Salvatore asintió.

—Procedemos a hacer incisión en torso, el cuerpo presenta varias heridas causadas por proyectil.

Inspiró hondo e hizo un corte de hombro a hombro para luego realizar otro en medio hacia abajo para abrirlo. Sacó todas las balas que habían quedado en el interior y las depositó en una bandeja que el chico cogió para analizar el tipo de pistola que habían usado.

Cuando determinó la causa exacta de la muerte, procedió a cerrar las incisiones. Lo cubrió con la sábana y se quitó los guantes y las gafas.

—Descansa en paz, amigo.

Le dio la espalda y se metió en su despacho para realizar el informe que debía entregarle a Gatti. Una vez listo, lo llamó y este bajó.

—Dices que tienes el informe de Piero Cavalli.

—Sí —dijo tendiéndole una carpeta sin apenas mirarle—. Como bien viste, sufrió varias heridas de bala que tocaron órganos vitales por lo que no aguantó mucho y murió casi al instante. Ahora mismo están analizando las balas para ver qué tipo de pistola usaron. No tenemos mucho más por aquí abajo.

—Los testigos tampoco han dado mucha información.

—Nadie lo esperaba, Gatti, no nos dimos cuenta hasta que empezó a disparar. Fue todo muy rápido, la gente se agachó para no ser blanco de las balas y no le vimos el rostro al asesino. Es normal que la gente no pueda darte ninguna información relevante. No esperes mucho más. Lo único que nos queda son las balas, quizás nos puedan aportar algo de luz.

Hubo unos segundos de silencio en los que se miraron hasta que finalmente Gatti relajó un

poco la postura, ya que, en el fondo, Salvatore no era mal tío y que se sintiera atraído por Giulia no debía ser razón para llevarse mal.

El día anterior había visto la unión que tenían y era evidente que cualquier acercamiento por su parte iba a ser infructuoso.

Suspiró mientras se pasaba una mano por el pelo.

—Siento lo de tu amigo.

Salvatore encogió los hombros y sonrió de lado agradeciéndolo.

—Ha sido muy duro hacerle la autopsia. El hijo de puta que lo mató ha dejado una viuda y un huérfano en camino.

Gatti se acercó y se sentó frente a él en la mesa dejando el informe sobre esta.

—Créeme que te entiendo. Yo perdí a un buen amigo en una misión contra el narcotráfico. Fue en Roma. Un fuego cruzado y no sé por qué razón no se puso el chaleco antibalas. Siempre fue un imprudente —dijo sonriendo con nostalgia—. Incluso se lo decía de broma, que un día lo matarían por ser así. Antes que mi compañero de patrulla, era mi amigo. Habíamos estudiado juntos, pero su imprudencia y esos capullos lo mataron sin posibilidad de salvarse porque la bala le había dado de lleno en el centro del pecho.

Salvatore lo miró mientras se mesaba la perilla. En ese momento estaba conociendo a otro Gatti; uno más humano, alejado del papel de policía que lo caracterizaba.

—Nuestros trabajos son jodidos.

El policía asintió con una leve sonrisa.

—Jamás te pediría un cambio, probablemente vomitaría encima del cuerpo abierto.

—Nenaza, son solo un par de vísceras y huesos.

Gatti arrugó el rostro y negó con la cabeza.

—No, definitivamente prefiero ser una nenaza —dijo sonriendo un poco más ampliamente.

—Mejor, no quiero que me robes el trabajo.

Se hizo el silencio de nuevo entre ambos.

—Salva, sé que insisto demasiado con el tema, pero no entiendo lo tuyo con Giulia. He tratado de averiguar más, pero lo único que he obtenido es un marido muerto y un secuestro que nadie denunció.

El forense volvió a suspirar mientras cerraba los ojos.

—Es una historia muy larga de contar y probablemente empañaría la imagen que tienes de Giulia, aunque ella no fuera la culpable de nada.

—¿Qué quieres decir?

Ambos se miraron y Salva pensó por unos instantes en la foto que Giulia guardaba en la casa que compartió con Lucio, allí donde ellos habían tenido sexo, donde habían descubierto una infidelidad que mostraron luego a su marido. Alguien que quería hacerle daño desde que su amigo había muerto.

¿Cómo contarle a Gatti algo tan rocambolesco? ¿Y si él podía ayudarle a averiguar quién quería hacer daño a su viudita?

Era muy arriesgado contarle algo semejante. Ni siquiera sabía si podía confiar en él. Que hayan compartido una experiencia traumática no significaba nada. Desde el principio notó en Gatti la atracción que sentía por Giulia y sus intentos de acercarse a ella.

Aquella historia podría hacer que buscara la manera de separarlos y Salva supo, desde la primera vez que se habían acostado juntos, que iba a estar clavada en su alma y en su corazón.

—Es difícil —dijo Salvatore incorporándose para darle la espalda—. No es fácil contar esto, ni siquiera sé si puedo confiar en ti. No. Definitivamente no puedo decírtelo.

Se pasó las manos por el pelo desordenándose.

—Sabes que investigaré por mi cuenta y averiguaré todo, solo dame un poco de tiempo para tener toda la información que necesito.

—¿Me estás chantajeando? —preguntó Salvatore girándose interrogante.

Gatti se encogió de hombros para luego cruzar los brazos y recostarse en el asiento.

—Tómalo como quieras, pero puedo ser muy tenaz en mis investigaciones. Soy curioso por naturaleza y vuestra historia es cuanto menos... interesante.

El forense enarcó una ceja ante las palabras del inspector. Negó con la cabeza y se sentó derrotado. Tenía razón. Si había logrado averiguar que ella estuvo casada, no tardaría mucho en dar con el resto de la historia.

Solo le quedaba una opción: arriesgarse y contarle todo.

—Giulia estaba casada con un buen amigo mío, Lucio. Eran la pareja perfecta a los ojos de la gente, incluso yo lo pensaba. El trabajaba como guardaespaldas de Saulo. Ambos tenían el deseo firme de ser padres, pero tras mucho tiempo intentándolo no lograron que ella se quedase embarazada por lo que él acudió a mí para hacerle una prueba de fertilidad.

»Por desgracia salió que no era fértil y me pidió que se la repitiera confirmando la primera prueba. Él no se lo dijo a ella y se refugió en el trabajo, pasando más tiempo vigilando a Saulo que con Giulia.

»Una noche fui a un bar para olvidar un problema personal cuando la vi con los ojos rojos de haber llorado y algo borracha. Intenté convencerla para llevarla a su casa, pero no quiso, decía que no quería saber nada de Lucio, por lo que la llevé a un hotel. Aquello fue el desencadenante de una serie de cosas que no pudimos poner freno. —Gatti lo miró fijamente, escuchando todo lo que tenía que contarle—. Una vez allí, follamos varias veces.

—Es decir, traicionasteis a su marido.

Salvatore asintió y volvió a pasarse las manos por el pelo.

—Fue todo tan espontáneo... quise detenerla, pero no pudimos parar. Tras eso, intenté mantenerme todo lo lejos posible. Ella estaba muy disgustada por lo ocurrido así que no quise molestarla más, pero hubo un momento en que no pude dejar de pensar en ella y fui hasta su casa donde volvimos a hacerlo en la habitación de ellos.

El inspector se incorporó sin dejar de mirarlo. Intentaba no juzgar los hechos que el forense le contaba, con la misma frialdad con la que los detenidos le contaban historias inverosímiles para escapar de la cárcel.

—Pero ¿qué tiene todo esto que ver con la muerte de su marido?

—Aquí viene lo más complicado de todo. Alguien, que aún no sé de quién se trata, vigilaba a Giulia y sacó una foto donde aparece poniéndole los cuernos a Lucio conmigo. Esa persona se la entregó a él y, por lo que sé, tuvieron una discusión muy fuerte.

»Se fue a trabajar y en el puerto de Livorno, en la nave que tiene Graziani, alguien disparó a Lucio matándolo casi en el acto. Intenté llegar a tiempo para salvarlo, pero era tarde. Saulo fue a buscar a Giulia para contarle lo ocurrido y cuando ella llegó a la nave, me escupió en la cara que me odiaba. Nos alejamos y ella empezó a recibir amenazas haciéndola refugiarse en casa del jefe de su marido muerto.

»Allí volvimos a vernos enterándome de su embarazo, pero ella salió huyendo y fue cuando la secuestraron. Me pasé varios meses buscándola sin decírselo a nadie, de ahí que no hubiese denuncia alguna hasta que finalmente apareció de la forma más imprevista posible —dijo Salvatore sonriendo levemente para luego encogerse de hombros—. Y esa es la historia.

—Hay varias cosas que no logro entender. Entre ellas ¿por qué alguien mataría a Lucio? ¿Qué razón llevaba a que alguien le diese una foto vuestra para demostrar una infidelidad? Otra de ellas es por qué enviarían amenazas a Giulia. ¿Quién? No tiene sentido.

—Sí, puede parecer que no tiene sentido, pero ¿y si todo está relacionado con la misma persona? —dijo abiertamente lo que llevaba desde el día anterior dándole vueltas.

Gatti frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Salvatore dio un par de vueltas por el despacho buscando una forma de explicar aquellas ideas que habían surgido tras la revelación de la foto.

—¿Y si es la misma persona la que se ha encargado de hacer todo esto? Quiero decir: alguien vigila a Giulia y le entrega la foto a Lucio, lo mata, aunque no sabría muy bien la razón de esto, amenaza a mi viudita y luego la secuestra.

—Sigue sin tener sentido, Salva. Si alguien hizo esto para hacer daño a Giulia, pero no a Lucio ¿por qué lo matarían? Puedo entender lo de la foto, las amenazas y el secuestro, pero la muerte de su marido no encaja con las piezas de este rompecabezas.

Hubo unos segundos de silencio en los que Salvatore siguió dando vueltas buscando una conexión a esa pieza tan importante como las demás y seguía pensando lo mismo que le había dicho a Giulia. Se detuvo y miró a Gatti.

—Una mujer. Una muy celosa. Sé que suena loco, pero es lo más verosímil que encuentro en todo esto. —Se acercó al escritorio y cogió una hoja en blanco junto con un bolígrafo. Escribió los cuatro sucesos en cada esquina y en el centro del mismo la palabra “mujer” en mayúscula con un gran círculo—. Giulia le pone los cuernos a Lucio y alguien consigue sacar una foto de esa infidelidad y se la entrega. Él se va enfadado, lo que hace que no permanezca con ella como esperaba, por lo que decide matarlo. A pesar del dolor, ve que Giulia sigue su vida y eso la cabrea por lo que la amenaza, pero como no surte efecto, contrata a gente para secuestrarla. Es una locura, pero no es imposible.

—No sé, Salva, lo veo muy cogido con pinzas —dijo Gatti tomando el papel para observarlo—. Sé que me repito, pero no veo la conexión de la muerte de Lucio con lo de Giulia. Que puede haber una mujer celosa tras ella, puedo entenderlo, pero si quería a Lucio ¿por qué matarlo?

—Porque si no era de ella no era de nadie... —dijo Salvatore reflexivo—. Lo mató, ya que lo quería para sí misma, no quería compartirlo con nadie más.

—Es posible, pero ¿quién es esa mujer? Giulia solo vio a un hombre aparte del que mató. Nunca vio a una mujer.

—Lo sé, pero Giulia me dijo que aún guarda la foto de su infidelidad, era una forma de recordarse el mal que había hecho. Está en la casa que compartía con Lucio. Si consiguiera aislar una huella diferente a la de ellos dos, podríamos obtener la de la persona que ha provocado todo este lío.

—¿De verdad crees que alguien dejaría su huella en una foto?

Salvatore lo miró.

—Cuando los celos actúan por ti no piensas en las consecuencias de tus actos. Estuve a punto de meterte una jodida paliza la última vez que estuviste en mi casa así que sé muy bien de lo que hablo.

Gatti sonrió de lado a la vez que cruzaba los brazos.

—Celoso ¿eh? ¿Tenías miedo de que conquistara a Giulia?

—No, confío en ella, pero no de ti.

—Pues bien que me has contado todo lo ocurrido sin dejarte nada en el tintero.

—Me chantajeaste.

—Una táctica que siempre me funciona. Soy bueno interrogando a los detenidos, es un don natural.

—Tu problema de egocentrismo es grave, amigo, aunque da igual. Vas a acompañarme a la casa de Giulia a por esa foto —dijo mientras metía algunas cosas en su maletín.

Gatti bajó los brazos mientras enarcaba una ceja.

—¿Estás hablando en serio?

—Que tenga humor negro no significa que haya veces que no hable en serio, Gatti. —Levantó la mirada de lo que estaba haciendo, centrando su atención en el inspector—. Se trata de mi mujer y quiero que tenga una vida tranquila a partir de ahora, sin miedo a salir por si vuelven a por ella. Vive aterrorizada y hasta el simple goteo de una tubería hace que tiemble de terror porque en el lugar donde la tenían se oía el mismo sonido. No puedo verla así. Quiero verla sonreír; algo que no ha hecho desde que empezaron todos sus problemas con Lucio. Si quieres ayudarme eres bienvenido, si no, por favor, aléjate de nosotros.

Ambos hombres se miraron fijamente y Gatti se dio cuenta de que bajo esa fachada de forense con humor ácido y de mal gusto había un hombre preocupado por la mujer que amaba, uno que estaba dispuesto a todo con tal de verla feliz.

Un sentimiento de admiración nació en el policía por ese hombre.

Salvatore cerró el maletín para luego quitarse la bata y salir de allí, entonces Gatti posó una mano en su hombro haciendo que se mirasen a los ojos fijamente.

—Te acompaño.

Aquellas dos palabras consiguieron que una nueva amistad se fraguara entre dos hombres que casi se convirtieron en enemigos por una mujer.

## 32.

Ambos hombres se subieron en el coche de Salvatore para poner rumbo a la casa que Giulia compartió con Lucio. Aparcó delante de la casa y Gatti miró hacia esta.

—Bonita casa. Graziani paga bien por lo que veo. Bueno, las investigaciones de Leo lo llevaron a pensar en la mafia y me da que no iba mal encaminado.

El forense lo miró. La tapadera de Saulo era demasiado buena como para que lo pillaran.

—Él es un buen empresario y recibe mucho dinero de sus empresas, nada más.

—Tapaderas, según Leo.

—Leo sospechaba siempre de todo el mundo —dijo Salvatore bajándose del coche.

Gatti también se bajó y se puso las gafas de sol lo que hizo que el forense enarcara una ceja.

—¿Te crees ahora Horatio Caine?

—Me molesta el sol, imbécil.

—Ya, claro. Anda, ponte guantes y vamos dentro, Horatio —dijo mientras sacaba de su maletín dos pares de guantes y le entregaba uno a su compañero.

—Dime que tienes las llaves de la casa, no me gusta allanar una vivienda si no es con la orden de un juez.

—Tranquilo, que tengo las llaves —dijo mientras las sacaba de uno de los bolsillos.

—No quiero saber cómo las conseguiste.

—Tengo mis métodos —dijo Salvatore sonriendo. Las llaves las había tenido desde el mismo momento en que había desaparecido Giulia por si allí encontraba alguna pista que le llevara a ella.

Ambos entraron en la vivienda y Salvatore se dirigió entonces a la primera habitación que encontró: el salón.

Miró todo e imaginó a su viudita con su amigo Lucio en aquel sofá viendo alguna película o compartiendo momentos íntimos y varios sentimientos encontrados hicieron mella en él.

Inspiró hondo.

—Empecemos —dijo serio de repente.

Ambos hombres se adentraron en la habitación y empezaron a buscar aquella foto que mostraba la infidelidad de Giulia, pero toda búsqueda fue infructuosa, por lo que pasaron a otra de las habitaciones: la cocina, aunque era muy poco probable encontrarla allí.

Lo que le había enseñado su trabajo era que no podía dejar nada sin investigar y cuando se

refería a nada, era buscar hasta en los sitios más inverosímiles.

Tras esto, se metió en el despacho de Lucio. Entrar ahí era algo que lo ponía seriamente nervioso y decidió inspeccionar ese lugar solo, mandando a Gatti al piso superior.

Se sentó en la silla para observar aquella decoración minimalista y sencilla.

—Siempre fuiste muy soso, ¿dónde queda la elegancia de una enorme y pesada mesa de madera? —preguntó a la nada, antes de dirigirse a los cajones del escritorio.

En el primero de ellos encontró varios papeles que no tenían nada de relevante, lo mismo que en el segundo. Cuando llegó al tercero se dio cuenta que estaba cerrado con llave. ¿Por qué tenía un cajón con cerradura si no tenía nada que esconder? ¿Información privilegiada relacionada con Saulo? Intentó tirar de ella, pero la cerradura era buena.

Miró encima de la mesa buscando alguna llave escondida en algún sitio, pero no encontró nada y maldijo en silencio a Lucio y sus secretos. No podía llamar a Giulia porque ella no sabía que estaba allí, además, apostaba su sueldo de un mes que tampoco conoce la existencia de ese cajón.

La única solución era romper la cerradura, pero ¿cómo?

Se incorporó y paseó por el despacho, a la vez que iba mirando en todos los muebles que encontraba. Revisó todo de arriba abajo, lo único que quedaba era ese cajón.

Al momento sintió bajar a Gatti corriendo.

Este entró con una foto en la mano y una triunfal sonrisa.

—La encontré. Estaba en un cajón de una de las mesillas de noche. Ciertamente no se te aprecia, aunque el que realmente te conoce sabe que eres tú —dijo mirándola. Luego levantó la mirada hacia él—. ¿Ocurre algo?

—Si tuvieses algún secreto que guardar en un cajón ¿dónde guardarías la llave? —preguntó Salvatore pasándose una mano por la perilla de manera pensativa.

Gatti meditó la pregunta durante unos segundos.

—Pues llevaría siempre conmigo la llave. Intentaría no separarme de ella, pero ¿a qué viene esto?

Salvatore señaló hacia la mesa para luego dirigirse a ella y mostrarle el tercer cajón.

—A esto. Mi instinto me dice que Lucio escondía algo que nadie podía saber, si no ¿por qué pondría una cerradura a este cajón?

—Sabes que puede no haber nada importante ahí ¿verdad?

Gatti tenía razón, pero a veces el instinto de Salvatore no fallaba y algo le decía que ahí había algo importante.

—Algo ocultaba.

—Tienes el mismo problema que tenía Leo: sospechas de todo el mundo.



—Y tú tienes un olfato policial de mierda.

Gatti frunció el ceño. Aún así miró al escritorio y se acercó para coger un clip que había sobre esta y manejarlo hasta doblarlo por la mitad e hizo algo en la punta de esta.

—Puede que tenga un olfato de mierda, pero soy muy despistado y pierdo las llaves de los cajones como estos que tenemos en la comisaría, así que he aprendido un pequeño truco para abrirlos.

Se agachó frente al cajón y metió la punta para luego abrir los dos extremos con cuidado. Tras girarla, la movió un poco hacia arriba y hacia abajo hasta que oyó el clic que indicaba la apertura de la cerradura, miró a Salvatore sonriendo orgulloso.

—Atrévete a insultar mi inteligencia ahora.

—Espera que te aplaudo —dijo Salvatore con sarcasmo.

Lo hizo apartarse y finalmente pudo abrir el cajón para encontrar únicamente un sobre algo grueso en cuya delantera aparecía el nombre de Lucio escrita en letras elegantes.

—¿Para esto he tenido que forzar la cerradura de un cajón? Yo que esperaba documentos comprometedores. Anda, vayamos a analizar la foto y deja eso ahí.

Salvatore cogió el sobre y le dio un par de vueltas por si veía algo escrito en la parte trasera o podía atisbar algo del contenido del sobre, pero no logró ver nada de nada.

Lo volvió a dejar allí de momento, aunque tenía claro que ese sobre escondía algo importante que Lucio no quería que supieran, su instinto no podía fallarle en ese momento.

—A ver, déjame la foto —dijo estirando la mano hacia Gatti que había guardado la foto en el bolsillo trasero de los pantalones cuando forzó la cerradura del cajón.

El policía lo sacó y se la tendió al forense que miró la imagen. Estaba claro que la foto fue tomada allí mismo. Colocó su maletín sobre la mesa para sacar todo lo que necesitaba para aislar las huellas que pudiese haber en aquella imagen.

Buscó algo para poner debajo de la foto y puso una hoja en blanco que encontró por allí. Cogió la brocha, la pasó por el polvo oscuro y luego por la foto con suaves toques revelando varias huellas que tomó con diferentes plásticos aislándolas.

—Hay muchas huellas mezcladas, pero he logrado coger algunas limpias —dijo Salvatore—. Será cuestión de ir descartando cuando llegue a comisaría. —Se giró hacia Gatti que miraba fijamente todo lo que hacía—. Y con esto ya estás listo para tomar huellas, joven *Padawan* <sup>[6]</sup>.

—¿De verdad? —preguntó de forma irónica Gatti cruzando los brazos.

—Yo siempre hablo en serio, pequeño saltamontes.

—Ya está bien ¿no?

Salvatore soltó una carcajada.

—Qué fácil es meterse contigo.

Salvatore se incorporó para guardar las cosas en su maletín cuando, de repente, su móvil vibró en el bolsillo de sus vaqueros. Lo sacó y al ver el nombre frunció el ceño. ¿Por qué lo llamaba ahora su padre?

De repente vinieron las palabras de Maurizio a su mente y se temió lo peor. Había olvidado su propósito de ir a verlo para advertirle sobre la mujer con la que se había casado. ¿Se sentía mal y lo llamaba pidiéndole ayuda?

—¿No vas a cogerlo? —preguntó Gatti.

Salvatore parpadeó y miró de nuevo al móvil para descolgar.

—¿Diga?

—¿Tan mal me he portado para que no me cuentes que he sido abuelo?

—¿Cómo? —preguntó confuso.

—Te vi por la televisión. Acabo de ver la noticia del tiroteo en la boda. Te vi salir con una mujer y un bebé para meteros en tu coche, lo que me hace pensar que soy abuelo. Pensaba que apreciabas algo a tu padre.

El forense no entendía nada. ¿Le estaba reprochando cuando él nunca había hecho nada para ganarse el respeto de su hijo?

—Después de cómo quedaron las cosas la última vez me parece bastante lógico ¿no crees, padre?

—Porque tú quisiste que fuera así, pero tienes las puertas de casa abiertas para cuando quieras venir.

—La cuestión es que no quiero encontrarme con esa mujer.

—¿Se puede saber qué te ha hecho?

—Mucho más de lo que imaginas, padre, pero sé que no vas a verlo, aunque te lo ponga delante. Si quieres ver a tu nieta, puedes venir a mi casa, pero, por favor, prefiero que vengas solo.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea, el mismo que se instaló en el despacho, ya que Gatti había preferido no entrometerse y salir de allí.

—Me duele que digas esas cosas.

—A mí me duele que hayas olvidado a madre de esa forma, casándote con esa mujer, así que estamos empatados en dolor. Tengo que dejarte, estoy trabajando y tengo que cotejar unas huellas.

Sin esperar una despedida colgó la llamada y se sentó dejando el móvil sobre la mesa para apoyar la cabeza en sus manos. Nunca había tratado a su padre así, pero desde la muerte de su madre todo había cambiado entre ellos. Aquella confianza que una vez compartieron desapareció, se volvió casi un desconocido cuando empezó a salir con la mujer que había matado a su madre.

—Gatti, puedes entrar.

El policía entró mientras se rascaba la nuca, incómodo.

—Pensé que era mejor si salía.

—No pasa nada. La verdad es que el tema de mi padre es bastante peliagudo.

—¿Puedo saber por qué o es secreto de estado?

Salvatore suspiró cansado.

—Mi padre se casó con la posible asesina de mi madre, ese es el resumen de todo este lío.

Gatti parpadeó varias veces.

—¿Cómo?

Salvatore le contó con todo detalle todo lo relacionado con esa mujer y el policía no podía estar más sorprendido por lo que le contaba.

—Estamos hablando de una posible asesina... —especuló Gatti.

—¿Crees que no lo sé? Pero no puedo demostrarlo porque no hay pruebas que la incriminen.

El policía dio una vuelta por el espacio libre del despacho.

—Entonces habrá que buscarlas.

—Para poder encontrar pruebas debe haber un caso abierto y no existe como tal.

—Quizás recabando cierta información sobre las autopsias de los otros posibles asesinatos y comparándolos podríamos abrir un caso de asesinato en serie con mismo modus operandi. Déjame investigar un poco a ver qué puedo encontrar. Lo mejor que podemos hacer ahora es mirar a quiénes pertenecen esas huellas y proteger a Giulia.

Salvatore asintió y se incorporó de nuevo.

—Sí, será lo mejor —dijo cerrando su maletín para salir de allí.

De repente se acordó del cajón que contenía el sobre y miró hacia este que aún permanecía abierto.

Aquello pertenecía a la vida privada de Lucio y quizás no estaría bien que lo cogiese para ver lo que contenía ese sobre. Lo que no lograba aún entender era por qué lo guardaba en un cajón con cerradura. ¿Qué ocultaba realmente su amigo para meterlo bajo llave?

¿Le ocultaba algo a Giulia?

—Salva... Salva...

El forense levantó la mirada hacia el policía que parecía llevar un rato llamándolo mientras él meditaba sobre si coger el sobre o no.

—¿Qué?

—¿Nos vamos ya? Quiero volver a comisaría.

Volvió a mirar al cajón y, sin dudarlo, lo cerró. Ya vendría en otro momento a por ese sobre. La curiosidad era algo que no podía contener y el contenido lo tenía bastante intrigado, pero no lo haría ante el policía.

Tomó el maletín y salió de allí para volver a la comisaría a cotejar las huellas.

### 33.

Byanca había ido a visitar a Giulia para ver cómo se encontraba tanto ella como la niña tras lo ocurrido en la boda. Ambas mujeres se encontraban en el salón acompañadas de Lucca y la pequeña Fiorella que se encontraba en los brazos de la *hacker*.

—¿Cómo se encuentra Fabiola? —preguntó Giulia acariciando la cabeza de su perro que había apoyado la cabeza en su regazo.

Byanca suspiró mientras se dejaba agarrar el dedo entre los de la pequeña que tenía entre sus brazos.

—La verdad es que está muy mal y es lógico. Su madre no se separa de ella, pero no encuentra consuelo alguno. Yo aún no puedo creer que esté muerto... —dijo Byanca afligida parpadeando varias veces para no llorar, pero sus hormonas hicieron acto de presencia—. No se lo merecía.

Giulia se incorporó para ir a buscar pañuelos de papel y tenderle uno a la mujer que se limpió las lágrimas con la mano libre.

—Lo poco que lo conocí cuando estuve en la casa de Saulo me pareció un buen hombre —dijo volviendo a sentarse—. Sé lo que se siente al perder a la persona que quieres.

Giulia meditó por unos segundos sus palabras y se sorprendió al darse cuenta de que había dicho “querer” y no “amar”.

—Sí, Saulo me contó lo ocurrido con tu marido. Debió haber sido terrible.

—Mucho, justo ese mismo día habíamos discutido y no pude despedirme como hubiese querido. Es algo que siempre llevaré aquí —dijo llevándose una mano al pecho.

Byanca sonrió levemente.

—Estoy segura que él te perdona todo y querría que fueras feliz con Salvatore y esta preciosidad —dijo haciéndole carantoñas a la niña para hacerla reír—. La verdad es que si le pasara algo a Saulo no sé si podría soportarlo. Pienso que en algún momento estallará la tormenta y Zanetti aparecerá de nuevo en nuestras vidas para hacernos más daño. Ya ha matado a Piero, pero ahora podría ir a por Saulo o a por mi hermana... no sé... Anoche dormí poco, cada vez que cerraba los ojos era para revivir el momento de la boda, pero los que morían eran otros.

Giulia posó una mano en la rodilla de la *hacker* a modo de consuelo.

—Yo tampoco pude dormir mucho, al igual que Salvatore. Hoy se fue bastante afligido porque iba a realizarle la autopsia a Piero y estaba muy afectado.

—No puedo dejar de ver toda aquella sangre bañando el cuerpo de él y... se me revuelve todo el estómago, algo que no ayuda bastante en mi estado. ¿Cómo podías sobrellevar todo esto de las nauseas, vómitos...?

—Intentaba llevarlo de la mejor manera posible. Lo peor fue descubrirlo porque lo intenté

miles de veces con Lucio, pero no hubo manera y tras... —inspiró hondo ante el recuerdo— acostarme con Salvatore, sucedió. Por un momento temí ser estéril. Estaba muy ilusionada con ser madre.

—Nadie te culpa de ello.

—Creo que eso hizo que decayera nuestra relación y que él se centrara más en el trabajo que en nuestra pareja. Acudía a cualquier llamada de Saulo y olvidaba cosas como nuestro aniversario o el crucero que me había prometido. Fue muy doloroso para mí ver cómo se alejaba más y más de mi lado.

»Pasé del amor al odio en muy poco tiempo. Estaba muy dolida y me refugié en un bar donde bebí y bebí hasta casi caer desmayada cuando apareció Salvatore que se comportó como un caballero conmigo. Me llevó a un hotel para que descansara, pero lo único que hice fue lanzarme encima de él y acabar haciendo el amor.

—Te dejaste llevar por la pasión. Te entiendo. No viví lo mismo que tú, pero también me dejé guiar por mi instinto más que por la razón porque yo era una mujer feliz con... —tragó saliva, recordar al policía le provocaba congoja— Leo y la atracción que sentí por Saulo fue mucho mayor que todos los sentimientos que una vez albergué por el que había sido mi pareja durante dos años. —Volvió a parpadear varias veces para contener las lágrimas y se limpió las pocas que habían logrado escapar mientras sonreía levemente—. Lo siento. Últimamente no hago más que llorar.

Giulia le tendió otro pañuelo de papel.

—Es normal, nuestras hormonas se alteran con el embarazo y lo que sentimos se multiplica por mil.

Byanca miró a la pequeña Fiorella que prácticamente se había dormido y le acarició la mejilla mientras se mordía el labio inferior.

—Tengo miedo.

—¿Miedo a qué exactamente?

La *hacker* inspiró hondo.

—A todo. A los cambios a los que se está sometiendo mi cuerpo, a saber que llevo un ser vivo en mi interior que depende de mí, a los posibles riesgos que puedan existir, a no ser una buena madre... No suelo sacar a relucir mis miedos porque desde que secuestraron a mi hermana supe que sentir miedo no me iba a llevar a ningún sitio, pero me pongo a pensar en este bebé y me da terror pensar que pueda pasar algo malo.

—Es normal que te sientas así, pero todo va a salir bien. No debes temer a los cambios, cuando lo notes dar patadas e incluso cuando le dé hipo te vas a sentir dichosa porque se establece una conexión maravillosa. Yo le contaba cuentos a Fiorella y se calmaba cuando estaba inquieta.

—Gracias —dijo Byanca sonriendo algo más tranquila al oírla hablar tratando de quitarle ese

miedo que se había instalado en ella.

De repente sonó el timbre y ambas se miraron.

—¿Quién puede ser? —preguntó Giulia incorporándose.

Se acercó a la puerta y, como era su costumbre, fue a mirar por la mirilla, pero esta no tenía así que abrió para ver de quién se trataba. Allí no había nadie y sintió que revivía una situación similar. Miró al suelo para encontrar una caja alargada con un lazo.

Cerró de un portazo y retrocedió con una mano en el pecho. Una caja como la que le dejaron en su casa cuando pidió ayuda a Saulo.

Byanca se incorporó con la niña en brazos y se acercó hasta ella que temblaba considerablemente.

—¿Ocurre algo?

—Han vuelto... Vuelven a por mí —dijo Giulia comenzando a respirar de forma agitada mientras se dejaba caer de rodillas—. Dios mío, han vuelto...

Se abrazó intentando encogerse aún más. Byanca, preocupada, se arrodilló junto a ella.

—Giulia, respira hondo, ¿qué es lo que ocurre?

Ella señaló hacia la puerta con mano temblorosa.

—Hay un paquete como el que me enviaron antes de ir a casa de Saulo.

La *hacker* se acercó hasta la puerta y la abrió para ver en el suelo la caja. Giulia se cubrió el rostro mientras la otra volvía al interior de la casa sin cerrar.

—Voy a avisar a Salvatore. No te quedes aquí, vamos al salón.

Lucca se acercó hasta el paquete y lo olisqueó para luego gruñir.

Byanca cogió su móvil y buscó el número de Salvatore que contestó casi al instante.

—Dime que me llamas para decirme que Saulo por fin me ha hecho caso y se la ha cortado para no tener que sufrir sus paranoias —dijo el forense.

—Tienes que venir a tu casa ahora mismo, Salva, es urgente.

El silencio al otro lado de la línea fue momentáneo hasta que empezaron las preguntas.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Giulia está bien? ¿Y Fiorella?

—Están bien, pero hay un paquete en la entrada de tu casa y Giulia dice que es como los que le llevaban a su casa.

—Voy para allá —dijo sin más después de soltar un par de maldiciones—. No la dejes sola, por favor.

—Tranquilo, no me moveré de aquí. No hemos tocado el paquete, por si acaso.

—Perfecto, es lo mejor. No lo toquéis por nada del mundo y cerrad la puerta.

—De acuerdo. —Tras esto, colgó y volvió con la mujer que parecía estar en shock—. Giulia, voy a dejar a tu hija en su cuna ¿vale? No me iré de aquí hasta que venga Salvatore.

—¡No! No te la lleves —dijo de repente tendiendo los brazos para cogerla. Su pequeña era la única que lograba templar sus nervios—. No quiero estar sola.

—Y no lo estarás. Me quedaré aquí si es lo que quieres —dijo mientras le tendía al bebé—. Voy a traerte un poco de agua.

Giulia asintió y se levantó del suelo para ir hacia el salón donde se sentó sin dejar de mecer a su hija en un intento de calmarse más a sí misma que a la pequeña que estaba profundamente dormida. No podía dejar de ver la imagen del paquete en la entrada, como el anterior.

¿Acaso no habían tenido suficiente con secuestrarla que ahora volvían a lo mismo? ¿Qué los llevaba a hacerlo? ¿Qué podía tener ella de valor para esa gente? Ella nunca conoció nada con respecto al trabajo de Lucio, salvo lo más esencial. Desconocía su vida dentro de la mafia.

Muchas veces se preguntó por qué no se había casado con un hombre que no perteneciese a ese mundo. Haber encontrado a alguien con un trabajo decente que no revistiera peligros y tener una familia normal. No le gustaba esa opción de vida que le ofreció Lucio en su momento, pero el amor que sintió por él fue mucho más allá que la razón.

Y ese mundo la llevó a estar en peligro durante mucho tiempo, vivir vigilando sus propias espaldas por si ocurría algo que finalmente pasó. Encerrada en una casa en medio de la nada, embarazada, sin posibilidad apenas de escape salvo un golpe de suerte como el que tuvo.

Solo deseaba acabar con todo aquello de una vez por todas. Quería saber quién era la persona responsable de que ella no pudiese vivir medianamente tranquila.

Al momento volvió Byanca con el vaso de agua y se lo tendió para que bebiera.

—Salva está en camino, no te preocupes —dijo Byanca acariciándole la mejilla con una leve sonrisa.

Cuando Giulia acabó de beber agua, dejó el vaso sobre la mesita y la miró.

—¿Por qué vuelven? No quiero volver a pasar por lo mismo, Byanca... no podría soportarlo.

—No vamos a dejar que te pase nada, Giulia. Salvatore te va a proteger y la familia Graziani también lo hará, pondremos todo de nuestra parte para que no te ocurra nada.

Giulia asintió levemente intentando no dejarse llevar por las ganas que tenía de llorar. No quería parecer débil.

Tras un rato de espera, oyeron cómo se abría la puerta de la casa y ambas mujeres miraron hacia allí para ver aparecer a Salvatore con las manos enguantadas sosteniendo el paquete.

Giulia se levantó sin dejar de mirarlo. Él entró y colocó la caja sobre la mesita baja para luego acercarse a ella a la vez que se quitaba los guantes y le acariciaba las mejillas con delicadeza.



—¿Estás bien?

Ella negó.

—No, Salva. Han vuelto... —dijo mientras le temblaba el labio inferior en un intento de mantener las ganas de llorar a un lado.

—No te harán nada, esta vez estaremos preparados, te lo prometo.

Le dio un beso en la frente para luego darle otro igual a su hija, luego se giró hacia el paquete con seriedad.

—¿Podría ser peligroso? —preguntó Byanca mirando el paquete al lado de la pareja.

—La verdad es que no lo sé. Por lo que me contó Saulo, el último solo tenía fotos de Giulia haciendo su vida. La espiaban y le dejaron claro eso. Esta vez no sé a qué nos atenemos porque ella apenas sale de aquí, no sé qué podrían enviarle, pero pronto lo averiguaremos.

Volvió a ponerse los guantes y se agachó frente a la mesita. Cogió la caja acercándola a él abriéndola con cuidado, casi con delicadeza para mirar el interior.

Todos miraban expectantes los movimientos del forense, incluso el perro se había quedado estático en el sitio.

Cuando vio el interior, quitó la tapa para ver ante sí una rosa negra con una nota enganchada a esta. Él la cogió la leyó. Al acabar la arrugó con rabia.

—Malditos —maldijo.

—¿Qué dice la nota? —preguntó Byanca.

Giulia quiso hacer la misma pregunta, pero no le salían las palabras así que agradeció que la *hacker* la formulara.

Salvatore negó con la cabeza. No quería que Giulia supiera lo que ponía porque era una amenaza en toda regla y no estaba bien anímicamente como para que supiera lo que quería decir aquella nota.

—Nada —dijo mirando a su viudita.

La preocupación en el rostro del forense hizo saltar todas las alarmas en Giulia.

—¿Qué dice, Salva? —preguntó.

—No, Giulia, no me pidas que te lo diga.

—Por favor, necesito saberlo. No me lo ocultes, no seas como Lucio, te lo suplico —le pidió suplicante, a punto de romperse porque en su interior podía hacerse una idea de lo que realmente ponía ese trozo de papel.

Salvatore suspiró derrotado y abrió la mano que tenía la nota arrugada. Giulia le tendió la niña a Byanca para poder leerla. La estiró y leyó. Un jadeo escapó de sus labios cuando vio lo que ponía.

*«Flores como esta quedarán muy bien sobre tu tumba. Disfruta lo que te queda de vida».*

## 34.

Su cuerpo perdió fuerza y se dejó caer en el sofá con la mirada puesta en aquellas palabras. Salvatore se acercó a ella corriendo y le quitó la nota para tirarla a un lado.

—No hagas caso de lo que dice, Giulia, no te harán nada.

—¿Qué ocurre, Salva? —preguntó Byanca preocupada.

—Es una amenaza de muerte —dijo él bajando la mirada mientras entrelazaba sus manos con las de su viudita—, pero no voy a permitir que le hagan nada. Esta vez no. —Miró a Giulia a los ojos—. Voy protegerte con mi vida si hace falta ¿me oyes? Nadie te hará más daño. Lucharemos por nuestro futuro, por nuestra hija.

Giulia no sabía qué decir. Estaba bastante conmocionada por lo ocurrido. Necesitaba respuestas y si para ello tenía que luchar contra aquellos que ahora mismo querían verla muerta, lo haría, porque tenía que luchar por su hija y por el hombre que ahora mismo tenía delante y que significaba tanto para ella.

Posó sus manos en las mejillas del forense apoyando su frente en la de él y cerrar los ojos.

—Quiero confiar que lograremos esquivar a la muerte y que nos libremos de este lastre que llevo arrastrando desde hace meses porque no quiero que nada ni nadie nos separe, ahora somos una familia y vamos a luchar por salir airosos de esta prueba que nos ha puesto el destino. —Abrió los ojos y lo miró fijamente—. Porque amo a nuestra hija y te amo a ti, Salva, te amo con todo mi corazón y no quiero separarme de ti.

Salvatore sonrió y, sin dudarlo, la besó dulcemente.

Byanca observó la escena con una amplia sonrisa y con una carga emocional importante para sus hormonas. Esa era una de las partes que más odiaba del embarazo, pero ver el amor que ellos se estaba prodigando en ese momento era maravilloso.

Cuando él se apartó, miró la caja.

—Voy a intentar ver si hay huellas en esta caja. Es posible que haya alguna que podamos aislar y quizás ver quién la dejó en la puerta.

Giulia asintió.

—Confío en ti.

Salvatore hinchó el pecho de orgullo. Que su viudita le dijera esas palabras eran como un bálsamo para su ego que lo llenaba de satisfacción. Se incorporó y volvió al coche a por su maletín para realizar la misma operación que había hecho con la foto que había en la casa de Giulia.

Estaba decidido a encontrar a los hijos de puta que estaban amenazando a su mujer. Nadie iba a tocarle un solo pelo porque la venganza podría ser muy terrible. Su manejo del bisturí para

torturar podía ser mejor arma que todas las que usaba Saulo cuando atrapaba a algún traidor en su familia.

Sorprendentemente encontró unas pocas huellas que rápidamente aisló y las metió en pequeñas bolsas de plástico para llevarlas a comisaría y así investigar a quién podían pertenecer a la vez que Giulia cogía a Fiorella y se la llevaba al piso superior.

Cuando él acabó con las huellas miró a Byanca.

—¿Viniste sola?

La *hacker* enarcó una ceja.

—¿De verdad piensas que Saulo me dejaría venir sola? —Hubo unos segundos de silencio—. Le he cogido el coche prestado, pero no lo sabe —confesó satisfecha con su proeza.

El forense puso los ojos en blanco.

—Tienes suerte de que a mi jefe no le gusten cierto tipo de juegos sexuales porque si no mañana tendrías el trasero como la señal roja de un semáforo.

Byanca se sonroja ante las palabras de este.

—No soy una mujer desvalida, Salva —dijo ella completamente abochornada.

—Ayer mataron a Piero, Byanca, ahora mismo el ambiente está tenso y si te ocurre algo a ti o al bebé, no se lo perdonará en la vida.

—He estado frente a Zanetti, he soportado sus torturas y logré salir airosa.

—Gracias a él y a Leo.

El nombre del policía hizo que ella bajase la mirada.

—Eso ha sido un golpe bajo —dijo Byanca abrazándose.

—Pero es la verdad. Zanetti estuvo a punto de ganar la partida con aquel coche bomba. No estaba en sus planes que fuese Leo el que muriera en aquella explosión, pero no dudes que volverá a por ti, ya intentó matar ayer a Fabiola consiguiendo que fuese Piero el cadáver. No va a descansar hasta destruir a Saulo.

»No te estoy diciendo esto porque sí, Byanca. Mira lo que está pasando con Giulia. Si algo le pasara, no podría vivir. Pasé muchos meses buscándola desesperado sin esperanza alguna de encontrarla. No soy de confesar cómo me siento, pero esto que le está pasando me destroza porque algún hijo de puta quiere hacerle daño a mi viudita y ella no se lo merece, así que, por favor, no hagas otra locura como esta.

Ella se sentó sin dejar de abrazarse, haciéndola parecer vulnerable.

—Sé que lo haces por mi bien, Salva, y te lo agradezco. Antes de venir a ver a Giulia pasé por el cementerio a ponerle flores a Leo. No sabes lo culpable que me siento. Me pongo a pensar en lo que podría haber estado haciendo ahora si estuviese vivo, en lo que ya no podrá vivir... Le destrocé la vida en muy poco tiempo.

Se cubrió la cara mientras sollozaba con dolor. Salvatore se colocó ante ella.

—Él decidió meterse en ese coche para salvarte.

—Es lo que me dice Saulo, pero yo no lo siento así. Lo llevé a una muerte segura cuando no lo merecía. Hay noches en las que no duermo bien porque me vienen las imágenes a la mente... Me encantaría retroceder en el tiempo y haber hecho las cosas mejor.

El forense maldijo interiormente al ver sufrir a esa mujer por una burda mentira del policía y de su jefe. Ese cabrón estaba vivo y ella sintiéndose culpable por algo que no había ocurrido.

—No llores, Byanca. ¿Le has contado algo de esto a Saulo?

Ella negó con la cabeza.

—Nadie sabe cómo me siento, salvo tú ahora.

—Pues deberías hablar con él, no puedes cargar con semejante peso en tu conciencia. Voy a llamarlo para que venga a buscarte ¿te parece?

Ella asintió mientras él se incorporaba para salir del salón. Antes de hacerlo la miró y pudo comprobar cómo el peso de aquello que cargaba la hundía en la miseria. Esa chica no se lo merecía y se lo haría saber a Saulo.

Se metió en su despacho. Sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros y llamó a su jefe que contestó al segundo tono.

—Dime, Salva.

El forense inspiró hondo antes de hablar.

—O le cuentas a tu mujer que Leo está vivo o lo haré yo.

El silencio se hizo presente al otro lado de la línea durante unos segundos.

—¿A qué viene eso?

—¿Dónde está Byanca? —preguntó el forense para ver si sabía el lugar en el que se hallaba ella.

—En casa.

Salvatore hizo un sonido como los que se usan en los concursos de televisión cuando fallas una pregunta

—Error. Está en mi casa. Vino a visitar a Giulia y acabo de hablar con ella.

Al otro lado, Saulo se levantó con brusquedad lo que casi tira la silla de su despacho al suelo.

—¿Sola?

—Sí, te cogió prestado un coche y antes de venir aquí fue al cementerio a ponerle flores a Leo. Acabo de hablar con ella, se culpa de su muerte cuando realmente él no lo está, ¿crees que es justo? No merece cargar con semejante peso sobre sus hombros. Háblalo con ella.

—Voy a buscarla —dijo él sin siquiera dar respuesta a las palabras de Salvatore lo que le confirmaba que no le contaría nada a Bianca y eso supondría una enorme brecha en su relación.

Suspiró cansado pasándose una mano por el pelo.

—De acuerdo, evitaré que se vaya.

Sin esperar una respuesta por parte de Saulo colgó y volvió al salón donde vio a Giulia sentada al lado de Bianca. Al entrar, la *hacker* lo miró.

—He estado pensando una cosa. —Salvatore parpadeó sin comprender aquellas repentinas palabras—. Necesito distraerme con algo y he pensado ayudarte con las huellas que has cogido de esa caja. Me gustaría encontrar a las personas que quieren hacerle daño a Giulia.

—¿Piensas meterte en los archivos policiales? Recuerda lo que ocurrió cuando lo hiciste la última vez.

—Esta vez estoy preparada y tengo un método infalible. Déjame ayudaros, por favor. Esto no es un tema que deba resolverse en comisaría.

Salvatore miró a Giulia que también dirigió su mirada a él y se encogió de hombros con una muy leve sonrisa.

—Necesitas el equipamiento necesario para ello.

Ella enarcó una ceja a la vez que ponía los brazos en jarras.

—Puedo conseguir todo el material necesario para ello.

La señaló con el dedo.

—Espero por tu bien que nadie descubra lo que estás haciendo, Bianca, quiero mucho a mis huevos y ambos sabemos que Saulo no dudará en arrancármelos si te pasa algo por ayudarnos.

—No va a pasar nada —dijo Bianca a punto de soltar una carcajada.

—Eso espero.

Un rato más tarde, tocaron el timbre y Salvatore fue a abrir. Ante sí vio a Saulo que entró sin siquiera esperar que el forense le diese paso. Se dirigió al salón y al ver a Bianca la cogió entre sus brazos abrazándola con fuerza.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a salir? No es justo que me tenga que enterar por Salvatore.

—Porque quería salir sola, Saulo. Necesitaba un momento de soledad.

—Pero es peligroso, aún no hemos encontrado a Zanetti.

Ella se apartó.

—¿Y eso es una excusa? No quiero vivir con miedo. Confío en que lo encontraremos y le daremos su merecido, tanto por mi hermana, como por esas chicas y también por... por Leo, pero no quiero estar encerrada en casa.

Saulo miró de reojo a Salvatore que hizo un gesto con la cabeza haciéndole ver que Leo aún estaba presente en Byanca de manera dolorosa.

—Cariño, vamos a vengar la muerte de Leo, pero tienes que dejarlo marchar.

La *hacker* negó con la cabeza.

—No me pidas eso, Saulo. Él murió por mi causa, no puedo dejarlo estar.

—Yo me estoy encargando de eso, déjame a mí.

—¿Cómo? —preguntó ella apartándose un paso—. ¿Me estás diciendo que estás haciendo las cosas sin mí? Pensé que éramos un equipo... —dijo decepcionada.

Saulo le agarró las mejillas con delicadeza.

—Y lo somos, pero Leo te afecta demasiado y he preferido encargarme yo solo de todo.

Pero le apartó las manos con brusquedad no queriendo escucharlo. No había contado con ella para seguir buscando a Zanetti para vengar a Leo. No entendía que se sentía culpable por la muerte del que había sido su novio. Simplemente la había apartado de algo que significaba demasiado para ella.

Negó con la cabeza, dolida por la actitud que había tomado con todo este tema.

—No me puedo creer que me hayas hecho esto, Saulo. Me he pasado horas frente al ordenador *hackeando* cuentas, correos, números de teléfono para que ahora tú solo te encargues de Zanetti.

—No quiero ponerte en peligro de nuevo, mucho menos ahora con nuestro hijo en tu vientre —dijo él acercándose más a ella.

—¡Eso no me hace una mujer débil! Parece mentira que no me conozcas...

Salvatore decidió intervenir y se acercó a Byanca, mientras Giulia se mantenía en un segundo plano.

—No es bueno que te pongas nerviosa —dijo el forense.

Giulia, entonces, se incorporó y miró a ambos hombres.

—Estar embarazadas no nos hace débiles. Yo tuve que lidiar con meses de encierro y di a luz sola. No es justo que apartes a Byanca de algo en lo que ella ha estado trabajando. Ese hombre fue importante para ella y merece hacer algo para vengarlo. —Todos miraron a la mujer que se acercó a Byanca y la agarró del brazo para transmitirle todo su apoyo—. Además, no ha hecho nada que ponga en peligro su vida salvo *hackear*. Si atrapáis a Zanetti sé que no dejarás que le haga daño, pero no puedes dejarla fuera de esto.

»Yo nunca supe nada de lo que hacía Lucio, quizás si lo hubiese sabido habría sabido protegerme de las personas que me secuestraron y que ahora quieren verme muerta. Los secretos no son buenos. La confianza es esencial en la vida de una pareja.

Salvatore miró a su viudita satisfecho y luego a Saulo que pareció comprender lo que ella le decía. El forense no podía estar más orgulloso de ella, pero, de repente, cayó en algo de lo que

acababa de decir y volvió a mirarla. Giulia lo miró fijamente respondiendo a la pregunta que le hacía sin palabras.

Había escuchado la conversación telefónica que había tenido con Saulo.

El mafioso se acercó a su mujer y volvió a tomar sus mejillas con delicadeza.

—Perdóname, Byanca. No volverá a suceder, lo haremos juntos como te prometí, pero quiero que tengas mucho cuidado y que cuando salgas de la casa no lo hagas sola —dijo apoyando la frente en la de ella.

La joven cerró los ojos inspirando hondo mientras posaba sus manos en las de él.

—Tendré más cuidado la próxima vez.

Saulo sonrió y la besó con dulzura. Ahora que habían solucionado todo aquello, se despidieron de la pareja y salieron de la casa.

Una vez solos, Salvatore volvió la vista hacia Giulia y ella encogió los hombros.

—No veo bien que la engañéis de esta forma, pero no diré nada. En algún momento se enterará por otra fuente y va a ser mucho peor.

Salvatore la atrajo hacia sí y apoyó la barbilla en la cabeza de la mujer.

—Lo sé, Giulia. Lo sé.



## 35.

Adriena estaba en su habitación, vestida únicamente con una bata de seda y tomando una copa de champán recostada en su cama mirando hacia la nada.

Hacía bastante rato que había mandado una pequeña sorpresita a la mujer de Lucio. Y no sería la última mientras ultimaba su venganza definitiva, aquella con la que destruiría a esa mujer. Aquella que le robó el amor de su hombre, de aquel que había amado y que nunca supo apreciarlo.

Estaba pensando incluso quedarse con el vástago que había tenido. Pensar en ello la llenaba de rabia lo que le hizo lanzar la copa contra la pared haciéndola añicos y manchando la pared y el suelo del líquido amarillento.

Necesitaba descargar toda esa rabia de alguna manera, pero Zanetti ya no venía a por ella y no sabía qué hacer. Kelso no quería satisfacerla como ella necesitaba por mucho que lo provocara. El sexo convencional ya no le valía.

Se levantó de la cama para dar vueltas por la habitación para luego dirigirse hacia su mesilla de noche donde tenía un sobre con varias fotos de Lucio y ella compartiendo noches de pasión desenfadada.

Pasaba las fotos y a veces acariciaba en ellas la cara de él.

La venganza contra aquella mujer iba a ser terrible. Le iba a hacer sufrir lo indecible y le suplicaría que la matara, aunque eso podría volver a unirla con Lucio.

—No... —dijo ella negando con la cabeza—. No quiero que vuelvan a unirse... Lucio es mío, solo mío. —De repente sonrió con la mirada perdida—. Siempre puedo hacerlo elegir... ¡Claro! Él tendrá que elegir a una de las dos y estoy segura de que me escogerá a mí. Yo lo amo de verdad, ella, en cambio, está con otro hombre. ¡Sí! Lucio me va a elegir a mí. Lo hará.

Empezó a reír escandalosamente mientras lanzaba las fotos al aire y se recostaba en el suelo.

En su mente ya empezaba a fraguarse la venganza perfecta contra Giulia y muy pronto la cumpliría. Lucio se daría cuenta de lo mala mujer que era y se iría con ella que había dado todo y más por lo que sentía por él.

—¡Ámame, Lucio! —exclamó mientras se abría la bata y comenzaba a tocarse los pechos—. Soy y seré tuya hasta el final. ¡Yo sí que te amo!

Tomó sus propios pezones con los dedos para pellizcarlos casi con violencia jadeando a la vez que no dejaba de nombrar al hombre. Una de sus manos viajó por su abdomen hasta llegar a su entrepierna que ya estaba húmeda y anhelante. Se masajeó el clítoris para luego meter un dedo en su interior, aunque no fue suficiente para darse el placer que necesitaba por lo que metió otro y empezó con un mete y saca mientras con el pulgar frotaba su botón.

Las investidas de sus dedos se sucedieron casi con violencia hasta que se corrió gritando el nombre de Lucio para luego quedar tendida en el suelo con la respiración agitada y una enorme

sonrisa en el rostro.

Salvatore se dirigía a la habitación para descansar, estaba muy cansado y había pasado muchas cosas en un solo día.

Se quitó la camiseta de Guns N' Roses que llevaba y los vaqueros oscuros, quedando en bóxers. Bajó las sábanas y se acostó mirando al techo, dándole vueltas a aquel sobre que había en el cajón de la mesa de Lucio. ¿Qué podría ocultar?

¿Por qué tendría algo cerrado bajo llave?

Entonces, el ruido de la puerta al abrirse lo sacó de sus pensamientos para ver a su viudita entrar.

Ella miró a su alrededor y vio las prendas que él había tirado al suelo.

—Deberías dejar la ropa colocada en algún sitio y no tirada por el suelo —dijo ella mientras se dirigía a su lado de la cama para quitarse el pantalón de chándal y la camiseta que llevaba, para dejarla sobre una silla que había en la habitación. Volvió a sentarse para coger el pijama y ponérselo, pero Salvatore se incorporó y la abrazó desde atrás con cariño.

Ella cerró los ojos y se dejó abrazar a la vez que suspiraba. Había estado tensa desde que había encontrado aquella caja con la rosa negra en la puerta de la casa.

Durante un rato no hubo palabras, solo un abrazo que transmitía mucho más que cualquier cosa que tuvieran que decir.

Aquel silencio los invitó a dejarse llevar y a olvidar por unos instantes todo lo que ocurría fuera de aquel refugio.

Salvatore le apartó el pelo a un lado y le dio un beso justo detrás de la oreja haciendo que ella se estremeciera. Sus manos subieron muy lentamente por su vientre hasta llegar a los pechos aún cubiertos por el sujetador, los cuales masajeó casi con delicadeza arrancando suspiros a Giulia, que acabó recostada contra el pecho del forense.

Este sabía que debía parar, ella había tenido un mal momento aquella tarde, pero quería hacerle olvidar lo ocurrido.

Le giró la cara con suavidad y besó sus labios. Ella se aferró a él con una mano en su cuello para, finalmente, girar del todo hacia él.

El forense los acomodó quedando él sentado y ella encima sin dejar de besarse. Sin poder esperar mucho más, le desabrochó el sujetador para liberar los pechos que tocó con veneración.

Los acarició sintiendo en su palma los duros pezones y deseó lamerlos, por lo que separó sus labios de los de ella para bajar depositando cortos besos por su barbilla, cuello y el valle entre sus pechos dirigiéndose luego a uno de ellos para besar la punta antes de lamerlo y succionarlo con destreza arrancando gemidos a Giulia que arqueó la espalda, anhelando más.

Ella se aferró a él cogiendo entre sus manos su pelo para que no se apartara. A pesar de

conservar las bragas, podía notar la erección de Salvatore anhelando salir de su encierro en los bóxers.

Se sentía húmeda, deseosa de ser penetrada y mientras él prestaba atención a sus duras cimas, ella bajó una de sus manos hasta la cinturilla de la prenda donde la metió y tomó en su mano el duro miembro.

Salvatore siseó contra los pechos de Giulia al sentirla presionando lo justo su dura polla.

Levantó la mirada y pudo ver el brillo de deseo oscureciendo aquellos ojos azules como el mar embravecido.

Sus manos, que habían permanecido en sus caderas, se movieron con destreza para apartarle las bragas a un lado e introducir un dedo en ella.

—¡Salva! —exclamó apoyando la cabeza en el hueco del cuello de él.

El forense sonrió y besó su hombro.

—Eres como una pequeña ninfa, Giulia, y me vuelves loco con solo mirarte.

—No me dejes nunca... —susurró ella de repente, aferrada a él—. Ya perdí a Lucio y no quiero perderte a ti también.

Salvatore parpadeó confuso y la apartó para mirarla a la cara. Sus ojos brillaban por las lágrimas que habían escapado y él se las limpió. Sabía que en algún momento iba a soltar todo lo que llevaba dentro.

—Vamos a estar juntos, nada ni nadie nos podrá separar —dijo él acariciándole las mejillas limpiando todo rastro de lágrimas.

Giulia cerró los ojos.

—Prométemelo, por favor —le rogó.

—Te lo prometo.

Él volvió a besarla dulcemente mientras la atraía hacia sí y la abrazaba. Ella se dejó llevar de nuevo, sobre todo cuando él volvió a dejar un rastro de besos por su cuello y clavícula hasta volver a sus pechos.

Giulia volvió a jadear ante la atención que él estaba dándole a sus dos cimas. Se aferró a él con fuerza sintiendo cómo aumentaba la humedad entre sus piernas reclamando atención.

Entonces Salvatore sacó su miembro liberándolo del encierro de los bóxers y se apartó de los pechos de ella para mirarla a los ojos.

—Móntame... soy todo tuyo —le dijo él con voz enronquecida.

Ella asintió. Salvatore abrió el cajón de la mesilla de noche para sacar un preservativo que rápidamente se colocó. Giulia, tras volver a hacer un lado sus bragas, se incorporó un poco para encontrarlo y colocarse justo sobre él para luego introducirlo poco a poco en su interior, llenándola.

En esa posición pudo sentirlo tan dentro que se volvió loca de deseo.

Él contuvo la respiración durante unos segundos y cuando la sintió moverse de arriba abajo con cadencia, no pudo evitar gruñir porque sabía que ella era su hogar, su salvavidas, su refugio.

Giulia era su mujer y eso nadie lo iba a cambiar. Volvió a besarla mientras ella seguía moviéndose, aumentando la velocidad a medida que sentía que sus cuerpos iban llegando a la cima.

Y estallaron.

Estallaron en un orgasmo demoledor que les había hecho gritar sus nombres quedando luego laxos sin siquiera poder moverse de la posición en la que estaban.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de Salvatore con los ojos cerrados mientras recuperaba el aliento a la vez que él la abrazaba con fuerza, como si no quisiera que se alejara.

—Tengo miedo, Salva. Esa rosa y esa nota...

El forense la besó en la frente antes de contestar.

—No te harán nada porque no pienso permitirlo.

—Pero cuando no estés en casa... ¿y si le hacen algo a nuestra hija?

—Sé que no vas a permitir algo semejante, como ya te he dicho muchas veces: eres una mujer valiente y que estás dispuesta a todo por proteger lo que más quieres, lo has demostrado con creces.

—No soy tan valiente como piensas, Salva. Un simple goteo de una tubería me llena de terror en cuanto lo oigo, no puedo salir a la calle sin pensar que están ahí, en cualquier lugar vigilándome. No me siento valiente.

—Jamás deberías dudar de ti —dijo él acariciándole la espalda.

—Depositamos mucha fe en mí —dijo Giulia jugueteando con el vello del torso masculino.

Él la apartó lo justo para volver a mirarse a los ojos.

—Aunque no fueras la mujer más valiente del mundo yo siempre estaré ahí para que te apoyes en mí, para que me dejes ayudarte cuando lo necesites y yo quiero protegerte de todo mal. No quiero que nada malo te ocurra y no voy a permitirselo, te prometo que averiguaré quién está detrás de todo esto para que nos dejen en paz.

Ella asintió y volvió a recostarse sobre él, aun unidos en sus sexos. No quería moverse, pero se sentía un tanto cansada, así que lo hizo. Necesitaba dormir para olvidar lo ocurrido aquella tarde. Salvatore se quitó el preservativo para tirarlo a la basura.

Giulia se recostó de lado y cerró los ojos. Al momento volvió el forense y se acostó tras ella atrayéndola luego hacia sí.

Trataron de dormir, pero Salvatore seguía pensando en aquel sobre. De repente, escapó de sus labios una pregunta que quería hacerle a ella cuando hubiese pasado la noche, pero que no supo

controlar.

—¿Crees que Lucio escondía algo importante para que lo mataran?

Hubo unos segundos de silencio antes de que ella girara el rostro para mirarlo.

—Todos tenemos secretos, Salva, seguro que Lucio tenía los suyos como yo tuve el mío en su momento —dijo ella recordando la infidelidad a su marido.

—No me refiero a ese tipo de secretos. Quizás ocultaba algo importante y es la razón por la que lo mataron y luego fueron a por ti.

—¿Qué quieres decirme con esto?

Salvatore se incorporó a la vez que ella se giraba para verlo mejor.

—Hoy fui con Gatti a vuestra casa para buscar la famosa foto que dijiste.

Ella también se incorporó.

—¿Has ido a mi casa?

—Tenemos que averiguar quién quiere hacerte daño, por eso lo hice.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Es mi casa.

—Porque quería tenerlo todo resuelto, pero eso no es lo importante. Registré el despacho de Lucio y en su escritorio había un cajón cerrado con llave.

Giulia frunció el ceño.

—¿Cerrado con llave?

—Sí. Gatti logró abrirlo y encontramos un sobre, pero no lo abrimos. Debe ser algo muy importante como para ocultarlo allí.

Ella se abrazó las rodillas, pensativa.

—Esto me lleva a pensar que no conocía a Lucio como creía. Sé que me ocultaba cosas, incluso no me dejaba entrar mucho en su despacho. No le daba importancia porque pensaba que lo decía para que no le descolocara los papeles o no sé... ¿Por qué tendría que ocultar algo en nuestra casa?

Salvatore se encogió de hombros.

—Ojalá tuviese la respuesta. Quizás esté en ese sobre.

—¿Piensas volver allí para cogerlo?

Él la miró por unos segundos con cierta sorpresa.

—De momento no, ¿por qué lo preguntas?

—Quiero ir contigo. Me gustaría ver qué hay en ese sobre. Si está relacionado con lo que me ha ocurrido tengo el derecho de saberlo —dijo mirándolo fijamente.

—¿Estás segura de querer volver allí? Esa casa te trae demasiados recuerdos.

Giulia se mordió el labio inferior. Salvatore tenía razón, pero era momento de enfrentar su pasado para darle una nueva oportunidad al presente, para poder continuar con su vida sin aferrarse a un pasado que por momentos fue feliz y por otros fue una terrible desdicha.

A su mente vino la imagen de Lucio sonriendo, abrazándola..., pero luego aparecía el hombre taciturno, el que a veces se pasaba horas y horas encerrado en su despacho sin hacerle caso.

¿En algún momento fue realmente feliz con él? Los momentos felices quedaban eclipsados por los malos.

Miró al hombre que tenía a su lado y que no había dejado de mirarla confuso.

Ese hombre se había ganado un hueco en su corazón que cada vez se hacía más y más grande dejando el espacio de Lucio totalmente reducido. Un error de una noche había cambiado muchas cosas en su vida y deseó por un momento poder vivir feliz finalmente. Ya era hora de serlo.

—Quiero ir contigo a mi antigua casa para descubrir qué contiene ese sobre —dijo con seguridad.

## 36.

Giulia se retorció las manos mientras se dirigían a la que había sido su casa. Aquella que había compartido con su marido. La que dejó cuando recibió un paquete como el que le había llegado ayer.

En aquel momento estaba muy asustada, sola, embarazada, llorando aún la muerte de hombre al que creyó amar.

Cómo habían cambiado las cosas en tan solo unos meses. Ahora apenas recordaba a Lucio y todo lo ocupaban su hija y Salvatore. Ella lo miró de reojo.

Se veía como un tipo duro mientras conducía, pero sabía que él también estaba nervioso. Sin poder evitarlo, posó una mano en la que él tenía sobre la palanca de cambios de marcha.

Él la miró por unos segundos, para luego volver la vista a la carretera.

—Soy yo la que debería estar nerviosa y no tú —dijo ella—. Serán muchos recuerdos los que encontraré allí, pero si te soy sincera, ya no la siento como mi casa. Hace meses que dejó de serlo.

Ella miró hacia atrás donde su hija dormía en la sillita y sonrió levemente.

El forense inspiró hondo.

—Temo que lo que encontremos no te guste.

—Espera a que lleguemos, quizás no es nada importante y estamos haciendo una montaña de un grano de arena —dijo ella tratando de sonar convencida, aunque un presentimiento se había instalado en su pecho y temía que lo que encontraran no iba a ser de su agrado.

Por fin, aparcaron delante de la casa y ella la observó detenidamente. Conocía aquella pared, la puerta, las ventanas, pero la sentía muy lejana en el tiempo.

Venían recuerdos del pasado, como el momento en el que entraron por primera vez los dos tras haberla comprado, con miles de planes de futuro que quedaron olvidados por el trabajo de él.

Aquel recuerdo se vio empañado por el momento en el que él se fue ese día de su asesinato, enfadado por su infidelidad con Salvatore. Un momento que jamás olvidaría porque ahí perdió lo que creyó era parte de su ser.

Salvatore la miró y le tomó la barbilla entre los dedos para que lo mirara también.

—Entra sola. Necesitas este momento.

Giulia negó con la cabeza.

—Entremos juntos.

—Tienes que entrar sola, Giulia, enfrentar fantasmas del pasado. Yo iré cuando saque a la niña

del coche, pero primero debes ir tú —dijo entregándole la llave.

Ella miró el objeto y no supo qué hacer, pero tras un gesto de Salvatore, asintió y se bajó del vehículo para observar de nuevo la fachada de la casa. Con paso pausado se acercó a esta con la llave en la mano.

La metió en la cerradura y giró para luego abrirla. Entró lentamente, casi con miedo. La visión que llegó a ella le demostró que todo seguía igual. Nadie había descolocado nada. El mueble de la entrada, una chaqueta de Lucio colgada en el perchero y que nunca se atrevió a quitar tras su muerte, la única prenda que no había guardado. Las escaleras al fondo del pasillo.

Su corazón latió con violencia. Tocó la tela de aquella chaqueta, pero no sintió nada removerse en su interior. Se adentró hasta dar con la cocina en la que parecía estar todo recogido y limpio. A pesar de permanecer todo en su sitio, alguien se había encargado de que no hubiese ni una mota de polvo en aquella casa.

Salió de esta para ir hasta el salón en la que se vio invadida por todas las fotos que había repartidas aquí y allá sin orden ni concierto. Se acercó hasta una mesa donde había varios marcos y cogió uno en el que se veía a ellos dos juntos a la salida de una cena romántica que habían tenido.

Cogió otro en la que salían ellos abrazados junto a la torre de Pisa con amplias sonrisas. Tantos recuerdos en aquellas imágenes..., pero ya no le transmitían nada.

Sintió pasos tras ella y se giró para ver a Salvatore con Fiorella en brazos. Él la miró preocupado.

—¿Todo bien? —preguntó con voz tensa.

Se veía miedo en su mirada por si los recuerdos hacían mella en ella. Nunca lo había visto tan vulnerable, salvo el momento en el que se encontraron en el hospital por primera vez después de su secuestro.

Ella mostró una leve sonrisa a la vez que dejaba los cuadros sobre la mesa.

—Sí, todo bien —dijo ella acercándose a él.

Salvatore asintió levemente y parte de aquel nerviosismo que presentaba se difuminó.

—Si necesitas más tiempo, puedo esperar con nuestra hija en el despacho de Lucio.

Ella miró al interior del salón por unos instantes antes de volver a mirarlo.

—¿Sabes? Pensé que me iba a afectar entrar y encontrar todos estos recuerdos —dijo señalando los cuadros—, pero es como si todo esto perteneciese a otra Giulia, no a la que soy ahora. Pertenecen a una mujer devastada por el dolor de la pérdida de su marido que pidió ayuda al jefe de este y que luego huyó al toparse con el hombre que ahora tiene ante sí. Esa mujer cambió drásticamente cuando se vio encerrada en una habitación, encadenada a una pared mientras sentía a su hija crecer en su vientre. No soy la misma mujer, Salva.

»Me vienen los recuerdos a la mente, pero los veo tan lejanos que ya no parecen míos. No



siento nada y no sé si eso me hace una mala mujer.

—Jamás podrías ser una mala mujer, Giulia. Tú misma lo acabas de decir. Cambiaste. Nadie puede culparte de ello. No ha sido fácil lo que has tenido que vivir así que no te sientas mal.

Ella sonrió.

—Gracias, Salvatore. Gracias por no haberme olvidado cuando desaparecí.

—Jamás podría haberlo hecho. Te busqué desesperadamente porque te volviste parte esencial en mi vida y no podía perderte.

Ella se abrazó a él con los ojos cerrados, aspirando su aroma masculino mezclado con el de su hija y se sintió dichosa. Se sintió en casa. Ellos eran su hogar.

—Deberíamos ir al despacho de Lucio. Salir de dudas por fin.

Él asintió y juntos se dirigieron hasta allí. Giulia entró primero y se acercó hasta el escritorio. Apenas había entrado en esa habitación mientras su marido estuvo vivo por lo que le resultaba extraño estar ahí.

Se sentó y miró todo a su alrededor sin saber muy bien qué hacer.

El forense se acercó y señaló el cajón que hasta el día anterior había permanecido cerrado con llave. Giulia inspiró hondo antes de abrirlo y encontrar el sobre en el interior. Lo cogió para colocarlo sobre la mesa sin dejar de mirarlo.

Volvió la vista hacia Salvatore sin saber muy bien si debía abrirlo o no, por lo que él la instó a hacerlo. Era el momento de salir de dudas y ver qué ocultaba aquel sobre de una vez por todas.

Giulia inspiró hondo y abrió la solapa casi con cuidado. El contenido parecía ser fotos. Bastantes fotos. Las sacó todas y al ver la primera ahogó un jadeo. Fue pasando una a una sin poder creer lo que veía en aquellas imágenes.

Al no poder seguir viéndolas las soltó sobre la mesa y se incorporó mientras cerraba las manos en puños y la rabia la invadía.

Cuando Salvatore apreció el cambio en ella, no dudó en acercarse a ver qué la había alterado tanto. En ellas se veía a Lucio en una habitación de hotel con una mujer a la que no se le veía el rostro.

—Creía que conocía a Lucio, pero ya esto me ha confirmado que no es así. Me engañaba con otra. Y tuvo la poca dignidad de echarme en cara que le pusiese los cuernos. No puedo creerlo — dijo cubriéndose el rostro.

—Giulia...

—Por Dios, Salva, estuvo a punto de pegarme por lo que hice y él hacía lo mismo. Es que no puedo creerlo. No puedo.

Se detuvo y lo miró. En sus ojos se podía ver el dolor por haberse sentido culpable durante tanto tiempo.

—No voy a justificarlo —dijo él—. Las pruebas son claras.

—No puedo creer que me hiciera esto. Yo haciendo todo lo posible por una relación que se basaba en una mentira. Tantas fechas que quería celebrar con él y nunca estaba en casa. Seguro que lo pasaba con ella. Me mentía, Salva, me mentía.

La rabia podía con ella y sin pensar en lo que hacía, se dirigió al salón y cogió uno de los cuadros para lanzarlo contra la pared para hacerlo añicos. Todas aquellas fotos no eran más que un vil recuerdo de un hombre que nunca fue sincero con ella.

Uno a uno fue cogiendo los cuadros y tirándolos en diferentes direcciones. Salva la siguió para ver el estropicio que estaba haciendo. Quiso detenerla, pero sabía que necesitaba descargar toda aquella rabia que había nacido en ella.

De repente, Fiorella se puso a llorar y él trató de calmarla.

Giulia, al oír el llanto de su hija, se detuvo y se giró hacia ella para cogerla en brazos. Seguro que la había asustado con el ruido de los cristales al romperse.

—Ya está, cariño. Ya pasó, ya pasó. —Se sentó en el sofá mientras acunaba a su hija y de repente empezó a llorar—. ¿Por qué me lo hizo, Salva? ¿Por qué?

El forense se agachó y apoyó las manos en las rodillas de ella que lo miró con desasosiego.

—Ojalá tuviese la respuesta, pero ni siquiera yo me esperaba esto de él si te soy sincero. Yo lo apreciaba mucho, pero esto ha hecho que me replantee muchas cosas.

—No me merecía algo semejante. Yo lo di todo por esta relación, le entregué mucho de mí. Me sentí muy mal cuando nos acostamos la primera vez, tanto que incluso llegué a perder el sueño y él... él... ¡joder! Lloré su muerte con la culpabilidad pesando en mi conciencia. No es justo.

Salvatore permaneció callado, simplemente la observaba y le limpiaba las lágrimas que escapaban de sus ojos azules.

—Lo mejor es que nos vayamos de aquí, ya vendré por esas fotos más adelante para analizarlas.

—No hay nada que analizar. Por mí puedes quemarlas como toda esta casa. Al entrar sentí que nada me unía y ahora —dijo levantándose— muchísimo menos.

Sin decir nada más, salió de la casa y tras colocar a su hija en la sillita, se sentó en el asiento del copiloto a la espera de que él saliese.

Salvatore se incorporó y miró hacia el techo con claro odio.

—Eres un jodido cabrón que no se merece ni una sola de las lágrimas que lloró Giulia cuando te mataron. Espero que estés retorciéndote en el infierno.

Por un momento volvió al despacho cogiendo las fotos y volviendo a meterlas en el sobre. Había tenido la poca decencia de guardarlas en su propio despacho bajo llave. Claro, así nadie sabría lo cabronazo que era. Qué bien escondido se lo tenía todo.

Tras guardar las fotos en el sobre, las guardó en el bolsillo trasero de sus pantalones para llevárselas a analizar.

Volvió al coche donde ella permanecía mirando al frente. Se abrochó el cinturón y emprendió la marcha hacia su casa, pero a medio camino ella dijo:

—Llévame al cementerio.

Salvatore la miró brevemente sin comprender.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Llévame al cementerio, ahora.

—Pero...

—Si no lo vas a hacer déjame aquí y cogeré un taxi —dijo ella malhumorada.

—De acuerdo, te llevaré, pero tienes que tranquilizarte.

—Estoy muy tranquila.

—Ya se nota, ya —dijo Salvatore en apenas un susurro buscando la salida para ir al cementerio.

Cuando llegaron, ella se bajó y cerró de un portazo. Salvatore se llevó las manos a la cabeza. Nadie trataba a su coche así, pero cualquiera le decía algo a Giulia en su estado.

Ella entró en el camposanto y se dirigió a la tumba del que había sido su marido. Allí vio que alguien había puesto flores y la rabia creció en ella.

—Imagino que esas flores las dejaría tu amante —dijo mirando hacia el mármol donde estaba el nombre con las fechas de su nacimiento y muerte—. ¡Eres un maldito! ¿Cómo te atreviste a echarme en cara que te puse los cuernos cuando tú me hacías lo mismo? Yo haciendo todo porque fuéramos una pareja feliz mientras te dedicabas a tirarte a otra.

»¿Cuántos secretos más tenías? Dime cuántos. ¿Por qué van a por mí y no a por tu amante? Quiero que me dejen en paz porque para ti está visto que nunca fui tu mujer. Te odio, Lucio. No sabes cuánto te odio.

Cogió el ramo de flores y lo tiró al suelo. Con la respiración agitada se giró para marcharse, pero la visión de un hombre no muy lejos de allí la paralizó.

Enseguida lo reconoció. Era el hombre que había ido al lugar donde había estado encerrada. Reconocería su cara en cualquier lugar. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Su cuerpo no respondió a las órdenes de su mente de largarse de allí durante unos instantes, solo lo consiguió cuando vio que él empezó a acercarse con paso acelerado.

Ella echó a correr sorteando las tumbas mientras miraba hacia atrás para ver a qué distancia se encontraba y lo vio demasiado cerca. Al no mirar hacia delante, tropezó con una de las tumbas y cayó de rodillas al suelo provocando que se rompieran los vaqueros y se hiciera varios raspones en ellas.

Jadeó de miedo al volver la vista por lo que se incorporó no sin hacer un gesto de dolor por las heridas abiertas, pero lo primero que debía hacer era correr y ponerse a salvo. Debía salir del cementerio donde la esperaba Salvatore, pero cada vez estaba más lejos de esta.

Sorteó muchas tumbas hasta que a lo lejos encontró una lo suficientemente grande como para lograr esconderse, intentó despistar al tipo para poder hacerlo y esperar a que Salva se diese cuenta de que tardaba demasiado.

Ese hombre no podía atraparla de nuevo.

Se sentó con la espalda apoyada en el mármol mientras recuperaba el aliento.

Al sentir pasos cerca, contuvo la respiración y no se movió apenas para no delatarse mientras rezaba interiormente para que no la encontrara.

## 37.

Kelso había seguido a la pareja desde que salieron de su casa hasta la de Lucio. Estuvieron mucho tiempo allí, luego ella salió completamente enfadada con su bebé en brazos al que colocó en su sillita para luego meterse en el asiento del copiloto.

Pocos minutos después vio a ese hombre salir de la casa y meterse en el interior del vehículo para volver por el camino que habían hecho, pero, de repente, se desviaron para dirigirse al cementerio.

Una vez allí, ella se bajó sola y se adentró en el camposanto. Aquella era una buena oportunidad para atraparla y llevarla ante Adriana por lo que se bajó de su coche y entró en el cementerio intentando pasar desapercibido a los ojos del hombre que esperaba a Giulia.

La vio ante la tumba de Lucio pelear moviendo exageradamente las manos.

No parecía estar muy asustada a pesar de haber dejado el paquete con la rosa negra en la casa en la que vivía actualmente. La última vez que lo había hecho, había salido despavorida hasta la casa del jefe de Lucio.

Llevaba varios días vigilándola. Viendo que solo había salido en contadas ocasiones, cosa que no ponía nada fácil un ataque hacia su seguridad.

De repente, ella se giró y al verlo, lo reconoció, algo nada bueno teniendo en cuenta que en la entrada estaba su pareja. Debía hacer algo para acallarla y lo mejor que se le ocurrió fue seguirla y atraparla. Si escapaba y se lo contaba a ese hombre, ya no habría posibilidad alguna de que Adriana cumpliera con su amenaza de matarla.

Rápidamente corrió hacia ella que empezó a huir, pero no podía hacer nada con la velocidad de él. La vio caer y creyó que era su momento.

La muy perra se levantó y siguió corriendo y corriendo, sorteando tumbas sin freno hasta que la vio tomar un camino hacia un lado. La siguió, pero la perdió de vista en tan solo unos segundos.

Miró a su alrededor buscándola, intentando encontrar algún indicio de dónde se ocultaba, pero era como si hubiese desaparecido.

Maldijo para sus adentros y siguió buscándola un buen rato más sin hallar rastro de ella.

Unos minutos más tarde vio una sombra correr a toda velocidad hacia la salida. Era ella, así que corrió para atraparla, pero tras mucho correr se dio cuenta que se dirigía hacia la salida, hacia el coche del forense.

Se detuvo bruscamente para que él no lo viese o sería su perdición.

Salvatore esperaba a Giulia sentado en el coche cuando recibió una llamada a su móvil. Al ver la pantalla, descolgó.

—Gatti, ¿me echas de menos? ¿Acaso no puedes vivir sin mí?

—Echaba de menos esas bromas tuyas, pero no te llamaba para eso —dijo el policía con voz seria.

Aquel tono puso sobre aviso a Salvatore que se irguió en el asiento.

—¿Qué ocurre?

—Estuve buscando información sobre la mujer que se casó con tu padre... Al parecer hubo una denuncia que no llegó a nada por falta de pruebas, ya que asegura el informe forense que el hombre sufrió un paro cardíaco. Fue sorprendente porque decían que era un hombre sano.

—¿Así sin más? ¿Qué pruebas hicieron al cuerpo? —preguntó confuso—. Bueno, un cuerpo sano también puede sufrir paros cardíacos, pero imagino que le harían pruebas exhaustivas ¿no?

Al otro lado de la línea se empezó a oír a Gatti murmurar lo que veía en el informe forense, pero de repente, paró.

—¡Tío, no entiendo nada! Yo no soy forense.

—¿Cómo es posible que seas poli?

—Estas cosas las prefiero escritas en italiano de la calle, nada de tecnicismos o no me entero.

—Mira a ver si le hicieron pruebas toxicológicas —dijo Salvatore suspirando.

—Eh... no, no veo nada.

—Entonces estamos como al principio, Gatti. No hay nada que nos diga un posible envenenamiento o una lenta muerte por alguna sustancia, simplemente un paro cardíaco. Si no hay examen toxicológico no tenemos nada que hacer.

—Mira, yo no sé, ven tú y lees el informe o vas a la casa de tu padre y buscas algo que pueda llevar a un paro cardíaco en una persona medianamente sana, yo más no puedo hacer porque no entiendo nada.

—Mándamelo a mi correo y lo miro con...

Miró hacia la puerta del cementerio y vio a Giulia correr con desesperación hacia el coche. Se metió rápidamente al coche.

—¡Arranca, rápido!

—Gatti, luego te llamo —dijo antes de colgar y soltar el móvil para mirarla—. ¿Qué ocurre?

Giulia temblaba de pies a cabeza y no dejaba de mirar hacia el interior del cementerio donde pudo ver la silueta del hombre que la había seguido.

—¡Arranca! —gritó desesperada.

Salvatore puso el coche en marcha y se alejó de allí todo lo rápido que pudo.

Giulia se frotaba las manos y se dio cuenta que también tenía algunas heridas hechas al caer.

Le escocían las rodillas.

—¿Se puede saber qué ha pasado? ¿Por qué estás herida?

—Ese hombre... estaba allí, me seguía... intenté correr, huir de él. Me caí y casi me atrapa. Logré esconderme hasta que pude salir sin que me atrapara. Me está siguiendo, Salva —dijo mirándolo desesperada—. Van a por mí otra vez...

—Tranquilízate, Giulia. Lograste escapar que es lo importante.

Salvatore maldijo interiormente al verla tan afectada. Tenía que haber entrado con ella y verle la cara a ese malnacido que estaba amenazando con su seguridad.

No. Esta vez no iba a dejar que la atraparan.

Llegó rápido a su casa.

—Quédate en el salón, yo me encargo de Fiorella y te curo las heridas.

Ella asintió y se dirigió hacia allí para sentarse en el sofá con la mirada perdida.

Salvatore subió con la niña y tras revisar el pañal, la dejó en la cuna descansando. Luego fue a por su maletín y se dirigió al salón donde Giulia permanecía sentada sin mirar nada en particular.

Se agachó ante ella para observar cómo estaban las heridas. Por suerte eran cortes superficiales que requerían de una limpieza y un par de tiritas. Cogió una botella de suero y limpió las heridas con abundante líquido.

Giulia apenas se quejó salvo cuando empezó a pasarle una gasa para quitar la suciedad incrustada como pequeñas piedrecillas.

—No se han limitado a dejar solo el paquete, también me siguen... Yo solo quiero que acabe de una vez todo esto.

—Y acabará, te lo prometo. Encontré huellas en la foto nuestra que tenía Lucio y las he aislado para analizarlas. Quien sea el que haya tomado la foto está relacionado con lo que te está ocurriendo, yo mismo me encargaré de ellos y no volverán a molestarte.

Giulia suspiró bajando la mirada.

—Estoy tan cansada de todo esto...

—Lo sé, pero pronto se acabará todo.

Ella se incorporó y se dirigió a la cocina sin decir nada bajo la atenta mirada del forense que guardó las cosas en el maletín que se llevó al despacho dejándola unos minutos sola. Si seguía encima de ella, actuaría a la defensiva y se cerraría en banda.

Se sentó en el escritorio y encendió el ordenador para ir al correo donde estaba el mensaje de Gatti con el informe forense de una de las parejas de la mujer que estaba con su padre.

Cogió las gafas y abrió el documento para empezar a leerlo. Al principio todo parecía correcto, pero a medida que avanzaba se dio cuenta de que faltaba mucha información. No había

análisis toxicológico.

—¿Por qué no hay ningún análisis de ese tipo? —se preguntó mesándose la perilla.

Aquel informe no estaba completo y eso era muy sospechoso.

Mientras tanto, Giulia seguía en la cocina intentando preparar algo para no pensar.

Estaban siendo unos días muy estresantes. La muerte de Piero en plena boda, el paquete en la entrada de la casa, el engaño de Lucio, lo ocurrido en el cementerio...

Todo aquello la estaba superando y sentía deseos de encerrarse en la habitación y no salir nunca más hasta que todo hubiese pasado. Estaba desmoronándose poco a poco y no quería volver a sentirse vulnerable.

Se apoyó en la mesa abrazándose, luego miró al techo.

—¿Por qué, Lucio? Si no me querías ¿por qué simplemente no nos separamos? No quería esta vida. Yo quería una existencia sencilla donde fuésemos felices y solo encuentro desdichas. ¡Joder!

Se acercó de nuevo a los fogones y removi6 con rabia lo que estaba cocinando.

—Si sigues removiendo con esa rabia nos vamos a quedar sin comida.

—Necesito descargar todo lo que siento.

—Hay mejores maneras de hacerlo, Giulia —dijo Salvatore acercándose para quitarle el cuchar6n y abrazarla—. No quiero verte así. Confía en mí y te sacaré de toda esta mierda.

Ella se refugió en sus brazos cerrando los ojos con fuerza.

—Cuando vi a ese hombre en el cementerio pensé que no iba a tener escapatoria. Corrí como una loca intentando encontrar un lugar donde esconderme para que no me viese. Sentí mucho miedo. Pensé que no volvería a veros. Sinceramente, no sé cómo conseguí correr hacia la salida.

—Lo importante es que lo hiciste y vuelves a estar con nosotros. Encontraremos la razón de por qué van a por ti. Ahora será mejor que atendamos esa comida o se nos quemará —dijo esto último con un tono un poco guas6n intentando sacar una sonrisa a su viudita, algo que logró casi al instante.

—¿Acaso sabes cocinar?

—Créeme que soy todo un chef —dijo Salvatore hinchando el pecho con orgullo.

—Entonces vas a cocinar hoy, lo que he puesto al fuego se acaba de quemar —dijo ella mirando hacia los fogones arrugando la nariz.

Él soltó una carcajada y tras apartarse de ella, apagó el fuego para apartar el caldero.

—Puedes darte un baño relajante en lo que yo hago la comida, lo necesitas.

Le dio un beso en la nariz y la hizo salir de la cocina.



Ella salió y se dirigió al baño. Abrió el grifo para que se fuera calentando el agua mientras se quitaba la ropa.

Se metió dentro dejando que el agua empapara su cuerpo y liberaba la tensión de sus hombros. La verdad que le estaba sentando de maravilla porque había dejado la mente en blanco para no pensar en nada.

Cuando acabó de ducharse, se envolvió en una toalla y luego se secó el pelo para ir a su habitación a ponerse algo cómodo. Se decidió por un pijama de pantalón largo y camiseta de manga corta. Bajó descalza hasta la cocina donde le llegó el olor de la pasta recién hecha.

Entró en la cocina y se acercó hasta los fogones donde Salvatore daba los últimos detalles a los platos de raviolis con un poco de perejil picado.

—Huele delicioso —dijo ella inspirando el aroma que soltaba aquella comida.

—Chef Salvatore a su servicio, señorita —dijo él haciendo una leve reverencia—. Veo que se ha puesto sus mejores ropas para cenar con este humilde cocinero.

Giulia sonrió después de mucho tiempo. Algo por lo que por fin sonreír después de tantas penurias.

Salvatore también sonrió y le acarició la mejilla.

—Me encanta tu sonrisa, Giulia. Me gustaría verte sonreír más.

Ella se dejó acariciar con los ojos cerrados.

—Sonreiré más cuando toda esta pesadilla acabe.

—Muy pronto. Ahora lo que podemos hacer es disfrutar de esta cena olvidándonos de todo a nuestro alrededor. Ser una pareja normal que está teniendo una cita romántica en la cocina de su casa, ¿qué te parece?

—Me parece una idea maravillosa —dijo Giulia apoyándose en el torso de él—, pero ¿dónde están las flores? —preguntó con cierto humor.

—Oh, error de novato.

—Muy mal, Salva, así no empezamos bien esta cita.

—Prometo recompensarte por las flores que no te he entregado.

Ella levantó la mirada hacia él con decisión.

—No me importan las flores, me importas tú porque has sido siempre sincero conmigo y porque, aunque no lo parezca, me proteges como si fuese algo valioso. No tengo palabras de agradecimiento suficientes para expresarte lo que siento.

Él la sujetó por las mejillas para mirarla a los ojos fijamente.

—Lo único que puedo decirte, Giulia, es esto: él no soy yo. Jamás lo he sido y jamás lo seré, puedo tener un humor negro y a veces ser un poco extraño en mis respuestas, pero te prometo que

nunca, nunca te mentiré. Valoro mucho la sinceridad.

Ella se aferró a sus manos volviendo a sonreír.

—Cierto, tú no eres él y no pienso compararte porque no tienes nada que ver con Lucio. En algún momento dejaremos el pasado atrás. Confío en que lo haremos y él quedará en el recuerdo, pero nunca estará en nuestro presente.

Salvatore acercó su rostro al de ella y le dio un tierno beso en los labios, preludio de una noche cargada de romanticismo.

## 38.

Era bien entrada la madrugada cuando oyó el llanto de Fiorella. Encendió la luz y miró a Giulia que dormía profundamente abrazada a él, pero se removió al escuchar llorar a su hija.

Gimió a la vez que se apartaba.

—La niña está llorando —dijo ella—. Debo ir.

Salvatore se incorporó.

—Quizás solo tiene el pañal mojado —dijo él levantándose también.

—Es posible, pero ya le toca comer... —Giulia bostezó a la vez que se frotaba los ojos e incorporaba para ir a la habitación de su hija.

Salvatore la vio marchar mientras se pasaba una mano por la cara para despejarse un poco.

Decidió bajar hasta la cocina a por un vaso de agua y al mirar hacia el salón vio la caja con la rosa negra y la nota. Se acercó hasta este y volvió a abrirla para coger el trozo de papel observándolo.

Aquel mensaje de amenaza era una declaración de intenciones y debía averiguar tan pronto como fuese posible quién trataba de acabar con Giulia o sería demasiado tarde para ella.

Volvería a la comisaría para seguir buscando similitudes de huellas en la base de datos. Debía dar con esa persona cuanto antes.

Dejó la nota sobre la rosa y volvió al piso superior justo cuando Giulia salía de la habitación de su hija bostezando. La sujetó de la mano y volvieron juntos a la cama. Se recostó y la atrajo hacia sí para abrazarla con fuerza.

Hubo unos segundos de silencio.

—Hay algo sobre mí que no sabes, Giulia.

Ella levantó la cabeza para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

—No te alarmes, en realidad no es mío, es sobre mi familia. Te lo cuento porque aparte de que quiero que lo sepas, estoy preocupado por mi padre.

»Verás... mis padres vivían felices hasta que mi madre enfermó y necesitamos contratar a una asistente para que la atendiera. Esta mujer, Dianora, empezó a cuidarla con mucho cariño, o al menos eso pensé hasta que mi madre comenzó a marchitarse muy rápido. Se suponía que debía estar mejorando, pero cada vez iba a peor hasta que murió de manera bastante sospechosa.

»Quise hacerle la autopsia, pero no me dejaron, me enfadé mucho en su momento; ahora, mirándolo con perspectiva supongo que lo hicieron por ser familiar directo, pero aún así sabía

que algo no iba bien con su muerte. Su informe no destacó nada de relevancia.

—Debió ser duro —dijo Giulia acariciando su torso.

—Lo fue —asintió—. Pero lo que peor llevé fue que mi padre empezara a salir con esa mujer cuando mi madre llevaba tan poco tiempo fallecida. Esa mujer lo engatusó de mala manera y se casaron. De ahí empecé a odiarlo y no he ido ni a verle.

»Dianora me daba muy mala espina y pedí ayuda a Saulo para investigarla. Maurizio consiguió información, pero no hay forma de demostrarlo. —Salvatore la miró unos segundos antes de suspirar y continuar—. No es la primera vez que lo hace y su próxima víctima es mi padre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella incorporándose un poco.

—Según estuvo investigando Maurizio, el modus operandi de Dianora es entrar en una casa a cuidar a la mujer enferma, esta muere y se casa con el marido, el que poco después también acaba muriendo.

—Pero eso es terrible.

—Lo sé. El problema es que no hay forma de demostrarlo porque las autopsias realizadas a los hombres solo hablan de paros cardíacos, lo que me lleva a pensar en algún tipo de veneno indetectable de primeras, pero no tengo forma de demostrarlo.

Quedaron en silencio, pensando en lo que acababa de contar Salvatore, entonces ella levantó la vista hacia él que la miró.

—¿Y si vas a verlo?

Él parpadeó, confuso.

—¿Ir a verlo?

—Claro. Si vas a la casa de tu padre, quizás encuentres lo que pueda estar usando esa mujer para matarlo y encuentres una forma de acusarla. ¿No acabas de decir que no han podido demostrar las otras muertes y crees que es por algún tipo de veneno? Si lo encuentras tendrás la prueba que necesitas.

—¿Crees que debería ir a verlo?

—No pierdes nada, además, es tu padre. Aunque haya hecho lo que hizo, lo quieres. Imagina que nuestra hija crece y no quiere verte... te dolería ¿no crees? Pues tu padre debe estar sintiendo lo mismo.

Salvatore meditó las palabras de Giulia y durante unos minutos se imaginó no ver a su pequeña por estar peleados. Solo de pensarlo le dolía el corazón.

—Se enteró por la prensa que es abuelo —dijo de repente—. Quiero que conozca a Fiorella, pero no mientras está con esa mujer.

—En ti está hacer lo que creas correcto.

Él la miró reflejando todo el amor que tenía a través de sus ojos para que Giulia lo percibiera

y la besó en la sien.

—Gracias.

Ella negó con una leve sonrisa en su rostro antes de volver a bostezar.

—No tienes que agradecerlo.

—Estás cayéndote de sueño, descansemos hasta que Fiorella te vuelva a reclamar para comer.

La pareja se acomodó cuando él apago la luz y cerraron los ojos dejándose llevar por el cansancio.

Por la mañana, Salvatore volvió a la comisaría para ponerse de nuevo con las huellas que había sacado de la foto y ahora también la que había encontrado en la caja que contenía la rosa negra.

Una vez escaneó las últimas cotejó con las anteriores para ver si coincidía con alguna, pero no encontró similitudes, así que empezó una exhaustiva búsqueda por la base de datos en busca de la o las personas que estaban detrás de Giulia.

Como aquello iba a llevar tiempo, se decidió a prepararse un café bien cargado justo en el momento en el que recibió la visita de Pablo, el policía español.

—Vaya, cuánto tiempo sin verte —dijo el policía apoyándose en la mesa con los brazos cruzados.

—Ya ves, no siempre ando durmiendo por las esquinas como hace unos meses.

—Bueno es saberlo.

Salvatore removía el azúcar que había echado en el café en silencio para luego mirarlo.

—¿Cómo está Clairee?

El semblante del español cambió de repente, poniéndose tenso, incluso.

—Ella está... mal. No consigue superar la muerte de Leo.

Esta vez el cambio se produjo en Salvatore al venirle a la mente todo lo relacionado con el policía. No hubo cuerpo que recuperar y los españoles se encargaron de todo. Una terrible sospecha se apoderó de él, por lo que miró al policía.

—Siempre puedes contarle la verdad ¿no crees?

Pablo lo miró parpadeando, pero tenso. Su pose había pasado de estar apoyado en la mesa a incorporarse por completo para estar de frente.

—¿Cómo?

—Existen unas cositas llamadas bastoncillos para limpiarse los oídos, supongo que en España también existen ¿no?

—No estoy para bromas, Salva. ¿A qué ha venido lo que has dicho?

—Fácil. Porque el cabrón de Leo no está muerto y todo gracias a vosotros, a Pérez y a ti.

—No sabes lo que estás diciendo —dijo el policía español cada vez más tenso.

—Claro que lo sé. Dime entonces dónde está el cuerpo de Leo. ¿Por qué no llegó nunca a mi mesa de trabajo? Os encargasteis de todo cuando no era problema vuestro. Era un policía italiano, no español.

Pablo se puso a la defensiva.

—Es una locura lo que dices.

—No lo es. No tengo un informe, no hay nada, como si Leo hubiese desaparecido de la faz de la tierra después de la explosión. El furgón sí estaba, pero él no. Permíteme dudar de tu palabra, Pablo.

Hubo unos minutos de silencio en el que ambos hombres se miraron fijamente. El policía español estuvo sopesando el marcharse sin decir nada. Era un riesgo contarle a alguien fuera del cuerpo lo que realmente eran, pero eso avivaría más las sospechas. Se encontraba entre la espada y la pared con respecto al tema de Leo.

Salvatore bebió un sorbo de café para luego darse la vuelta dispuesto a marcharse.

—Déjalo, Pablo. Pero quiero que sepas me parece bastante injusto que alguien que apreciaba mucho a Leo esté sufriendo sin necesidad alguna. Piensa que por esa causa, le han dado unas vacaciones obligatorias que no quería.

—Lo hicieron por su bien. Estaba poniéndose en peligro.

—Una persona que siente dolor por la pérdida de alguien querido puede actuar de muchas maneras y la de Clairee es una más.

Sin decir más, volvió a su despacho dejando a Pablo con la palabra en la boca para mirar la pantalla del ordenador que al parecer había encontrado una similitud. Pinchó en la huella original de la pantalla para llevarle hasta un nombre: Kelso Damiani.

Aquella huella era la de la caja que habían dejado en su casa. La de la foto aún no había aparecido ninguna compatible con la que tenía, pero el ordenador seguía buscando.

Imprimió la ficha que tenía sobre ese tal Kelso y leyó si había antecedentes penales.

—Vaya, vaya, un chico problemático en su adolescencia. Palizas a compañeros de instituto por las que fue detenido en un par de ocasiones, pero poco más.

Cogió el teléfono de su oficina y llamó a Gatti para que viniera. Este no tardó mucho en aparecer con una taza de café en las manos y cara de sueño.

—Estaba a punto de marcharme a mi casa y he tenido que bajar con un café en la mano. Ha sido una noche muy larga —dijo quejándose.

—Bueno, la ocasión lo requiere.

Salvatore le entregó la ficha al inspector y este la examinó para luego mirarlo con una ceja enarcada.

—¿Quién es?

—El dueño de una de las huellas que estoy cotejando, concretamente la de la caja con la rosa negra que te comenté.

—¿Y la de la foto?

—Sigue sin aparecer nada, pero estoy seguro de que aparecerá tarde o temprano. Ahora debemos investigar todo sobre este tipo y detenerlo para ver por qué razón quiere matar a Giulia.

Gatti volvió a observar el papel.

—Investigaré todo sobre este tipo, pero cuando duerma mis ocho horas. Ahora quiero irme a casa.

Salvatore asintió un poco desilusionado. Quería atrapar a ese tipo ya, pero entendía que Gatti necesitaba descanso y era el único que podía ayudarlo en todo aquello porque nadie más debería saberlo.

—Parece que tú también guardas secretos —dijo una voz a su espalda.

El forense se giró hacia Pablo que estaba apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—Mi secreto no conlleva mentiras a los de mi alrededor. Algo que no se podría decir de vosotros.

—Lo mejor sería que no dijeras nada más sobre este tema, Salva. Leo está muerto para todos y siempre será así —dijo entrando en la estancia.

—¿Qué cojones sois? No entiendo por qué debéis fingir que Leo está muerto cuando no es así. —Salvatore se incorporó cruzando los brazos.

—Nadie debe saberlo —dijo el policía con pesar.

—¿Acaso sois la puta Interpol? —Pablo negó enérgicamente—. Pues sigo sin comprenderlo.

Pablo comenzó a dar vueltas por la zona mientras se pasaba las manos por la cabeza en un intento por buscar una solución a todo aquello, para que Salvatore no hablara sobre Leo a nadie.

Solo había dos soluciones: contarle la verdad y confiar en que no diría nada o meterlo a él en la organización. Decidió confiar, solo esperaba que aquella revelación no tuviese consecuencias negativas para él.

Inspiró hondo antes de acercarse a la puerta y cerrarla bajo la atenta mirada del forense.

—Estoy arriesgando mi puesto por esto. Espero que valga la pena. No somos la Interpol, pero sí somos una organización que se encarga de investigar casos de relevancia mundial. Entre ellas la trata de blancas. Nos hicimos pasar por policías españoles con la excusa de que había aparecido un joven de nuestra tierra aquí, pero somos mucho más que eso.

—¿Hulk sabe esto?

Pablo parpadeó.

—¿Nadie en esta comisaría llama al comisario por su nombre? —preguntó.

—Se ha ganado el apodo a pulso, yo no voy a quitárselo, pero eso no es lo importante —dijo meneando la cabeza—, lo que quiero saber es si él sabe esto.

—Él conoce la información necesaria, pero no todo.

—No lo entiendo. O sabe que sois una organización o no lo sabe.

—Es complicado de explicar. Nos conoce, pero no nuestros métodos. Sabía que vendríamos y poco más.

Salvatore asintió una vez mirándolo con cierta desconfianza.

—¿Y qué pinta Leo en todo esto entonces?

—Él ahora pertenece a la organización. Fingió su muerte para poder entrar en la organización sin nada que lo ate a esta vida, al igual que hemos hecho los demás.



## 39.

Salvatore empezó a pasearse por el despacho del mismo modo que había hecho Pablo minutos antes.

—Fingió su muerte, dices.

—Era necesario.

El forense se detuvo.

—¿Y no pensó en todo lo que dejó atrás?

—En primer lugar se negó a ello. Lo meditó bastante, si es lo que quieres saber. No sé qué le hizo cambiar de idea aquel día. Nos llamó Graziani y ahí supimos lo que pretendía hacer. Por eso nos encargamos de todo.

—Ha hecho daño a muchas personas con esto.

Pablo se encogió de hombros.

—Pensó que era una buena opción dejar que Byanca Marchetti fuera feliz.

—¿Y Clairee? ¿No pensó en ella? No había que ser muy tonto para ver que ella bebía los vientos por él.

Pablo apretó los puños con rabia. Leo solo veía lo que quería ver. Salvatore se percató del gesto del hombre comprendiendo todo.

—Te gusta Clairee —afirmó más que preguntó.

—¿Acaso eso importa? Los que estamos en la organización tenemos prohibido tener sentimientos. Estamos entrenados para infiltrarnos y no dejarnos llevar por lo que sentimos. Leo está muerto y debes olvidarlo como harán todos tarde o temprano.

—Lo ves muy fácil, pero yo he tenido que ver cómo Byanca Marchetti se culpaba por no haber podido hacer nada para salvarlo. He visto a Clairee llorando desconsoladamente cada vez que veía la mesa de su compañero ocupada por otra persona antes de que el comisario la echara. No me pidas que olvide algo que es injusto para dos personas que lo querían mucho. Ninguna de las dos se lo merece, Pablo. Sois unos cabrones.

—No entiendes nada, Salva.

—Créeme que entiendo todo perfectamente, pero tranquilo, yo no voy a decir nada. Tarde o temprano se va a descubrir todo esto que estáis haciendo y a ver qué va a ser peor. Ahora, si no te importa, me gustaría seguir trabajando.

Pablo se incorporó para salir y así dejar solo a Salvatore que acababa de recibir el aviso de un cuerpo encontrado en el puerto de Livorno. Otro cuerpo más gracias a su querido jefe Saulo

Graziani.

Horas más tarde, ya Salvatore terminaba de cerrar el cuerpo que le habían llevado y realizado un informe completo de la causa de la muerte.

Una de las tantas torturas especialidad de Graziani y que cada vez eran peores.

Se estiró y miró la hora en la pantalla de su móvil. Aún no era tarde para ir a casa de su padre, solo esperaba que esa mujer no estuviese porque no sabía cómo podría reaccionar ante ella.

Recogió sus cosas, las metió en el maletín y salió de la comisaría directo a su coche. Una vez en él meditó seriamente si ir o no a la casa de su padre. Sabía que debía hacerlo si quería descubrir si Dianora era una asesina o no, pero seguro que estar allí iba a conllevar a una discusión.

Sin querer darle muchas vueltas, arrancó el coche y puso rumbo a la casa de su padre. Al llegar aparcó un poco antes de llegar al edificio que había sido su hogar hasta que se independizó. Miró hacia la puerta sin saber qué hacer. A su mente vinieron las palabras de Giulia la pasada noche cuando le dijo que a él también le dolería que su hija no fuese a verlo. Y tenía razón.

Su hija había pasado a ser parte importante de sí mismo, alguien a quien proteger de todo mal, a quien mimar, a la que velar por su seguridad cuando empezara a crecer y todos los chicos se arremolinaran a su alrededor.

—La encerraría en una burbuja si pudiera —se dijo pasándose una mano por el pelo.

Al volver a mirar a la casa vio salir a alguien de esta. Cuando la reconoció suspiró aliviado. Probablemente no hubiese actuado bien ante Dianora.

Inspiró hondo y se bajó del coche cuando ella se alejó lo suficiente para no verlo. Se acercó apresuradamente y tocó el timbre antes de arrepentirse.

—¿Qué te has olvidado esta vez, Dianora? —preguntó su padre a la vez que abría la puerta—. Salva... —murmuró con asombro al verlo ante él.

El silencio se mantuvo durante unos segundos tensos hasta que Salvatore se rascó la nuca con una ligera frustración.

—Hola, padre —dijo.

—Me sorprende que estés aquí —fue la simple respuesta de su padre.

—Lo sé, pero estuve meditando y realmente no quiero que estemos mal.

—Yo nunca he estado mal contigo, has sido tú quien te has alejado de mí por el simple hecho de querer rehacer mi vida.

Salvatore cerró los puños, pero trató de relajarse.

—¿Puedo pasar?

Su padre lo miró y se apartó de la entrada para dejarlo entrar, cosa que hizo con ciertas dudas.

Entrar en la casa de sus padres le traía recuerdos amargos, aunque aquella vez no sintió nada porque esa mujer había cambiado muchas cosas, entre ellas, los cuadros en los que estaba su madre y él.

—Veo que ya ha hecho cambios aquí —dijo Salvatore dolido.

Era como si entrase en otra casa, parecía un lugar desconocido.

—Todo lo que se quitó está guardado.

Ambos hombres se miraron fijamente a los ojos. Esos que eran iguales y que mostraban el mismo sentimiento de tristeza. Quizás aún había sentimientos de su padre hacia su mujer muerta.

Tenían más o menos la misma complexión, el pelo estaba salpicado de canas, pero Salvatore era el vivo retrato de su padre. Aun recordaba a su madre decirle que eran idénticos tanto en apariencia como en carácter. Quizás por eso chocaban tanto siempre y mucho más después de que ella se fuera y entrara Dianora en la vida de su padre.

—Ya veo...

Aquellos silencios eran cada vez más tensos y no había una forma de llenarlos hasta que su padre señaló la cocina.

—¿Quieres un café?

Su hijo se encogió de hombros y pasaron a la cocina donde él empezó a preparar la cafetera.

—Te felicito por tu nueva paternidad —dijo el hombre a la vez que sacaba dos tazas de un armarito.

—Gracias. Me gustaría que la conocieras, pero...

—Sin Dianora. Lo supuse.

—Entiéndeme, no quiero ver a esa mujer cerca de mi niña, lo siento, pero no puedo permitirlo. Tú siempre serás bienvenido a mi casa, ella no.

—Me gustaría saber qué te ha hecho. Cuidó de tu madre hasta su último aliento y a mí me da todo su amor.

Su hijo cerró los ojos a la vez que suspiraba.

—He estado investigándola, padre —dijo sin más, provocando que el hombre lo mirase con asombro—. No es quien dice ser.

Él lo detuvo antes de que continuara con su perorata.

—No sigas por ahí. Estoy cansado de que hagas esto.

—Es que no lo quieres ver, intento abrirte los ojos, pero no te dejas.

—No quiero discutir contigo, hijo.

—No es mi intención ni mucho menos, es solo que no quiero perderte a ti también —reconoció de repente—. Esa mujer ha matado a otros hombres antes de conocerte para quedarse con sus patrimonios o yo que sé qué. Créeme que si te hubieses enamorado de otra mujer, no me hubiese importado, porque mereces ser feliz, pero no puedo soportar que estés al lado de una asesina.

Sin esperar respuesta alguna, se dirigió a uno de los armarios de la cocina donde sabía que había un botiquín. Lo abrió en busca de algo, pero no encontró nada más relevante que pastillas para los dolores. Dejó la caja sobre la encimera y se dirigió al lavabo para rebuscar por todas partes seguido de su padre que intentaba detenerlo.

Revolvió todo, pero siguió sin encontrar nada quedando un solo lugar donde poder encontrar lo que buscaba. No buscó en ningún momento hacerlo de esa forma, pero que su padre estuviese tan cegado por Dianora de esa forma lo hacía preocuparse, porque, como bien le había dicho, no quería perder a su padre como perdió a su madre.

Se dirigió a la habitación y primero fue a por las mesillas de noche donde no encontró nada, así que se dirigió al armario y empezó a rebuscar en este, tirando la ropa al suelo.

—¿Te has vuelto loco?

—No, padre, pienso demostrarte que ella solo quiere matarte.

Siguió sacando cosas hasta que encontró una caja escondida al fondo. Esta era pequeña, de color negro y no dudó en sacarla. Su padre lo miró mientras él quitaba la tapa de esta. Dentro había carnets falsos con diferentes documentos y entonces encontró lo que buscaba. Un bote con un líquido transparente.

El hombre frente a Salvatore dejó caer la ropa que llevaba en las manos mientras observaba aquel bote y el interior de la caja que había quedado a la vista todo lo que había en su interior.

—¿Quieres más pruebas? Carnets falsos y un bote con lo que probablemente sea veneno. ¿Qué más quieres para ver la realidad? Te va a matar si no lo está haciendo ya.

El hombre se acercó a él y, sin previo aviso, tiró la caja al suelo desparramándose todos los documentos de identidad a la vez que negaba.

—No, Dianora no me engañaría jamás. Ella me ha dicho que me ama con todo su ser.

—Por Dios, padre, eso se lo dice a todos hasta que los mata para quedarse con sus patrimonios. Ella mató a mi madre y no pienso perdonárselo.

Su padre se sentó en la cama sin dejar de mirar al suelo donde todo estaba esparcido. Aquello no podía ser real. Dianora jamás le haría algo así. Se querían, le había ayudado a superar la muerte de su mujer.

—Ella no me haría esto.

—Se lo ha hecho a varios antes que tú. ¡Abre los ojos, joder!

Su padre se incorporó y miró a su hijo fijamente.

—Vete de esta casa ahora mismo —dijo con voz fría.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó Salvatore sin amedrentarse. Aquello funcionaba de pequeño, ahora ya no.

—¡Que te vayas! —exclamó señalando la puerta.

El forense cruzó los brazos.

—De acuerdo. Me iré, pero recuerda esto: te va a matar tarde o temprano si sigues con ella. Espero que recapacites a tiempo y la denuncies.

Sin decir nada más, salió de allí mientras el hombre volvía a sentarse cubriéndose el rostro con las manos.

Cuando llegó al coche y se metió en el interior, le dio un puñetazo al volante con rabia y frustración. Su padre no quería abrir los ojos. Por suerte había logrado coger el bote para analizarlo. Estaba seguro que contenía algún tipo de veneno que iría matando a su padre poco a poco hasta que le diese la dosis mortal justo después de haber cambiado todo su testamento como había hecho con todos los hombres con los que había estado.

Puso el vehículo en marcha y se dirigió a su casa.

Una vez dentro, encontró a Giulia en el sofá viendo la televisión y parecía a punto de quedarse dormida. Se acercó y le dio un beso en la cabeza con delicadeza haciendo que ella se sobresaltase y se incorporase. Se llevó una mano al corazón al reconocerlo.

—Me has asustado.

—Lo siento.

Ella miró el rostro del forense y se incorporó preocupada para acariciarle la mejilla.

—¿Ocurre algo? No tienes buena cara.

Él suspiró cansado.

—Acabo de venir de la casa de mi padre. Le he contado todo lo que sé sobre Dianora y no me creyó, así que registré todos los armarios que encontré. —Se sentó en el sofá seguido por ella que le agarró la mano en señal de apoyo—. En el de la habitación encontré una caja llena de documentación falsa y un bote con un líquido transparente. No ha querido creer nada a pesar de las evidencias. Es muy frustrante.

Ella apoyó la cabeza en su hombro mientras le sujetaba de un brazo.

—Le ha pillado desprevenido, Salva, quizás está asimilándolo. Vas a ver que te llamará en cualquier momento para decirte que ha dejado a esa mujer.

—Ha sido tan extraño —dijo a la vez que metía la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacaba el bote—. No quería buscarlo así, pero sucedió todo tan rápido que no lo pensé.

—Tienes que confiar en el criterio de tu padre. Seguro que hará lo correcto.

Ambos permanecieron unos segundos en silencio hasta que Salvatore se acordó de la huella de la caja que habían dejado allí. Apartó a Giulia para mirarla a la cara.

—Hemos encontrado al dueño de una de las huellas, concretamente la que encontré en la caja que tenía la rosa. Se trata de un tipo llamado Kelso Damiani. ¿Te suena de algo ese nombre?

Giulia parpadeó un par de veces meditando ese nombre, pero no le sonaba de nada, así que negó.

—La verdad es que no me suena de nada. No oí ningún nombre mientras estuve secuestrada... Ni siquiera sé cómo se llamaba el tipo que... que asesinó.

—Actuaste en defensa propia, Giulia.

—Lo sé, lo sé, pero acabó muerto por mi culpa. Olvidémoslo. Quizás... —dijo dubitativa antes de mirarlo de nuevo— quizás sea el tipo que me siguió en el cementerio, ese que acudió al lugar donde me encerraron.

—Es una posibilidad, pero no podemos tenerlo claro hasta que veas una foto suya y el informe lo tiene Gatti. No lo veré hasta mañana y ahora mismo no quiero pensar en nada más que no sea nosotros comiendo algo viendo una película.

Ella sonrió levemente ante aquella insinuación y le dio un beso en la mejilla con la firme promesa de tener un rato tranquilos sin nadie que los molestase.

## 40.

Ya era bien entrada la madrugada cuando el móvil de Salvatore empezó a vibrar en la mesilla de noche iluminando parte de la habitación debido a la pantalla de este.

Intentó ignorarlo, estaba durmiendo y solo tenía ganas de descansar. Seguro que llamaban de la comisaría, pero no empezaba a trabajar hasta que fuera por la mañana así que se negó a cogerlo.

Se dio la vuelta para abrazar a Giulia que se removió contra su torso.

—Deberías cogerlo... o apagarlo... —dijo ella acompañado de un bostezo—. No quiero tener una discoteca en la habitación.

—Seguro que es de la comisaría y estoy fuera de horario. Que les den a Hulk y a todos los demás.

El móvil paró de vibrar, para volver a hacerlo y Salvatore chasqueó la lengua. Giulia le golpeó un hombro gimiendo.

—¡Cógelo!

—Mierda... —dijo incorporándose. Miró la pantalla y vio que era Gatti por lo que maldijo en voz alta llevándose un golpe por parte de Giulia. Descolgó la llamada—. Espero que sea de extrema urgencia porque son las tres de la madrugada y me has puesto de muy mal humor.

—No te llamaría si no fuera importante, Salva. Hace un rato recibimos una llamada por una pelea.

—¿Y? Si hay cadáveres se pueden encargar los chicos, no entiendo por qué cojones me llamas para esto, Gatti.

Oyó un suspiro al otro lado de la línea telefónica lo que desesperó al forense.

—Se trata de tu padre —dijo el inspector.

Salvatore se quedó estático en el sitio al oír las palabras del policía. Giulia, al verlo así, se incorporó atenta a cualquier reacción de él, pero parecía estar en shock.

—¿Salvatore? —preguntó Giulia, preocupada.

Él parpadeó mientras salía de su estupefacción.

—¿Mi padre? ¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz estrangulada.

—Está gravemente herido. La mujer que vivía con él le clavó un cuchillo y estuvo a punto de escapar, pero la atrapamos a tiempo. La denuncia por la discusión la había hecho un vecino así que la tenemos detenida.

Salvatore se incorporó rápidamente para coger los vaqueros que había tirado al suelo para ponérselos mientras mantenía el móvil entre su cabeza y hombro.

—¿Te dijeron algo los de la ambulancia?

—La verdad que no tenían muy buena cara, se lo llevaron rápidamente.

—¡Mierda! —Giulia veía a Salvatore vistiéndose rápidamente y se llevó una mano al pecho al comprender parte de lo que hablaba por su móvil—. Gatti, te dejo, estoy vistiéndome para ir al hospital.

No esperó respuesta del inspector y colgó para luego tirar el aparato sobre la cama a la vez que se sentaba llevándose las manos a la cabeza. Todo aquello había sido por su culpa.

Ella se acercó por detrás y posó las manos en sus hombros.

—¿Qué ha ocurrido, Salva?

—Esa mujer ha intentado matar a mi padre clavándole un cuchillo.

La mujer ahogó un jadeo.

—Pero... ¿está bien?

—Es grave... Joder, todo ha sido por mi culpa. Esto no tenía que haber ocurrido así, quería atraparla de otra forma.

—No, no te culpes, Salva. Estabas haciendo lo mejor para tu padre, para que no lo mataran.

—¿Y para qué? Le ha clavado un cuchillo y está mal, ha logrado su plan, aunque de otra manera. Mi padre puede morir.

Ella lo abrazó con fuerza apoyando la barbilla en el hombro de él.

—No lo hará, ya verás que luchará por su vida y conocerá a su nieta para llenarla de mimos y darle regalitos a escondidas. No va a morir sin conocerla ¿me oyes?

El inclinó la cabeza hacia la de su mujer cerrando los ojos.

—Quiero creer que lo hará, Giulia. Quiero pensar que no es tan grave como me lo ha pintado Gatti.

—Y no lo será, ya lo verás.

—Tengo que ir al hospital. Solo me tiene a mí.

Ella se apartó.

—Claro —dijo ella comprensiva—. Ahora mismo te necesita a su lado.

Salvatore se levantó y cogió una camiseta que se colocó para luego guardar su móvil en el bolsillo trasero de los pantalones. Se puso las deportivas y la miró.

—Cualquier cosa que necesites llámame ¿entendido?

Giulia asintió y se bajó de la cama para acompañarlo hasta el piso inferior. Bajaron en completo silencio, uno que se mantuvo mientras quitaba la alarma para salir. Cuando abrió la



puerta, se giró hacia ella y la atrajo hacia sí en un fuerte abrazo. Ella le correspondió infundiéndole no solo consuelo, si no también mucha fuerza para soportar a lo que se iba a enfrentar.

Giulia lo vio meterse en el coche y cerró la puerta para volver a poner la alarma. Al ver que se había desvelado, decidió ir a la cocina a prepararse un té. Cuando lo preparó, se dirigió al salón a tomárselo mientras ponía la televisión a un volumen bajo para no despertar a Fiorella.

Mientras tanto, Salvatore se dirigía al hospital sin tener en cuenta los límites de velocidad, por lo que no puso atención a los radares que pudiese haber por el camino. Llegó al edificio y corrió al interior para preguntar por su padre.

Justo cuando iba a preguntar por su padre, vio aparecer la camilla en donde estaba tendido con el torso lleno de sangre. Sin dudarlo se acercó hasta él esperando verlo consciente, pero estaba mortalmente pálido y con los ojos cerrados. Cuando fue a entrar con la camilla, uno de los enfermeros lo detuvo y le pidió que fuese a la sala de espera.

Conscientemente sabía que no podía entrar, pero era su padre y no podía dejarlo solo en ese momento, así que con cierta rabia se dirigió a la sala de espera donde se sentó en una silla apoyando los codos en las rodillas y posando su cabeza en las manos.

No podía dejar de culparse de lo ocurrido. Él había provocado toda aquella situación. Descubrir el engaño de Dianora de esa forma no había sido lo más adecuado. El único consuelo que le quedaba era que, al menos, logró abrirle los ojos ante esa asesina.

Al poco tiempo salió el médico preguntando por los familiares de su padre y él se acercó.

—Soy su hijo, ¿cómo está?

—No le voy a mentir. La herida es grave y hay que operarle cuanto antes o no sobrevivirá, pero es arriesgado.

Salvatore inspiró hondo.

—Haga lo que tenga que hacer, doctor, solo salve a mi padre, por favor.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano —dijo el médico infundiéndole un poco de ánimo posando una mano en el hombro del forense.

Este asintió y vio al médico entrar.

Ya llevaba un buen rato allí cuando vio aparecer a Gatti que se acercó y se sentó a su lado.

—¿Cómo está?

—No lo sé... hace un buen rato que entraron y no ha salido nadie. Lo están operando. —Se levantó y empezó a dar vueltas por la sala mientras se pasaba las manos por el pelo despeinándose en el proceso—. Joder, Gatti. Yo no quería que las cosas sucedieran así.

—No tienes la culpa, esa mujer lo hubiera hecho de todas maneras, si no era así hubiera sido de otra forma.

—No debí marcharme como me dijo.

El inspector se incorporó y posó una mano en su hombro.

—El pasado no se puede cambiar.

—Lo sé —admitió apesadumbrado—. No tener noticias me está desesperando.

Volvió a dar vueltas por la sala que estaba prácticamente vacía a esa hora. Parecía ser una noche tranquila en el servicio de urgencias y los que estaban llegando eran por cosas poco graves así que según entraban no tardaban en salir mientras él permanecía allí esperando a que saliera el médico a darle noticias sobre su padre.

—¿Giulia y la niña están solas? —preguntó Gatti.

—Están con Lucca, el perro de Giulia y tiene la alarma de la casa puesta. Si pasara algo, me llamaría.

—No deberían estar solas con la amenaza que pesa sobre Giulia. Ya viste la ficha de ese tipo.

—Recuerdo muy bien la ficha de ese tipo y me gustaría estar con ellas al igual que con mi padre. Maldita sea. ¿Por qué sucede todo justo ahora?

Volvió a dar vueltas por la sala.

Ellas estaban seguras con la alarma, él mismo con Bianca se habían encargado de que todo el sistema de seguridad no tuviese ningún punto ciego que pudiesen aprovechar. Todo estaba bajo control en ese sentido.

También estaba Lucca, el perro, él no dudaría en atacar a cualquiera que suponga un peligro para su dueña y para la niña.

Pero ¿y si no era suficiente? Debería llamar a Giulia, pero aún era demasiado temprano y podría despertar a la niña o asustarla a ella. ¿Qué podía hacer?

—Deberías calmarte, así no conseguirás nada. Mi turno está a punto de terminar, ¿quieres que me pase por tu casa a ver cómo se encuentran las dos? Así te quedas aquí por si sale el médico con el resultado de la operación.

Salvatore lo miró.

—¿Harías eso?

—Claro que sí, sabes que aprecio mucho a Giulia. —El forense frunció el ceño. Gatti había sentido mucho más que aprecio por su mujer. Al percatarse de la mirada de su compañero, levantó las manos—. Eh, no pienses mal. Estoy intentando superarlo. Jamás se hubiese fijado en mí y no me aprovecharía de ella. Simplemente quiero ayudarte a protegerla mientras estás aquí.

El forense suspiró. No tenía sentido discutir ahora por eso. Se notaba que Gatti lo hacía por ayudarlo y él estaba echándole en cara que estuviese a tan solo un paso de tratar de seducirla.

—Lo siento, Gatti, son muchas cosas juntas.

—Lo entiendo y no te reprocho tu actitud, yo actuaría igual.

Ambos sonrieron levemente.

—Te agradecería que fueses a mi casa y eches un vistazo para ver cómo están, no quiero llamar por si despierto a Fiorella.

El inspector asintió y tras despedirse salió del hospital rumbo a la casa de Salvatore.

El forense volvió a sentarse en una de las sillas esperando a que alguien le informara del estado de su padre.

Cada vez que recordaba cómo se habían sucedido las cosas en la casa de su progenitor se maldecía una y mil veces. No tuvo tacto alguno al contarle todo y mucho menos al destrozar todo lo que encontraba a su paso buscando lo que iba a necesitar para matarlo poco a poco.

Con aquella acción solo había provocado que ella intentase matarlo de manera mucho más rápida.

Si su padre se salvaba iba a hacer todo lo posible por tener la relación que un hijo debía tener con su padre.

Tener a Fiorella le había hecho cambiar la perspectiva de todo su mundo y era momento de enmendar errores que había cometido. El primero de ellos sería pedirle disculpas por no haber sido el hijo que él hubiera deseado, porque había sido un rebelde. Haberse dejado llevar por las malas amistades y por casi echar a perder su propia vida hasta que se topó con Saulo.

No había sido un buen hijo.

Volvió a apoyar la cabeza en las manos.

Al rato oyó que preguntaban por él y se incorporó rápidamente al ver que era el médico.

—¿Cómo está mi padre?

—Ha sido una operación difícil y casi lo perdemos en la mesa de operaciones, pero hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance para salvarle la vida. Ahora todo depende de él. Lo hemos trasladados a cuidados intensivos.

—Pero ¿se pondrá bien?

—No sabría decirle. Las primeras veinticuatro horas son vitales para saber cómo podría evolucionar. Es un hombre fuerte a pesar de todo y quizás se salve, aunque le aconsejo que esté preparado para lo que pueda surgir en este tiempo.

—Lo entiendo, doctor, gracias.

—Es mi trabajo —dijo el médico.

—¿Cuándo podré verlo?

—Pasará una enfermera a buscarlo cuando pueda entrar, de momento solo le puedo decir que tenga paciencia.

Salvatore asintió y volvió a sentarse.

Sacó el móvil del bolsillo y lo desbloqueó. Miró la lista de contactos queriendo llamar a alguien, pero aún era demasiado temprano para hacerlo, solo podía llamar a comisaría y pedir unos días para poder estar con su padre.

Solo esperaba encontrar al comisario en su despacho.

Marcó y esperó, pero, tras cinco tonos, le salió el contestador automático así que le dejó un mensaje.

—Buenos días, señor Cantoni, verá... no sé si se habrá enterado de lo ocurrido con mi padre esta noche. Simplemente llamaba para que sepa que me tomaré unos días para poder estar con él. Una vez se solucione todo, volveré a la comisaría para seguir con mi trabajo. Un saludo y gracias.

Tras dejar el mensaje, colgó y se recostó contra el asiento cerrando los ojos.

Pagaría por un buen café en ese momento.

## 41.

Giulia acababa de cambiarle la ropa a la niña después de lavarla y bajó con ella hasta la cocina para prepararse algo de desayunar. Justo cuando sacaba un bote de leche de la nevera sintió el timbre y dio un brinco. Miró hacia fuera y con paso pausado se acercó a la puerta principal.

En momentos como ese aún no superaba del todo su miedo por lo que iba siempre con cautela cuando tocaban el timbre.

Lucca bajó corriendo y se sentó ante la puerta moviendo la cola.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy Gatti, Giulia.

Ella desactivó la alarma y abrió la puerta encontrándose al inspector con cara de cansancio. Lo invitó a pasar. El perro se le tiró encima para lamerle la cara y este lo acarició con ganas haciendo que la cola del animal se moviese más aún, en señal de alegría.

—¿Ha ocurrido algo?

—Vine de parte de Salvatore, a su padre lo estaban operando cuando salí del hospital y como no quería dejarte sola por todo lo que está ocurriendo pues me ofrecí a venir.

Giulia sonrió levemente mientras entraba en la cocina.

—Gracias —dijo ella con sinceridad—. Estaba preparando el desayuno, ¿quieres algo?

—Un café estará bien. —Se acercó hasta ella—. ¿Necesitas ayuda?

—¿Podrías coger a Fiorella?

Gatti miró al bebé con cierto temor, él tenía las manos demasiado grandes para un cuerpo tan pequeño como el de la niña, aún así asintió y Giulia se la colocó en brazos después de enseñarle cómo cogerla.

Lucca se recostó junto a la mesa observando lo que hacía su dueña y el invitado que tenía a la pequeña entre sus brazos.

Él la observó y no pudo evitar sentir una enorme ternura al verla dormir plácidamente entre sus brazos.

—Es tan pequeña... —dijo mientras Giulia empezaba a preparar el desayuno.

Giulia sonrió levemente.

—Salva dice lo mismo. El problema es que vosotros tenéis las manos muy grandes y su cuerpo os parece pequeñísimo.

—También es verdad —dijo él sonriendo también.

Observó a Giulia moverse con agilidad por la cocina y sintió envidia por un momento de Salvatore. Bien es verdad que se sintió muy atraído por ella cuando la vio en el hospital por primera vez y fue un sentimiento que se intensificó en algún momento, pero al reconocer al fin que con ella no iba a poder tener nada porque se notaba cuánto amaba a Salvatore decidió apartarse, aunque aún quedaba algo de ese sentimiento en él y trataba de lidiar con ello.

Estar ahora mismo en la misma habitación suponía un enorme esfuerzo.

Le dio la espalda para volver a mirar al pequeño ser que dormía plácidamente entre sus brazos. Sonrió al ver que sonreía en sueños y no pudo evitar acariciarle la mejilla con un dedo. Estaba embelesado por aquella pequeña y no dudó ni un segundo que en un futuro iba a ser un dolor de cabeza para Salvatore.

—Aquí tienes el café —dijo Giulia colocándolo sobre la mesa para luego llevar el suyo—. ¿Quieres tostadas?

—No, gracias —dijo él.

—Será mejor que lleve a Fiorella a la cuna, aún no hemos comprado la sillita mecedora para colocarla aquí —dijo la mujer al ver que él intentaba manejarse con su hija a la vez que cogía la taza de café para beber.

Cuando salió de allí, el perro la siguió, parecía que no quería apartarse de la pequeña Fiorella, como si se hubiese vuelto su protector. Al momento bajó ella y se sentó frente a él para comenzar a desayunar.

Este se produjo en absoluto silencio. Gatti no sabía qué decir, hasta que de repente se acordó del informe del tipo que había coincidido con la huella de la caja.

—Supongo que Salvatore te habrá contado que hemos encontrado al dueño de una de las huellas ¿no?

Ella dejó la taza de café en la mesa lentamente y lo miró mientras inspiraba hondo.

—Sí, me dijo incluso su nombre, pero cuando estuve retenida no dijeron nombre alguno, así que no me vale de mucho saber si lo conozco. —Cogió la tostada que había untado con mermelada para darle un mordisco. Al acabar, volvió a hablar—. Si hubiese una foto sería mucho mejor.

Gatti se incorporó a la vez que ella lo observaba.

—Tengo el informe en mi coche, ahí hay una foto del tipo, no es actual, pero puede valer.

Sin decir nada más, salió de la casa y ella lo siguió hasta quedarse en la puerta, no le gustaba que estuviese abierta, la hacía mucho más vulnerable. Por suerte, él no tardó mucho, ya que tenía el coche aparcado casi en la entrada.

Lo vio llevar una carpeta fina de color marrón que le tendió. Ambos entraron de nuevo en la casa para volver a la cocina. Se sentaron en sus sitios y ella dejó la carpeta sobre la mesa al lado de su desayuno sin dejar de mirarla.

Estaba aterrada por si al abrirla encontraba la imagen de ese hombre que había ido días antes

de poder ser libre y que también la había perseguido por el cementerio.

Levantó la mirada hacia el inspector que la instó a abrir la carpeta, pero no tenía fuerzas suficientes para hacerlo. Finalmente, tras un largo suspiro, tomó la carpeta y la abrió.

Al ver la foto soltó un jadeo y dejó los papeles en la mesa. Era él. Era ese hombre.

—¿Lo reconoces? —pregunto Gatti, aunque era evidente que así era por la forma en que actuó al ver la foto.

Ella asintió mirando a los ojos al policía.

—Es el hombre que fue a verme durante el secuestro... Es él.

—¿Estás segura?

—Sí, es él.

Gatti cogió la carpeta y observó la foto de nuevo, luego volvió la vista hacia ella que había empezado a retorcerse las manos por lo que dejó los documentos a un lado, se levantó hasta colocarse a su lado y se agachó para tomarle las manos.

—Tranquila, Giulia, ya sabemos quién es y vamos a ir a por él, no te va a volver a hacer daño, te lo prometo. Así que no te preocupes por nada. Debemos contárselo a Salvatore.

Giulia solo pudo asentir a la vez que él sacaba el móvil para llamar al forense. Ella intentó serenarse, no había ningún peligro en la casa, tenía un buen sistema de seguridad así que no tenía nada que temer, pero su inconsciente se negaba a verlo jugándole malas pasadas.

—Salvatore, soy Gatti.

—Sabes que en el móvil tengo grabado tu nombre asociado a este número de móvil ¿no?

—No entiendo cómo tienes los santos cojones de ser irónico en este momento —dijo Gatti pasándose la mano por los ojos—. ¿Cómo está tu padre?

Salvatore suspiró al otro lado de la línea telefónica.

—La operación salió bien, ahora todo depende de él. Estoy esperando que me dejen pasar a verlo. ¿Cómo está Giulia y la niña?

—La niña bien —dijo Gatti mirando a la mujer que intentaba no mirar la carpeta sobre la mesa—. Giulia no mucho...

—¿Qué le ha pasado? —preguntó exaltado.

—Tranquilo, nada grave, es solo que le mostré el informe del tal Kelso y me acaba de reconocer que es el tipo que fue a verla durante su secuestro.

—Así que ese hijo de puta fue uno de sus secuestradores... Como lo coja haré maravillas con el bisturí, lo juro —maldijo Salvatore en el hospital dando vueltas por la sala de espera—. Va a desear no haber tocado a mi mujer.

—Sé que lo harías, pero no creo que sea conveniente que hagas algo de lo que te puedas arrepentir, a fin de cuentas trabajas del lado de la ley.

—Me paso la ley por el forro de los... —Gatti lo sintió inspirar hondo, tratando de refrenar sus palabras—. Ahora mismo la ley no me importa, es mi mujer a la que han hecho daño.

—Piensa bien lo que estás diciendo. Vas a perjudicar tu carrera cuando tienes todos los medios para hacerlo por la vía legal.

—La ley no sirve para nada, Gatti, dentro de ese mundo también hay personas corruptas, fíjate en Cyrano, trabajando para la policía y para la mafia. Y créeme que no es el único que lo hace.

Salvatore hablaba tan alto que el inspector tuvo que apartar un poco el teléfono de la oreja y Giulia oyó lo último que había dicho, así que le quitó el móvil al policía y habló.

—Basta, Salva. Por favor, no sigas hablando —dijo tratando de protegerlo—. Estás nervioso y no sabes lo que dices.

Hubo unos segundos de silencio hasta que él volvió a hablar.

—Giulia... Ese hombre quiere hacerte daño de nuevo y no pienso permitirlo.

—Lo sé, pero no quiero que te arriesgues como quieres hacerlo. Existen otras vías —dijo Giulia esperando que entendiera lo que quería decirle con aquellas palabras.

La mafia debía mantenerse lejos en un caso que estaba llevando la policía y no iba a permitir que Salvatore se arriesgara a perderlo todo en la comisaría por ella, no soportaría vivir con esa carga.

—Sabes que sería mucho más rápido a mi manera —dijo en voz baja.

—Sé que sería así, pero no quiero que lo hagas, por favor. Piensa en nosotras; en Fiorella, en mí... Quiero acabar con todo esto, pero no de esta forma. Deja que Gatti se encargue de todo mientras cuidas de tu padre.

Giulia miró al inspector que trataba de descifrar sus palabras sin lograr comprender a qué se refería y deseó, por un momento, que no lo hiciese jamás. No sería adecuado que se enterase que su vida giraba en torno a la mafia, tanto por su marido Lucio como por Salvatore.

Este último volvió a suspirar. Parecía que era lo único que hacía desde la pasada noche.

—Sabes que podrían tardar una eternidad en encontrarlo.

—Confío en él —dijo mirándolo—. Es un gran policía y sabrá hacer su trabajo.

El inspector le tomó la mano libre y asintió mostrando una leve sonrisa que le inspiró confianza.

—Está bien —claudicó finalmente—. Lo dejaré en sus manos, pero solo hasta que solucione lo de mi padre.

—¿Cómo está?



—Está en observación, las primeras veinticuatro horas son vitales. Si sobrevive es posible que salga de esta. Estoy esperando que venga una enfermera o que me llamen por megafonía para ver si puedo pasar a verlo

—Ojalá sea así.

En ese momento se oyó un sonido de fondo por el que se oyó hablar a una enfermera así lo que ella prefirió despedirse de él, por si acaso lo estuviesen llamando.

Cuando colgó, le entregó el móvil a Gatti que lo guardó en un bolsillo de su cazadora.

—Tienes el visto bueno para ir a por ese hombre, de momento —dijo Giulia mirándolo—. No le tengas en cuenta lo que ha dicho hace un rato. Está nervioso por lo ocurrido con su padre.

El policía asintió y se incorporó para coger la taza y dejarla en el fregadero. Hacía rato que el café ya se había enfriado por lo que prefirió no terminárselo, al igual que Giulia que recogió todo.

Lavó los platos y tazas que habían empleado en el desayuno y cuando se giró al acabar miró por la ventana. Al otro lado de la calle vio un coche oscuro. La ventana del conductor estaba bajada completamente mostrando un rostro que reconoció al instante.

Dio un paso hacia atrás chocando con Gatti. Él la sujetó por los brazos y la notó tensa, así que levantó la mirada para ver lo que ella veía. Al reconocer al tipo del coche, sacó la pistola de la parte trasera de los pantalones y se dirigió al exterior de casa.

En el momento en que salía de la cocina, Giulia vio que la ventanilla trasera se abría para dejar ver a una mujer de largos cabellos oscuros con los ojos cubiertos por unas enormes gafas de sol. La vio girar el rostro hacia la casa con altanería.

Algo que duró unos pocos segundos, ya que el tipo, Kelso, puso el coche en marcha y se alejó velozmente cuando Gatti llegó a la altura donde había estado aparcado.

Al ver que se había escapado maldijo levantando los brazos para llevárselos a la cabeza con frustración. Guardó la pistola y volvió al interior donde aún permanecía Giulia en el mismo sitio, estática, mirando al exterior.

Gatti se puso delante de ella para que lo mirara.

—Giulia... ya se fue, mírame.

Ella levantó la mirada hacia el policía parpadeando.

—Ese hombre trabaja para una mujer. Estaba en ese coche...

—¿Llegaste a verle bien la cara? —preguntó mientras la conducía a una silla para que se sentara.

—Tenía el pelo largo y oscuro, llevaba unas gafas de sol enormes. No pude ver mucho más.

—Vale, no te preocupes. Tenemos la foto de ese tipo. Con eso podemos empezar.

Giulia empezó a retorcerse las manos mirando a la nada. ¿Quién era aquella mujer? ¿Sería ella la que quería destruirla? Y si era así ¿por qué? Estaba segura de que no la conocía de nada, por lo

que no entendía la razón de querer hacerle daño. ¿Es que acaso...?

Levantó la vista hacia el policía.

—Las fotos...

Él frunció el ceño.

—¿Qué?

—Las fotos que encontramos Salva y yo en mi casa... las que salía Lucio con su amante. No se le ve la cara en ninguna, pero sí una larga melena oscura... podría ser esa mujer que estaba en el coche... —comenzó a especular incorporándose—. Si es ella, ese tipo no es el que realmente quiere hacerme daño, sino esa mujer. —Volvió a mirar a Gatti para decir con seguridad—. Es la amante de mi marido.

## 42.

El coche paró después de salir corriendo del lugar donde vivía Giulia. Kelso miraba al frente con las manos en el volante antes de poner el freno de mano y miró a través del retrovisor a Adriena que no se había quitado las gafas de sol.

Se las quitó con lentitud y miró a los ojos a su subordinado.

—Entonces ahí es donde vive la zorra esa ¿no? —Kelso asintió sin dejar de mirar por el retrovisor—. Perfecto, quiero ir a por ella cuanto antes, así que necesito que sigas todos sus pasos y los de ese tipo que está con ella. Quiero que averigües todos sus horarios, cuándo entra, cuándo sale, todo.

—Así lo haré, Adriena.

—Estupendo. Muy pronto Lucio tendrá que elegir a cuál de los dos quiere realmente.

Kelso se giró para mirarla. Adriena estaba cada vez peor. Parecía estar loca y no hablaba con coherencia,

Decía cosas sin sentido como lo de ahora y estaba realmente preocupado por lo que pudiese hacer. Sabía que quería destruir a Giulia, incluso matarla por lo que daba a entender, pero hablaba sobre hacer elegir a Lucio entre ambas...

Después de que Fabrizio Zanetti, su amante, la dejara había perdido la razón. Esta actitud le estaba llevando a pensar que no sería adecuado realizar un nuevo ataque contra la mujer de Lucio. Había pensado negarse y renunciar a su trabajo, pero lo que sentía por Adriena era tan grande que no deseaba alejarse de ella sino hacerla recapacitar.

Olvidar de una vez a Lucio y vivir una nueva vida.

Tenía que conseguirlo o se temía que la perdería para siempre.

Puso el coche en marcha de nuevo para ir a la casa de la joven que se metió en su habitación sin dejar de decir cosas sin sentido.

Cuando Salvatore colgó la llamada se acercó al mostrador, ya que lo habían llamado por megafonía y tenía ganas de conocer el estado de su padre.

Pasó dentro para seguir a una enfermera que lo llevó hasta la habitación en la que se encontraba en cuidados intensivos. Le obligaron a colocarse una bata, guantes, gorro y mascarilla para pasar al interior.

Una vez dentro, miró hacia la cama donde descansaba su padre con una máquina que controlaba sus latidos. La bolsa de suero con medicación colgaba a un lado en un alto tubo de metal.

Miró hacia el lugar donde estaba el vendaje. Aquella puñalada podría haberlo matado si hubiese tocado algún órgano vital. Solo de pensarlo le dio escalofríos.

Sin dudar ni un segundo, se acercó a la cama y posó su mano en la de su padre. Lo miró a la cara donde había un tubo que entraba en su boca.

Suspiró hondamente.

—Perdóname, papá. Yo no quería que esto acabara así. Yo solo quería abrirte los ojos para que dejaras a esa mujer, a la que mató a mamá. No debí marcharme —dijo con la voz ligeramente ahogada por la congoja.

»Jamás fui un buen hijo —dijo tras una pausa—. Me comporté muy mal con vosotros y me merecía todo lo que pasé, pero jamás quise que os ocurriera nada porque os quiero. A mi manera, lo sé, y era la única forma que sabía hasta que encontré el amor de mi propia familia.

»Mi hija iluminó todo en mi vida, al igual que Giulia. No sé qué sería de mí sin ellas. Por eso ahora me doy cuenta de muchas cosas. —Sonrió con tristeza—. No me quiero imaginar lo que sufriría si mi pequeña se enfadara conmigo como yo lo hice contigo.

»Quiero que me perdones y que formes parte de mi pequeña familia como el abuelo que va a mimar y a darle todos los caprichos que yo, como padre, no voy a darle a Fiorella. Tienes que sobrevivir para que la conozcas. Te enamorarás nada más verla y tan solo tiene unos meses. No quiero ni pensar cuando sea una adolescente en pleno desarrollo. —Soltó una carcajada—. Me acabo de imaginar como el típico padre sobreprotector que tiene una escopeta escondida por si hacen daño a mi niña.

»Necesito que me enseñes a ser un buen padre —dijo con preocupación porque era algo que había meditado varias veces en todos aquellos días con su pequeña. No estaba seguro si lo haría bien—. No quiero meter la pata y no dejar a mi hija desarrollarse como debe. Por favor, papá, aguanta y vive.

La habitación quedó en silencio salvo por el ruido que hacía la máquina que controlaba su pulso.

Salvatore permaneció unos minutos más allí hasta que la enfermera entró para indicarle que se había acabado la visita, así que obedeció y salió.

Volvió a la sala de espera con un nudo en la garganta, pero también con una creciente rabia en su interior contra aquella asesina.

Dio un par de vueltas por allí con ansias de ir a la comisaría para ver a esa mujer y soltarle en la cara lo que era. Necesitaba calmarse.

De repente sonó su móvil.

Lo cogió para observar la pantalla. Hacía menos de media hora que había hablado con Gatti, ¿qué querría ahora?

—¿Ocurre algo? —preguntó nada más descolgar.

—Ha estado aquí —respondió el inspector al otro lado de la línea.

—¿Quién?

—Ese tipo.

Salvatore, que no paraba de dar vueltas, se detuvo.

—¿Cómo?

—Cuando cortaste la llamada, Giulia recogió las cosas del desayuno cuando al mirar por la ventana vio un coche en el que estaba ese tipo. Estaba vigilando la casa.

Salvatore levantó la cabeza hacia el techo con frustración. ¿Cómo se atrevía a ir por allí? La rabia que había sentido hacía tan solo unos minutos comenzó a aumentar.

—Dime que lo atrapaste.

—Salí corriendo en cuanto lo reconocí, pero no me dio tiempo porque puso el coche en marcha y salió huyendo.

—¡Mierda!

—Pero eso no es lo peor, Salva.

El forense se llevó la mano a la cabeza. Ya podía esperarse cualquier cosa de toda esta situación que llevaba viviendo desde hacía tiempo. Todo eran desgracias unas detrás de otras.

—¿Qué más?

—En la parte de atrás de ese coche iba una mujer con el pelo largo oscuro. Giulia cree que pueda ser la amante de su marido muerto y que sea quien realmente quiere hacerle daño, no el tal Kelso.

—Una mujer de largo pelo negro —meditó a la vez que se dejaba caer en una silla—. En las fotos que guardaba Lucio salía una mujer de pelo oscuro, pero no se le veía la cara.

—Eso mismo dijo Giulia.

Se cubrió el rostro con la mano libre soltando una maldición.

—Si es eso cierto y es la amante de Lucio, esto es peor de lo que pensaba. Esa mujer está celosa de Giulia y por eso mismo quiere hacerle daño porque ella tenía lo que la otra no podía tener. Mierda, Gatti, esto se pone serio de verdad y yo aquí con mi padre... ¿Cómo voy a protegerlos a todos?

Se sentía realmente frustrado, sin saber qué hacer. Ellas eran su familia, pero su padre también era parte importante de su vida. Estaba desesperado.

—Tranquilo, amigo. Yo estoy aquí para ayudarte, tuvimos suerte de que yo estuviese con ella. Ahora sabemos algo más que nos puede ayudar a sacar algo en claro de todo esto. El tipo de las huellas es solamente un esbirro de esa mujer.

—Hay que averiguar de quién se trata.

—Me pondré a ello en cuanto vuelva a la comisaría.

—Gracias, amigo.

—De nada, entre los dos conseguiremos acabar con cualquier amenaza que haya sobre Giulia. Eso no lo dudes.

Se despidieron y él volvió a guardar el móvil en el bolsillo.

Las horas pasaron entre pensamientos de todo tipo: desde su padre hasta la gente que iba detrás de Giulia. Tenía que encontrar una forma de protegerla y de estar con su padre en su recuperación.

Casi sin darse cuenta pasó el tiempo y vio salir al médico que había operado a su padre por lo que se acercó corriendo temiéndose lo peor.

—¿Cómo está? —preguntó el forense preocupado.

—Está bastante bien por eso hemos decidido enviarlo a planta donde seguirá vigilado, pero sin riesgo alguno por su vida. Le hemos retirado la respiración asistida y respira por sí mismo.

Salvatore suspiró aliviado al oír todo aquello, su padre estaba mejorando y esperaba realmente que despertara y se recuperara del todo.

—¿Ya lo han trasladado?

—Estamos en ello, así que acompáñeme.

El forense asintió y siguió al médico por varios pasillos hasta llegar a unos ascensores por los que subieron varias plantas hasta llegar a la que estaría su padre ingresado mientras se recuperaba.

Una vez en la habitación, Salvatore se acercó para ver a su padre sin el respirador artificial.

—¿Cuál es el pronóstico? —preguntó al forense mirándolo.

—Hemos revisado la herida y parece estar bien, aunque solo ha pasado un día es muy pronto para dar un pronóstico positivo o negativo. El mayor peligro ha pasado, pero aún existe riesgo.

—Entiendo —asintió Salvatore—. Muchas gracias, doctor.

—De nada. ¿Es hijo único? —Salvatore asintió—. Lo supuse... Sé que quiere estar con su padre en todo momento, pero le aconsejo que vaya a su casa y descanse. Ha pasado todo el día aquí y él estará en buenas manos.

—¿Y si despierta?

—Le avisaremos si lo desea. Las sillas que tenemos aquí son muy incómodas. Lo digo por su bien.

Se pasó una mano por la frente, la verdad era que se sentía cansado y hambriento, además,

echaba de menos a su mujer e hija a las que no había visto en veinticuatro horas. Estaba preocupado por el estado de Giulia.

Finalmente asintió.

—Cualquier cosa no dude en avisarme, por favor. No quiero que esté solo.

—No lo estará, se lo aseguro.

Salvatore miró a su padre al que agarró de la mano para susurrarle.

—Vendré más tarde, te lo prometo.

Tras esto, se giró y salió de la habitación para ir hacia la salida del hospital en donde cogió un taxi. No tenía fuerzas para conducir, ya que se estaba quedando dormido.

Cuando llegó, pagó al taxista y entró en la casa desconectando la alarma para luego cerrar. Intentó hacer el menor ruido, ya que aún era de madrugada y seguro que ambas dormían.

Volvió a conectar la alarma y subió las escaleras muy lentamente, pero en el piso superior se encendió la luz de su habitación y vio a Giulia salir corriendo hacia allí con la respiración acelerada.

Sus ojos lo miraban asustados.

—Soy yo, Giulia —susurró Salvatore.

Ella soltó aire y apoyó medio cuerpo contra la pared. Toda ella temblaba, así que se acercó hasta ella y la tomó entre sus brazos para abrazarla.

—Me asustaste... ¿Qué haces aquí?

—Lo siento. Mi padre está en planta y el médico me aconsejó que viniese a descansar. No quería asustarte, quizás debí quedarme abajo.

Ella negó contra su pecho y se aferró con fuerza a su camiseta.

—No. Agradezco que vinieses. Tengo mucho miedo, Salva. No he podido dormir pensando que en cualquier momento podrían venir a por mí estando sola con la niña y Lucca.

Salvatore le dio un beso en la frente con delicadeza. Podía notar cómo temblaba y eso le hacía sentir rabia contra los que querían hacerle daño. Ella no merecía vivir constantemente con miedo.

Muy pronto acabaría con todo aquello y ella sonreiría. No viviría encerrada en su casa por temor a que alguien apareciese de repente.

—Vayamos a la cama —dijo Salvatore—. Ambos necesitamos descansar.

Ella asintió y se apartó para ir a la habitación seguida del forense. Una vez dentro, se sentó en la cama y se quitó la ropa quedando únicamente con los calzoncillos.

Se acostó y le hizo una señal a ella para que se acostara también.

Ella obedeció pegándose a él. Salvatore la abrazó con fuerza dejando que apoyase la cabeza

en su hombro. Que se refugiase en él.

—¿Quieres hablar de lo que ha ocurrido hoy?

—Yo... no sé. He pasado un día terrible. Cualquier ruido de motor hacía que me pusiese a temblar. Estoy muy asustada, Salva.

El forense frunció los labios con rabia.

—Siento no haber estado aquí contigo para protegerte.

—No. —Giulia negó con la cabeza mientras una de sus manos jugueteaba con el vello del torso de Salvatore—. Tu padre se debatía entre la vida y la muerte, era necesario que estuvieses allí con él.

—Estoy dividido, mi viudita. Por un lado quiero estar con él, acompañándolo en su recuperación, pero también necesito estar con vosotras para protegeros. He estado pensándolo mucho y creo que debería poner vigilancia alrededor de la casa para que os protejan cuando no estoy. Creo que estaré más tranquilo si eso sucede. No quiero imaginarme si os pasa algo y no hay nadie para acudir en vuestra ayuda.

—¿Crees que podrían hacerle daño a Fiorella?

—Quiero pensar que solo van a por ti, pero si mi teoría sobre los celos es cierta no dudará en hacerte daño por medio de lo que más quieres.

Giulia soltó un jadeo de terror. Pensar que podrían hacerle daño a su hija por su culpa la llenaba de congoja y no pudo evitar sollozar.

—No pueden hacer daño a mi hija. Es solo un bebé. No podría vivir con la culpa si le ocurre algo.

Salvatore le levantó el rostro para mirarla a los ojos y apreció el brillo de las lágrimas corriendo por sus mejillas. ¿Cómo consolarla cuando la incertidumbre era mayor que la seguridad de que todo iba a salir bien?

Soltó un amargo suspiro para luego darle otro beso. Esta vez uno en cada párpado.

—Cuando despierte llamaré a Saulo para que ponga a alguno de sus hombres a vigilar la casa. Ahora intentemos dormir ¿vale?

Ella asintió limpiándose las lágrimas para luego cerrar los ojos dejándose llevar por el cansancio al igual que él.



## 43.

Cuando Salvatore despertó, ya descansado, se encontró solo en la cama. Ya era bien entrada la mañana. Se levantó y bajó a la cocina para prepararse un café.

Mientras se hacía en la cafetera buscó a Giulia en la planta baja, aunque al no verla supuso que estaría con Fiorella.

Prefirió aprovechar ese momento para llamar a Saulo y así pedirle que alguien vigilara la casa en su ausencia. La situación era grave. Se sirvió el café en una taza y acudió al salón para tomar el teléfono fijo. Marcó el número y esperó a que respondiese.

—¿Diga? —preguntó Saulo cuando descolgó la llamada.

—Soy yo —dijo Salvatore tras dar un sorbo de café—. Necesito ayuda.

—¿Qué ocurre?

—Son tantas cosas que no sé ni por dónde empezar —dijo Salvatore suspirando.

—Te escucho.

El forense le contó todo lo que había ocurrido con su padre y con Giulia sin omitir nada, ni siquiera la infidelidad de Lucio descubierta en las fotos que él escondía.

—¿Me estás queriendo decir que uno de mis mejores hombres le ponía los cuernos a su mujer?

—Sí, encontramos las pruebas en casa de Giulia y esa tipa estuvo ayer cerca de mi casa. El que trabaja para ella ha sido uno de sus secuestradores, probablemente mandado por esa mujer.

—¿Giulia llegó a ver su rostro? —preguntó Saulo.

—Solo sabe que tiene el pelo largo y oscuro, lo mismo que se veía en las fotos. Llevaba gafas de sol y no pudo ver mucho más.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea, lo que desesperó un poco a Salvatore que quería llegar al fondo del asunto cuanto antes. Al menos se había podido tomar el café.

—Recuerdo... —empezó a hablar el mafioso—. Lucio empezó a trabajar para los Graziani tras dejar otro trabajo de guardaespaldas de una joven. Al parecer, según me contó más adelante, era porque ella se había enamorado de él, un amor obsesivo, pero él ya estaba con Giulia cuando ocurrió y prefirió alejarse.

Esta vez quien guardó silencio fue Salvatore, meditando las palabras de Saulo. ¿Podría ser esa chica la misma que ahora quería hacerle daño a Giulia? ¿Podría ser los celos el factor clave en todo esto? Pero si él dejó el trabajo y decidió alejarse de ella ¿por qué acabó siéndole infiel a Giulia?

—Pero Lucio... Si él dejó el trabajo ¿por qué después le pondría los cuernos a ella? Siempre

y cuando esa mujer sea la misma.

—Quizás ella se obsesionó tanto y logró seducirlo de alguna manera.

—Nada de esto tiene sentido, Saulo. Le es infiel a Giulia y luego le reprocha a ella lo que hizo. ¿Por qué simplemente no se separó de ella?

Salvatore dejó la taza que había mantenido en la mano sobre la mesita baja.

—No lo sé, Salva, solo te digo lo que sé.

—¿Y sabes cómo se llama esa mujer para la que trabajó Lucio?

—Adriena Pavoni si no recuerdo mal. Es una de las familias más pudientes después de las familias Zanetti y Graziani.

—Buscaré quién es. Si es la misma persona, podré detener toda esta locura, pero, aún así, me gustaría tener a alguien vigilando la casa por si acaso. Temo que ocurra algo cuando no esté en casa y me sentiré más tranquilo si hay alguien velando por la seguridad de mi mujer y mi hija.

—Por eso no te preocupes, mandaré a algunos de mis hombres para allá.

—Te lo agradezco. Ahora debo dejarte, tengo cosas que hacer.

—De acuerdo.

Tras despedirse colgó y se incorporó para llevar la taza a la cocina cuando sintió bajar a Giulia con la niña, que estaba despierta y hacía ruiditos graciosos con la boca.

Él sonrió y tras dejar la taza sobre la encimera cogió a su hija en brazos. Al verlo, soltó una pequeña carcajada de alegría y alargó la mano hacia la perilla.

Giulia sonrió al verlos, sobre todo cuando Salvatore acercó su rostro al de su hija y le hizo cosquillas con la nariz.

—Parece que fue ayer cuando la vi por primera vez en aquella incubadora, tan pequeña que daba miedo cogerla, tan delicada... y mira lo bien que está ahora.

Ella se acercó para contemplarla y tomó una de sus manitas.

—Nuestra pequeña es fuerte y lo ha demostrado con creces. Ha luchado por salir adelante a pesar de haber sido prematura.

Salvatore la miró con una sonrisa llena de amor.

—En eso salió a ti; una luchadora. Y eso me llena de orgullo.

Giulia se abrazó a él.

—Me pareció oírte hablar con Saulo por teléfono. Oí algo de vuestra conversación desde arriba.

—Sí, nos va a mandar a gente para vigilar los alrededores.

—Entiendo.

—Así estaré más tranquilo cuando no esté aquí con vosotras.

La niña elevaba la mano libre queriendo tocar la cara de su padre.

—Yo también me sentiré más segura, sobre todo por Fiorella —dijo ella pensando en las palabras de la pasada madrugada.

—Todo va a salir bien, nadie se acercará a la casa si no quiere sufrir las consecuencias.

Giulia sonrió levemente.

—Lo sé, confío en ti.

Salvatore la besó en los labios con dulzura y la pequeña Fiorella hizo un ruidito atrayendo la atención de sus padres que sonrieron.

—Creo que reclama nuestra atención aposta. ¿Qué quiere mi pequeña? ¿Eh? ¿Cosquillas? — preguntó rascándole la barriga y la pequeña se removió—. Sí, mi niña quiere cosquillitas.

En ese momento sonó el teléfono y Giulia se acercó a cogerlo mientras Salvatore jugaba con Fiorella.

—¿Diga?

—Buenos días, llamo desde el hospital donde se encuentra el señor Fabreschi, ¿es la casa donde reside su hijo?

—Sí, aquí es.

—Le llamaba porque el señor ya ha despertado y pregunta por su hijo.

Giulia miró a Salvatore con una sonrisa lo que hizo que se acercase.

—Oh, sí, le daré el mensaje e irá para allá.

—Muchas gracias.

—Gracias a usted —dijo antes de colgar para mirar al forense—. Tu padre está preguntando por ti.

El corazón de Salvatore comenzó a latir con fuerza. Su padre lo estaba esperando y ahora sí podría decirle todo lo que le había dicho cuando aún se encontraba en cuidados intensivos.

Giulia se acercó para coger a la niña que hizo un puchero cuando la apartaron de los brazos de su padre y de repente se puso a llorar. Ella la meció en sus brazos mientras él iba a cambiarse de ropa para ir al hospital.

Casi al instante él bajó poniéndose la chaqueta de cuero negra y se acercó a las dos mujeres de su vida dándole un beso a cada una para salir hacia el hospital.

Pidió un taxi que lo llevó inmediatamente. Tras pagar, entró y se dirigió al ascensor para ir a la planta donde estaba su padre. Una vez en la entrada de la habitación se quedó congelado ante la

puerta sin saber muy bien qué hacer.

Se quedó bloqueado. Es cierto que su padre había preguntado por él, pero ¿y si lo hacía para echarle en cara lo ocurrido? ¿Y si solo era para discutir? Ahora mismo no se sentía con fuerzas para pelear con él porque se había dado cuenta de lo mal que había obrado como hijo y estaba dispuesto a solucionarlo.

Inspiró hondo intentando tranquilizarse y tocó la puerta antes de entrar. Sin esperar respuesta, entró en la habitación. Su padre estaba un poco incorporado y al verlo, sonrió levemente.

—Hola, hijo.

Salvatore se acercó con paso lento hasta la cama sin saber si decir algo o no. Lo miró a los ojos, aquellos que compartían el mismo color y forma, aunque los de su padre ya tenían pequeñas arrugas en las comisuras de estos.

—Padre... —logró decir.

—Me alegro tanto de que hayas venido de nuevo. —El forense lo miró con cierta sorpresa—. El médico me ha contado que estuviste aquí desde el momento en que llegué... Me alegra saber que, a pesar de todo, has venido a estar a mi lado cuando ni siquiera deberías haberlo hecho... No quise hacerte caso con lo de Dianora...

—No pienses en esa mujer ahora.

—Claro que sí. Es la asesina de tu madre y no lo supe ver. No sabes lo que me arrepiento de haberla contratado para cuidarla. Tenía que haberlo hecho yo —dijo mientras se llevaba las manos a la cabeza y hacía un gesto de dolor.

Salvatore se las agarró para bajarlas.

—No hagas esos movimientos o te harás daño en la herida. Necesitas descansar y recuperarte.

—Hice que nos enfadáramos más de lo debido. No sabes cuánto lo siento.

—Yo tampoco fui un buen hijo... debí haber estado con los dos y no tan enfrascado en mi mundo. Lo siento.

El padre agarró la mano de Salvatore con fuerza para volver a mirarse a los ojos. En aquella mirada se dijeron tanto sin palabras que no hizo falta mucho más.

Se apretaron la mano con fuerza y, por primera vez en muchos años, se acercó para abrazar a su padre, que se sorprendió ante aquella muestra de cariño por parte de su hijo. Aún así le dio unas palmaditas en la espalda.

—Vas a ahogarme, Salva.

El forense se apartó llevándose una mano a la cabeza con una sonrisa culpable.

—Realmente es un milagro que hayas salido vivo de esto.

El hombre enarcó una ceja, divertido.

—Pensaba que no creías en milagros.

—Cuando te vi llegar lleno de sangre y me dijeron lo mal que estabas me encomendé a todas las religiones habidas. No podía perder a mi padre también.

—Pues me da que aún me quedan unos cuantos años de vida que pienso disfrutarlos con mi hijo, siempre y cuando él quiera volver a tenerme en su vida.

Salvatore sonrió.

—Eres mi familia, junto con mi mujer y mi hija. No pienso dejarte solo.

El padre también sonrió.

—Gracias, hijo. No sabes las ganas que tengo de conocer a mi nieta.

—Pues ya sabes que tienes que recuperarte para eso. Fue una herida bastante grave por lo que es tu deber colaborar con las indicaciones de los médicos y enfermeros del hospital.

El hombre asintió convencido de que así sería, porque nada quería más que conocer a su nieta y poder estar con su hijo también.

Salvatore permaneció un buen rato con él hablando y recordando buenos momentos del pasado.

Mientras tanto, los hombres de Saulo habían llegado a los alrededores de la casa de Salvatore y se habían posicionado de forma que pudiesen pasar desapercibidos, salvo para Kelso.

Él había pasado buena parte de la mañana vigilando la casa para controlar todos los horarios de lo que allí ocurría por expresa petición de Adriana.

Ver llegar a aquellos hombres era un terrible impedimento para lo que ella quería hacer. Vio a uno de ellos acercarse hasta la puerta de la casa tocando el timbre. Tras un rato de espera, vio a esa mujer abriendo la puerta casi con miedo y pareció respirar aliviada al saber quién era ese tipo. Intercambiaron un par de frases y luego le vio cerrar la puerta mientras el tipo se dirigía al lugar que había ocupado para vigilar.

Aquello iba a ser más complicado de lo que había creído en un principio. Se veía que era gente que entendía de esto. La única solución que veía ahí era controlar los cambios de turno para poder dar el golpe definitivo. Ellos iban a suponer el mayor problema a la hora de volver a raptar a Giulia.

Se cubrió los ojos con unas gafas de sol. Tenía que intentar pasar desapercibido para aquellos tipos.

Miró hacia la ventana que daba a la cocina para ver a esa mujer preparando algo para comer. El tipo que vivía con ella, el que la protegía, había salido a toda prisa no sabía a dónde, pero cuando no estaba había más oportunidades por lo que debía controlar bien sus horarios.

Su móvil comenzó a vibrar por lo que lo sacó del bolsillo de su cazadora y suspiró al ver el

nombre de Adriena en la pantalla.

Descolgó la llamada sin hacerla esperar mucho.

—Dime, Adriena.

—¿Qué has visto?

—Tenemos un problema muy serio.

—¿Qué ocurre?

Kelso suspiró y volvió a mirar a uno de los coches donde había un tipo vigilando.

—Han puesto vigilancia alrededor de la casa. Hay varios vehículos con gente dentro observando todo.

—¡¿Cómo?! ¡Maldita perra! —gritó Adriena—. ¡Nadie va a impedir deshacerme de ella! ¡Esa mujer no se merece vivir!

—Cálmate, Adriena. No vas a conseguir nada poniéndote así, sigo controlando todos los horarios, podemos llevárnosla cuando haya un cambio de turno de esos tipos y cuando el hombre que vive con ella no esté. Podemos hacerlo.

—Eso espero, porque no voy a dejarla con vida. Va a morir y Lucio tendrá entonces que elegir entre nosotras dos ¿me entiendes? Lo hará y esta vez me elegirá a mí.

Kelso cerró los ojos mientras se pasaba una mano por la frente en actitud impotente. A pesar de aquel arrebato que estaba sintiendo, la estaba ayudando porque guardaba la esperanza de que no cometiese una locura. Iba a intentar convencerla de que solo debía acabar con esa mujer, no matarse con ella.

## 44.

La recuperación del padre de Salvatore fue lenta y habían hablado varias veces de ir a ver a Dianora. Por supuesto, el forense se negó, pero su padre le rebatía con argumentos que no podía negar. Así que cuando le dieron el alta, ambos se dirigieron a la cárcel donde estaba esa mujer encerrada de manera preventiva hasta que saliese el juicio.

—Quiero entrar solo, hijo. Lo necesito.

—No quiero que te enfrentes a esa mujer solo. Podría llegar a convencerte de que es inocente...

—Confía en mí, Salva. Ya no va a engañarme más. Entiendo que estés preocupado, pero ella ya no significa nada para mí. Ha intentado matarme y no dudó en asesinar a mi mujer. Es algo que ahora mismo no puedo ni quiero perdonar.

Salvatore sonrió orgulloso ante las palabras de su padre y lo dejó entrar solo mientras esperaba fuera del recinto apoyado en un lateral del coche.

Una vez que saliera de allí, lo llevaría a conocer a Giulia y a Fiorella al fin. No hacía más que preguntar por ellas diciendo que quería conocerlas, que por qué no iban al hospital. Quiso explicarle la razón, pero no creyó conveniente hacerlo porque él no conocía su relación con la mafia y no veía necesario darle un disgusto así en ese momento.

Su padre estuvo mucho tiempo dentro del edificio. No creía que tuviera que decirse más que lo necesario, pero parecía no ser así.

Tras casi una hora estuvo a punto de cruzar la puerta para ir a buscarlo cuando, al fin, lo vio salir con la mirada perdida, entristecida... Sin dudarlo se acercó.

—¿Estás bien?

Su padre levantó la cabeza hacia él y sonrió levemente.

—Sí. Esa mujer no se arrepiente de nada de lo que nos ha hecho.

—Es una asesina. Los asesinos no sienten compasión ni arrepentimiento.

—Lo sé. No vi en ningún momento a esa mujer que me consoló o que me cuidó hasta que descubrimos todo.

—Esa mujer nunca existió, papá, así que lo mejor es que la olvides y trates de sobrellevarlo.

Su padre le dio un golpe en un hombro con una sonrisa triste. Luego se dirigió al coche abriendo la puerta del copiloto para luego mirarlo fijamente.

—Vamos, Salva, quiero conocer a mi nuera y a mi nieta.

Salvatore miró al hombre y sonrió levemente antes de dirigirse a su asiento para poner el

coche en marcha. Sin demora puso rumbo hasta su casa donde aún había vigilancia alrededor, aunque se había reducido el número de coches debido a que llamaban la atención.

Durante la convalecencia de su padre había estado recabando información sobre la tal Adriana Pavoni, pero solo había encontrado que era la típica niña de papá que creía que el mundo estaba a sus pies. Una mujer que ha salido en numerosas revistas con miles de escándalos, pero en ningún momento encontró alguna noticia relacionada con Lucio, su guardaespaldas mientras trabajó para ella.

Estaba seguro de que ella era la causante de todo esto, pero ¿cómo probarlo? Era muy complicado. Gatti lo estaba ayudando, aunque seguían casi como al principio a pesar de tener nombres. No había nada por lo que acusarlos y su familia vivía en una tensa calma, ya que no sabían lo que podría ocurrir.

Aparcó en la entrada y ambos hombres se bajaron del vehículo. Se acercaron a la puerta a la vez que Salvatore cogía la llave para introducirla en la cerradura. Una vez dentro, llamó a Giulia mientras invitaba a su padre a entrar.

Ella salió de la cocina limpiándose las manos en un trapo para observarlos. Ciertamente Salvatore era muy parecido a su padre, no podía negarlo. Hasta la pose era la misma. Sonrió cordial y se acercó.

—Giulia, te presento a mi padre: Salvatore. Y por favor, ahórrate el comentario de que llevamos el mismo nombre. Aún no sé por qué decidieron eso mis padres.

Ella lo miró para luego mirar al hombre al que le tendió la mano.

—Es un placer.

—Lo mismo digo. No le hagas mucho caso, sacó el humor sarcástico de su madre.

Giulia sonrió de nuevo. Se veía un hombre agradable por lo que lo invitó al salón.

—¿Quiere tomar un café o algo de beber?

—Un café bien cargado estaría bien, gracias.

—De nada. Salva, deberías ir a buscar a la niña —dijo girándose hacia el forense que asintió y subió las escaleras rápidamente.

Mientras tanto, Giulia volvía a la cocina a preparar el café colocando luego una bandeja con tres tazas, el azúcar, la leche y la cafetera. Lo llevó al salón donde el padre de Salvatore se había sentado en el sofá y colocó la bandeja sobre la mesita baja.

—Gracias —dijo él mirándola.

Ella asintió y se sentó en el sillón que había al lado. No sabía muy bien qué decirle al hombre y cuando sintió a Salvatore bajar suspiró casi con alivio.

El forense entró en el salón con su hija en brazos que parecía estar despierta y soltaba algún que otro gorjeo de felicidad al verlo. El padre se incorporó para ver a su nieta. Era tan pequeña y no pudo evitar sonreír al verla.



—Papá, te presento a Fiorella, tu nieta.

Los ojos del hombre se iluminaron al ver a la niña. Tendió las manos para cogerla y la miró fijamente. Ella también lo miró y enseguida se creó una conexión entre abuelo y nieta que sabían que nadie podría romper.

Fiorella soltó un gorjeo para luego llevarse una mano a la boca.

—Hola, pequeña Fiorella. Soy el abuelo Salvatore. He venido para mimarte y darte los caprichos que el tacaño de tu padre no te dará —dijo mirando a su hijo que sonrió al recordar esas palabras que él mismo había dicho hacía días.

Giulia se acercó hasta el forense y lo abrazó.

—Creo que abuelo y nieta se van a confabular contra el padre controlador.

—¿Por qué piensas que seré un padre controlador?

Ella sonrió mirando a Salvatore padre con su hija.

—Porque todos los padres son así y no vas a ser menos. Tienes que dar ejemplo.

Su pareja sonrió besando su cabeza.

—Tienes razón. ¿Qué padre sería si no tratara de controlar todos los movimientos de mi niña? No, tengo que dar ejemplo —dijo con humor y ambos se quedaron viendo la escena tan tierna que se mostraba ante ellos.

El padre del forense se quedó el resto del día allí, sobre todo con su nieta a la que no dudó en darle mimitos y jugar con ella. También conoció al perro de Giulia que enseguida se encariñó con él, algo que no sentó muy bien a Salvatore hijo, ya que parecía ser el único al que aún le tenía tirria.

Casi podrían pasar por una familia feliz. Él realmente deseaba que fuese así lo más pronto posible. Iba a acabar con la amenaza que pesaba sobre su mujer para poder vivir al fin en paz.

Los días pasaban mientras Kelso seguía vigilando la casa donde vivía Giulia. Se había percatado de que habían reducido el número de vigilantes alrededor de la casa, ya que antes parecía ser infranqueable, con horarios muy bien controlados.

Habían hecho bien en esperar porque eso les había hecho confiarse y no tener tanta vigilancia alrededor. Esa mujer seguía sin salir de aquella casa, pero parecía confiarse en que no iba a sucederle nada.

En todos aquellos días había controlado las idas y venidas de Salvatore y de otras personas del entorno de Giulia.

Adriana estaba impaciente por poner en marcha el plan que llevaba fraguando desde hacía varios días cuando él le había dado la noticia de la reducción de vigilantes.

Tal es así, que al día siguiente iban a dar el gran golpe. Era el idóneo para ello, ya que el

forense no iba a estar en casi todo el día así que perfectamente podrían encargarse de los vigilantes y llevarse a esa mujer con ellos.

Lo que debían pensar bien era qué iban a hacer con el perro que permanecía con ella en la casa. Era el mayor impedimento que se podían encontrar en todo aquello.

Como era tarde, decidió volver a la mansión de Adriena.

Se bajó del coche y se dirigió al interior buscándola para encontrarla en la habitación cubierta por su bata de seda y bebiendo champán en su cama. Lucía unos altos tacones *Peep toes* negros con suela roja.

Al verlo entrar, ella sonrió y se incorporó para ir hacia él moviendo las caderas, incitándolo, provocando su libido.

—Mi querido Kelso —dijo la joven algo achispada por el champán cruzando los brazos tras el cuello del hombre—. Dime que me traes buenas noticias y que mañana podremos acabar con esa perra...

—No habrá impedimento alguno que nos obstaculice nuestra misión mañana —dijo él notando su miembro crecer ante la cercanía de la mujer.

—Maravilloso... —susurró contra sus labios—. Tan maravilloso como tú.

Le dio un beso profundo, con urgencia, con anhelo y él no pudo resistirse por lo que correspondió al beso con las mismas ansias que ella. La arrastró hasta la cama mientras aflojaba el cinturón de la bata de seda para verla completamente desnuda bajo ella.

Una vez pegada a esta, la empujó haciéndola caer con cierta brusquedad haciendo que ella lanzara un gemido. A Adriena le encantaba que la trataran así, ya que la ponía más caliente.

Miró a Kelso de manera desafiante mientras la bata cedía y bajaba por sus hombros hasta quedar enganchado en los codos, allí donde ella se apoyaba para ver cómo él se quitaba la ropa con rapidez.

Cuando estuvo completamente desnudo se subió a la cama para colocarse sobre ella cogiendo el cinturón de la bata y tirando con fuerza mientras la sonrisa de Adriena se ampliaba dejando caer la cabeza, exponiendo su cuello.

Él aprovechó para besarla allí donde latía su pulso acelerado.

—Sí, por favor —decía ella entre gemidos.

Cuando tuvo el cinto en la mano, juntó las manos de Adriena y se las ató con cierta brusquedad para luego elevárselas por encima de la cabeza atándolas al cabecero de la cama lo que la hizo sonreír moviendo la pierna hacia la entrepierna de Kelso notándolo completamente duro.

Los gemidos por parte de ella se intensificaron cuando él empezó a bajar sus labios desde el cuello hasta la clavícula y de ahí hasta el valle entre sus pechos para luego dirigirse hacia una de aquellas cúspides rosadas que mordió con lascivia poniéndolo aún más duro de lo que ya estaba.

Adriena se arqueó nombrándolo, pidiendo más por lo que Kelso no se hizo de rogar, atacó su

otra cúspide y le dio el mismo trato que el primero.

Se sintió humedecer cada vez más cuando comenzó a bajar por su abdomen hasta llegar al ombligo.

—Oh sí, por favor —gemía Adriena con los ojos cerrados y moviendo su cuerpo como una culebra.

—Quieta —ordenó Kelso posando una mano en su vientre haciendo que ella no se moviese.

Entonces, sin previo aviso, metió un dedo en su húmeda cavidad haciéndole dar un brinco. Lo movió en su interior en círculos haciendo que meciese las caderas. Kelso lo sacó para volver a introducirlo acompañado de otro.

Una sensación placentera se había apoderado del cuerpo de Adriena que sentía cómo se formaba el orgasmo en su interior y se movió de nuevo en busca de satisfacción, pero cuando él se percató de que ella estaba a punto, sacó los dedos dejándola vacía.

Ella levantó la cabeza con cierto grado de enfado por no haberla dejado terminar.

—Termina lo que has empezado, Kelso —dijo ella.

—Aún no y tu cuerpo lo sabe. ¿No querías que fuera duro? ¿Que hiciera lo mismo que te hacía tu amante? Pues es lo que estás teniendo.

Adriena dejó caer la cabeza con frustración. No le quedaba nada para correrse y se lo había negado, pero él tenía razón. Había aprendido a apreciar el sexo duro y cuanto más, mucho mejor. ¿Cómo había podido permanecer ignorante ante las señales de su cuerpo?

Kelso se subió en la cama sobre ella, sin dejar de mirarla. Ella sonreía de anticipación, sabiendo lo que venía a continuación.

Kelso volvió a poseer su boca sin compasión en la que ambos acabaron mordiéndose los labios como si quisiesen sacarse la sangre. Las ansias podían con ambos. Él también había descubierto hacía muy poco un lado oscuro en él que lo ponía a mil cuando ejercía su voluntad sobre la de Adriena. Se negaba a creer que fuese tan cruel, pero a veces su instinto ganaba a la razón y no medía las consecuencias de sus actos.

Adriena abrió las piernas y él se posicionó en medio, apuntando con su miembro hacia la húmeda hendidura que reclamaba un orgasmo. De una sola estocada entró en ella haciéndola gritar de placer. No tuvo que hacer mucho más para sentir cómo se retorció presa de un orgasmo devastador.

Se mantuvo quieto mientras ella recuperaba el aliento, pero cuando notó que ya se calmaba, empezó a mecerse mientras la agarraba con fuerza de la nuca para besarla con pasión.

Sacó su miembro lentamente y luego lo introdujo con fuerza dejándola momentáneamente sin respiración. Sus movimientos de entrada y salida fueron igual durante unos minutos hasta que aumentó la velocidad de las embestidas notando cómo le llegaba el orgasmo a ambos.

En tan solo un par de movimientos más los dos estallaron. Ella gritó su nombre mientras que él

gruñía con la cabeza escondida en el cuello de ella.

Salió de su interior y tras desatarla, se acostó a su lado mientras Adriena colocaba medio cuerpo sobre su torso.

—Maravilloso, como siempre. Ahora descansenos, tenemos que estar frescos para lo que se nos avecina mañana —dijo ella sonriente.

Kelso solo pudo asentir rindiéndose a lo que Adriena quisiese hacer.

## 45.

Esa mañana Salvatore se había levantado temprano. Hacía unos días que había vuelto al trabajo y estaba un poco estresado con todo lo que tenía que hacer. Parecía que no sabían vivir sin él en la comisaría.

Giulia bajó con él hasta la cocina y ambos se tomaron un café que él mismo preparó al instante. Ella no pudo evitar bostezar con cansancio.

—Deberías dormir un poco más. Últimamente no lo haces adecuadamente.

—Estoy bien —dijo ella sonriendo levemente antes de darle un sorbo al café—. Una vez que empiece con el baño diario de Fiorella se me pasará todo. ¿Llegarás tarde hoy también?

—Espero que no, ya casi tengo todo el papeleo al día. De todas formas te llamaré si surge algo a última hora. Ya sabes, no sabes cuándo puede llegarte un nuevo cadáver —dijo mientras dejaba la taza en el fregadero y se acercaba a ella para darle un tierno beso en los labios.

—Sigo sin entender tu humor. A veces da grima.

El forense sonrió acariciándole la mejilla.

—Tengo un humor genuino que muy pocos comprenden.

—No lo pongo en duda.

Giulia dejó también la taza en el fregadero y acompañó a Salvatore hacia la salida donde él mismo desconectó la alarma. Se giró hacia ella y le dio un beso en los labios tras coger la cazadora y el maletín.

—No dudes en llamarme si ocurre cualquier cosa ¿entendido?

—Sí, de todas formas están los hombres de Saulo fuera.

—Lo sé, pero me quedaré más tranquilo si me llamas por cualquier cosa.

Ella asintió y lo apartó para que saliese. Se miraron a los ojos fijamente por unos segundos y luego él se metió en el coche para poner rumbo a la comisaría.

Giulia cerró la puerta y bostezó mientras se dirigía al piso superior sin poner la alarma. La verdad era que llevaba unos días que no dormía bien. Fiorella parecía incómoda y no sabía por qué.

Se despertaba llorando, pero luego no quería comer o tenía el pañal limpio. Quizás Salvatore debería mirarla o llevarla incluso al hospital para ver qué es lo que podría tener para estar así.

Llegó al piso superior y primero fue a la habitación de su hija que parecía dormir profundamente, cosa que le alegró, ya que la última vez le había costado coger el sueño.

Se dirigió a su habitación en la que se acostó a descansar un poco antes de que la niña se

despertase, pero no tardó mucho en hacerlo porque casi al instante de tocar con la cabeza la almohada, la niña empezó a llorar por lo que se incorporó y fue hasta la habitación.

Se acercó a la cuna y la cogió en brazos.

—¿Qué te pasa, Fiorella? —preguntó aún a sabiendas de que la niña no iba a responderle.

La meció y se dirigió al sillón balancín donde se sentó y se descubrió el pecho para darle de comer. Por suerte, la niña no puso objeciones y comió tranquilamente. Giulia suspiró de alivio. Al menos ahora comía, pero rápidamente apartó la cara e hizo un puchero.

Se dio cuenta de que la niña se llevaba mucho el puño a la boca estos últimos días así que le miró el interior para descubrir una pequeña puntita blanca en la encía.

Le estaba saliendo su primer diente.

—Mi pequeña, por eso estabas tan incómoda. Te molesta... —dijo dándole un beso en la frente—. Necesitas algo frío para aliviarlo.

Se incorporó para lavarla y cambiarle la ropa, luego bajó hasta la cocina para buscar alguna cosa fría que pudiese usar con la niña mientras tanto, hasta que llamara a Salvatore para que le comprara un mordedor.

Abrió la nevera, pero no encontró nada adecuado, así que fue a lavarse la mano para luego pasarle un dedo por la encía inflamada en un suave masaje que pareció aliviar a la niña que se agarró a su mano.

Giulia sonrió levemente.

—Papá te comprará algo para que muerdas.

Aprovechó y cuando la niña se calmó, lo llamó para contárselo. Parecía bastante liado cuando le contestó, pero le prometió comprarle algo para aliviarle el dolor de encías.

Al colgar, se sentó en el sofá meciéndola a ver si se dormía un rato ahora que se había calmado, en cierta manera, lo de su boca. Le contó un cuento mientras Fiorella la observaba atentamente con los ojos abiertos, lo que le decía que iba a ser muy complicado que se durmiera.

La colocó a su lado en el sofá y se puso a jugar con ella. Tras un rato volvió a cogerla para asomarse a la ventana donde vio a los hombres de Saulo vigilando.

Empezaba a aburrirse de estar encerrada. Llevaba tiempo meditando que no quería permanecer más tiempo entre aquellas cuatro paredes. Quería salir a correr por las mañanas, ir a cualquier sitio sin mirar a sus espaldas por si la seguían. Volver a ser normal, sin temores.

Salvatore le había prometido atrapar a los causantes de toda su odisea personal y confiaba que lo solucionara muy pronto.

—Ya no queda nada, pequeña, muy pronto iremos de paseo, a jugar al parque y otras muchas cosas.

La cabeza de Fiorella se apoyó sobre el hombro de su madre con sus ojos cerrándose poco a

poco. Parecía que, al fin, el cansancio hacía su efecto. Subió las escaleras acariciándole la espalda con suaves movimientos y la dejó en la cuna.

La observó con una sonrisa y cuando vio que ya estaba profundamente dormida, se acercó a Lucca, le acarició la cabeza para luego volver a la habitación a descansar un poco.

Se acostó y cerró los ojos quedándose dormida casi al instante.

Los hombres de Adriena se encargaron del último de los vigilantes que estaban alrededor de la casa de Giulia. Habían usado pistolas con silenciador, así no alertaban a nadie alrededor.

Ella observaba todo con impaciencia. Aunque realmente había sido un trabajo fácil. Los había pillado prácticamente por sorpresa. Se habían acercado sin hacer ruido, habían abierto las puertas de los coches y disparado a bocajarro para luego cerrar las puertas como si aún permaneciesen allí vigilando.

—¿Queda mucho? —preguntó Adriena cruzándose de brazos.

Kelso la miró.

—Este era el último, solo había cuatro.

—¡Pues venga! No podemos esperar más —dijo ella encaminándose a la puerta de la casa.

El tipo fue tras ella rápidamente. Debían ser sigilosos para pillar a Giulia por sorpresa y Adriena podría estropearlo por su arrebato. La agarró del brazo con brusquedad.

—¿Estás loca? ¿Qué pasa si tiene sensor de movimiento? ¿Quieres que nos descubran antes de tiempo? —preguntó Kelso mirándola.

Adriena se miró el brazo, para luego levantar la vista hacia él.

—Pues daos prisa en solucionar eso —dijo ella.

Kelso hizo una seña a los hombres que los acompañaban para que fueran primero a asegurarse de que no había nada que pudiese delatarlos, aunque si lo encontraban tenían la orden de destruirlo rápidamente y sin hacer ruido alguno.

Destrozaron varias cámaras que había alrededor, aunque no parecían estar en funcionamiento.

Tras esto, uno de ellos sacó una ganzúa para abrir la puerta principal. Apenas tardó unos segundos en hacerlo. Observó el interior percatándose de la alarma que había justo en la entrada. Este hizo una señal a Kelso que se acercó para ver el aparato que no tenía ninguna luz encendida lo que les indicaba que estaba desconectada.

—No está activa, así que no habrá problema —dijo en apenas un susurro.

—Bien —dijo Adriena empujando a los hombres para adentrarse en la casa.

Primero se dirigió al salón, luego a la cocina, pero allí no encontró a la mujer de Lucio. Subió al piso superior mientras Kelso la seguía de cerca.

El llanto de su hija hizo que abriera los ojos confusa. Se había quedado profundamente dormida y parecía un poco desorientada, pero cuando volvió a oír a su hija se incorporó para ir hacia su habitación.

Seguro que volvía a dolerle la encía.

—Ya voy, princesa —dijo ya en el pasillo mientras se frotaba los ojos. Cuando entró en la habitación se detuvo al ver a una mujer de largo pelo oscuro con su hija en brazos. Unos ojos marrones oscuros la miraron con altanería—. ¿Quién eres y qué haces con mi hija? —preguntó.

La mujer sonrió.

—Parece mentira que nos encontramos al fin ¿no crees? Deberías haber muerto cuando te secuestramos la primera vez, pero decidiste matar a uno de mis hombres y librarte de la muerte.

—Dime quién eres y suelta a mi hija —dijo Giulia entrando en la habitación en busca de su perro, que debería haberle alertado de la intrusa que estaba ahí mismo. Al mirar hacia el rincón donde siempre dormía el perro, lo vio tirado con una enorme mancha de sangre alrededor—. ¡Lucca! —gritó, para luego volver a mirarla—. ¿Qué has hecho? ¿Qué le has hecho a mi perro?

La niña seguía llorando en los brazos de la mujer.

—Deshacerme de él, como pienso hacerlo de todo lo que quieres.

Giulia abrió los ojos y al entender el mensaje que le daba empezó a negar con la cabeza.

—No, ella no. ¡Devuélveme a mi hija!

El grito de Giulia provocó que Fiorella llorase con más fuerza, asustada por ello.

Las lágrimas amenazaron con salir de los ojos de su madre, pero trató de mantenerse fuerte. Ante todo debía salvar a su hija de las garras de aquella mujer.

Por unos segundos se preguntó dónde estaban los hombres de Saulo que no vieron entrar a esa mujer en su casa como si nada. También se preguntó por qué no había sonado la alarma que había junto a la puerta. ¿Cómo había logrado sortear todos aquellos obstáculos?

—Eres la amante de Lucio ¿verdad? —preguntó ella confirmando algo que supo en el momento en que la vio.

Era la misma que había estado en el coche de hacía unos días.

Ella miró con desdén para luego transformar su cara en una de odio.

—¡Yo era su mujer! —gritó—. Lucio era mi hombre, jamás debió casarse contigo. Él me pertenecía a mí nada más. Igual que este bebé —dijo mirando a la niña empezando a mecerla para calmarla—. Debería haber sido yo la que quedara embarazada de él y no tú. ¡No te mereces ser la madre de su hija!

Giulia soltó un jadeo ante aquellas palabras. ¿Qué estaba diciendo esa mujer? Ambas se miraron fijamente.



—No sabes lo que estás diciendo...

—¡Claro que lo sé! —la interrumpió con un grito mientras la niña lloraba sin cesar.

—¡No! ¡No lo sabes! ¡Él no podía tener hijos!

La otra mujer abrió los ojos con sorpresa ante aquella revelación.

—Mientes... ¡eres una mentirosa!

—Esa niña no es de Lucio. Si has planeado todo esto por ella, entonces ya puedes marcharte porque ella no es hija suya. Déjala, por favor.

Giulia la vio respirar con rapidez a la vez que tenía la mirada perdida tratando de asimilar las palabras que ella misma le acababa de decir. La oyó negar en voz baja y poco a poco fue subiendo el volumen de aquella letanía.

—¡No! ¡Deja de mentir! No voy a dejar que te libres de esto... No mereces vivir. Por tu culpa Lucio está muerto.

—A él lo asesinaron —dijo dando un paso adelante, tenía que sacar a su hija de allí, buscar ayuda como fuese, esa mujer parecía estar loca diciendo cosas sin sentido.

Tenía que avisar a Salvatore para que las ayudase.

—¡No te muevas! Como lo hagas, te juro que la mato ¿me oyes? ¡La mato!

En ese momento sintió pasos a su espalda por donde apareció el hombre que había acudido a verla durante su secuestro y que la había seguido en el cementerio. En su mano llevaba una pistola.

No dudó en acercarse a la mujer y entregarle el arma sin dejar de mirar a Giulia que veía impotente toda aquella escena mientras el miedo la invadía y dejaba salir las lágrimas que había intentado reprimir.

—No, por favor... deja a mi hija, te lo suplico. Haré lo que sea, pero déjala, te lo ruego —dijo mientras se llevaba una mano al pecho.

Si perdía a su hija sería un durísimo golpe y no podría vivir. Tenía que ponerla a salvo, evitar por todos los medios que no le hiciese daño.

La mujer sonrió con malicia y le devolvió la pistola al hombre para mecer a Fiorella.

—¿Harías lo que fuera? —Giulia asintió derrotada lo que la hizo sonreír aún más—. Humíllate, zorra. Vamos arrodíllate y suplica por la vida de tu hija...

Las lágrimas escapaban sin control alguno. Sin pensar en nada, simplemente en salvar a Fiorella de las garras de aquella mujer, se arrodilló sollozando.

Ni siquiera vio la sonrisa triunfal en el rostro de la otra. Quizás si actuaba sumisamente dejaría a su hija en paz, pero estaba muy equivocada en sus suposiciones, ya que la vio acercarse hasta quedar delante de ella. Giulia levantó la mirada.

—Esto no es suficiente para todo lo que quiero hacerte sufrir por haberme arrebatado a mi hombre, perra, y acabo de encontrar un buen punto débil para que hagas todo lo que yo quiera...

Sin decir nada más, hizo una seña con la mano al tipo que estaba allí y salió de la habitación. Giulia se incorporó rápidamente para ir tras ella, pero el hombre la sujetó por la cintura con fuerza.

—¡No! ¡No te lleves a mi hija! ¡Devuélvemela! —Forcejeó contra él, arañando sus brazos y dando patadas que no lograban dar en un sitio concreto—. ¡Suéltame! ¡Fiorella! ¡Fiorella!

De repente sintió un pinchazo en el cuello. El líquido entró en su organismo dejándola laxa mientras su cerebro parecía desconectar del mundo a su alrededor, sintiendo mucho sueño.

En su mente sabía que aquello era una droga que le habían inoculado, pero no pudo luchar contra ella y se dejó llevar por la oscuridad diciendo el nombre de su hija.

## 46.

Salvatore salió del trabajo totalmente extenuado. Solo deseaba llegar a su casa para estar con las mujeres de su vida y descansar un mínimo de diez horas. Había tenido muchísimo trabajo en muy pocos días y estaba bastante cansado.

Autopsias sin hacer, informes que rellenar, pruebas que verificar y buscar huellas. A veces pensaba que su equipo era una panda de ineptos que no sabían ni tomar un maldito bisturí.

Para colmo de males, lo relacionado con Giulia lo mantenía con la mente alejada de todo y a punto había estado de formar un desastre al mezclar pruebas de casos diferentes en los informes y casi romper la cadena de custodia para los diferentes juicios.

La había llamado aquella mañana para contarle que a su hija le estaba saliendo su primer diente y estaba molesta, esa era la razón por la que apenas dormía y no comía en condiciones por lo que le pidió que le comprara un mordedor para aliviar la inflamación que tenía en la encía.

Su pequeña lo necesitaba así que le importó muy poco que saliese antes de su hora. Había adelantado trabajo de casi tres días y no pensaba hacer más por mucho que Hulk se pusiese verde fluorescente.

Se dirigió a un centro comercial y entró en una tienda de cosas de bebés donde le ofrecieron miles de opciones de mordedor consiguiendo agobiarlo un poco. Él quería uno que aliviase a su hija, por lo que cogió uno de ellos al azar y lo pagó. Tras las indicaciones que le dieron en la tienda se dirigió a su coche para volver a casa.

Su móvil empezó a vibrar, pero como iba conduciendo no pudo cogerlo hasta que aparcó justo frente a la entrada de su casa. De repente notó algo extraño, en especial cuando vio más coches de los hombres de Saulo de lo que había sido normal los últimos días.

Uno de ellos se acercó rápidamente a él.

—Salvatore...

—¿Ocurre algo?

La mirada del tipo le hizo tener un mal presentimiento que no le gustó nada.

—Veníamos a hacer el cambio de turno, pero al ver que ninguno de los coches se movía nos extrañamos, así que fuimos a ver qué ocurría. Cuando abrimos las puertas de los vehículos los encontramos muertos con un tiro en la cabeza cada uno.

El mal presentimiento de Salvatore aumentó y entró en la casa. La puerta estaba abierta y la alarma desconectada.

—¡Giulia! —gritó preso del pánico que suponía imaginar lo que podría haber ocurrido. Si sus sospechas se confirmaban sabía que sería una carrera contrarreloj—. ¡Giulia, contesta!

Recorrió todo el piso inferior sin resultado así que subió para ir a su habitación encontrándola

vacía. Desesperado corrió a la de su hija donde solo halló al perro tendido en el suelo sangrando.

Sin dudar se acercó al animal.

—Eh, chico —dijo mirando a ver si respiraba. Lo hacía de manera rápida y algo trabajosa. Encontró la herida de bala en una de sus patas y decidió hacerle un torniquete con su cinturón para evitar que sangrara más—. Tranquilo, chico, te vas a poner bien, aguanta un poco más.

Se levantó para dirigirse a la cuna encontrándola también vacía y todo su mundo se desmoronó.

Cayó de rodillas al suelo mirando sin ver nada. Habían entrado en su casa y se habían llevado a su mujer y a su hija.

Maldijo en voz alta mientras golpeaba el suelo con los puños a la vez que escapaban algunas lágrimas de sus ojos.

—¡Hijos de puta! ¡Me las vais a pagar!

El perro aulló lastimeramente, dolorido, y Salvatore se acercó para acariciarle la cabeza. Luego cogió el móvil para llamar a Gatti que contestó al instante.

—¿Salva? —preguntó cuando contestó.

—Se las han llevado, Gatti. ¡Joder, se las han llevado!

El silencio se instaló entre ambos durante unos segundos hasta que el policía salió de su estupor de sorpresa.

—¿Cómo?

—Esa gente ha venido y se las han llevado. ¡Maldita sea!

—Pero ¿cómo es posible? Tú mismo me contaste que habías puesto seguridad, no entiendo nada.

—Mataron a los tipos que vigilaban alrededor de la casa, la alarma no estaba conectada... Si les pasa algo no me lo perdonaré en la vida.

—¡Eh! Calma, vamos a encontrarlas ¿vale? Lo importante ahora es mantener la mente fría. Tenemos los nombres de la mujer y del tipo que trabaja para ella. Solo nos queda averiguar dónde se ocultan con ellos para cogerlos.

—Dispararon a Lucca. Necesita que lo vea un veterinario urgente.

—Yo me encargo, voy para allá.

—Gracias.

Colgó y acarició la cabeza del perro. Casi al instante apareció el hombre que estuvo hablando con él en la calle.

—Hemos avisado a Saulo para que esté informado, ayudaremos en lo que haga falta para

salvar a las dos —dijo el tipo de pelo corto rubio ceniza y ojos color miel.

Salvatore se giró y sonrió levemente.

—Gracias —volvió a decir sin dejar de acariciar al animal—. Las encontraré aunque sea lo último que haga.

El hombre posó una mano en su hombro con comprensión, pero nadie podía entender cómo su corazón latía desbocado por el terror de perder a los dos seres que más amaba en el mundo.

Si las mataban ya nada tendría sentido para él. No podría vivir en paz.

Quería ser positivo y pensar que las encontraría con vida, que las salvaría de las garras de esa gente. Lo haría.

Se quedó allí quieto hasta que llegó Gatti con la ayuda para el perro. Luego, empezaron a trabajar en la forma de encontrar a Giulia y Fiorella. Iba a encontrarlas vivas, aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

El sonido de un llanto empezó a sacarla de su estupor, le pesaban los párpados y la cabeza le dolía horrores, pero debía despertar, su hija la necesitaba.

Poco a poco fue abriendo los ojos. A su alrededor todo estaba oscuro. ¿Acaso había anochecido y no se había dado cuenta? A su lado vio el pequeño intercomunicador que usaba para oír a su hija que estaba en la otra habitación.

Intentó incorporarse y el ruido de cadenas hizo que parpadeara varias veces. Ese ruido...

—No... —dijo intentando incorporarse de nuevo mientras su vista se adecuaba a la oscuridad.

Ahora era realmente consciente de la situación mientras a su mente venía todo lo ocurrido en la casa de Salvatore con su hija y aquella mujer, la amante de Lucio.

Sus manos estaban unidas por una cadena que estaba enganchada a la pared al igual que su cuello.

—No, no ¡no! —gritó intentando soltarse, pero solo consiguió hacerse daño en las muñecas y casi ahogarse—. ¡Soltadme! ¡Mi hija está llorando! ¡Me necesita!

Gritó y gritó hasta casi desgañitarse, pero nadie acudió a su llamada. Intentó ubicarse, pero en la oscuridad no podía saber dónde se encontraba. Solo podía percibir el olor a humedad y a madera. ¿Dónde la habían llevado?

El llanto de su hija hizo que se le encogiera el corazón y empezase a llorar de impotencia por no poder calmarla. ¿Por qué la hacían sufrir de esa forma?

—Por favor... —suplicó a la oscuridad mientras apoyaba el cuerpo contra la pared—. Mi hija me necesita.

No supo el tiempo que pasó, pero sintió cómo el llanto de su hija dejaba de oírse y se asustó. Agarró el altavoz y lo movió con fuerza por si se había apagado, pero no se oía nada.

Sintió una puerta abrirse por la que entró un resquicio de luz que la iluminó, pero tuvo que cubrirse la cara. Había pasado mucho tiempo a oscuras y la luz le molestaba. Cuando se acostumbró vio una sombra acercarse con su hija en brazos. La pequeña seguía llorando desconsolada.

—Fiorella... Fiorella... —dijo mientras la persona se agachaba ante ella por lo que pudo ver su rostro.

Era el hombre, Kelso. Cargó a su hija en un brazo mientras sacaba una llave del bolsillo de sus vaqueros. Cuando la sacó, dejó a la niña en el suelo, al lado de su madre y procedió a quitarle la cadena que unía sus manos.

—Cálmala... —fue lo único que dijo.

Una vez que tuvo las manos libres cogió a su hija en brazos para tratar de calmar su llanto.

—Ya está, princesa, aquí está mamá... —Su voz fue casi como un bálsamo para la pequeña que pareció calmarse—. Sí, soy yo. —Palpó el pañal y miró al tipo—. Necesito cambiarle el pañal y darle de comer.

Kelso asintió para luego incorporarse en busca de una bolsa que él mismo había cogido con cosas para la niña que pudiese necesitar. El llanto de la niña puso nerviosa a Adriana que empezó a gritarle a él que hiciese algo para que dejara de llorar y lo único que pudo hacer fue llevarla con su madre.

Trajo el bolsito para dejarlo al lado de Giulia que enseguida le quitó el pañal sucio para limpiarla y ponerle uno nuevo. Una vez lista, le miró la boca y su hija se removió.

Volvió a mirarlo.

—Necesita un mordedor... le molesta la encía...

—Dale de comer —fue la simple orden, negándose a escucharla.

—No lo hará. Tiene la encía inflamada y debe tener algo que le alivie para que pueda comer —dijo Giulia. La mirada que le echó Kelso le infundió algo de temor. Parecía a punto de perder la paciencia, pero no estaba mintiéndole con respecto a la molestia de Fiorella—. Al menos me gustaría tener algo de privacidad para darle de comer a mi hija.

Kelso se pasó una mano por el pelo para apartárselo de la cara con un suspiro de cansancio.

—Tienes veinte minutos para hacerlo, cuando acabe el tiempo volveré para llevarme a la niña.

Sin esperar respuesta alguna, se giró y salió de allí dejando la puerta entornada para que pudiera entrar un poco de luz en aquella habitación.

Giulia sintió las lágrimas arder en sus ojos y se acomodó para darle el pecho a la niña que tomó algo, pero no lo suficiente porque le molestaba el diente que le estaba saliendo.

—Come un poco más, Fiorella, por favor... vamos, solo un poquito más. —Pero la pequeña se removió en los brazos de su madre mientras hacía un puchero—. Sé que te duele, cariño, pero come un poco más, vamos.

Lo intentó un par de veces más en el transcurso de los veinte minutos de margen que le había dado Kelso, aunque la niña seguía sin poder hacerlo por la molestia que sentía en la boca.

Cuando se agotó el tiempo, el hombre entró para coger a la niña.

—¡No! No te la lleves.

Pero él no le hizo caso y salió de allí con el bebé en brazos. Giulia se abrazó las rodillas dejando salir las lágrimas que había tratado de contener. Sabía que esta vez iba a ser más complicado escapar.

Solo deseaba que Salvatore lograra encontrarlas antes de que fuese tarde, porque en su interior sabía que si no escapaba de aquella situación, no iba a sobrevivir y debía hacerlo por él y por su hija. No quería morir a manos de una mujer que no estaba bien de la cabeza.

Dejó caer la cabeza entre sus rodillas.

Kelso salió de la bodega donde habían encerrado a Giulia con la niña en brazos que seguía incómoda. La miró y la vio llevarse el puño a la boca para luego soltar un hipido.

Ella lo miró con el rostro congestionado por todo lo que había llorado y en el fondo supo que haberse traído a la niña estaba mal. Ninguno sabía cómo cuidarla, lo que necesitaba o no.

Debía vigilarla constantemente porque tenía unas necesidades que suplir. No pudo evitar quitar el puño de la niña de su boca para mirar el interior y darse cuenta que lo que decía su madre era cierto. Tenía la encía inferior inflamada y un pequeño punto blanco que se adivinaba como un diente.

Su madre no mentía con respecto a ello. La niña no dejaba de llorar porque le dolía. Entró en la habitación de Adriena, la cual estaba peinándose la larga melena oscura sentada en su cama.

—¿Aún no ha dejado de llorar esa... cosa? —preguntó de manera despectiva la joven.

—La he llevado con su madre para que la calmara, pero no puede hacerlo.

Adriena soltó el cepillo y lo miró con una ceja enarcada.

—¿Cómo que no puede? ¿Acaso no es su madre?

—Sí, lo es.

—Pues entonces debería calmarla. No soporto su llanto y me está hartando —dijo volviendo a pasarse el cepillo por el cabello.

—Le está saliendo su primer diente y le duele la encía.

Adriena juntó las manos para ponerlas al lado de su cara en la que puso un gesto de felicidad y entusiasmo fingidos.

—¡Qué maravilla! ¡Su primer diente! —Rápidamente su cara mostró su expresión de siempre—. Me importa muy poco si le está saliendo un diente o tres, yo solo quiero que deje de

molestarme su maldito lloriqueo, así que haz lo que tengas que hacer y mantenla lejos de mí. No quiero que sus babas manchen mis vestidos.

Le hizo un gesto desdeñoso para echarlo de la habitación y este obedeció llevándose a la niña de allí.



## 47.

Era el cuarto café que se tomaba esa mañana. Había pasado todo un día desde que se llevaran a Giulia y a Fiorella y no había parado en todo ese tiempo de dar con su paradero.

Gatti se había llevado al perro junto con el veterinario que había traído que, al parecer, era un amigo suyo del instituto, aunque no le puso mucha atención a aquel dato. No hacía más que pensar en ellas, en si estarían bien, en si les estaban haciendo daño.

Pensar en eso hacía que le doliese el centro del pecho. Quería pensar que estarían bien, pero la amenaza con la rosa negra había sido clara y era una agonía no saber nada de ellas.

Encima de la mesa tenía la ficha de Kelso Damiani y una foto encontrada en internet de Adriana Pavoni. Le había dado más de mil vueltas, desesperado.

Había encontrado la dirección de la joven, pero sería muy estúpido ocultar a Giulia en su propia casa. Se notaba de lejos que era una persona que prefería que otros se mancharan las manos de sangre por ella.

Podía ir y sacarle la información, aunque sabía que era una completa locura, ya que el más mínimo error podría acarrear consecuencias nefastas para su mujer y su hija.

Se cubrió la cara a la vez que apoyaba los codos en la mesa. No quería pensar en lo que podría pasarles, pero su mente se llenaba de tantas posibilidades nefastas que tiró la taza contra la pared con rabia.

Era la segunda vez que le pasaba algo así y si la primera había sido totalmente desesperante, esta era muchísimo peor.

Tocaron en la puerta y él se incorporó para abrir. Frente a él se encontró a Gatti que no esperaba invitación para entrar porque Salvatore se giró para volver al despacho.

El policía cerró la puerta y se dirigió a la habitación donde estaba el forense sentado ante su mesa.

—¿Crees que ahí sentado vas a lograr encontrarlas? Porque te aseguro que mirar a la nada no te las va a traer de vuelta.

—Si has venido a molestar, ya puedes irte por dónde has venido —dijo Salvatore malhumorado.

—Lo que quiero es ayudarte, imbécil. Pero así no vas a lograr nada. Haz una denuncia como te dije ayer. Nosotros podemos ayudarte.

—Olvídalo, la policía no va a meter las narices en esto. Estoy dispuesto a matar por encontrarla, así que olvídale —dijo Salvatore muy seguro—. Necesito encontrarlas, Gatti.

—Y las encontraremos, pero solo no vas a poder. Tienes que tener eso muy claro. Quiero ayudarte.

—¿Pretendes ayudarme llamando a tus compañeros de la comisaría? ¡La mayoría de los que allí trabajan son unos ineptos que no ven las cosas cuando las tienen delante de sus narices! —estalló el forense—. No me pidas que confíe la vida de mi mujer y mi hija a ellos.

El inspector de policía enarcó una ceja ante aquella respuesta.

—¿A qué viene esto? Cualquiera diría que tenemos a la mafia metida en la comisaría. —Salvatore no dijo nada, simplemente se lo quedó mirando fijamente lo que hizo que Gatti sacara conclusiones precipitadas. Este último lo miró también—. ¡No me jodas, Salva! ¿Me estás diciendo que estoy trabajando al lado de la mafia en la comisaría?

—Eso ahora mismo no es lo importante —le cortó Salvatore no queriendo hablar más de ese tema—. Mi prioridad ahora son Giulia y Fiorella.

Gatti se rascó la nuca.

—Cierto. ¿Has pensado algo o solo has estado mirando eso que tienes en la mesa?

—Tengo la dirección de esa mujer, pero ir allí es un riesgo que no quiero correr. Si me ven podrían hacerle daño tanto a una como a otra y mi hija es un bebé. ¡Demonios! Es un ser frágil... —Se llevó de nuevo las manos a la cara con desesperación.

—No pienses en eso. Piensa que las vamos a rescatar sanas y salvas, sin ningún daño.

—¿Crees que no querrán hacerle daño? ¿Tengo que recordarte las amenazas que ha recibido? ¿La última que recibió? Se lucrarán en ello, Gatti.

El inspector golpeó la mesa con rabia haciendo que Salvatore diese un brinco para mirarlo.

—¿Desde cuándo eres un derrotista? ¿Por qué eres tan negativo? Ten la maldita mente fría para pensar un buen plan en el que podamos rescatarlas sin que ninguna sufra daño. Reacciona de una vez, no vas a conseguir nada estando aquí encerrado. Tenemos que hacer algo y no mirar las musarañas precisamente. Así que levántate de ahí y busquemos soluciones.

Salvatore meditó las palabras del inspector y sabía que tenía razón, pero él no sabía lo que era tener que intentar mantener la mente fría cuando eran las personas a las que más quería las que estaban en peligro.

Aún así, hizo de tripas corazón y buscó varias maneras de poder dar con el paradero de Giulia y Fiorella con Gatti.

La puerta de la bodega se abrió haciendo que Giulia cerrase los ojos por el resplandor que llegaba desde fuera. Pasaba mucho tiempo a oscuras y la luz le molestaba.

Con cierta dificultad se incorporó posando las manos unidas por la cadena en el suelo. El ruido de unos tacones le hizo saber que quien entraba en ese momento era la amante de Lucio.

—¿Está cómoda mi invitada? —preguntó acercándose con una sonrisa maliciosa. Giulia no dijo una sola palabra—. ¿Acaso no te enseñaron que debes contestar cuando te preguntan?

Giulia la miró con odio.

—Contestaría si no fueras la persona que me va a asesinar...

Adriena soltó una carcajada mientras agachaba medio cuerpo hacia la mujer de Lucio.

—Yo no voy a mancharme las manos de sangre, querida.

—Pero no has negado que voy a morir —dijo Giulia con seguridad. Aquello era algo que tenía asumido si Salvatore no la encontraba.

—Es que no mereces vivir porque me quitaste lo que era mío. —La rabia que destilaban los ojos de Adriana produjo cierto temor en Giulia que no quiso mostrar.

—Yo no te quité nada, al contrario, tú fuiste la que me lo quitó.

Adriena cogió el cabo de la cadena que unía el cuello de Giulia con la pared y tiró hacia arriba. La presión de esta hizo que la prisionera se ahogara por lo que intentó apartar la cadena con las manos atadas, pero le resultó bastante complicado.

Miró a Adriana mareándose por la falta de aire. Estaba a punto de perder el conocimiento.

—Yo conocí a Lucio antes que tú —espetó con rabia la joven a la vez que soltaba la cadena por lo que Giulia cayó al suelo tosiendo—. Trabajaba para mí como guardaespaldas. Al principio ni le presté atención, era un simple empleado, pero una vez me salvó de una muerte segura y empecé a verlo con otros ojos.

»Me enamoré. Loca y perdidamente. Lo quise para mí —dijo Adriana dando un par de pasos bajo la atenta mirada de Giulia que aún respiraba entrecortadamente—. Intenté seducirlo varias veces, pero era demasiado responsable así que no tuve otra opción que recurrir a otros métodos.

»Lo emborraché tanto que apenas tenía capacidad para pensar con claridad. Me aproveché de ello y dejé que me hiciera el amor. Aún era virgen y me entregué a él.

Giulia escuchaba aquello con atención. Lucio jamás le contó nada sobre su trabajo como guardaespaldas de una mujer. Por lo que podía apreciar, era más joven que ella así que caviló que podría ser una adolescente por aquella época.

—Al día siguiente cuando despertó, se enfadó conmigo. Yo pensaba que se le pasaría, pero jamás me esperé que renunciara. Intenté impedirselo, le rogué que no se alejara de mí y no me hizo caso.

»Lo busqué durante un tiempo y cuando volví a verlo me dijo que estaba con una mujer a la que quería y con la que se iba a casar. Me sentí muy dolida —dijo la joven con voz afligida, como si realmente sintiese ese dolor—, así que me fui una temporada fuera del país. Quería alejarme porque estaba triste, pero mientras viajaba empecé a pensar una forma de recuperarlo y recurrí al chantaje.

»Al volver lo busqué de nuevo. Estaba felizmente casado contigo —dijo mirándola con desdén, como si no valiese nada—, pero no le iba a dejar ser feliz.

—Estás loca —dijo Giulia.

Adriena se detuvo para mirarla con una sonrisa que le puso los pelos de punta a Giulia.

—Lucio me pertenecía y tú me lo quitaste, pero gracias a mi chantaje amenazándole con decir que me había violado pude tenerlo para mí siempre que quería y sacaba fotos de todos nuestros encuentros, así me aseguraba tenerlo cuando quisiera. Todas las fechas importantes las pasaba conmigo.

»Pero un día me dijo que no iba a volver a acudir a mi llamada porque te quería y ahí decidí que si no era mío no iba a ser de nadie más, así que yo fui quien lo mandó a la muerte.

Giulia ahogó un jadeo ante aquella confesión. Ella fue la responsable de la muerte de Lucio y una inusitada rabia la inundó.

—¡Eres una asesina! —gritó Giulia.

Adriena volvió a agarrar la cadena volviendo a ahogarla.

—Yo no lo asesiné, yo no apunté la pistola, no apreté el gatillo.

Giulia la miró con rabia y le golpeó con las manos para que la soltara, pero la otra no lo hacía, logrando que se mareara de nuevo.

Estaba a punto de desfallecer perdiendo la fuerza.

—Él está muerto por tu culpa, por haber aparecido en su vida ¿me entiendes? ¡Tú eres la culpable! —gritó Adriena sin soltar al cadena.

Giulia se estaba ahogando y ya estaba empezando a ver puntos negros, mareada, hasta que, de repente, una gran bocanada de aire entró en sus pulmones con ligera dificultad porque empezó a toser.

Levantó la cabeza para ver a Kelso apartando a Adriena.

—Pensé que querías que muriera de otra forma, no así.

—Me da igual cómo muera, ¡lo que quiero es verla muerta de una vez! ¡La odio! —gritó Adriena histérica.

Kelso la sujetó por ambos brazos con fuerza para que lo mirara.

—Tú no querías hacerlo así, Adriena, dijiste que habías pensado algo muchísimo mejor que esto. Querías que sufriera más.

La joven lo miró por unos segundos para luego mirar a Giulia y de nuevo volver la vista hacia él.

—Es verdad... —dijo ella—. Tiene que sufrir un poco más antes de morir.

Sin decir nada más, le echó una ojeada a Giulia por última vez con una sonrisa maliciosa y se fue de allí.

Kelso también miró a la mujer, luego siguió a Adriena al exterior volviendo a dejarla sola y a oscuras palpándose el cuello dolorido a causa de la presión que había ejercido Adriena con la

cadena.

## 48.

Los días se hacían eternos sin ellas allí. Salvatore procuraba pasar poco tiempo en su casa porque no verlas era una tortura. Había llegado incluso a dormir en la comisaría como había ocurrido cuando secuestraron a Giulia por primera vez.

Parecía estar viviendo un *déjà vu* con todo esto.

Su amigo Gatti había estado vigilando por la zona donde vivía Adriena Pavoni después de averiguar su domicilio.

Estaba en su despacho mirando al techo cuando sintió que su amigo entraba a este, pero no hizo movimiento alguno.

—¿Todavía estás aquí? —preguntó el policía—. Deberías ir a tu casa a descansar.

—No puedo entrar allí, Gatti. No puedo pasar al interior de esta y no encontrar a nadie, ni a Giulia ni a mi hija. Parece que se me va a caer la casa encima con tanto silencio.

—Pues aquí no puedes estar todo el tiempo. Apesta. Necesitas una buena ducha y cambiarte de ropa. Venga, te llevo.

Salvatore se cubrió el rostro con las manos, desesperado.

—Llevan una semana desaparecidas. ¡Una maldita semana! No sé qué más hacer.

—He estado vigilándola, Salva, aún no he visto nada, pero te puedo asegurar que daremos con ella.

—Eso dices siempre y no veo ningún avance —dijo levantándose a la vez que golpeaba la mesa con los puños—. Y todo esto solo me da una única opción. La más desesperada.

Gatti parpadeó sin comprender lo que decía. Lo vio coger el teléfono y marcar un número de teléfono sin mirarlo.

—Saulo —dijo inspirando hondo para luego mirar a Gatti que seguía sin saber a qué venía aquello, entonces lo vio poner el altavoz para que él lo oyese—, necesito que me ayudes a encontrar a Giulia y a Fiorella.

—Te ofrecí mi ayuda desde el principio, Salvatore, ¿por qué ahora?

—Porque tras una semana sin resultado, la mafia es la única que puede ayudarme —dijo sin apartar la mirada de Gatti que abrió la boca con sorpresa— y porque los Graziani nunca abandonan a la familia.

Hubo unos segundos de silencio en ambos lados hasta que se oyó la voz de Graziani.

—Cuenta con mi ayuda, haremos lo imposible por encontrarlas sanas y salvas.

—Gracias, amigo —dijo Salvatore y se despidió.

Cuando colgó el teléfono levantó la mirada hacia el policía que se pasó una mano por el pelo con la mirada perdida. Sabía que ahora vendría una perorata sobre su secreto, pero nada por la vía legal les había hecho avanzar, así que había tenido que recurrir a lo ilegal, es decir, a la mafia para poder encontrarlas.

—No-me-jodas —dijo Gatti sin dejar de mirarlo—. Eres un maldito mafioso. ¿Cómo puedes...?

Salvatore lo cortó.

—No me vengas ahora con sermones, Gatti. No estoy para aguantar un discursito sobre el bien y el mal porque la vida me ha demostrado que todos los que presumen de hacer el bien no lo hacen realmente y los que hacen el mal tampoco son tan malos, así que, te lo pido, no me sermonees ahora mismo.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Eres... eres... ¡joder! —exclamó frustrado—. He estado al lado de un mafioso sin saberlo.

—Que yo sepa, pertenecer a la mafia no me hace diferente o ¿acaso ahora me he vuelto el Padrino y no lo sabía? Soy el mismo Salvatore que conociste cuando entraste como inspector en esta comisaría.

—¡Pero trabajas para la mafia!

Salvatore cruzó los brazos.

—Puedes pregonarlo, habla con la televisión para que se entere toda Florencia —dijo comenzando a enfadarse—. Sí, trabajo para la mafia, una serie de circunstancias de mi vida me llevaron a ello, pero ¿sabes una cosa? No me arrepiento porque ellos han hecho mucho más por mí que lo que ha hecho la ley. Le debo la vida a Saulo Graziani y, te lo advierto, como se te ocurra decir algo al comisario, olvídate de tu existencia ¿me entiendes?

Salvatore fue a salir del despacho, pero el policía lo detuvo poniéndose delante de él.

—No puedo quedarme callado, Salva, debería detenerte.

—¿Acaso he cometido algún delito? —preguntó Salvatore empezando a enfadarse de verdad—. Que yo sepa hago mi trabajo en esta comisaría sin problema, no me he llevado ningún cuerpo de la morgue ni nada por el estilo. La vida de Giulia y Fiorella están en peligro y eso, ahora mismo, para mí es lo más importante. Si quieres ayudarnos, estupendo, pero si no quieres, no te metas en esto ¿me entiendes?

Posó una mano en el hombro de Gatti y sin decir nada más salió de allí. El policía se giró para verlo marchar a la vez que negaba con la cabeza. Jamás hubiese imaginado que Salvatore perteneciese a la mafia. Se sentía decepcionado y traicionado en cierta manera.

¿Cómo iba a mantenerse callado con aquello? Su sentido del deber para con la ley no le permitía quedarse sin hacer nada. Le había confesado en su propia cara que era un mafioso y que los Graziani también.

Sin pensar salió del despacho para ir directamente al despacho del comisario. Subió las

escaleras y se quedó justo delante de la puerta con la mano levantada para llamar.

Mientras tanto, Salvatore se había metido en su coche con muchísima frustración. Había esperado no tener que recurrir a Saulo. No por el hecho de deberle un favor, simplemente porque estaba desesperado al no saber cómo estaban las dos mujeres de su vida.

Puso el vehículo en marcha para ir a su casa a darse una ducha. A mitad del trayecto cambió de opinión y decidió ir hacia el lugar donde vivía Adriana Pavoni. Detuvo el coche frente a la casa mirando el edificio. Una enorme mansión que nada tenía que envidiar a la de Saulo Graziani.

Pasó mucho rato observando cualquier movimiento, pero nadie parecía salir de allí.

—Giulia, Fiorella, muy pronto daremos con vosotras, os lo prometo —dijo en un susurro bajo—. Nadie volverá a haceros daño y esta vez será de verdad.

Volvió a poner el coche en marcha y se dirigió hacia su casa, pero tardó un buen rato en entrar en la vivienda. Meterse allí y verse rodeado de silencio era algo que no soportaba. Se había acostumbrado a tenerlas en la casa.

Cuando se decidió, se dirigió directamente al baño para quitarse la ropa y darse una buena ducha tratando de mantener la mente en blanco, pero no pudo evitar recordar el momento en el que Giulia le había rogado que arreglara el goteo de una tubería porque le recordaba el lugar donde estuvo secuestrada y que él, gustoso, había reparado.

Recordó también todos los baños que le habían dado a la niña en su bañera y salpicándolos a los dos, haciéndolos reír.

Todos aquellos recuerdos hicieron que su corazón sufriese un poco más y empezó a golpear la pared hasta que los nudillos se le llenaron de sangre. Se dejó caer de rodillas maldiciendo y sintiendo las lágrimas arder en sus ojos.

Allí estuvo bastante rato mientras el agua le caía encima, pero al notar que empezaba a salir fría, la cerró y, a duras penas, salió de la ducha para coger una toalla y secarse.

Se dirigió a su habitación para ponerse ropa limpia como un autómatas. Se negaba a mirar a su alrededor porque cada rincón de aquella estancia le recordaba a Giulia. Se puso unos vaqueros y una camiseta de Ramones para luego bajar a su despacho; el único lugar donde no estaba rodeado de cosas de su hija y su mujer.

Esperaba con toda su alma que Saulo pudiese ayudarlo esta vez. Aquella semana se había convertido en una tortura para él y presagiaba que hasta que Saulo no tuviera algo sostenible a lo que agarrarse sería mucho peor.

De repente pensó en Gatti. Prácticamente había confesado que pertenecía a la mafia, pero la desesperación al ver que él no conseguía nada le había hecho actuar sin pensar.

Ahora mismo poco le importaba si su puesto en la comisaría peligraba, él solo quería tener de vuelta a las dos personas que habían ocupado su corazón y su vida.



Saulo volvió a la mansión Graziani siendo recibido por Byanca a la que había llamado tras recibir la llamada de auxilio de Salvatore.

Su mujer estaba bastante afectada por lo que le había contado porque había de por medio un bebé que era inocente de todo y debido al embarazo estaba mucho más sensible.

Cuando la vio no pudo evitar abrazarla con ternura mientras ella se refugiaba en él.

—¿Cómo pueden hacer algo así? —preguntó ella acongojada.

—La gente no tiene conciencia de la maldad que hace, tú misma has vivido en tus carnes lo mal que se pasa.

—Pero no había ningún bebé de por medio, Saulo. Eso es no tener corazón. Jugar así con la vida de un ser inocente...

—Lo sé, por eso debemos hacer todo lo posible por encontrarlas y para ello necesito tu ayuda. Tenemos que encontrar algo que nos lleve a ellas para rescatarlas.

—Miraré a ver qué puedo encontrar.

Saulo la miró.

—Déjame hablar con Salvatore y te digo lo que él sepa para que te sirva de ayuda.

—Estaré en donde siempre, entonces.

Él asintió y se dirigió a su despacho donde cogió el teléfono y llamó al forense. Tuvo que intentarlo un par de veces antes de que él contestara.

—Saulo...

—Necesito que me des toda la información de la que dispongas para que podamos empezar a buscarlas.

Al otro lado el forense suspiró.

—Ya sabes mucho, la amante de Lucio, Adriena Pavoni... ella está detrás de todo esto, esta semana hemos estado por su casa, pero no hay indicios de que Giulia y Fiorella estén cerca. No sale de allí así que no sé el paradero de mi hija y mi mujer.

—No tienes nada más.

—Tiene un ayudante, se llama Kelso Damiani. No tengo mucho más.

—Creo que será suficiente para que Byanca encuentre algo que nos pueda servir para ir a por ellos.

—Sí... confío en ella. —Hubo unos segundos de silencio y luego volvió a hablar con voz derrotada—. Tengo que confesarte una cosa, Saulo. Cuando te llamé antes lo hice ante un policía.

Saulo se incorporó con violencia.

—¿Cómo? ¿Qué has hecho, Salvatore?

—Estaba desesperado, a ese policía lo consideraba un buen amigo.

—¿Lo considerabas?

—Me fui de la comisaría tras colgar y discutir con él sobre este secreto.

—Las has cagado, Salvatore.

El forense no contestó. Bastante mal se sentía como para que encima Saulo lo hiciese sentir peor, pero en el fondo quería que Gatti viera... ¿viera qué? Eran mundos diferentes que se regían por normas diferentes. La policía estaba del lado de una ley que a veces no era justa y la mafia se hallaba fuera de la legalidad, pero que nunca dejaba a los suyos de lado. Resolvían los problemas a su manera, de una mucho más efectiva que la de la policía.

Aunque él se encontrara en medio de ambos bandos había visto lo bueno y lo malo de cada uno.

—Lo solucionaré, te lo prometo, pero ahora mismo solo quiero encontrarlas. Entenderé que quieras que me aleje de la mafia por haberos puesto en peligro...

—Ya hablaremos de eso, pero has metido la pata hasta el fondo.

—Lo sé, pero seguro que tú también hiciste locuras por salvar a Bianca de las garras de Zanetti.

—Pero no he puesto en peligro a toda la familia Graziani —le reprochó Saulo.

El silencio se hizo de repente hasta que Salvatore volvió a hablar.

—Mira, déjalo, ya me buscaré la vida para salvar a mi mujer y a mi hija, olvida que te pidiera ayuda.

Saulo se pasó una mano por el rostro con frustración. Lo que menos necesitaba ahora era que Salvatore se pusiese así. Había metido la pata, pero él no iba a dejarle tirado porque era parte de su familia.

—Espera, Salva...

—¿Qué? —preguntó el forense dolido.

—No voy a dejarte solo en esto, perteneces a los Graziani, pero esto que has hecho ha sido peligroso, no solo por mí o Bianca, es por toda la gente que trabaja para mí. Sé que podrás solucionarlo, pero me gustaría que no volviese a suceder. —Era una manera de disculparse sin quitarle culpa de lo ocurrido—. Estás susceptible por lo que está ocurriendo y te entiendo. Yo mejor que nadie sabe la desesperación de no saber nada de la persona que amas. —Se produjo silencio al otro lado de la línea—. La encontraremos y con la información que tenemos podemos empezar por algo. Ahora intenta tranquilizarte ¿entendido?

Salvatore suspiró.

—Lo siento —dijo finalmente el forense.

—Tengo que dejarte, Byanca empezará cuanto antes para dar con el paradero de Giulia y tu hija. Te mantendré informado de todo.

—Gracias —dijo simplemente.

Tras despedirse colgó y Saulo se pasó las manos por la cara y el pelo; un claro gesto de frustración. Tenía que buscar una forma de lidiar con la policía si ese tipo contaba todo.

Se obligó a no pensar en ello por el momento para ir a contarle a Byanca todo lo que sabía acerca del secuestro de la mujer y la niña que tenían muy nervioso a Salvatore.

## 49.

Había perdido la cuenta de los días que llevaba allí encerrada. No tenía conciencia del tiempo que pasaba. Intentaba suponerlo por las veces que venían a llevarle algo de alimento y agua. Entre una y otra parecía pasar demasiado tiempo e imaginó que solo le daban una vez al día.

Tampoco le habían vuelto a llevar a su hija y eso la desesperaba aún más haciéndola gritar sin cesar para que se la dejaran ver, que la necesitaba, pero nadie parecía hacerle caso y solo se limitaban a llevarle la comida, el agua y marcharse de allí.

A veces de tanto gritar se le secaba la garganta y como solo le llevaban agua muy de vez en cuando no podía quitarse ese dolor que le daba. Otras veces trataba de beber pequeños sorbos para que le durase hasta que le trajesen la próxima toma, pero nunca le duraba lo suficiente.

Rogaba por más, pero no le hacían el más mínimo caso y estaba realmente desesperada. Al igual que con el agua sucedía con la comida. Las porciones eran muy escasas y muchas veces no le llenaba lo suficiente.

El hambre y la sed eran su constante compañía desde el día en que Adriana casi la mata ahogándola con la cadena que rodeaba su cuello.

Ya casi no le quedaban lágrimas que derramar y estaba muy fatigada, apenas sin fuerza para moverse. Lo único que hacía en momentos de desesperación era rezar. Algo que no realizaba desde hacía muchísimo tiempo. Rezaba para que alguien viniese en su ayuda o no resistiría mucho más.

—Salva... —decía con los labios reseco—. Por favor, Salva, ven por nosotras...

La puerta del lugar donde estaba encerrada se abrió. Giulia entrecerró los ojos viendo entrar una sombra. Supuso que sería la comida, pero cuando vio a Kelso ni siquiera se movió. Simplemente lo miró a la cara gracias a la luz que venía del exterior de aquella habitación.

Se había dicho que no rogaría nada, salvo que la vida de su hija estuviese en peligro, de la que ni siquiera tenía noticias porque los que le traían la comida no hablaban con ella, pero estaba sedienta y no sabía cuánto más soportaría aquella tortura a la que la estaban sometiendo.

—Mi hija... —dijo ella con voz enronquecida—. ¿Dónde está?

—Ella está bien.

—Quiero... verla...

Kelso se agachó ante ella sin dejar de mirarla. Realmente no tenía buen aspecto. Solo le llevaban comida y agua una vez al día y estaba pasándole factura a marchas forzadas. Adriana había sido muy estricta en eso.

Tampoco le dejaba llevar a la niña con su madre. Por suerte ya no lloraba porque él mismo había hecho caso a Giulia al comprarle un mordedor para aliviar las encías inflamadas.

Negó con la cabeza dándole a entender que no iba a cumplir con su petición por lo que Giulia solo gimió con dolor con muchas ganas de llorar. Cerró los ojos sintiendo mareo y movió la boca intentando hablar hasta que logró sacar el sonido de su voz.

—Tengo sed...

—Tú sola te has buscado esto. Si no hubieses provocado a Adriena ahora mismo no estarías así —dijo Kelso—. Aún sigue afectada por todo lo ocurrido con Lucio cuando ella misma fue quien me mandó a matarlo.

Giulia giró la cabeza hacia él con los ojos entornados, parecía a punto de perder el conocimiento.

—Tú...

—Sí, yo le disparé porque quería complacer a Adriena, pero todo se ha complicado mucho más de lo que en principio imaginé. Ella estaba obsesionada con tu marido y es probable que no hubieras escapado de tu destino. Iba a ir a por ti igualmente, planea matarte.

Aquellas palabras calaron en la mente de Giulia sabiendo que era lo que debía esperar de todo aquello. No se sorprendía. Esa mujer no estaba bien de la cabeza, pero nadie ponía remedio a aquello, simplemente la complacían en todo lo que quería.

—Por favor... solo quiero pedirte una cosa... Si va a matarme, dejad a mi hija..., devolvédsela a su padre..., ella es inocente, te lo suplico...

Alargó las manos encadenadas hacia él en un vano intento por agarrarlo y viera la súplica en su mirada.

Todo le daba vueltas y tuvo que cerrar los ojos mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás por lo que no pudo ver la mirada de compasión que cruzó durante unos segundos por la cara de Kelso.

Este se levantó y volvió a dejarla sola. Aquella tortura era terrible, en apenas una semana había desmejorado mucho su aspecto, todo lo contrario a la primera vez que lo hicieron. Pero aquella vez le daban de comer al menos dos veces al día, esta vez era solo una y muy escasamente.

Ya podía ver los estragos de la deshidratación y la desnutrición en ella. Al llegar al piso superior, vio aparecer a Adriena que lo miró fijamente.

—¿Dónde estabas? Llevo un buen rato buscándote.

—Estaba en el sótano.

Ella enarcó una ceja.

—¿Qué hacías abajo? Creo que dejé muy claro que solo bajarían a dejarle la comida y el agua una vez al día. Tú no te encargas de eso.

—Lo sé, pero su estado no es bueno, Adriena.

La joven cruzó los brazos con la ceja enarcada.

—Me da igual. ¿Acaso ha intentado convencerte para que la dejes ir?

—No. Lo único que me pidió es que devuelva la niña a su padre y creo que deberíamos hacerlo. Ninguno de los dos sabe cuidar bebés. ¿No dices que estás harta de sus lloros? Esa niña no tiene nada que ver con tu venganza.

Adriena se acercó y agarró la solapa de la cazadora con fuerza mirando a los ojos a Kelso con advertencia.

—Ni te atrevas, esa asquerosa niña es lo que necesito para que Giulia haga lo que yo quiera ¿me entiendes? Y si tengo que matarla lo haré.

Él le agarró la mano con fuerza para que lo soltara. ¿Realmente había dicho algo semejante?

—¿Te has vuelto loca? ¿Piensas matar a un ser inocente?

—Si es necesario sí.

—Maldita sea, Adriena, no puedo permitir que hagas semejante locura. Esa niña no tiene la culpa de lo que ha ocurrido, no pienso dejar que le hagas daño.

Adriena mostró una sonrisa cínica a la vez que trataba de soltarse.

—¿Acaso te has encariñado con esa cosa? —Negó con la cabeza antes de empezar a reírse—. No lo puedo creer. ¿De verdad?

—Esa niña no tiene la culpa de nada —volvió a recalcar Kelso en un vano intento de hacer que el bebé no fuese carne de cañón para Adriena—. Ni siquiera es hija de Lucio. Devuélvesela a su padre, esa mujer ya ha asumido que no va a salir viva de aquí ¿qué más quieres?

—Que sufra. Que ruegue por su muerte. Eso es lo que quiero, Kelso.

—No voy a permitir que lo hagas a costa de la niña, Adriena. No puedo. Maté a Lucio, pero no pienso mancharme las manos con sangre inocente y si no cambias de opinión olvídate de que alguna vez trabajé para ti.

Ella volvió a acercarse para quedar cara a cara. La mirada de ella mostraba determinación y un ápice de locura.

—No podrás hacerlo. Puedo acusarte de ser el asesino de Lucio, entre otras cosas. ¿A cuánto crees que ascendería una condena por vejaciones, violación y asesinato? —preguntó mientras empezaba a soltar lágrimas falsas—. Él me obligó, señor juez, yo no quería, pero me ató a la cama y no pude defenderme... —Se limpió el rabillo del ojo sonriendo por su increíble actuación—. No me temblará la voz al acusarte de algo semejante, Kelso. Recuérdalo cuando quieras dejarme de nuevo.

Se alejó con paso lento de él que no dejó de mirarla. Se había vuelto completamente loca. Su obsesión por Lucio la había llevado a la locura más extrema y sabía que no le temblaría el pulso para hacer daño a quien se interpusiera en su camino.

Aquello se le estaba yendo de las manos e iba a tener que buscar una forma de que no hicieran daño a la niña.

Byanca llevaba varias horas frente a los ordenadores de aquella habitación que le había acondicionado Saulo buscando todo lo que pudiese sobre Adriana Pavoni y Kelso Damiani. Había encontrado muchísimas cosas, pero nada que pudiese revelarles el paradero de Giulia y su hija.

La última vía que se le ocurrió fue recurrir a ver todas las posibles rutas que pudieron haber tomado para mirar las cámaras de las diferentes direcciones.

Había logrado averiguar que ella tenía un coche a su nombre por lo que no le fue difícil averiguar la matrícula de este para ver si lo había usado en el secuestro.

Tras pulsar varias teclas logró piratear las cámaras que había en las carreteras, usadas como radares.

Desde la casa de Salvatore había cinco rutas posibles. Le llevaría bastante tiempo, pero debía hacerlo por ellas y por él, que estaba sufriendo lo indecible.

En la mansión Graziani las cosas tampoco iban muy bien. Chiara seguía teniendo pesadillas y se negaba a ir a un psicólogo, luego estaba Fabiola a la que su madre había intentado convencer para irse de viaje para ayudarla a superar la muerte de Piero, pero ella se había negado rotundamente. Pasaba el día encerrada en su habitación llorando, apenas estaba comiendo y eso no era bueno para su embarazo.

Byanca, por instinto, se llevó la mano a su propio vientre que cada día notaba cómo iba creciendo. Sonrió levemente. Dentro de poco le tocaba hacerse una ecografía donde conocería el sexo del bebé y estaba muy nerviosa, aunque Saulo estaba mucho peor. La incertidumbre los tenía ansiosos.

Alguien tocó en la puerta de la habitación y le dio paso.

Su hermana entró y se dirigió hacia ella abrazándose, un gesto que se había vuelto habitual.

—¿Todo bien? —preguntó Byanca.

La joven se encogió de hombros.

He intentado hablar con Fabiola, pero se niega a ver a alguien. Estoy preocupada.

—Todos lo estamos —dijo observando a la chica.

Esta vestía unos vaqueros y un suéter que la cubría hasta el cuello. No le gustaba verla tan vulnerable, le partía el corazón porque recordaba cómo había sido antes del secuestro... siempre iba con ropa corta y a la moda.

Byanca guardaba la esperanza de que en algún momento volviera aquella chica risueña que siempre sonreía a todos y que se dejaba querer fácilmente.

—¿Cómo te encuentras tú? —preguntó Byanca haciéndole un gesto para que se sentara a su lado tras pausar el vídeo de una de las cámaras que había pirateado.

Chiara se sentó sin mirarla.

—Podría decir que bien...

—Pero no es así —dijo su hermana tomándola de la mano—. Chiara, necesitas ayuda profesional, quiero ayudarte a superarlo, pero ya no sé qué más hacer.

La joven negó con la cabeza.

—No, By, no quiero ver a un psicólogo. Odio que me miren con pena y no puedo hablar de... de... —La joven se estremeció y se abrazó a sí misma—. Déjalo estar, por favor.

La *hacker* negó con la cabeza.

—No puedo ver cómo pierdo a mi hermana cada día más. Quiero recuperar a la Chiara de antes, la risueña, la despreocupada. Por favor, quiero ver brillar tus ojos de nuevo.

Byanca intentó abrazarla, pero ella se apartó.

—Esa Chiara ya no existe, Byanca, la mataron en aquel sitio, ya no soy esa chica de la que hablas. Ahora solo soy esto que ves. No sabes las veces que deseé estar muerta para que no vieses en lo que me han convertido.

Chiara trató de mantener las lágrimas a raya y su hermana la agarró de los brazos.

—No digas eso. No lo hubiera soportado, eres mi familia, la única que me queda ¿cómo podría perderte?

La joven se soltó con brusquedad a la vez que se incorporaba.

—No lo entiendes. Esta Chiara que ves ante ti no es la Chiara de hace tres años. Las circunstancias me han cambiado y nunca va a volver esa chica, asúmelo de una vez —dijo con cierta brusquedad. Estaba actuando a la defensiva y era algo que le dolía hacer, pero su hermana tenía que ver que ella ya no era una adolescente inocente.

Había visto y vivido cosas que jamás imaginaría. Quería ahorrarle ese mal trago a todos a su alrededor, por eso se cerraba en sí misma y apenas hablaba con nadie. No podía soportar el toque de alguien, salvo el de Byanca. Tampoco podía mirarse en el espejo sin sentir asco por lo que veía.

Pasaba la mayor parte del día encerrada en su habitación torturándose mentalmente y las noches eran terribles, llenas de pesadillas que no podía controlar.

—Puedes superarlo si quisieras —dijo Byanca acercándose a ella que volvió a retroceder.

—¡No quiero hacerlo! —gritó de repente, asustando a su hermana que se detuvo sin dejar de mirarla. Podía notar las lágrimas correr por sus mejillas sin control alguno y cerró las manos en puños con rabia—. ¡Entiende de una maldita vez que nunca voy a superarlo! ¡No quiero ayuda de nadie, Byanca! Nadie puede ayudarme... —Esto último lo dijo casi en un susurro.

Chiara vio que las mejillas de su hermana también se humedecían y al no soportar aquella visión, salió corriendo para meterse de nuevo en su habitación donde se dejó caer soltando todo el dolor que sentía. Un dolor que por mucho que eliminara, parecía incrementarse sin motivo alguno.



Byanca la vio salir de allí corriendo, pero no se atrevió a seguirla porque había visto la verdad en sus ojos. Su hermana se había convertido en un juguete roto por aquellos malditos que la habían secuestrado y vendido a un prostíbulo ruso.

Ellos habían hecho que su hermana no quisiese vivir la vida que realmente se merecía.

Se dejó caer en la silla cubriéndose el rostro mientras dejaba salir las lágrimas de impotencia y dolor por Chiara.

## 50.

Cuando se sintió un poco mejor se limpió el rastro de lágrimas aún con dolor por las palabras de su hermana, pero más no podía hacer de momento. Seguramente se había encerrado en su habitación y no saldría de allí para nada.

Volvió a mirar hacia la pantalla para poner a reproducir el vídeo del día de la desaparición de Giulia. Estaba costándole bastante porque no podía partir desde la misma casa de Salvatore, ya que allí no había ninguna cámara radar por lo que debía mirar bien todos los coches que pasaban por aquellas cinco rutas que ella había marcado.

Después de varias visualizaciones detuvo uno de los vídeos para ir a buscar algo de comer, tenía antojo de algo salado por lo que fue a la cocina a ver si encontraba algo con que saciar su hambre. Encontró un bote de galletas saladas y se las llevó al piso superior para seguir viendo los vídeos de las cámaras. Solo le quedaban dos rutas por cubrir y comenzaba a perder las esperanzas de encontrar alguna pista.

Se metió algunas galletitas en la boca tras poner el *play* y siguió observando. De repente vio algo que le hizo fruncir el ceño por lo que detuvo el vídeo. Retrocedió un poco la reproducción y lo paró justo en el momento que quería volver a ver.

A través de la cámara pudo ver un coche oscuro que iba a bastante más velocidad de la indicada en las señales de tráfico por lo que miró la matrícula, pero este no coincidía con la que ella tenía. Un presentimiento le hizo ampliar la imagen.

Esta se veía pixelada así que aplicó un tratamiento a la imagen para hacerla más clara y entonces vio la cara de Giulia contra el cristal, con los ojos cerrados, probablemente inconsciente.

¡Había encontrado el coche! Ahora solo debía seguir la ruta con el resto de cámaras que había en ese camino hasta ver a dónde la llevaban. Hizo un seguimiento hasta que vio que se dirigía hacia la casa de la tía esa que había estado investigando, Adriena Pavoni, gracias a una cámara que había cerca, de alguna empresa de vigilancia de la casa que tenía justo enfrente.

¿De verdad había estado tan cerca de Giulia sin saberlo? Aquello tenía que ser una maldita broma. Vio cómo la bajaban y la introducían en el interior de la vivienda, al igual que la niña que parecía estar llorando desconsoladamente.

Aquella imagen le partió el corazón y cuando vio que se cerraba la puerta, se incorporó para ir a llamar a Saulo. Se dirigió a su habitación donde tomó su móvil y lo llamó.

—Byanca... —contestó él al otro lado de la línea.

—He descubierto dónde están Giulia y su hija. Lo hemos tenido delante de nuestros ojos y no lo habíamos visto.

—¿Qué quieres decir?

—Las llevó a su propia casa, Saulo. No pensó en ocultarla en otro sitio. Seguí todas las rutas posibles en carretera gracias a las cámaras que hacen de radares y cuando los encontré, los seguí. Están allí.

—¿Estás segura?

—Segurísima, me apostaría todo mi material de *hacker* a que ellas están allí.

—Tengo que avisar a Salvatore, entonces.

Hubo unos segundos de silencio entre ellos y Saulo estuvo a punto de despedirse y colgar cuando ella dijo:

—Saulo, haz que esa gente sufra. No se merecen una muerte rápida por haber intentado hacer daño a un bebé que es inocente de todo. No quiero ni imaginar que le hagan algo así al nuestro. Me volvería loca.

—Tranquila, Byanca, esos tipos van a pagar caro el haber secuestrado a una pequeña que no tiene la culpa de nada. Ahora tengo que dejarte.

—Mantenme informada, por favor.

—Lo haré.

Tras despedirse, Byanca se dejó caer contra las almohadas con cansancio. Había pasado muchas horas delante de la pantalla del ordenador y le dolía un poco la cabeza así que se posicionó bien cerrando los ojos para descansar durante un rato.

Mientras tanto, Saulo había marcado el número de Salvatore que contestó al instante.

—¿Saulo?

—Byanca las ha encontrado —dijo el mafioso.

Salvatore, que se encontraba sentado en su despacho, se incorporó rápidamente con la esperanza renaciendo en su corazón. Por fin podría salvar a su viudita y a su hija.

—¿Dónde están?

—Espera, Salva. No puedes ir así como así, necesitas refuerzos para poder rescatarlas —dijo al intuir las intenciones de su amigo.

—Solo dime dónde están, yo mismo iré por ellas.

—¿Y dejar que te metas en boca del lobo? Esa mujer las ha encerrado en su propia casa. Tiene guardaespaldas y no dudarán en pegarte un tiro entre ceja y ceja. Tenemos que actuar con la mente fría y ser cuidadosos.

El forense golpeó la mesa con rabia.

—No me pidas que tenga la mente fría, Saulo. Cada minuto que pasa es un minuto que puede significar el final de ambas. Esa mujer no dudará en matarlas.

—Justamente por eso debemos ir con pies de plomo. Prepararé un grupo de mis hombres e irán con nosotros a rescatarlas, pero no te muevas de ahí hasta que yo te avise. Es una orden, Salva. No quiero que metas la pata y os maten a los tres ¿entendido?

Salvatore estaba a solo un paso de mandarlo a la mierda, pero se contuvo. Su parte racional sabía que tenía razón, pero su parte impulsiva lo estaba llevando a desobedecer la orden de Saulo e ir él solo a por su mujer y su hija.

Finalmente suspiró y dejó caer la cabeza.

—No tardes mucho, por favor.

—Esto se ha convertido en una prioridad para la familia, Salva. Ellas son parte de los Graziani y no pienso dejarlas abandonadas a su suerte.

—Gracias, amigo.

—Espera mi llamada.

—De acuerdo.

Tras esto, Salvatore colgó y se dejó caer en la silla. Había estado justo delante de la casa de esa mujer sin saber que tanto su mujer como su hija estaban ante sus narices y no lo había sabido.

Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para ellas.

Empezó a dar vueltas sin control por el despacho, tratando de mantenerse en aquella estancia y no salir corriendo hacia la casa de aquella mujer. Ojalá Saulo no tardara demasiado o su desesperación le haría cometer una locura.

Se acercó a su mesa y abrió uno de los cajones para coger una pistola que tenía allí guardada. No le gustaban mucho las armas, pero había tenido que aprender a convivir con ello para defenderse de sus enemigos. Esta vez no iba a sentir remordimiento alguno si tenía que apretar el gatillo.

Todos y cada uno de ellos iban a pagar el haberse llevado a Giulia y a Fiorella así porque sí. Nadie les hacía daño a sus mujeres y salía libre de ello.

Tras casi una hora de espera, Saulo lo llamó para reunirse en un punto del que partirían hacia la casa de Adriena Pavoni.

Cogió su chaqueta de cuero del perchero de la entrada, las llaves de su coche, comprobó que llevaba el arma en la cintura del pantalón para luego montarse en el vehículo y dirigirse al punto donde había quedado con Saulo y los hombres que los ayudarían.

En ningún momento se percató de que había un coche cerca vigilándolo y tras verlo marchar, no dudó en seguirlo.

Saulo esperaba sentado en su coche y miró por el retrovisor los dos todoterrenos negros en donde iban sus hombres armados hasta los dientes para ayudar a Salvatore.

En lo que el forense llegaba, pensó en llamar a Leo en aquel número que le había dado hacía poco. Tenía que hablar con él sobre contarle la verdad de todo a Byanca.

Aunque habían pasado meses de la misteriosa “muerte” de Leo, ella no parecía superarlo, pero intentaba disimularlo lo mejor que podía. Incluso él no se había dado cuenta hasta hacía poco en el que una noche despertó gritando el nombre del policía.

No podía seguir ocultándole una verdad que le hacía daño. Gracias a las palabras de Salvatore y a lo que había estado viendo en las reacciones de Byanca se dio cuenta de que debía contarle todo lo ocurrido.

No tardó mucho en recibir la respuesta del policía al otro lado de la línea.

—Espero que sea una llamada importante —dijo Leo con voz fría y carente de todo sentimiento.

—Sabes que no te llamaría si no fuese así.

—Teníamos un horario y unas fechas establecidas para contactar, hoy no es un día de ellos.

Hablar con el policía era una continua tensión porque las respuestas de él siempre eran secas. Era como si se hubiese vuelto un ser oscuro, carente de vitalidad, que simplemente existía sin un destino fijado.

—Tengo muy claro cuándo debemos mantener el contacto, pero el tema que quiero tratar contigo es muy importante.

—Dudo mucho que lo sea. Ahora mismo tengo muchísimos problemas como para que me vengas con alguna de tus estupideces.

—¿Crees que Byanca es alguna estupidez? —Leo se mantuvo callado al otro lado de la línea —. Pensé que ella era algo importante para ti. Tú mismo me pediste que la cuidara y la hiciera feliz, pero, aunque lo intento, no supera lo que le hiciste creer. Tiene que saber la verdad.

—Olvídalo. Ella no tiene que saber que sigo vivo.

Saulo cerró los ojos con frustración a la vez que negaba con la cabeza.

—¿Quieres que viva con el recuerdo de aquella explosión? Tiene pesadillas y no es feliz del todo.

—Tendrá que sobrellevarlo, no puedes contarle nada. Ni siquiera sé por qué te llamé después de lo ocurrido. Ahora déjame en paz que tengo cosas que hacer y ¿sabes qué? Borra este maldito número de tu agenda, olvídate de que existo.

El mafioso tomó aire antes de hablar de nuevo.

—En la próxima ecografía nos dirán el sexo del bebé que esperamos y si es niño quiere ponerle Leo... Quiere mantener vivo tu recuerdo.

—Ese Leo murió en la explosión, Saulo —dijo con voz cada vez más fría llegando incluso a ponerle los pelos de punta al mafioso. Ese hombre había cambiado demasiado y era algo que no

lograba explicarse porque ni siquiera sabía qué estaba haciendo—. Si quiere ponerle Leo, que se lo ponga, pero no vas a contarle nada.

Sin esperar respuesta alguna colgó y Saulo miró la pantalla.

¿Qué estaba ocurriendo para que se comportara de esa forma? El propio Leo fue quien contactó con él pidiéndole que cuidara de Byanca y no era el mismo con el que había hablado la primera vez tras la explosión del furgón. Este era mucho más frío y casi carente de sentimiento. Hablaba como si no le importara nada cuando la *hacker* había significado tanto para él.

—¿En qué te has convertido, Leo? —se preguntó en voz alta.

De repente sintió el sonido de un claxon y vio a su lado el coche de Salvatore, el cual bajó la ventanilla.

—Démonos prisa, cada minuto que pasa es vital —dijo el forense con decisión.

Saulo asintió y puso en marcha su vehículo para seguir a Salvatore que ya se había puesto en camino.

Durante el trayecto no dejó de pensar en la actitud de Leo y en todo el sufrimiento que estaba cargando Byanca por él.

Cuando volviera a casa hablaría con ella para ver qué podía hacer para que superara la pérdida de Leo porque estaba visto que no iba a poder contarle nada. Byanca sería capaz de piratear su móvil solo para conseguir el número del antiguo policía para increparle todo el sufrimiento que le había hecho pasar.

El trayecto hasta la casa de Adriana Pavoni no era nada largo y Salvatore no dejó de aumentar la velocidad. Podía entender la desesperación de su amigo, pero un paso en falso podría poner en riesgo las vidas de las dos.

Cogió el móvil y lo llamó. No le importaba mucho si los radares lo pillaban, pero debía frenar un poco al forense. Este no lo cogió y Saulo soltó el móvil en el asiento del copiloto con brusquedad.

Cuando quiso darse cuenta, el coche de Salvatore había frenado frente a la casa de la mujer por lo que él paró detrás. Los dos todoterrenos los imitaron. Entonces vio a su amigo bajar del coche con un arma en la mano sin dejar de mirar la mansión que tenía ante sí.

Saulo se bajó también y corrió a detenerlo al ver que iba dispuesto a entrar así sin más.

—¿Estás loco? No puedes ir de esta forma a irrumpir en esa casa.

—No se esperarán mi llegada, Saulo —dijo él soltándose bruscamente.

—¿Y para eso he traído a mis hombres? Ellos y yo vamos a cubrirte las espaldas, pero no de esta forma. Apenas has dejado que se bajen de los coches para rodear la casa. Tenemos que cubrir todos los puntos posibles para que nadie salga de allí. Sé que quieres que acabe este clavario, pero no podemos hacer las cosas mal.

Salvatore lo miró para luego mirar a los hombres que empezaban a moverse con sigilo hacia

los alrededores de la mansión. La noche había caído y la ropa oscura de ellos los hacía pasar desapercibidos.

—No puedo soportarlo más, Saulo. Quiero sacarlas de ahí de una vez.

—Lo sé y entiendo por lo que estás pasando, pero he aprendido que no podemos dejar que los sentimientos nos guíen. Debemos dejar a un lado al corazón para que la mente se haga cargo de la situación, así que inténtalo. No actúes con esto —dijo señalándole el centro del pecho— sino con esto. —Señaló la cabeza—. Ahora, es momento de que nos coloquemos en posición para entrar en esa casa y sacar a Giulia y a tu hija, pero recuerda: no te dejes llevar por los sentimientos. Tengo un par de ases bajo la manga.

Salvatore asintió y ambos se dirigieron a la entrada de la casa.

## 51.

Adriena estaba disfrutando de un baño en la bañera llena de espuma. A su lado había una copa y una botella de champán de la que se había bebido un poco más de la mitad. Junto a esto había un bol con fresas del que acababa de coger una y la mordía saboreando el jugo que soltaba esta.

Se respiraba paz después de que la estúpida niña dejara de llorar de una maldita vez. Sabía que no tenía que habérsela traído, pero fue una fórmula efectiva para que la mujer de Lucio se rindiera.

Una sonrisa curvó sus labios y se dejó hundir durante unos largos segundos para luego salir tomando aire. Se dejó caer contra la orilla de la bañera cogiendo la copa y bebiendo el contenido de un solo trago.

Cansada de estar metida allí y notando ya que el agua estaba fría, se incorporó y se envolvió en una gran toalla. Se secó con mucha parsimonia, no tenía prisa alguna. Cuando estuviese vestida con su camisión pediría la cena en su habitación y quizás llamaría a Kelso para satisfacer su ansia sexual.

Salió del cuarto de baño para acercarse a la cama en la que descansaba un suave camión de seda de color negro que transparentaba todo. Luego se sentó ante su espejo para peinarse la larga melena oscura. A medida que pasaba el cepillo por el pelo no dejaba de imaginar cómo iba a acabar con la vida de Giulia a la que aún tenía encerrada en el sótano que había hecho de bodega.

Sabía por sus hombres que estaba demasiado débil y que no podría luchar contra ella por lo que sería mucho más sencillo acabar con esa mujer.

De repente, alguien tocó en su puerta y puso los ojos en blanco. Aún no había avisado para que le trajeran la cena, así que sería alguien que querría molestarla y hacerla enfadar sin necesidad alguna.

—¿Quién es? —Nadie contestó, simplemente abrieron la puerta y ella se giró enfadada hacia el hombre que acababa de entrar alterado—. No te he dado paso, Kelso —le reprochó.

—No estoy para reproches ahora, Adriena. Alguien ha roto nuestro sistema de seguridad. Lo han hackeado.

Ella hizo un gesto condescendiente.

—Pues que lo arreglen, Kelso. ¿Qué quieres que te diga?

El hombre se acercó y la incorporó para mirarse frente a frente.

—Han hackeado el sistema de seguridad y estamos rodeados, Adriena —dijo zarandeándola—. Ese hombre, el tipo que está con la mujer de Lucio está ahí afuera con varios más.

—Pues haz que se vayan.

—¡Adriena Pavoni! —gritaron desde fuera de la casa. Ambos se miraron a los ojos y ella no



dudó en apartarse para ir hacia la ventana que daba a la calle principal donde vio a Salvatore mirándola—. ¡Devuélveme a mi mujer y a mi hija! —gritó mientras alguien se posicionaba a su lado con los brazos cruzados.

Conocía a ese hombre que estaba a su lado. Era uno de los hombres más influyentes dentro de La Toscana: Saulo Graziani, un capo de la mafia italiana al igual que su antiguo amante Fabrizio Zanetti. Ese hombre había sido el jefe de Lucio.

Si ese hombre iba acompañado por Graziani, la situación se iba a poner fea, pero mientras tuviese a Giulia y a la niña como salvaguarda, nada podía pasarle, así que se giró hacia Kelso.

—Tráeme a la mujer y a la niña.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él.

Adriena sonrió con malicia a la vez que se acercaba a su mesilla y sacaba una pistola.

—Asegurarme de que todo acaba como quiero. Ellos no van a impedir que mate a esa mujer y que Lucio elija entre una de las dos ¿entiendes?

—¡Por Dios, Adriana! ¡Entiende de una vez que Lucio está muerto! ¿Qué vas a ganar matándote?

—Estar junto a él, sé que va a elegirme —dijo acariciando el arma con una sonrisa que inspiró temor en Kelso—. Él va a elegir a la que realmente merece su amor, pero para eso debemos morir las dos.

Oír aquellas palabras confirmó algo que se negaba a aceptar. Adriana había enloquecido e iba a cometer un asesinato sin sentido.

Dio un paso hacia ella para intentar quitarle el arma.

—Basta, Adriana, olvida todo esto. Lucio siempre te quiso a ti y lo sabes —dijo en un intento de disuadirla a la vez que cogía la mano que contenía el arma con delicadeza—. Él te hacía sufrir, pero te quería. No es necesario matar a nadie.

Ella se apartó con la mirada enloquecida y llena de rabia.

—¡Él tiene que decirlo delante de ella! ¡Tráemela! —exclamó apuntándolo con la pistola—. ¡Ya!

Kelso retrocedió con las manos en alto, pero no dejó de intentar convencerla. No estaba bien mentalmente y podía hacer daño a alguien inocente.

—Adriena... escúchame.

—¡Te he dicho que me la traigas! —gritó ella fuera de sí.

—Ellos entrarán de un momento a otro y no podremos hacer nada.

Adriena disparó y Kelso notó cómo pasaba la bala silbando cerca de su oído, asustándolo.

—Tráeme a esa mujer o la próxima bala será en tu cabeza, Kelso. No voy a repetirlo más.

Kelso se rindió ante aquello. En su interior sabía que no dudaría en dispararle si no cumplía su orden, así que sin más remedio, bajó las escaleras hasta el sótano.

Giulia se sentía cada vez con menos fuerzas, le costaba un mundo poder moverse. Tenía los labios resecos y apenas salían las palabras de su boca. Se sentía como si hubiese tragado kilos de arena.

¿Cuánto más iba a durar aquella tortura? ¿Acaso era la muerte que esa mujer le tenía preparada? Quiso llorar, pero ya no le salían las lágrimas. Iba a morir sin poder ver a su hija y a Salvatore una última vez.

Un haz de luz hizo que cerrara los ojos. Intentó cubrirse con las manos, pero la falta de fuerzas no se lo permitió así que esperó con los ojos cerrados hasta que volvieran a dejarla a oscuras.

Pero, de repente, notó que le quitaban la cadena que unía sus manos. Intentó enfocar la vista para ver la figura de Kelso que parecía bastante afectado. ¿Le iba a dejar ver a su hija?

Le extrañó que también le quitara la cadena del cuello y la incorporase hasta ponerla en pie. Quiso mantener el equilibrio, pero tras tantos días recostada y sin comer no pudo hacerlo por lo que Kelso la agarró de la cintura para llevarla fuera de aquel lugar.

La luz le molestó en los ojos y los cerró de nuevo para tratar de acostumbrarse poco a poco.

Algo le decía que aquella salida iba a ser sus últimos momentos de vida y solo pudo pensar en una cosa que le preocupaba mucho más que su propia existencia.

—Mi... hija... —logró decir con voz enronquecida.

—Voy a hacer todo lo posible por sacarla de aquí, siento no poder hacer lo mismo por ti.

Ella sonrió como pudo, aunque sintió la molestia de los labios agrietados. Poco le importaba morir, ya se había hecho a la idea. Solo quería que Fiorella estuviese a salvo con su padre. Pensar en ellos le encogió el corazón.

—Gracias... —dijo a duras penas.

Fue arrastrada escaleras arriba hacia la habitación donde vio a Adriana vestida con un corto camisón negro. En su mano llevaba una pistola.

Sí, iba a ser su final. No supo si suspirar de alivio porque al fin se acabaría todo o gemir de terror por saber que iba a dejar a su hija huérfana.

Adriana la miró con una sonrisa siniestra.

—Y yo que pensaba que estarías muerta ya —dijo la joven.

Giulia quiso contestarle de forma mordaz, pero seguía sin salirle las palabras. Aún seguía apoyada en el cuerpo de Kelso y temía moverse.

De repente oyó una voz a lo lejos que le hizo creer tener una alucinación.

—¡Si no me devuelves a mi mujer y a mi hija entraré ahí y te mataré con mis propias manos!

—Salva...

Aquello tenía que ser producto de su imaginación. Sí, aquello era una alucinación.

—Tráela aquí —ordenó Adriena a Kelso.

Él la llevó hasta ella que la agarró del brazo con brusquedad y la obligó a caminar hasta la ventana. Al no tener fuerzas suficientes, cayó al suelo lo que provocó que Adriena la arrastrara hasta allí para luego incorporarla con violencia y así ver el exterior de la casa.

Giulia sintió el cañón de la pistola en su sien. Al mirar hacia abajo vio a Salvatore acompañado de Saulo Graziani.

—Si haces el más mínimo intento de entrar, no dudaré en dispararle y después lo haré con esa asquerosa y llorona niña.

—¡Déjalas en paz!

Adriena sonrió y bajó el cañón de la pistola por la mejilla de Giulia que tembló no solo por la debilidad. Las piernas no la sostenían y en cualquier momento caería otra vez al suelo. Su único apoyo firme era el marco de la ventana donde tenía sus manos.

Kelso observaba todo a espaldas de ambas mujeres. Por primera vez se sentía culpable de lo que estaba ocurriendo. No tenía que haber ayudado a una persona que estaba volviéndose loca a marchas forzadas por un hombre que ella misma había mandado matar.

Tenía que sacar a la niña de aquella casa, pero tampoco podía abandonar a Giulia a su suerte. No era justo que pagara por la locura de Adriena cuando era la víctima en toda esta situación de la que no había tenido ni idea desde el comienzo.

Sin dudarlo sacó el arma que guardaba tras la espalda y la apuntó.

—Suéltala, Adriena —dijo Kelso.

Ella giró la cara hacia él y sonrió con incredulidad.

—No me puedo creer que me estés apuntando con una pistola. ¿Acaso te has puesto de su lado? —preguntó zarandeando a Giulia que cayó al suelo mareada—. ¿Me vas a abandonar ahora? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

—Esto tiene que acabar. Se te ha ido de las manos, necesitas ayuda urgente.

Se giró del todo y apuntó hacia Kelso como él mismo estaba haciendo hacia ella.

—¿Ayuda? ¿Qué ayuda? ¡Estoy perfectamente!

Aquel grito hizo que Giulia se encogiera levemente.

—No lo estás, necesitas ayuda psicológica. Te has obsesionado con todo esto y no puedo permitir que cometas un delito semejante.

—¡Cállate! ¡Yo no estoy loca! ¡No necesito ningún loquero!

Giulia observaba aquella discusión sin decir nada, deseando que todo aquello acabara de una vez, rezando para que Salvatore cumpliera su amenaza y entrara en aquella casa para sacarla de allí junto con su pequeña.

Kelso bajó el arma y trató de acercarse con paso pausado mientras mostraba una sonrisa triste.

—Te has obsesionado con Lucio. No has sabido ver más allá de él y tienes a tu alrededor a gente que daría todo por ti, Adriana. Siempre he hecho todo lo que me has pedido, he tenido que soportar cómo te revolcabas con tus amantes sufriendo por no poder tenerte como quisiera. Simplemente recibiendo migajas que aceptaba con gusto solo por estar contigo.

Adriana lo observaba sin decir nada. Ella sospechaba que Kelso sentía algo mucho más profundo de lo que ella estaba dispuesta a darle porque su amor era única y exclusivamente para Lucio, para nadie más.

—No iba a darte más —dijo ella—. Yo solo quiero a Lucio y va a ser solo para mí porque no va a querer elegir a esta zorra.

Adriana agarró del pelo a Giulia que gimió dolorida por el tirón. Kelso la miró y dio un paso más hacia ellas.

—Déjala ir. Si estás tan segura de que Lucio va a elegirte, no merece la pena que la mates.

—Sí. Quiero que se sienta humillada cuando él me elija como su única mujer. Que sufra lo que yo he sufrido en mis carnes cada vez que me decía que la amaba a ella, pero ahora seguro que ha reflexionado y va a ver que ella no fue tan buena como imaginó. Ha tenido una hija con otro hombre. Ella no merece el amor Lucio, no se lo merece.

Tiró más del pelo de Giulia haciendo que se incorporara un poco mientras se sujetaba la cabeza. Miró con ojos suplicantes a Kelso que siguió avanzando. Tenía que quitarle el arma y así reducirla para que no matara a nadie.

Adriana se percató de sus intenciones y retrocedió un poco para colocarse detrás de Giulia a la que volvió a apuntar con la pistola.

—Vamos, Adriana. No cometas una locura semejante.

—No es una locura. Por las noches le oigo llamarme para que vaya con él porque va a elegirme —dijo con la mirada perdida y una sonrisa que evidenciaba su estado de locura—. Él y yo vamos a estar juntos por siempre. Esta vez nadie nos separará y mucho menos ella.

Presionó un poco más el cañón de la pistola contra la sien de Giulia.

—Te has obsesionado con Lucio y él está muerto por tu culpa, Adriana, tú misma me mandaste a matarlo. ¿Qué clase de persona actúa como tú? Primero lo matas y ahora no haces más que decir locuras sobre que va a elegir entre las dos. Él está muerto y esa mujer ha rehecho su vida. Déjala en paz de una vez.

La rabia de Adriana se incrementó y volvió a apuntarlo con la pistola.

—¡Cállate! —gritó a la vez que apretaba el gatillo.

Giulia, al ver las intenciones de la mujer, y con las pocas fuerzas que le quedaban, subió las manos para desviar el tiro. Él era el único que podía sacar a su hija de allí y no podía morir.

## 52.

Salvatore oyó el disparo y miró a Saulo con los ojos llenos de terror.

—No puedo esperar más, tengo que entrar ahí. Puede haber disparado a Giulia. Ya no puedo mantenerme al margen más tiempo.

Saulo solo asintió al ver la desesperación de su amigo y lo siguió al interior de la mansión.

Había hecho bien al decirle a Byanca en el último momento que *hackeara* el sistema de seguridad. Aprovechando el desconcierto. Sus hombres habían acabado con los que trabajaban para Adriena, así pagaban por las muertes de los que habían estado vigilando la casa de Salvatore.

Una vez dentro, el forense no dudó ni un segundo en subir las escaleras. Al llegar arriba oyó el llanto de su hija y miró a su amigo sin saber qué hacer.

Su hija la necesitaba y Giulia también. Saulo al comprender la situación en la que se encontraba posó una mano en su hombro.

—Yo iré a por tu hija, ve a salvar a Giulia.

—Gracias —dijo Salvatore realmente agradecido.

Saulo asintió y se dejó guiar por el sonido de los lloros del bebé mientras Salvatore se guiaba por los gritos de Adriena.

—¡Yo no estoy loca! ¡Por culpa de esta mujer es que Lucio está muerto! ¡No merece vivir!

El forense se acercó hasta la habitación que tenía la puerta prácticamente abierta. Desde allí pudo ver a Adriena sujetando por el pelo a una Giulia demacrada y pálida, no tenía buen aspecto y frente a ellas se encontraba Kelso Damiani de rodillas y sujetándose el hombro izquierdo, que sangraba.

Había recibido el disparo de aquella mujer, por suerte no había sido Giulia, pero estaba preocupado por su estado y más aún cuando la vio darle un golpe con la culata de la pistola en la cara partiéndole el labio.

Su viudita apenas se quejó, simplemente se dejó caer al suelo, debilitada.

La vio girarse hacia la ventana para mirar hacia el exterior y al no ver a nadie gritó con rabia.

—¡Maldita sea!

Se llevó las manos a la cabeza maldiciendo una y otra vez. Entonces Salvatore se adentró en la habitación.

—¿Me buscabas? —preguntó con el cuerpo en tensión.

Miró hacia su viudita, ambos cruzaron sus miradas y él sonrió levemente prometiendo muchas

cosas en aquel gesto.

Adriena levantó la pistola y apuntó a Giulia.

—No te atrevas a moverte o la mato.

Salvatore no dudó en mirar a Adriena a los ojos. La rabia se evidenciaba en todos sus movimientos. Estaba tensa y casi podía oírla gruñir. Él también levantó su arma hacia ella.

—Si le tocas un solo pelo más, te volaré la tapa de los sesos —dijo él con seriedad.

—¡No me das miedo! Solo tengo que apretar el gatillo y todo se habrá acabado —dijo ella sonriendo.

La expresión de la joven denotaba la locura que padecía y eso provocó más miedo en Salvatore. Una persona en ese estado era capaz de cualquier cosa y debía andarse con pies de plomo.

—Pero no lo vas a hacer.

—¿Me vas a prohibir hacer lo que quiero? ¡No eres mi padre! Lucio nos espera para elegir a la mujer con la que compartirá el resto de la eternidad. Me va a elegir a mí, sí, me lo dice todas las noches.

—Lucio está muerto. Los muertos no hablan con nadie.

—¡Cállate! ¡Él me habla! —gritó mientras se llevaba las manos a la cabeza—. Todas las noches, todas las noches...

Se estaba abstrayendo de la realidad con rapidez mientras se movía en círculos en el espacio que ocupaba.

Kelso la miró y se levantó sintiendo cómo le quemaba la herida de bala en el hombro mientras la sangre recorría todo su brazo. Giulia lo había salvado de una muerte segura al desviar el tiro. Se colocó al lado de Salvatore.

—Se ha vuelto loca —dijo apesadumbrado.

—Vaya, no me había dado cuenta —dijo Salvatore sin poder evitar que le saliera el sarcasmo.

—Tenemos que buscar una forma de quitarle el arma para que no haga daño a nadie.

—Pensé que estabas de su lado —dijo sin dejar de observar lo que hacía Adriena.

—Lo estaba, pero me he dado cuenta de que se le ha ido de las manos todo esto y tu mujer no tiene la culpa de una obsesión que no acabó ni siquiera con la muerte de Lucio.

—Me sorprende que ahora te des cuenta y no la primera vez que secuestraron a mi mujer —dijo Salvatore con rencor a la vez que daba un paso hacia Giulia que no dejaba de mirarlo suplicante.

Adriena se dio cuenta y volvió a apuntarle.

—¡Te he dicho que no te movieras! —gritó fuera de sí mientras se acercaba hasta Giulia y volvía a tomarla del pelo.

Esta gimió y entonces Salvatore pudo ver una fea marca amoratada en el cuello de su mujer. Había intentado asfixiarla. Aquella imagen lo llenó de rabia, pero no se movió del sitio al ver que Adriana volvía a apuntar a Giulia en plena sien.

—Adriana —dijo Kelso—. Acaba con esto de una vez, deja esa pistola.

—¡No! —gritó mientras retrocedía acercándose peligrosamente a la ventana abierta—. No vais a impedir que cumpla con lo que tenía pensado.

La impotencia que ambos hombres sentían era terrible y cualquier movimiento precipitaría los actos de Adriana que seguía acercándose a la ventana.

Salvatore rogó interiormente que Giulia sacara fuerzas e hiciera algo para escapar de las garras de esa mujer, pero cada vez tenía más asumido que no podía hacer nada, ya que se dejaba arrastrar sin posibilidad.

Iba a perder a su mujer si no pensaba rápido.

—Muy pronto acabará todo —dijo Adriana con una sonrisa triunfal mirando hacia el exterior a través de la ventana.

Era ahora o nunca. Sin pensarlo, Salvatore corrió hacia las dos mujeres para agarrar a Giulia y apartarse.

Adriana, que vio cómo apartaba al objeto de su venganza, no dudó en disparar hacia la pareja.

El forense gruñó y cayó de rodillas al suelo sin soltar a Giulia que estaba refugiada entre sus brazos. La bala había alcanzado uno de sus costados.

—Mierda —gruñó con los ojos cerrados sin moverse.

Giulia levantó la mirada hacia él.

—Salva...

—Tranquila, Giulia, no voy a dejar que te haga daño —dijo mirándola a los ojos con una dulce sonrisa a pesar del dolor que sentía en el costado.

La bala había entrado, pero no había orificio de salida.

Sintió a Adriana acercarse por lo que trató de moverse, pero el dolor no lo dejó, entonces sintió el cañón de la pistola en la parte de atrás de su cabeza.

—Te dije que no te movieras... —dijo ella con la voz tensa por la rabia que sentía en ese momento.

—No voy a dejar que la asesines, antes tendrás que matarme a mí.

Giulia abrió los ojos con terror por las palabras de Salvatore y quiso apartarse de él para que no le hiciesen daño, pero él la tenía bien sujeta entre sus brazos.



—No... —dijo Giulia con esfuerzo.

Adriena sonrió.

—¡Qué tierno! Dispuesto a morir por ella... —El gesto de la joven mudó de la ternura a la rabia más pura—. Despídete del mundo, entonces.

Salvatore cerró los ojos esperando el balazo que lo mataría, pero este no llegó, solo sintió un fuerte golpe a su espalda por lo que se giró un poco para ver a Kelso sobre Adriena en el suelo, no muy lejos de ellos.

Él intentaba quitarle el arma mientras ella le gritaba que la dejara en paz, así estuvieron metidos en un forcejeo que parecía no acabar, entonces Kelso logró quitarle el arma y lanzarla lejos de Adriena, pero ella no se dejó vencer y no dudó en meter el dedo en la herida del hombro del hombre que rugió de dolor y se apartó llevándose la mano sana a la herida.

Ella se arrastró para intentar alcanzar el arma, aunque Kelso la agarró de un pie para evitarlo.

—¡Déjame! —gritó intentando darle una patada con la pierna libre, pero él supo esquivarlo.

—¡No! ¡Basta ya, Adriena!

Salvatore trató de incorporarse para intentar sacar a Giulia de allí que era como un peso muerto entre sus brazos. Estaba muy pálida y vio sus labios totalmente resecos. ¿Qué le habían hecho para que estuviese así?

Hacer cualquier movimiento le suponía un suplicio. El dolor no lo dejaba pensar con claridad, solo esperaba que Saulo hubiese salido de la mansión con la niña sana y salva.

—Salva...

—Vamos a salir de aquí, solo un poco más.

Adriena soltó un grito mientras seguía golpeando con el pie a Kelso que no la soltaba hasta que por fin, una de sus patadas le dio en el centro del pecho lo que hizo que la soltara, momento que aprovechó para levantarse y correr hacia la pistola.

Cuando la cogió miró a Kelso que se incorporaba y luego miró a la pareja.

—¡Que nadie se mueva de aquí! —gritó ella disparando al techo.

Todos se encogieron cerrando los ojos. Adriena era capaz de disparar a cualquiera de ellos si no hacían caso.

Giulia miró a Salvatore. No podía dejar que muriese allí a manos de aquella mujer. Tenía que encontrar alguna solución. Si tenía que arriesgar su propia vida lo haría, pero no podía dejar a su hija desamparada.

Intentó apartarse de Salvatore que la miró confuso.

—¿Qué haces?

—Sal... de aquí... —dijo ella—. Me quiere... a mí...

—¡No! No pienso dejarte para que te mate.

—Nos matará... a los dos... Fiorella...

La pena se reflejaba en los ojos de Giulia. Tenía miedo, pero era la mejor forma de acabar con toda aquella locura.

Salvatore se negaba a ello, miró a su alrededor en busca de su pistola que había soltado y no sabía dónde. A unos pasos se encontraba otra que no era la suya, era la de Kelso, pero estaba a la vista de Adriana y no podía correr el riesgo.

No podía dejar que Giulia se arriesgara por ellos. Ambos debían salir de allí para poder cuidar a su hija juntos. Sujetó a su viudita con fuerza evitando que cometiese una locura.

—¡Vais a morir todos! ¡Os voy a matar uno a uno! Y empezaré por ella —dijo Adriana apuntando a Giulia que levantó la vista hacia ella con terror.

Aquella mirada provocó una sensación de júbilo en la joven. Los tenía a todos a su merced y podía elegir matarlos uno a uno sin temor alguno. Nadie iba a detenerla en su empeño de matar a la mujer de Lucio. Ella era la primera que merecía la muerte.

Giulia escondió la cabeza en el pecho de Salvatore con los ojos cerrados y en apenas un susurro dijo.

—Te amo...

Él también cerró los ojos.

Entonces oyeron un disparo y se encogieron. El silencio reinante en el ambiente se hizo pesado, pero ninguno se atrevió a moverse hasta que Salvatore abrió los ojos. No sentía más dolor que el de la herida anterior, así que miró a Giulia, la cual permanecía aún encogida entre sus brazos.

La apartó un poco para ver que no tenía herida alguna por lo que miró a Adriana.

La joven había soltado el arma y tenía las manos en el vientre cubriendo una herida de la que manaba mucha sangre. Siguió mirando y vio a Kelso observando también el siniestro espectáculo.

El ruido de unos pasos hizo que mirara hacia la puerta por la que vio entrar a Gatti con la mano que tenía el arma alzada sin dejar de apuntarla.

—Será mejor que no lo intentes de nuevo —dijo mirando a Adriana que levantó la mirada hacia él con rabia.

—¿Quién eres?

—Alguien que no te gustaría haber conocido. Inspector Gatti —dijo sacando la placa con la mano libre—. Adriana Pavoni, queda detenida por el secuestro de Giulia Maccini y Fiorella Fabreschi e intento de asesinato.

La joven negó con la cabeza.

—No. No voy a dejar que me detengas, yo tengo que acabar con ella. —Adriana se agachó con

dolor para recoger el arma y volver a apuntar hacia Giulia.

—Será mejor que sueltes el arma, Adriena —dijo Gatti.

—¡No!

Kelso no dejaba de observar lo que ocurría con ella. Había que detenerla. No le iba a importar disparar contra Giulia delante de ese policía. Sabía que solo había una forma de acabar con aquella locura, así que cogió la pistola que encontró no muy lejos de él y que pertenecía al hombre que protegía a la mujer de Lucio.

Se incorporó lentamente con debilidad debido a la pérdida de sangre del hombro. Dio un par de pasos para tener a Adriena a una buena distancia.

Levantó el brazo para apuntar con el arma hacia ella mientras sentía las lágrimas arder en sus ojos. Los cerró por un momento y cuando los abrió solo pudo decir dos palabras que salieron de lo más hondo de su corazón.

—Lo siento.

Y disparó.

## 53.

El silencio reinó en el ambiente tras este y todos los presentes vieron cómo caía el cuerpo de Adriena al suelo. Empezó a formarse un enorme charco de sangre a su alrededor.

Gatti miró a Kelso, que no había cambiado la posición, para luego acercarse a la joven. Tenía un disparo en el centro del pecho. Ella miraba al techo con una sonrisa en los labios. El policía se agachó junto a ella y presionó la herida para intentar detener el torrente de sangre, pero era imposible, no iba a aguantar mucho tiempo viva.

—Lucio... mi amor... —decía sin dejar de mirar al techo—. Voy a por ti...

Un hilo de sangre escapó de sus labios que le hizo toser y, finalmente, tras unos minutos luchando contra las convulsiones su cuerpo quedó estático con los ojos mirando al infinito.

Adriena había muerto a manos del hombre que decía amarla. Un hombre que no se atrevió a moverse del sitio viendo cómo ella perecía y dejaba el mundo de los vivos. De sus ojos cayeron lágrimas de dolor por lo que había hecho, pero no se arrepentía porque sabía que era lo mejor.

Giulia y Salvatore observaban todo sin moverse del sitio con gesto sorprendido. Nadie se hubiese esperado que Kelso disparase contra Adriena.

El policía cerró los ojos de la joven y se incorporó para acercarse a Kelso y detenerlo por asesinato. Cuando vio lo que iba a hacer quiso detenerlo, pero no llegó a tiempo a quitarle la pistola de la mano.

Se había metido el cañón en la boca y había disparado sin dudarle ni un solo segundo. Su cuerpo también cayó al suelo.

Salvatore trató de apartar a Giulia de la visión de los dos cuerpos. No era un espectáculo que debiera ver.

Gatti se llevó las manos a la cabeza con frustración por no haber llegado a tiempo. Ahora tenía dos cuerpos a sus pies e iba a tener que dar las explicaciones pertinentes al comisario cuando se enterase.

Los dos hombres, entonces, cruzaron sus miradas. Salvatore sonrió levemente, agradecido.

—Tengo que avisar a la policía, será mejor que le digas a Graziani y a sus hombres que se larguen de aquí antes de que lleguen. Sé que él sacó a la niña de la casa, así que ella está bien. Vosotros sí que no podéis moveros de aquí, tenéis que declarar y te tienen que atender —dijo Gatti mirando la sangre en el costado de Salvatore.

El forense entendió por sus palabras que el policía no había dicho nada acerca de su relación con la mafia y era algo que le iba a agradecer eternamente.

—Salva... —dijo la voz debilitada de Giulia, apenas audible.

De repente empezó a sentir que perdía las fuerzas, la adrenalina estaba desapareciendo de su

organismo y notaba el dolor del balazo. Se dirigió a paso lento a la cama con Giulia entre sus brazos. Parecía haber perdido el conocimiento.

Se giró hacia Gatti que hablaba por el móvil.

—Necesitamos una ambulancia para ella. No tiene buen aspecto.

El policía asintió.

—Sí, traed al equipo forense y necesito dos ambulancias, tenemos a un herido de bala y a una mujer que ha perdido el conocimiento. De acuerdo, aquí espero.

Cuando colgó, se acercó a la pareja y no dudó en presionar la herida de Salvatore.

Este gruñó.

—¡Joder!

—Eso te pasa por haber querido hacerte el valiente. Podía haberte matado. ¿Tu jefe de la mafia no tiene dinero para comprar chalecos antibalas? —preguntó con un deje de humor.

Salvatore sonrió a la vez que hacía un gesto de dolor.

—Vas a aprendido a hacer buenos chistes, joven *Padawan*.

—Aprendí del mejor. Has perdido mucha sangre.

—Sobreviviré, solo hay que sacar la bala de ahí y un par de puntos de sutura. La que me preocupa es Giulia —dijo mirándola. Su tez estaba pálida y estaba algo demacrada—. Parece estar desnutrida...

—No te preocupes, la ambulancia está al llegar.

Salvatore asintió mientras notaba cómo le pesaban los ojos. Estaba realmente cansado debido a la pérdida de sangre. Sabía que iba a perder el conocimiento sin remedio.

Agarró la mano de Giulia y entrelazó sus dedos con los de ella justo antes de dejarse llevar por la oscuridad sin haber avisado a Saulo para que se marchara.

Saulo había oído los disparos desde el exterior de la casa mientras mecía a la niña en sus brazos que parecía tener algo en sus manos que constantemente se llevaba a la boca.

Se sentía extraño con el bebé, no estaba nada acostumbrado y por un momento imaginó que aquella niña era como la que tendría Bianca en unos meses. No pudo evitar sonreír. Le hizo cosquillas en la barriga haciéndola reír para que no se asustara por el ruido de los disparos.

Aunque ya había pasado un rato desde el último. ¿Por qué no bajaban Salvatore, el policía y Giulia? A lo lejos empezó a oírse sirenas por lo que miró al piso superior, allí donde estaban las luces encendidas.

Entonces vio asomarse al policía.

—Será mejor que os vayáis, mis compañeros están a punto de venir.

—¿Cómo? No voy a irme sin Salvatore y Giulia.

El tipo puso los ojos en blanco.

—Mira, mafioso, tu amigo está herido y ella está en mal estado, he pedido dos ambulancias para ellos, los otros dos están muertos. Necesito que os larguéis porque si no lo hacéis no podré explicar vuestra presencia. Llévate a la niña a un lugar seguro.

—¿Cómo sabes...? —preguntó Saulo sorprendido.

—¿Cómo sé que eres de la mafia? Tu amigo tiene la boca muy larga, pero tranquilo, no diré nada. He tenido la oportunidad de hacerlo en estas horas y no lo he hecho así que no tienes de qué preocuparte. Ahora lárgate.

Las miradas de ambos se cruzaron durante unos instantes en los que Saulo sopesó si hacerle caso o no. No podía fiarse de alguien que le soltaba todo aquello y no decía nada cuando era su trabajo detenerlos. ¿Qué podría moverlo a mantener el secreto?

—No puedo fiarme de nadie.

—Lo sé, pero esta vez tendrás que confiar en mi palabra.

Las sirenas se oían cada vez más cerca y de las casas colindantes ya comenzaba a salir la gente que había permanecido encerrada por miedo al oír tantos disparos.

Cerró los ojos por unos segundos sopesando las opciones que tenía. Cuando los abrió, hizo una señal a sus hombres y él se dirigió al coche de Salvatore que estaba abierto y con las llaves puestas. Colocó a la niña en la sillita y luego se subió en el asiento del piloto mientras uno de sus hombres lo hacía en el de él. Lo puso en marcha y se fue de allí justo en el momento en el que llegaban las ambulancias y los coches de la policía.

Se dirigió a su propia casa con la preocupación pesando en su conciencia. Miró por el retrovisor al bebé que parecía haberse dormido.

Al llegar, se bajó y sacó a Fiorella que seguía dormida para entrar en la casa. Byanca bajó rápidamente para conocer las noticias de lo ocurrido y al ver a la niña en brazos de Saulo se temió lo peor.

—¿Salvatore y Giulia...?

—No están muertos, tranquila.

Byanca suspiró aliviada.

—Entonces ¿dónde están?

—He tenido que dejarlos en la casa de esa mujer, un policía compañero de Salvatore está con ellos. Salva está herido de bala y Giulia parece que no está muy bien tampoco. Me he tenido que encargar de la niña —dijo mirándola.

La *hacker* se acercó y no pudo evitar cogerla en brazos, meciéndola suavemente.

—En un rato iré al hospital para ver cómo están. Si necesita algo, no dudes en pedirselo a alguno de mis hombres.

Fiorella abrió los ojos y empezó a llorar. Byanca la meció, pero no parecía calmarse.

—Quizás necesites cambiarle el pañal o darle de comer. Iré a pedir a mis hombres que traigan todo lo necesario.

Byanca asintió mientras mecía a la niña cantándole una canción de cuna que se sabía desde siempre y que había ayudado a Chiara a dormirse cuando tenía pesadillas de pequeña.

El sonido de aquella voz, aunque no era la de su madre, logró serenarla un poco y se dejó mecer por la canción haciendo algún puchero de vez en cuando. Sin decirle nada a Saulo, Byanca subió las escaleras para llevar a la niña hasta su habitación. Allí se sentó en la cama sin dejar de cantarle hasta que vio que se dejaba vencer por el sueño.

A la mente le vino la imagen de Saulo sosteniéndola y rápidamente se imaginó a su propio bebé en los brazos de su padre por lo que no pudo evitar emocionarse. Tener las hormonas revolucionadas a veces hacía que llorara por cualquier cosa.

—¿Byanca? —preguntó Chiara desde la puerta—. ¿Estás bien?

La *hacker* se limpió el rostro para luego colocar a la niña en el centro de la cama para que siguiera durmiendo.

—Sí, no te preocupes, son las hormonas que hacen que llore por todo.

—¿Y ese bebé? ¿Es Fiorella? ¿La hija de Giulia?

Byanca asintió por lo que Chiara se acercó y se sentó frente a su hermana observando al bebé.

—Saulo la trajo hace un rato. Ya sabes que ella y Giulia estaban desaparecidas...

—Sí, algo me contaste de un secuestro.

—Pues hoy lograron rescatarlas, aunque la única que está bien es la niña, Giulia no parece estarlo y Salvatore recibió un disparo. Así que ha preferido traerla aquí y que la cuidemos hasta que ellos se recuperen.

—¿Por eso llorabas?

Byanca negó.

—Lo cierto es que me emocioné mucho cuando lo vi con ella en brazos, me imaginé que era nuestro bebé —dijo mientras se acariciaba el vientre— y las hormonas hicieron el resto. Era una imagen tan bonita...

Chiara sonrió y tomó las manos de su hermana con cariño que también mostró una sonrisa para luego observar ambas al bebé.

Byanca se incorporó.

—¿Podrías quedarte con ella? Tengo que ir a ver cómo está Fabiola. Saulo no quiere que le

quite el ojo de encima.

—No te preocupes, aquí me quedo.

Byanca asintió y salió de la habitación para dirigirse a la de Fabiola. Al llegar tocó en la puerta, pero nadie respondió.

—Fabiola, soy Byanca, ¿puedo pasar?

Sin esperar respuesta abrió la puerta. Todo estaba a oscuras salvo la pequeña luz de la lamparita de la mesa de noche que reflejaba el cuerpo de Fabiola recostado de lado sin moverse apenas.

Byanca se acercó y se sentó al lado sin dejar de observarla. Fabiola tenía la mirada perdida y sus ojos se veían hinchados de llorar, parecía haber perdido peso desde el día de la fatídica boda.

Posó una mano en la de su cuñada sin decir nada. A veces no hacían falta las palabras para saber que estaba a su lado apoyándola en todo, aunque no le gustase cómo estaba sobrellevando la muerte de Piero.

—Fabiola, tienes que seguir adelante con tu vida, él no querría verte así. Tienes que luchar por ese bebé que viene en camino, ese recuerdo de Piero que siempre estará contigo. Si no lo haces por ti, al menos hazlo por él. Ese bebé está sufriendo las consecuencias de tu estado.

La joven desvió la mirada levemente hacia su cuñada

—Yo... no puedo, Byanca. A veces siento que va a entrar por esa puerta y que va a llenarme de besos y abrazos, pero no es así. Él lo era todo.

—Lo sé y te entiendo, pero tu bebé no debe pagar la culpa de lo ocurrido. Ha perdido a su padre, ¿no crees que sería injusto que perdiera a su madre también? ¿O que lo pierdas a él?

Fabiola se incorporó lentamente para mirar a Byanca a los ojos.

—Si lo perdiera a él entonces ya no tendría sentido mi vida.

—Justamente por eso no puedes permanecer así. Tienes que salir de esta habitación, alimentarte y tratar de vivir lo que Piero ya no podrá hacer. Él querría que fueras feliz de cualquier manera.

Fabiola se abrazó a sí misma encogiéndose las piernas.

—Pero ¿cómo? No me siento con fuerzas de enfrentarme a una vida sin él. Piero lo era todo para mí. No puedo enfrentarme a esto yo sola.

Byanca posó una mano en una de las rodillas de la joven.

—Nos tienes a todos aquí, tu hermano, tus padres, yo... no vamos a dejarte sola y si necesitas ayuda externa siempre puedes ir a un psicólogo. Entre todos podemos ayudarte en lo que haga falta. Y por el bebé no te preocupes, nos apoyaremos la una a la otra. —Byanca sonrió levemente frotándole la rodilla con cariño en señal de apoyo—. Ambas nos enfrentaremos a este gran reto de la vida.



Su cuñada sonrió levemente. Aquella era la primera sonrisa que mostraba desde hacía semanas y le supuso un avance muy grande.

Tras un rato de silencio, Fabiola bajó las piernas de la cama.

—¿Me acompañas a comer algo? Tengo un poco de hambre.

—A donde quieras —dijo Byanca incorporándose—. Por cierto, Fiorella está aquí.

—¿La niña de Giulia?

—Sí, es una historia un poco larga de contar, pero seguro que puedo contártela mientras comemos algo ¿te parece?

Fabiola asintió y agarrada del brazo de su cuñada salió, por primera vez en días, de su habitación rumbo a la cocina.

## 54.

No podía moverse. Aquella mujer no había muerto realmente. Todo era una farsa. Se había incorporado del suelo con el arma apuntando hacia ella y Salvatore.

Quería cerrar los ojos, pero algún tipo de fuerza le impedía hacerlo, solo podía ver a Adriana mirándola fijamente con una amplia sonrisa que le pareció de lo más siniestra.

De repente oyó el sonido de un disparo y vio la bala acercarse a ella como a cámara lenta.

Soltó un jadeo a la vez que abría los ojos.

Parpadeó un par de veces viendo un techo de color blanco. Giró un poco la cabeza para ver una pared prácticamente igual. Intentó incorporarse para mirar a su alrededor.

—Será mejor que no te muevas mucho, estás débil.

Giulia giró la cabeza hacia el otro lado, hacia donde había oído la voz. A su lado, sentado en una incómoda silla se encontraba Gatti con cara de cansancio. Él le sonrió levemente al verla despierta.

—¿Gatti?

—Bienvenida, Giulia —dijo el policía intentando sonar despreocupado y realmente contento porque despertara.

—¿Qué ha pasado? ¿Y Salvatore? ¿Y Fiorella? ¿Qué pasó con esa mujer? —preguntó de repente.

Gatti se incorporó y le tomó la mano.

—Tranquila, te lo explicaré todo, pero no te alteres ¿vale? Aún estás convaleciente.

Ella lo miró con temor. ¿Por qué no estaba Salvatore allí? A su mente vinieron pequeños *flashes* que no supo juntar. Recordaba los disparos, pero no quién los había recibido. Todo era una nebulosa en su mente. Se encontraba tan mal que no pudo procesar bien lo ocurrido.

Gatti le dio un apretón cariñoso en la mano.

—La mujer que te secuestró está muerta. Ya no tienes que temer por que vuelva. La mató el tipo que trabajaba para ella que también se mató.

Giulia parpadeó.

—¿Dónde está Salvatore? ¿Y mi hija?

Miles de pensamientos trágicos comenzaban a formarse en su mente y le hacían preguntar con desesperación.

—Fiorella está bien. La tiene Saulo Graziani. Salva...

Ella apretó la mano del inspector con fuerza, temiéndose lo peor.

—¿Qué le ha pasado a Salva? ¿Está...?

En sus ojos ya se veía el atisbo de las lágrimas a punto de salir, pero al ver que Gatti negaba, su congoja fue menor.

—No está muerto, pero le faltó muy poco para ello.

—¿Qué le pasó?

—Recibió un disparo en el costado, la bala no salió y perdió mucha sangre. Tuvieron que operarlo con urgencia.

Ella volvió a intentar incorporarse con urgencia.

—Quiero verlo, Gatti. Llévame con él.

—Espera, Giulia, espera. Ahora mismo está en observación, la operación salió bien, pero hay que esperar a ver cómo evoluciona. No vas a poder verlo hasta que los médicos no nos aseguren que todo está bien. Así que tranquilízate. Tenías deshidratación y desnutrición. Debes recuperarte tú también.

La mujer se mordió el labio.

—No tenía que haber ido allí. Tenía que haberse llevado a la niña... No me importaba morir si con ello terminaba toda esta pesadilla.

—¡Eh! No digas eso —dijo poniéndose serio—. Eres importante para Salva y no iba a dejarte en manos de esa loca ¿me entiendes? Ni yo tampoco iba a permitirlo. Así que deja de pensar en eso, porque él se va a recuperar.

Giulia cerró los ojos unos segundos mientras una lágrima se escapaba silenciosa por su mejilla. Gatti se la limpió a la vez que volvía a sonreír levemente.

—¿Entonces se acabó todo?

Gatti asintió.

—Completamente. Esa mujer recibió dos disparos y el tipo que estaba con ella se suicidó después de dispararle a ella. Pero mejor olvida eso, tienes que recuperarte, así que voy a ver si pueden traerte algo de comer.

Ella sonrió levemente y lo vio salir de la habitación. Volvió la mirada hacia el techo para luego volver a mirar a su alrededor. En uno de sus brazos tenía una vía que acababa en un suero colgado al lado de la cama en la que estaba. ¿Cuánto tiempo llevaría inconsciente?

Mil y un pensamientos se arremolinaron en su mente, mientras trataba de recordar lo ocurrido. Lo último que realmente recordaba era haber hecho el esfuerzo de hacer que Adriana no disparara a Kelso, después de aquello, todo se había vuelto difuso. Recordaba ver a Salvatore protegiéndola entre sus brazos, pero no tenía nada claro de lo que ocurría a su alrededor.

Quizás sea mejor así. Quizás debería olvidar lo que pasó y seguir adelante con su vida. Se

recuperaría al igual que lo haría Salvatore.

Cuando Giulia recibió el alta, no dudó en acudir a la habitación en la que estaba Salvatore recuperándose. Había tenido bastante suerte porque si la bala hubiese entrado un par de centímetros más hacia adentro hubiera perforado el pulmón.

Debía permanecer ingresado un poco más de tiempo, pero todo iba bien con su recuperación.

Giulia entró en la habitación donde estaba Salvatore incorporado leyendo el periódico.

—No te hacía tan intelectual —dijo ella entrando con una sonrisa.

—Eso es porque me conoces muy poco —dijo Salvatore dejando el periódico a un lado.

—Puede ser... hemos pasado por tantas cosas que no hemos podido conocernos mutuamente.

Él negó con una dulce sonrisa.

—Aunque no lo creas, sé muchas cosas sobre ti, Giulia. Te encanta tararear cuando cocinas, le cuentas cuentos a nuestra hija para que se calme, te gusta dormir acurrucada contra mi cuerpo... Te he observado durante estos meses cuando no te dabas ni cuenta y eso ha hecho que me enamore de ti perdidamente.

Giulia sintió que el corazón le daba un vuelco ante aquella confesión. Él se había tomado el tiempo de conocer todas sus manías, en cambio ella... había vivido con temor a todo y ni siquiera se había fijado en los pequeños detalles que Salvatore tenía para mostrarle.

Se abrazó a sí misma mirándolo con la pena reflejada en sus ojos.

—Yo... —no sabía qué decir.

Él le sonrió con ternura.

—Giulia, no te sientas mal. Has estado pasando por una época llena de tensión y miedo. No te fustigues por algo así. Desde que nos acostamos por primera vez no has hecho otra cosa más que sufrir. Buena parte de ese sufrimiento es mi culpa... pero me has dado cosas maravillosas, entre ellas nuestra hija. No quiero que te sientas mal por no saber qué me gusta comer o que me gusta leer el periódico. —Alargó la mano hacia ella para que se acercara.

La mujer se acercó y se sentó a su lado dejando que la abrazara sin ver el gesto de dolor que había hecho el forense. El silencio en la habitación era cómodo.

Alguien tocó en la puerta de la habitación y vieron aparecer a Saulo con Byanca que cargaba a Fiorella en brazos.

—Nos hemos enterado de que dieron el alta a Giulia y que tú estabas disponible para recibir visitas, así que hemos pensado traeros a la niña —dijo Byanca acercándose mientras la madre de la pequeña se incorporaba para tomarla entre sus brazos.

La niña llevaba un mordedor en las manos que mordía con fruición. Al fin tenía su boca aliviada. Miró a Byanca agradecida.

—Gracias por comprarle el mordedor, tenía la encía muy inflamada, ya que le están saliendo sus primeros dientes.

Byanca negó con la cabeza.

—Nosotros no lo compramos. Según Saulo, lo tenía en la mano cuando la sacó de aquella casa.

Giulia parpadeó para mirar a su hija. ¿Acaso aquel hombre había tenido piedad por su pequeña?

Salvatore la miró con cierta preocupación.

—¿Ocurre algo, Giulia?

Ella se giró hacia el forense y negó con una sonrisa triste. Algo le decía que aquel hombre solo hacía las cosas bajo las órdenes de esa mujer por los sentimientos que tenía hacia ella, pero en el fondo no era tan malo como aparentaba.

Se giró hacia la pareja con agradecimiento.

—Muchas gracias por cuidarla en estos días.

Saulo se acercó.

—No nos lo agradezcas, en este caso debería darlas yo porque esa pequeña ha logrado sacar a mi hermana del pozo en el que se estaba hundiendo por el dolor. Si fuese posible que pudiera verla un poco más a menudo...

—Cuando ella quiera —dijo Salvatore por Giulia.

Por lo que sabía, Fabiola estaba muy mal anímicamente lo que estaba afectando a su salud y a la del bebé que esperaba, así que si su hija la ayudaba a salir adelante se alegraba enormemente.

Giulia asintió.

—No hay problema alguno.

—Gracias —dijo Byanca al ver que Saulo no abría la boca—. ¿Cómo os encontráis? Saulo me contó un poco cómo se sucedieron las cosas tras acudir a la mansión de esa mujer, bueno, lo que él realmente sabía.

—La verdad es que yo lo tengo todo un poco difuso, el que sabe bien es Salva —dijo Giulia mientras se dirigía al sillón que había junto a la cama con su hija que no dejaba de morder aquel objeto que no soltaba para nada.

Entonces Salvatore contó cómo se sucedieron las cosas aquella noche en la que casi pierde a la mujer que amaba.

En un momento dado, Saulo salió de la habitación al ver a alguien en la puerta que no se atrevió a entrar.

—¿Vienes ahora a detenerme? —preguntó Saulo metiendo las manos en los bolsillos mientras

se apoyaba despreocupadamente en la pared—. Ahora no hay nada que te detenga hacerlo.

—No pensaba hacerlo... —dijo Gatti apoyándose también a su lado.

—¿Puedo saber por qué? Eres policía y conoces mi secreto mejor guardado. No te sería difícil reunir pruebas contra mí.

—Porque gracias a ti logramos encontrar a Giulia y a su hija —confesó Gatti mirando hacia el interior de la habitación en la que se veía a la mujer sentada en el sillón jugando con la niña haciéndola reír—. Estuve a punto de entrar en el despacho del comisario y contárselo todo cuando Salva me lo confesó, pero en el último momento no pude.

Saulo permaneció callado durante unos segundos mirando también el interior de la habitación.

—El amor puede cambiar hasta el hombre más duro.

Gatti se apartó de la pared y lo miró negando con la cabeza.

—No. Es la mujer de Salvatore.

—Eso no es impedimento para poder sentir lo que sientes. Yo sé lo que estás sintiendo. Aunque sigue sin convencerme el que no contaras nada porque Salva y Giulia pertenecen a mi familia, pero no son los cabecillas. Aún estás a tiempo de salir corriendo y contárselo a tu comisario.

—Giulia me odiaría si lo hiciese. Además... me he dado cuenta de que la ley no siempre está del lado del bien... Existe mucha corrupción dentro de la policía...

—¿Lo dices por Cyrano?

—No, pero no es el único corrupto dentro del departamento. No he querido contar nada porque pensé que me lo estaba imaginando, pero Cyrano no era el único que ocultaba cosas.

Esta vez fue Saulo quien se despegó de la pared para mirarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Nos han llegado nuevas denuncias de desapariciones, pero no aparecen en la base de datos de la policía. También he oído algunas llamadas un poco extrañas que me hacen pensar que hablan con el que secuestra a las jóvenes.

Saulo dio varias vueltas por el pasillo pasándose una mano por la cabeza.

—Maldito Zanetti.

—¿Fabrizio Zanetti? ¿Ese Zanetti? ¿También es de la mafia?

—Es mucho más que eso... ¿por qué?

—Todo esto es muy extraño. Ese hombre parece estar en todo. Se ha encargado del entierro de Adriana Pavoni al igual que de sus bienes.

Saulo enarcó una ceja y luego se pasó la mano por la barbilla, pensativo. Aquello era muy

extraño. Volvían a cerrar denuncias de desapariciones y Zanetti se encarga de todo lo relacionado con la muerte de la mujer que secuestró a Giulia y Fiorella. ¿Qué beneficio podría sacar de lo último? Fabrizio tenía mucho más dinero que la Pavoni.

—He pensado dejar mi puesto como inspector. No puedo ver cómo se corrompe algo en lo que siempre he creído.

—¿Y qué piensas hacer? Nadie se salva de la corrupción y del dinero fácil. Tarde o temprano siempre sucumben.

—Lo sé, pero no necesito verlo con mis propios ojos. Prefiero dejarlo antes de dejarme llevar por algo que no veo bien.

—Tú mismo has dicho que la ley no siempre está del lado del bien. Dentro de la mafia tenemos nuestras propias leyes. A veces son buenas y a veces no, pero aquí todo el que la hace la paga. Sé que no es lo que quieres, pero si un día te ves en la necesidad, tienes las puertas de mi casa abiertas para lo que sea. Creo que podrías ser un buen ayudante. Me recuerdas un poco a Lucio; con ambiciones y con decisión. Piénsalo.

Saulo se dirigió de nuevo a la habitación haciendo un gesto de despedida con la mano mientras Gatti lo observaba, sopesando aquella propuesta que le había hecho.

No. No podía aceptar su propuesta. Él luchaba contra el mal y la mafia era uno de los peores males de la sociedad.

—No pienso hacerlo. Yo también puedo tomarme la justicia por mi mano, a mi manera, pero dentro de la ley en la que creo.

Dicho esto, se alejó de allí con las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero. Debía alejarse de Florencia por un tiempo. Tenía que olvidar y estando lejos sabría que lo conseguiría porque Saulo había visto lo que con tanto ahínco había intentado ocultar.

Lo mejor era cortar lazos con todo lo que lo unía a este lugar, empezar de cero. Sí. Así lo haría.

## Epílogo.

Giulia abrió la puerta de la que había sido la casa que había compartido con Lucio. Había estado pensando mucho y era momento de desprenderse de esa carga que llevaba encima. Guardar los buenos recuerdos que tenía con él para dejarlo marchar definitivamente.

Miró todas las habitaciones hasta que finalmente se dirigió al despacho de él en donde se sentó observando todo lo que había a su alrededor. Aquel lugar al que casi nunca entró mientras vivía porque le ocultaba su doble vida.

Una doble vida que se vio obligado a tener.

—Me hubiese gustado que confiases en mí, Lucio. Esa mujer me contó todo e imagino que por miedo no me lo contaste, pero éramos una pareja, yo nunca tuve secretos para ti salvo lo ocurrido con Salvatore.

»Me sentía tan sola, habías roto tantas promesas que fuiste tú quien me lanzó a sus brazos. Ahora no me arrepiento de lo que hice porque contigo no estaba siendo feliz.

»Yo te amaba, no lo niego, pero las cosas fueron cambiando por culpa de los secretos. Llegué a odiarte cuando descubrí las fotos que escondías en este despacho, pero ahora que sé la verdad no puedo hacerlo. Estabas asustado... yo me sentí igual cuando me acosté con Salvatore.

»¿Cómo quieres que te odie cuando no te lo mereces? Vivías amenazado por una mujer que estaba obsesionada contigo y entiendo muchas actitudes esquivas que tenías, pero no te preocupes, no estoy enfadada. Creo que es momento de perdonarte y dejarte descansar en paz.

»He decidido vender esta casa. Ya nada me ata aquí, voy a comenzar una nueva vida con Salvatore mi hija y Lucca así que no tiene sentido mantener el recuerdo de lo que hubo entre nosotros. No necesito una casa para recordar lo buen marido que intentaste ser en todo momento. Lo llevaré en mi corazón y en mi mente.

»Gracias por todo, Lucio —dijo Giulia con una sonrisa.

De repente tocaron en la puerta y al mirar pudo ver a Salvatore con la niña en uno de sus brazos.

—Sé que querías tener un tiempo a solas, pero creo que nuestra hija quiere a su madre.

Giulia se levantó y se acercó hasta ellos para coger a su pequeña en brazos.

—¿Y qué es lo que quiere esta florecilla tan bonita? —preguntó posando un dedo en la nariz de Fiorella—. No puede tener hambre que comió hace poco y por lo que puedo notar no tiene el pañal sucio. A mí me da que su padre me ha engañado —dijo mirándolo divertida.

—Estaba preocupado. La última vez que estuviste aquí fue muy duro para ti.

La ternura se reflejó en su mirada.



—He tenido que venir para perdonarlo, Salva. Él jamás fue culpable de nada, vivía coaccionado por una mujer obsesionada. No puedo culparlo de querer protegerme.

—Lo sé. Ahora yo te protegeré de lo que haga falta al igual que hice aquella noche —dijo acercándose para abrazarla con delicadeza mientras ella sostenía a la niña.

—Lo único que quiero es que confíes en mí, que me cuentes cualquier problema que tengas, aunque no pueda ayudarte. No quiero más secretos en mi vida.

Salvatore se apartó un poco para tomar la cara de ella entre sus manos.

—Siempre confiaré en ti. Como ya te dije hace poco: él no soy yo —dijo antes de besarla con dulzura.

Cuando se apartó, ella volvió a sonreír.

—Lo sé. Tú nunca serás él porque tú te has convertido en el hombre de mi vida.

Y esta vez, fue ella quien lo besó.

**Fin.**

## Agradecimientos.

Sé que con cada libro me repito hasta la saciedad, pero es verdad que con cada uno vas conociendo a gente nueva y a veces es complicado acordarse de todo el mundo, pero es de vital importancia para mí dar las gracias a todos los que siempre han estado a mi lado y aquellos que se han sumado a la aventura de mi vida literaria.

En primer lugar, como siempre, mi madre. Ella que a veces me da ideas para nuevas novelas y que no duda en ser mi apoyo incondicional.

Junto a ella está mi familia, que siempre ha estado ahí.

A mi mejor amiga, Abigail, a esa amiga a la que le mando un mensaje y no duda en contestarme aunque sea una paranoia de las mías, pero que siempre está ahí sea la hora que sea.

A mis chicas, a ese grupo que significa mucho para mí, a las Románticanarias, gracias por darme tanto y ocupar un hueco en mi corazón.

A mis lectoras cero (o beta readers), Aurora y Tania. Gracias de corazón por leer cada capítulo con el mismo entusiasmo que el primero. En esta parte no me puede faltar Laura, que no ha duda un segundo en ayudarme con algunas cosillas.

A Marta de Munix Desing, no puedo olvidarme de ella por el trabajo y la cercanía que siempre demuestra.

A todos esos amigos de las redes sociales que, aunque tenga lejos, siempre están ahí, empezaría a poner nombres, pero creo que se me acabaría quedando unos agradecimientos más largos que la propia novela. Sé que muchos de ellos se sentirán identificados en este agradecimiento tan especial porque también han ocupado un rinconcito en mí.

Pero, sobre todo, a ti, lector, que no has dudado en esperar un poco para conocer la historia de Salvatore y Giulia con la pequeña Fiorella. Gracias por estar ahí, porque tú eres el pedazo que completa mi corazón y me llena de vida para continuar escribiendo nuevas historias que logren sorprenderte.

---

[1] Fiorella significa flor pequeña, delicada y muy bonita.

[2] “¡Joder!” en ruso.

[3] Aunque salga en español, el personaje está hablando inglés.

[4] Bastardos en ruso.

[5] Policía rusa.

[6] En Star Wars: adolescente sensible a la Fuerza que entrena en la Orden Jedi para algún día convertirse en Jedi pleno.